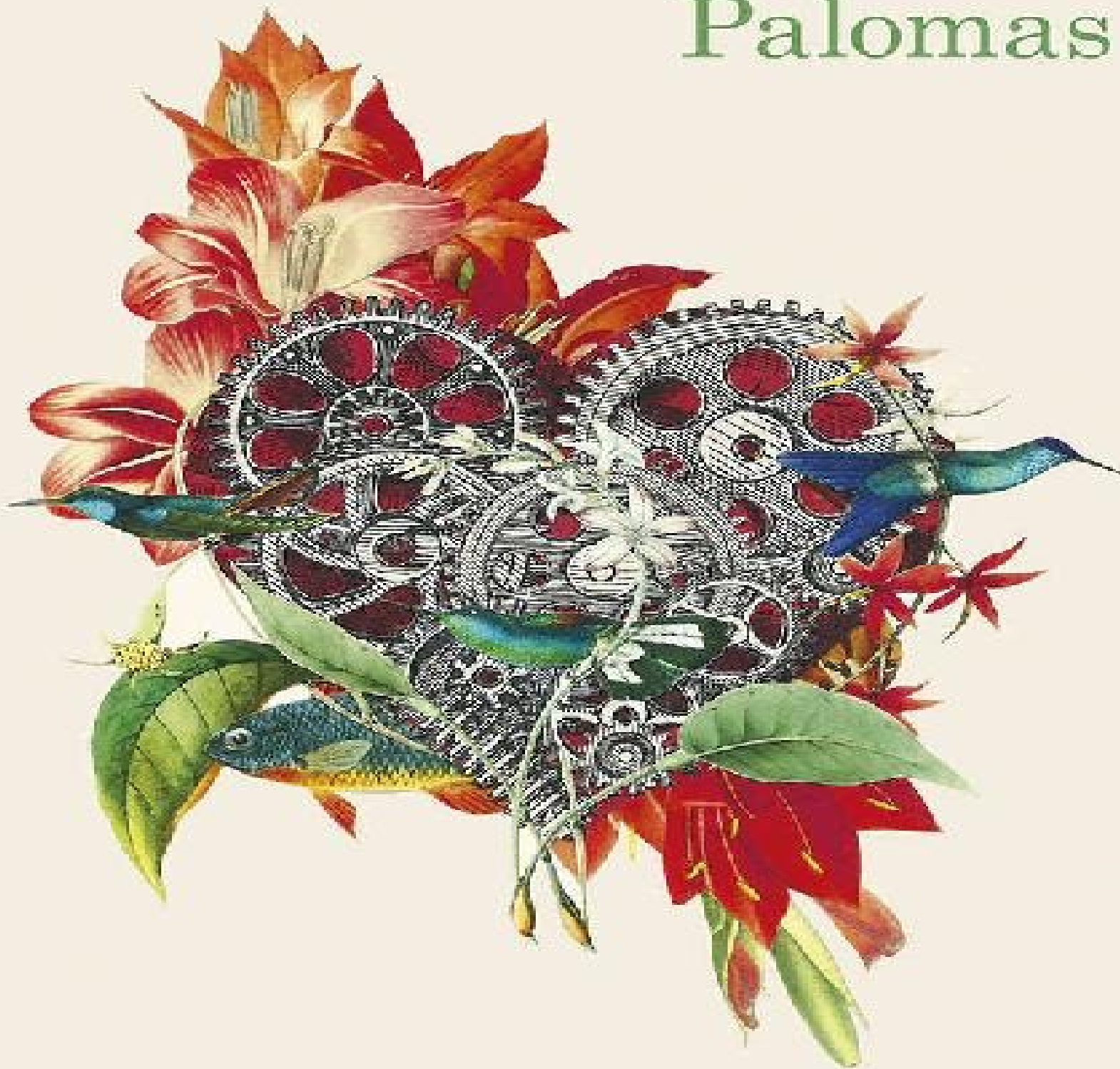


**N** PREMIO  
NADAL  
2010



# Un amor Alejandro Palomas



**DESTINO**

## Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Libro primero. Grandes preguntas, pequeñas respuestas](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Libro segundo. Pequeños abandonos, grandes orfandades](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[Libro tercero. Grandes compañías, pequeñas soledades](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



## SINOPSIS

En el reducido universo familiar de Amalia y sus tres hijos, Silvia, Emma y Fer, el engranaje se mueve al ritmo desacompasado de las emociones. Es una familia típica, y sobre todo, muy real. Un cosmos cocido al fuego lento de varias entregas que han atado a miles de lectores. Pero llega un día cumbre en sus vidas. Emma se va a casar y todos se sumergen en las tareas y los remolinos de organizar la mejor boda. La noche previa a la ceremonia, una llamada rompe la armonía familiar. Silvia, Emma, Fer y otros parientes se conjuran para poder celebrar a la vez el aniversario de Amalia, que coincide inevitablemente con la fecha de la boda. 24 horas de acelerón emocional que pondrán a prueba a todos y cada uno y al mismo engranaje familiar.

Un nuevo ejercicio de virtuosismo emocional. Una literatura que llega por el plexo y se inocua directamente a los sentimientos. Alejandro Palomas extiende su ya variada paleta de colores para dotar a sus personajes de los matices, sesgos y rasgos que los acercan a los lectores y éstos los reconocemos como a propios en sus particulares universos familiares.

# Un amor

Alejandro  
Palomas

Premio Nadal de Novela 2018

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1422

*Para Angélica, por tanto todo  
y por tantos siempres, desde siempre.  
Feliz cumpleaños*

Recuerda que hay que vivir.

ALI SMITH

# Libro primero



Grandes preguntas,  
pequeñas respuestas

No es llegar. Es poder quedarnos.

# 1

Mamá había dicho que ella misma compraría las flores, pero entre que los preparativos de la boda se han complicado más de lo previsto y que últimamente anda más atribulada de lo normal, no ha podido ser. Ayer, cuando le pregunté si había pasado a por ellas, se dio una pequeña palmada en la frente y dejó escapar un pequeño jadeo.

—Ay —masculló con cara de circunstancias—, ya decía yo que se me olvidaba algo. —Enseguida se levantó y se ofreció a bajar a la floristería.

—No hace falta —la cortó Silvia con una sombra de fastidio en la voz. Habíamos terminado de merendar y ayudábamos a mamá con el equipaje, intentando convencerla de que para un fin de semana en el campo tenía más que suficiente con la bolsa de lona roja—. ¿No irás a llevarte ese mamotreto horrible? —insistió Silvia, que lanzó una mirada de horror al viejo maletón de cuadros abierto encima de la cama de mamá como un ataúd—. A no ser que quieras dormir dentro —remató negando con la cabeza—. Además, no entiendo a qué viene tanto empeño en llevarte un ramo de flores a una casa rural.

Mamá frunció los labios y soltó un suspiro de madre sufrida.

—Pues para decorar la mesa, hija —contestó como si no entendiera que alguien preguntara algo tan obvio—. Dónde se ha visto una cena de cumpleaños sin su tarta y su centro de flores.

Silvia dejó escapar el aire por la nariz.

—Ya, mamá, pero es que vamos al campo. —Dijo «cam-po», marcando cada sílaba como si mamá fuera lela—. Y si algo sobra en el campo son flores, sobre todo en primavera. Y encima de las de verdad, no esas cosas transgénicas de invernadero que compras en el quiosco. —Mamá parpadeó y puso cara de ofendida, y Silvia dulcificó un poco el tono—. Pero, bueno, si tanta ilusión te hace lo del ramo, siempre podemos aprovechar el de Emma. Con los nervios que tiene la pobre, seguro que entre una cosa y otra se lo deja por ahí olvidado y termina perdiéndolo —añadió, mirando su reloj. Luego se levantó, se puso la chaqueta y, rebajando una décima más el tono, dijo—: O mejor: mañana, cuando llegemos al molino, salimos a dar un paseo y antes de cenar te ayudo a coger unas rosas del jardín de la iglesia, ¿te parece?

Mamá forzó una sonrisa, más dirigida a mí que a Silvia, que acompañó con

una mirada de socorro en la que supe leer una súplica silenciada que seguramente habría sonado así: «Ni se te ocurra dejar que tu hermana me lleve de paseo hasta la iglesia las dos solas, por favor, Fer, *porfavortelopidoporfavor*».

Media hora más tarde —y aunque costó lo suyo porque desde que hay boda a la vista mamá está tan sobrepasada que computa lo que puede y está en modo «lo que vosotros digáis, pero hago lo que me da la gana porque, aunque me tratéis como a una niña, sigo siendo vuestra madre»—, salí de su casa convencido de que todo estaba en orden tras haberla oído jurar y perjurar que «sí, Fer, cogeré la bolsa de lona, no te preocupes. No sé en qué estaría pensando cuando se me ha ocurrido bajar del armario esa cosa horrible». Mientras me preparaba para marcharme, ella seguía atrincherada en el sofá, detrás de la mesita de centro, sobre cuyo cristal tenía dos montones de cosas: en el de la izquierda, lo que pensaba llevarse al molino —ropa, neceser, bolsa de las compresas, pastillero, *tupper* con el pienso de Shirley, radio, gafas de repuesto, tarjetero con la tarjeta del banco, la de la seguridad social y la fotocopia del carné— y, en el de la derecha, el pequeño montón de ropa que iba a ponerse para la boda: unos mocasines Geox de ante marrón, la ropa interior, una especie de capa-fular-torera de lino violeta, los pendientes de perlas de la abuela Ester y una camisa blanca con cuello mao que yo no le había visto hasta entonces y que, según entendí, le había pedido prestada a tía Inés.

—¿No habías dicho que ibas a ponerte un vestido? —le pregunté al ver la camisa.

Una sonrisa ilusionada le iluminó la cara mientras cogía la camisa, la desdoblaba, volvía a doblarla con cuidado y la alisaba con la mano extendida.

—Ya, pero al final he decidido que mejor no. —Nos miramos durante un instante y, al ver que yo no preguntaba, continuó—: Ay, Fer, es que ayer vi una cosa tan bonita... pero tanto, que no pude resistirme. —Y antes de dejarme hablar, añadió—: Es una cosa moderna. O sea, moderna, pero no moderna como las que usan las niñas de la plaza, con las bermudas esas que les cuelgan los bolsillos por debajo del vaquerito para que no se les vea que ya no llevan tanga ni nada. No, no, no. Es más... italiana. O sea, entre *chícster* y... ¿cómo es eso que dice Silvia? —Se tomó unos segundos para encontrar la palabra justa mientras acariciaba con los dedos el algodón de la camisa hasta que por fin dio con ella—. Empoderada. ¡Eso! ¡Tu madre va a estar em-po-de-ra-da! Ya verás. —Se puso a aplaudir solo con las yemas de los dedos como una niña y soltó una risilla—. No me vais a conocer. Y a la mayor le va a encantar.

«La mayor.» No pude reprimir una sonrisa. La mayor es, cómo no, Silvia, pero no porque sea la mayor de los tres, sino porque el día que, por tercera vez en el último año y medio, nos anunció que había decidido hacer reformas en su

casa y empezó a detallar con pelos y señales todo lo que tenía en mente —«tenemos que rehacer el vestidor sí o sí, y tirar un par de tabiques que no terminan de..., y los azulejos de la cocina, no sé yo si ese tono de verde...»—, cuando por fin se marchó y pudimos respirar después de tanta pared, tanto led y tanta lista de materiales nobles / ecológicos / sostenibles, tía Inés se recostó en el sofá de mamá, se echó tres terrones de azúcar en la taza y dijo:

—Desde luego, si algún día alguien decide fundar la orden de Nuestra Señora de las Obras Mayores, llamarán a Silvia.

La respuesta de mamá fue breve:

—Sí —dijo, untando un *brioche* con mantequilla salada—. Un poco la Niña de los Tabiques sí que es.

Y, entre broma y broma, entre *brioche* y *brioche*, la cabeza de mamá, que normalmente absorbe como una esponja lo que menos le conviene, resumió a su manera el intercambio de nombres, motes y risas rebautizando desde entonces a Silvia como «la mayor» siempre que no la tiene a la vista. Eso o «tu hermana» cuando se lleva alguna bronca de ella y me llama, ofendida, para desahogarse.

En el sofá, mamá sonreía, ilusionada, imaginándose la sensación que iba a causar vestida para la boda con su estilismo sorpresa, y de nuevo tuve que disimular una sonrisa, aunque bien podría haberme ahorrado el esfuerzo, porque mamá ve ya tan poco que apenas aprecia los matices en las expresiones ajenas. «Empoderada», había dicho. Esa es una de las palabras que, en su léxico particular, exprime desde hace unos meses a tutiplén y que tía Inés detesta sobre todas las cosas. Esa y algunas más con que la abruma la actualidad —«transversal», «resiliencia» y «zona de confort», por ejemplo—. Aunque «empoderada» supera con creces al resto porque llegó por error y quien ayudó a corregirla con un éxito más o menos discutible fue ni más ni menos que el doctor Armadillo, su nuevo traumatólogo.

Lo que ocurrió fue que hace unos meses mamá se cayó en la calle. No fue una buena caída. Como apenas ve, tropezó con uno de los escalones de la plaza mientras paseaba a Shirley y se fue de bruces al suelo, aterrizando sobre manos y rodillas. Al cabo de un par de días, una rodilla seguía inflamada y el dolor no remitía, así que decidimos asegurarnos y que la viera un especialista.

La consulta no empezó con buen pie. En cuanto entramos, el médico, un tipo con cara de poco interés por lo que tenía entre manos y cierta mirada de desidia, bromeó, con más sorna que otra cosa, al ver aparecer a mamá escoltada por toda su prole. Ella, ajena al tono del hombre, estuvo encantada con la observación y, volviéndose hacia nosotros, que estábamos de pie a su espalda, nos presentó:

—Sí, doctor —dijo con una sonrisa de madre orgullosa—. He venido con

mis tres hijos. —Como él no reaccionó, mamá decidió hacer las presentaciones pertinentes—: Esta es la mayor, esta es la lesbiana y este, el pequeño.

La cara del doctor se contrajo un poco y Silvia se apresuró a corregirla.

—La mediana, mamá. Es la mediana.

Mamá asintió.

—Eso quería decir, sí —dijo, sin perder la sonrisa.

Diez minutos más tarde, mientras esperábamos en silencio a que el doctor nos extendiera una petición para hacerle una radiografía de la rodilla, mamá, que parecía haberse quedado totalmente absorta en algo que ocurría al otro lado de la ventana, se inclinó hacia delante y dijo:

—Doctor, ¿usted sabe lo que es el empotramiento?

El hombre, que parecía estar también en sus cosas mientras esperaba a que la impresora diera señales de vida, dejó de garabatear en su libreta de recetas y miró a mamá como si no la hubiera oído bien.

—¿Cómo dice?

Mamá se inclinó un poco más hacia delante.

—Lo del empotramiento, ¿cómo es? —dijo. Luego, al ver que Emma y yo nos mirábamos con cara de póquer, puso los ojos en blanco y se explicó—. Ya sabe. Lo de las mujeres empotradas.

La explicación no ayudó. Emma bajó la vista y yo intenté pensar en algo triste, pero no terminé de conseguirlo y se me escapó una carcajada mal contenida que quise transformar en suspiro y que terminó en tos. Silvia estaba lívida.

—La verdad, no sé exactamente a qué... —empezó el doctor, rojo como un tomate.

Mamá captó que ese principio de explicación no auguraba la respuesta a su duda y decidió intervenir a tiempo.

—Es que, en la radio, la señora de las mañanas siempre saca lo del empotramiento. Bueno, no es solo ella. En las tertulias del chico enanito del canal 24 horas también lo sacan mucho, sobre todo una mujer pelirroja y un poco gordita que habla así, como raro. Que si hay que empotrar, que si el empotramiento... Mi amiga Inés, que sabe mucho de sociología porque ha sido profesora de religión durante cuarenta años, dice que todo es por las feministas, las chiquitas del Fetén. Ya sabe: las de los pechitos al aire que odian a los curas y se rebozan en la tomatina... pero el otro día, en mi curso de memoria, alguien comentó que es una... una especie de moda que viene de Inglaterra.

El doctor miraba a mamá sin pestañear. Al ver que ella guardaba silencio, abrió la boca para decir algo, pero pareció pensarlo mejor y volvió a cerrarla. Mamá asintió y volvió a lo suyo.

—Aunque quién sabe, ¿no? —dijo, volviéndose hacia la ventana—. Bien pensado, tiene sentido. Debe de ser por toda esa carne enlatada de potro que comen los ingleses, o sea, como aquí los vegetarianos con el huevo pero con potros.

Ni el doctor ni nosotros dijimos nada. Él, porque estaba tan atónito que ni siquiera parpadeaba. Nosotros, porque sabíamos que cuando mamá se mete por esos callejones hay que dejar que busque sola la salida.

Tardamos cinco minutos más en descubrir que el «empotramiento» de mamá era en realidad el «empoderamiento» que salpica las tertulias y programas que escucha a todas horas en la radio, y otros cinco fueron los que tardó el doctor en explicarle el significado de la palabra.

Cuando él por fin terminó de hablar, mamá puso cara de satisfacción y resumió, encantada:

—Ah, ya lo entiendo. «Empoderada» es como decir «mejor que bien», ¿no?

El doctor asintió despacio con un gesto que fue de alivio y terminó de escribir la receta. Mientras se imprimía la petición, mamá, que se había quedado muy callada, inclinó un poco la cabeza a un lado y frunció el ceño antes de preguntar:

—Pero, entonces... ¿lo del empotramiento qué es?

Así fue como, desde ese día, si ve algo que la sorprende para bien, mamá automáticamente lo empodera o, en su defecto, lo empotra, según de dónde sople el viento, la claridad mental disponible y según sea adjetivo, adverbio o tiempo verbal. «Empoderado» —o «empotrado»— es «bueno». O mejor: es el resumen de todo lo bueno que barrunta su imaginación. La concursante ucraniana que se ha aprendido la Enciclopedia Británica de memoria y ha batido el récord de semanas participando en el programa de cifras y letras que mamá ve todas las noches antes del telediario está «muy empotrada». Una mandarina especialmente dulce, también. Sin embargo, lo que antes la fascinaba, ahora «me empodera». Y no hay más. O sí. Está también el resto, o lo que es lo mismo, lo «transversal». «Transversal» es aquello que no sabe explicar y que la enturbia, esa muletilla salvavidas de la que echa mano a menudo, unas veces con más acierto que otras. Si no sabe cómo definir una situación, un encuentro, una noticia... si por cualquier motivo se atasca en lo que quiere describir, sea lo que sea, allí aparecen indefectiblemente sus empoderamientos, sus empotramientos y, especialmente, su «transversal». En estas últimas semanas de más estrés por la boda de Emma, utiliza esas palabras para casi todo, y les ha empezado a sumar otras reinterpretaciones del lenguaje que en la mayoría de los casos nos hacen gracia, pero que tanto Silvia como tía Inés están empezando a ver con cierta preocupación. Tía Inés dice que la culpa de tanta expresión nueva la tiene

Marco, el *coach* colombiano que Silvia le ha puesto a mamá para «enderezarla un poco y ayudarla a sacarle la rabia que —según ella— tiene enquistada contra papá». Silvia, por su parte, está convencida de que el único culpable es el transistor que mamá lleva colgando de la muñeca como una granada de mano y que la acompaña encendido a todas partes junto con su adorada Shirley. Debates, noticias, magazines... en casa de mamá se come, se cena, se habla y se duerme la siesta con la radio. La radio es ruido, y mamá no sabe vivir sin él porque desde que vive sola el silencio no la acompaña bien y le alarga demasiado los días.

La radio y Shirley. Esos son los planetas que orbitan alrededor de mamá, las dos únicas cosas que, sumadas a nosotros —sus tres hijos y también tía Inés— siente realmente suyas: «*mi* radio», «*mi* perra», «*mis* hijos e Inés». No «mi casa», no «mi ciudad», no «mi vida».

«Por eso lo pierde siempre todo», la justifica Emma cada vez que tras uno de los despistes de mamá nos toca reponer monedero, pastillero, tarjetas, bolso, móvil, llaves, carnés... Todo lo que rodea a mamá, lo que configura su día a día más allá del *cuatrinomio* perra-radio-hijos-amiga, está, pero está fuera. No le pertenece. No va con ella.

—Vas a estar tan orgulloso de tu madre, cielo... —insistió desde el sofá, supongo que viendo algo en mi mirada que no terminó de gustarle. Su voz me devolvió de golpe al salón y, al verla allí sentada, con los pies colgando y encajada tras la mesa de centro abarrotada de cosas, tuve ganas de acercarme a ella, abrazarla y decirle que no se preocupara por mí, que no se preocupara por nada y que todo iba a salir bien. Pero justo entonces, Shirley soltó un ladrido que rompió el hechizo del momento, cambió de postura sobre el respaldo de cuero blanco del sofá, sacudió sus orejones de Gremlin y se lamió perezosamente una pata. Luego bostezó, enseñando unos colmillos pequeños y gastados. De haber estado más atento —ahora lo sé—, la ilusión mal contenida de mamá tendría que haberme puesto sobre aviso de lo que quizá amenazaba con llegar, pero yo había tenido un día demasiado largo y farragoso en el estudio, así que, aunque estuve a punto de pedirle algún detalle de lo que tenía en mente y curiosear más en lo que acababa de oír, opté por no hacerlo. A fin de cuentas, si mamá quería darse el capricho de empoderarse para ir a la boda de su hija, quién era yo para impedirselo.

—Seguro que sí, mamá. Seguro que vas a estar estupenda —le dije acercándome y dándole un beso en la coronilla. Minutos más tarde, en la puerta, volví a repetirle una vez más las instrucciones que habíamos convenido para la mañana siguiente—: Acuérdate de que tienes que estar en el ayuntamiento a las doce cuarenta y cinco. La ceremonia empieza a la una, pero mejor que llegues con un poco de tiempo. Si quieres, te dejo pedido ya el taxi y así no tienes que



preocuparte. Yo estaré esperándote en la puerta. Después, cuando termine el aperitivo, pasamos por aquí a buscar tus cosas y a Shirley, paramos un momento en mi casa a por Rulfo y nos vamos directos al molino, ¿vale?

Arqueó una ceja y abrió los ojos, entre confusa y sorprendida.

—¿Seguro que cabremos todos, hijo? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Claro, mamá. Tú irás delante con Shirley; tía Inés y Silvia, detrás con las bolsas, y Rulfo, en el maletero, como siempre.

Puso los ojos en blanco y, antes de poder reprimirse, dijo con voz de madre preocupada:

—Pero, entonces, ¿Esbién no irá con nosotros en el coche?

Esta vez me tocó a mí poner los ojos en blanco.

—Mamá, ya te he dicho que no sé a qué hora llegará Sven. Ni siquiera es seguro que llegue mañana. Tendremos suerte si puede estar aquí el domingo.

Puso cara de pena durante un par de segundos y enseguida le volvió la sonrisa.

—Bueno, la cuestión es que llegue —dijo. Luego suspiró y me agarró del brazo, apretándomelo con suavidad—. Ay, no sabes la ilusión que me hace poder conocerlo por fin. Después de tantos... meses. Parece mentira.

—Ya lo sé, mamá —dije poniendo la mano sobre la suya—. Pero con su trabajo es todo muy complicado. A duras penas puedo verlo yo...

Mamá dejó escapar un suspiro de felicidad.

—Qué bien poder estar todos juntos, ¿no? Quiero decir, cada uno con vuestra pareja, como las familias... normales —dijo, casi pasando por encima de la palabra, como si le diera demasiado respeto—: Magalí con Emma, John y Silvia, tú con Esbién...

No pude evitar una sonrisa. Desde el primer día, Sven es para mamá «Esbién», y lo pronuncia así, como quien anuncia una marca de detergente.

—En fin, ya veremos, mamá —dije—. De momento, lo importante es que mañana todo salga genial y no tengamos ninguna sorpresa de última hora, que ya sabes lo bien que se nos dan en esta familia.

Asintió, con una mueca de circunstancias, y soltó un suspiro por la nariz.

—Tienes toda la razón. —Se quedó pensativa un par de segundos y, cambiando el tono, como si de repente hubiera pasado a otro capítulo, dijo—: Oye, y con lo grande que es Rulfo, ¿no crees que debe de ir muy incómodo ahí detrás?

La de Rulfo y por qué lo llevo siempre en el maletero del coche es una discusión que mamá y yo hemos tenido cientos de veces. No le cabe en la cabeza que *su* Rulfo, que en realidad es mi perro pero ella lo trata desde el primer día

como al nieto que no ha tenido, no viaje en el asiento de atrás, como nosotros. Su «¿No ves la cara que pone de sufrimiento cuando te mira por esa reja de clausura que le has puesto?» es el comentario que nunca falta cuando vamos juntos en el coche.

No me molesté en responder.

—Acuérdate de ser puntual, por favor —terminé—. Ya sabes cómo se pone Silvia cuando te despistas con la hora.

Dijo que sí con la cabeza e hizo una mueca de fastidio.

—Ya lo he entendido, hijo, no seas pesado.

Luego sonrió y, cuando me dio un beso, mantuvo la mejilla pegada a la mía un instante más de lo habitual y susurró, casi como si hablara consigo misma:

—Estoy tan feliz por Emma...

Me aparté un poco para mirarla a los ojos, esos ojos de color indefinido que nunca han visto mucho y que ahora apenas ven, pero que todavía a veces se iluminan como si estuvieran llenos de luces pequeñas que, entre las sombras que los velan, los demás no alcanzamos a distinguir.

—Y yo, mamá.

Asintió despacio con la cabeza y bajó la vista.

—Qué nervios, ¿no? —dijo retorciéndose las manos y encogiéndose de hombros como una niña que conspira o que participa de un plan secreto en el que ha depositado todas sus ilusiones y también todos sus temores.

No supe qué decir. El comentario de mamá resumía todo lo que habíamos visto en ella desde que Emma y Magalí nos habían anunciado que se casaban y la vida, la nuestra, puso el foco en lo que estaba por llegar. En su caso, la noticia provocó una marejada de emociones que mezclaban ilusión, anticipación y, sobre todo, muchos nervios, unos nervios que apenas ha podido controlar en estas últimas semanas, preocupada en todo momento por que nada se tuerza. «Que no falle nada», la hemos oído repetir hasta la saciedad. «Que salga todo bien.» Y es que, desde la noticia de la boda, mamá ha sido una versión magnificada de lo que ya era, en lo bueno y en lo no tan bueno. Los despistes, la torpeza, las lagunas de memoria, la tensión y ese discurso entre cándido y surrealista que tanto descoloca a quien no la conoce y que para nosotros es la música que nos acompaña desde siempre se han multiplicado por cien a medida que se acercaba el día y ella, que no es tonta, ha ido asustándose cada vez más, exigiéndose lo que quizá ya no está en condiciones de ofrecer.

Mayor. Mamá está mayor, sobre todo desde el episodio del hospital. Y lo que la tiene así, la que realmente habla cuando repite a nadie en particular con una voz a la que le falta el aire «Por favor, que vaya todo bien» es la voz de su propia inseguridad. Y es precisamente esa inseguridad, ese temor a fallar, la que

la vuelve a su vez más torpe, más despistada, la que desorienta su discurso y también la que, cuando se siente pillada en falta, la obliga a mentir.

Cuando todo lo demás falla, cuando pierde las llaves de casa o el bolso, cuando se olvida a Shirley en el banco o se cae porque sale a comprar sin las gafas o se desorienta, cuando se equivoca de autobús y termina perdida en un barrio que no conoce y, aterrada, se gasta una millonada en un taxi porque cae en manos de algún desalmado que la estafa porque ve en esa mujer de pelo amarillo, piel casi transparente y ojos que casi no ven la presa perfecta para que le arregle el día... cuando la evidencia es demasiado acusadora y teme que descubramos lo que ya no sabe cómo ocultar, entonces miente. Miente porque para ella mentir es lo familiar, es lo que conoció primero. Para ella hubo una época en que mentir era sobrevivir, un tiempo que empezó demasiado pronto, cuando era apenas una niña y disimularse era imposible. Albina. Mamá nació tan blanca que la abuela Ester, cuando la vio, creyó que estaba muerta. «Era tan transparente que creí que había nacido sin sangre —me dijo una vez—. Tanto, que a tu abuelo le daba no sé qué cogerla en brazos. Imagínate en esa época. Qué sabía nadie lo que era una niña albina.» Mamá sí lo supo. Le tocó saberlo antes que nadie, porque aprendió a sentirlo en las miradas de quienes no eran los abuelos. Aprendió por descarte, sabiendo lo que no era: no era una niña guapa, ni popular, ni querida por las demás. No era igual que el resto. No veía, no tenía equilibrio, no podía tomar el sol. No, no, no...

Demasiados noes demasiado pronto.

«Albina.» «Fea.» «Rara.» «Cegata.»

Eso empezó en el colegio, pero ella nunca lo cuenta. Yo lo sé por la abuela, que tampoco hizo mucho para atajarlo porque «en aquellos tiempos los colegios eran lo que eran y las monjas educaban en la igualdad, no en lo diferente».

«Torpe.» «Tonta.» «¿Por qué eres tan blanca?» «Ojos de conejo.» «Canario.» «¿Estás enferma?» «¿Es contagioso?»

Mamá creció así, se crió así: aprendiendo a callar y a reírse de sí misma para que la risa ajena no doliera tanto. Callar para que no te vean, atenta siempre a no destacar. Tuvo que elegir a una edad en que nadie debería hacerlo y eligió mal, porque eligió intentar que la vida reparara en ella lo menos posible, que pasara de largo y no doliera. Tuvo que elegir una adolescencia encogida, sin chicos que quisieran invitarla al cine ni a bailar después. Una adolescencia literal: falta de. Después llegó papá y ya no hubo marcha atrás. Mamá vivió tan mal durante tantos años de matrimonio con él que ahora ya no sabe envejecer bien. Es tarde porque en el fondo se siente huérfana, aunque estemos nosotros para ver por ella, para recogerla cuando se cae, para protegerla de sí misma y de lo que todavía teme encontrar fuera.

Miente. Sigue mintiendo porque en el fondo los resortes son los mismos que cuando tuvo que elegir cómo sobrevivir a tanta hostilidad: mentir para que no la castiguen, para que no se rían de ella, de sus caídas, de ese pelo casi transparente que explica su fobia a las peluquerías y a los espejos de los ascensores, y esas cejas que no están porque nunca estuvieron, por mucho que esperó y esperó.

Pero la vida no perdona, ni siquiera a mamá, y dos semanas después de que Emma y Magalí nos anunciaran lo de su boda, nos sorprendió con un extraño requiebro que cada uno encajó e interpretó como pudo o como quiso cuando, por esos caprichos del destino y de la burocracia, resultó que el único sábado libre que quedaba disponible en el registro antes del verano para poder celebrar la boda era justamente hoy, y hoy es también el cumpleaños de mamá.

—Pues nada —dijo Silvia sin darle más importancia—. Boda y cumpleaños en un dos por uno y todo arreglado.

La lectura de mamá fue, cómo no, muy distinta.

—Es una señal —dijo, incrédula—. No sé de qué, pero es una señal. —Y luego, como ninguno dijo nada, ella, siempre dispuesta a llenar los silencios incómodos con lo que tiene más a mano, esbozó una sonrisa forzada que quiso ser cómplice y remató, encogiéndose de hombros—: O lo que surja.

A Magalí y Emma, la coincidencia de fechas les pareció perfecta, cosa más que previsible, porque si algo tienen las dos es precisamente esa capacidad compartida de hacer siempre fácil lo difícil, aun cuando *a priori* algo se presente como un inconveniente de complicada solución. Son de esa clase de mujeres que se adapta a todo con una naturalidad que los demás no tenemos y que Silvia no siempre encaja bien, porque para ella lo fácil es sospechoso y porque la mayoría de las veces lee en esa adaptabilidad de Emma una falta de compromiso —«falta de criterio», lo llama ella— que la crispa.

—Pues dejad que os diga que no hay dos sin tres —fue el comentario de tía Inés cuando le contamos lo de la coincidencia de fechas. Estábamos los cuatro en la terraza. Emma y Silvia querían fumar y habíamos aprovechado que mamá se estaba duchando para salir a que nos diera un poco el aire. Antes de seguir, se persignó discretamente y torció el gesto—. Lo de las coincidencias es así. No hay más que leer la Biblia: cuando hay dos, aparece siempre una tercera. Es como lo de los accidentes de avión. O peor, como lo de los programas de televisión basura donde esos sinvergüenzas se pasan el día haciendo porquerías delante del país entero.

El comentario no nos sorprendió. Esa clase de sentencias, expresadas así, en ese tono y con la expresión de circunspección que la acompañaba, son tía Inés en estado puro: silogismos que suelta sin filtro, como si los leyera en un almanaque

que se ha aprendido de memoria y del que echa mano cuando lo necesita. Lo curioso del caso es que no las suelta a destajo, ni tampoco son siempre tan funestas. Es como si de repente se conectara con algo que solo ella ve y que tiene que compartir, sea bueno o malo, porque lo vive como una verdad incuestionable, casi religiosa. Silvia me miró con cara de «ya estamos con tía Inés» y Emma y Magalí ni siquiera se dieron por enteradas. Pero ella, que confundió nuestro silencio con incompreensión, decidió explicarse mejor:

—Dos hitos coinciden en el tiempo y en el espacio no entre sí, sino para formar un hito nuevo que coincidirá con un tercero que se desvelará en su momento, normalmente de signo contrario —recitó de corrido. Comoquiera que ninguno de nosotros terminó de entender su explicación y ella debió de verlo en nuestras miradas, puntualizó—: o sea, que debemos estar preparados para una desgracia, ya os lo digo.

Enterramos el comentario de tía Inés en el baúl en el que desde hace tiempo asfixiamos sus sentencias, profecías y demás verdades y lo olvidamos en cuanto salimos de casa de mamá. A fin de cuentas, Emma y Magalí estaban demasiado felices con lo que se les venía encima para tenerlo en cuenta y, a Silvia, lo de celebrar boda y cumpleaños el mismo día le parecía una bendición. Así que no volvimos a mencionarlo y tía Inés, que a pesar de no ser realmente tía nuestra es prácticamente de la familia y nos conoce casi mejor que nosotros mismos, y que desde el minuto uno ya anunció que por motivos «que sin duda todos comprenderéis» —religiosos, fundamentalmente— prefería no ir a la boda e ir directamente al aperitivo, entendió que estaba predicando en el desierto y optó por dar su profecía por encajada para no volver a insistir en el tema. Tampoco ha habido en estos meses forma humana de convencerla para que cambie de opinión y venga a la ceremonia, por mucho que adore a Emma y que, como mamá, sienta auténtica debilidad por Magalí. Lo hemos intentado todos, echando mano de todas las estrategias imaginables, pero sin éxito. «Rezaré por vosotras desde casa», ha sido lo único que hemos podido sacarle. Y también: «Pero al aperitivo sí que iré, faltaría más. Una cosa es el... “acto” propiamente dicho y la otra es el convite. Así, de paso, superviso un poco que todo esté en orden, que nunca está de más».

De pronto, en el rellano de la escalera, la voz de mamá me devolvió a lo más concreto.

—Después de todo por lo que ha pasado, Emma se lo merece tanto... —dijo.

Asentí. A punto estuve de decirle que sí, que Emma y también los demás, y que íbamos a tener una boda y un cumpleaños para recordar, pero no lo hice. No sé por qué, quizá por el tono de voz de mamá o por esa forma de hablar que sonó

casi a invocación, me acordé durante una fracción de segundo de las funestas palabras que tía Inés había compartido con nosotros en la terraza y las sentí físicamente, sentí el peso del mensaje a mi alrededor como una sombra. No duró. Mamá volvía a hablar.

—Y Mariví —decía—, es tan... tan... tan para Emma...

A mi espalda, la puerta deslizante del ascensor se abrió con un zumbido metálico que provocó un ladrido estridente y entrecortado de Shirley desde el salón del apartamento.

—Magalí, mamá —la corregí—. Es Ma-ga-lí, no Mariví.

Mamá torció un poco la boca e hizo un gesto con la mano que a cualquiera que no la conozca le habría dicho poco, pero que nosotros llevamos años leyendo bien. Es el de: «Lo que tú digas, cielo».

—Ay, hijo, y eso qué importa. Magalí, Mariví... qué manía tenéis tus hermanas y tú con lo de los nombres. —No me molesté en contestar, porque sabía lo que venía a continuación—: Lo importante no es cómo se llame, sino que Maga... lí se va a casar con tu hermana. —Y enseguida añadió entre dientes—: Qué más dará cómo se llame la criatura.

—Ya, mamá, pero es que en medio año creo que has tenido tiempo suficiente para aprenderte su nombre, ¿no te parece? —No pude evitar regañarla—. A lo mejor, aprovechando que mañana se casa con tu hija, podrías hacer un pequeño esfuerzo y tener el detalle de llamarla Magalí, aunque sea solo una vez.

Nuevo mohín de niña pequeña.

—Sí, cielo, lo que tú digas —respondió con una voz suspirada de madre paciente—. Pero ahora eso es lo de menos. Lo que cuenta es que Mala... bueno, la chica es un sol, y mañana todo va a salir empoderadamente, ya verás. —Luego bajó los ojos y guardó silencio durante un par de segundos. Y añadió, casi a regañadientes—: Si no fuera por estos malditos nervios que me tienen loca, y la emoción, y... en fin... —Casi me pareció que se le quebraba la voz. Sentí que se me comprimía la garganta y estuve a punto de disculparme, pero una vez más fue una falsa alarma. De repente, mamá miró su reloj, se lo acercó a los ojos hasta casi pegárselo a la cara y, como si acabara de acordarse de que tenía algo en el fuego, se llevó la mano al pecho y saltó—: ¡Ay, Dios! ¡El programa!

La vi tan angustiada, el cambio de tono y de tercio fue tan brusco, que sentí que se me atascaba el aire en la garganta.

—¿Qué pasa? ¿Qué programa?

Volvió a pegarse la esfera del reloj a la cara para asegurarse de que la hora era efectivamente la que creía que era.

—¿Cómo que qué programa? ¡El de los vecinos americanos, hijo!

No la entendí. En un gesto de curiosidad automático recorrí con la vista las

puertas del rellano, buscando en ellas algún signo que me diera una pista. En vano.

—Mamá, ¿qué dices? ¿Qué vecinos?

Me miró como si yo ya no estuviera allí y negó con la cabeza.

—¡El de «El asesino es su vecino»! ¡Es que hoy iban a matar a la gordita de los helados! —dijo alzando la voz, que resonó en el rellano casi como un grito de socorro. Y enseguida—: Te dejo, hijo. Mañana nos vemos, ¿vale?

Y así, sin más, dio media vuelta y se metió a toda prisa en casa, cerrando la puerta de golpe.

Minutos más tarde, cuando acababa de subir al coche y estaba a punto de arrancar, me sonó el móvil. Era tía Inés. No sé por qué, pero al ver su nombre y su foto en la pantalla sentí un pequeño pellizco en el esternón y a punto estuve de no contestar. Después de pensarlo un poco, apagué el motor y respondí.

—Hola, Fer —dijo. Nada más. Solo ese «Hola, Fer», que quedó colgando en el aire como un borrón y que, por el tono de voz, no parecía augurar nada bueno. Pasaron un par de segundos de silencio, entreverados con un bocinazo que llegó desde algún punto de la calle a mi espalda, hasta que ella volvió a hablar—. ¿Podrías venir a casa? —La pregunta me pilló tan por sorpresa que no supe reaccionar. Ella se dio cuenta—. Ha ocurrido algo —añadió con esa voz contraída y áspera que usa cuando habla de las cosas que le cuestan. Sentí de nuevo el pellizco en el pecho y pensé: «la coincidencia», y en cuanto lo pensé entendí que en cierto modo, aunque hubiera estado intentando convencerme de lo contrario, la sombra de esa tercera coincidencia que tía Inés había anunciado en la terraza de mamá meses atrás había dejado una impronta en algún rincón de mis coordenadas que yo no había llegado a descartar del todo. Me sorprendió que no me sorprendiera, es cierto, pero solo entendí su gravedad, el peso real de lo que auguraba, cuando, antes de colgar y de anunciarme que Emma, Magalí y Silvia iban de camino, tía Inés me ordenó desde el otro lado de la línea:

—Ni una palabra a tu madre, Fer.

Cuando quise preguntar, ella ya había colgado.

—A mí me va a dar algo.

A mi lado, Silvia expulsa el humo del cigarrillo por la nariz como un dragón y tiene la mandíbula casi tan apretada como la mano de nudillos blanqueados con la que se agarra a la barandilla de las escaleras. Si no la conociera, creería que la furia que la habita es solo eso, una rabia cruda contra mamá por torturarnos con esta espera con la que no contábamos y que, afortunadamente, desde que Silvia se medica, aparece cada vez menos y de un modo controlado que todos agradecemos. Pero son muchos años de hermana mayor y sé que lo que ocultan los nudillos blanqueados y la expresión contraída es otra cosa. A la sombra de la contención discurre, silenciado, el miedo, el mismo que no la abandona desde que hace poco más de un año mamá nos dio el primer susto y pasamos en vela una noche en el hospital creyendo que no lo contaba. La rabia de Silvia no es tanto contra mamá como contra la vida: una preocupación que la descontrola y, ante todo y por encima de todo, sufrimiento. Silvia sufre por mamá como no lo hacemos Emma ni yo, porque desde que pasó lo del hospital vive pensando en el «y si»: «¿Y si le pasa algo? ¿Y si no llegamos a tiempo? ¿Y si se pierde? ¿Y si la perdemos?». Catastrófica. A pesar de que las cosas han mejorado mucho desde que tía Inés vuelve a estar y la tensión parece más repartida, la Silvia que vigila a mamá es la que no puede asumirse sin ella, la que cada vez que mamá falla, cada vez que asoma la Amalia que, queramos o no, está mucho más cerca del final que del principio, se desmiembra por dentro, aterrada, viéndose huérfana por anticipado. No, lo suyo no es solo furia. Es angustia e intolerancia al dolor de una ausencia que no ha llegado aún, pero cuyos primeros coletazos, aunque muy leves y esporádicos, nos han visitado ya.

Detrás de nosotros, en alto, la puerta de cristal del registro civil. Delante, a nuestros pies, las escaleras desembocan en la fuente de la plaza, en la que un grupo de indigentes fuman y beben con los pies dentro del agua, peleándose y gritando cosas en una lengua que debe de ser la nuestra pero que no entendemos. Al fondo, la campana grabada de la iglesia da la una y, segundos después, en cuanto el eco metálico se disuelve bajo el runrún del escaso tráfico, Silvia suelta una maldición entre dientes, saca el móvil y vuelve a llamar a mamá por enésima vez.



—Si es que lo sabía —refunfuña, lanzándome una mirada desmembrada—. Te dije que lo mejor era que pasáramos a buscarla. —Y mientras espera que suene el tono de llamada, añade en voz baja—: Desde luego, entre lo de tía Inés, lo de John y ahora mamá, no podíamos haber empezado mejor el fin de semana.

«Lo de John.» Por un momento me sorprende el comentario, no tanto por el comentario en sí, sino por la importancia que «lo de John» parece tener ahora para ella, cuando hace apenas unas horas no fue esa la impresión que nos dio. Anoche, reunidos los cuatro en casa de tía Inés, John la llamó desde Miami para decirle que había perdido el vuelo de conexión y que, como la compañía no había podido encontrarle plaza en otro hasta al cabo de veinticuatro horas e iba a perderse la boda y prácticamente el fin de semana entero, había decidido que no le merecía la pena tanto trasiego y que volaría directamente a Ámsterdam, donde lo esperan para unas jornadas de ahora no recuerdo qué. Silvia no pareció demasiado afectada. De hecho, prácticamente ni se inmutó. En el momento no nos extrañó su reacción, en primer lugar, porque tía Inés acababa de soltarnos la noticia para la que nos había reunido de urgencia en su casa y estábamos todos demasiado noqueados intentando asimilarla y decidiendo qué hacer con lo que acabábamos de oír, y, en segundo lugar, porque lo de John se ha convertido casi en un clásico. De hecho, desde su último ascenso, viaja tanto que prácticamente no contamos con él para las celebraciones familiares porque no hay forma de hacerlas coincidir con su agenda. En cualquier caso, Silvia parece vivir esas ausencias con una normalidad que, aunque la hemos comentado entre nosotros, nos cuidamos muy mucho de cuestionar con ella porque sabemos que es terreno pantanoso y que llevamos las de perder. En las contadas ocasiones en que, por lo que sea, ha bajado la guardia y se le ha escapado alguna queja contra John, enseguida ha reulado y ha salvado los muebles con uno de esos tópicos que no dicen nada y que disimulan aún menos, como «en fin, John es así» o «quién me manda a mí juntarme con un sabio loco, ¿no?», que no dan aire para más y que vienen a decir: «John es mío, es mi tema. John no se toca». Y es que cuando se trata de él, de su relación con él, de ese binomio cerrado Silvia-John que los demás vemos desde la barrera porque ya hace tiempo que Silvia decidió cambiar la contraseña de acceso al archivo «Pareja» y no seguir compartiéndolo con nosotros, Silvia es otra. Literalmente. Aparece entonces una Silvia empequeñecida, impostada, como esas niñas que se aprenden las lecciones de memoria y que las recitan cantando cuando les preguntan, pero que, en cuanto falla una coma o una palabra, se desmoronan y no saben cómo continuar. Conocen la música, pero no entienden el texto.

Al otro lado de la línea salta, cómo no, el contestador de mamá.

Silvia me mira con cara de «dame un segundo para que respire antes de

decir algo de lo que vaya a arrepentirme» y abre el bolso, saca un blíster manoseado que manipula con dedos rígidos y se mete una pastilla debajo de la lengua. Luego respira hondo un par de veces, cierra los ojos y relaja los hombros. Ahora dirige su enfado en igual medida hacia mamá y hacia mí, y no puedo evitar la sensación de que, en la parte que me toca, lleva razón. Anoche, cuando salimos de casa de tía Inés, me advirtió que lo mejor era que pasara a buscar a mamá y que la trajera en el taxi conmigo, es verdad, pero como cuando esta mañana he hablado con ella para felicitarla la he visto tan segura y tan centrada, me ha parecido que no hacía falta.

Debería haberlo imaginado.

—Pues no podemos esperar más —dice, negando despacio con la cabeza y metiéndose el móvil en el bolso—. Ya están todos dentro.

Aunque sé que tiene razón, la simple posibilidad de que mamá pueda perderse la boda de Emma me supera. Y no por mí, sino porque sé que para ella sería un trago demasiado amargo, un fallo que no se perdonaría.

—Mejor sube tú —le digo—. Yo la esperaré unos minutos más, no vaya a ser que justo ahora aparezca y no sepa encontrarnos.

Silvia, que ya está a un par de metros por encima de mí, se para al oírme y responde sin volverse, con una voz más dulcificada:

—Como quieras.

En cuanto la veo desaparecer por la doble puerta de cristal del edificio, vuelvo a sentarme en el escalón. Hace un día espléndido, uno de esos días de primavera que huele a verano y a la sal de mar que sube desde el puerto y que entrevera una brisa impregnada de cosas que, respiradas, llenan los pulmones de recuerdos que tienen que ver con estas calles, con este mar y con esta luz, y aunque no todos los recuerdos son buenos, todos pesan, todos vuelven y siguen respondiendo, atentos, cuando un olor, una sombra o un color tocan la tecla adecuada, y un fogonazo de pasado resucita desde lo oscuro. Sentado en la piedra húmeda de la escalera, veo la iglesia al fondo y a la derecha la calle que circunda la plaza, con sus edificios antiguos reconvertidos en sedes de multinacionales y en hoteles, el rectorado de la universidad y un par más de edificios oficiales. A este lado, los borrachos siguen a lo suyo, enzarzados en su pelea particular, hasta que uno de ellos, el mayor, se mete directamente en la fuente a hacer sus necesidades al tiempo que un grupo de elegantes turistas japoneses los sortea con cara de no verlos. Miran hacia arriba: fachadas, ventanas, adornos, retazos del cielo añil de esta ciudad cada vez menos reconocible y más universal, intentando impregnarse de lo que no agrede, del pasado incorporado a lo que somos ahora y que quizá se convierta con el tiempo en un buen recuerdo, quién sabe.

De pronto, mientras los borrachos y los turistas siguen cada uno a lo suyo, entre las voces que vienen y van con la brisa y los recuerdos que la habitan se cuele la voz áspera y menuda de la abuela Ester, y en cuanto la reconozco no puedo evitar una sonrisa que la añoranza mata casi antes de dejar que nazca. Su frase, una de las muchas que le oíamos repetir al final, cuando la cordura, los años y las ganas habían empezado a separarse de ella dejándola navegar a la deriva hacia la despedida, chispea de pronto en la pantalla vacía de mi mente, acercándome a ella y a lo que fue para mí con todo el peso de su acierto: «A fin de cuentas, la vida no es mucho más que los lugares y las personas que frecuentamos», decía. «Eso y también las coincidencias. Lástima que cuando lo entendemos ya somos demasiado viejos y queda poco por frecuentar.» Eso decía y eso es lo que vuelvo a oír aquí, de espaldas a la misma puerta de cristal del registro que crucé hace unos años cuando, poco antes de que papá y mamá se divorciaran, y harta de las perrerías de él, Silvia decidió cambiarse de orden los apellidos y me pidió que la acompañara. Recuerdo que cuando salimos con la gestión ya hecha, había empezado a llover y ella lloraba en silencio, triste y encogida. Tiempo después me diría que lo de cambiarse los apellidos es como desordenarte por dentro, como si de repente alguien cogiera tu diario, le cambiara el orden de las páginas y cortara las fotos por la mitad, construyendo con los restos fotos nuevas que tienes que aprender a reconocer porque, si no lo haces, es como si te hubieras quedado sin nada. «Con esto —había dicho, llevándose la mano al plexo—. Reconocerlas con esto.»

«Los lugares frecuentados nos hacen también quienes somos», decía la abuela. Y me asombra y me compunge a la vez la idea de que uno de esos lugares, en esta familia, sea precisamente esta escalera y este edificio, que el tiempo me haya ido trayendo aquí periódicamente desde que papá decidió dejar de estar para oficializar los cambios que, poco a poco, lo han ido alejando definitivamente de mamá y de nosotros tres. Aquí vine con Emma a confirmar que, meses después de divorciarse de mamá, papá se había casado sin avisarnos con su nueva mujer, y aquí también tocó venir cuando murió la abuela. Y hoy, también toca hoy, aunque con esta visita ninguno de nosotros contábamos, esta no estaba en nuestras quinielas, ni siquiera cuando hace poco más de medio año, después de un tiempo en que la balsa familiar navegaba sin demasiadas zozobras ni novedades, disfrutando de una marea poco profunda y sin amenazas claras, el azar o lo que toca nos trajo a Magalí. Como ya ocurriera un año antes con la inesperada reaparición de tía Inés en la vida de mamá tras una larga ausencia que a la postre resultó ocultar una verdad que nadie habría podido sospechar, Magalí cambió el presente con su llegada, pero sobre todo nos empujó sin saberlo a visitar algunas páginas de un pasado común que seguramente frecuentamos

mal en su momento, o quizá demasiado deprisa. O quizá simplemente no nos detuvimos a leer la letra pequeña porque teníamos suficiente con vivir.

Lo sorprendente, lo que a día de hoy sigue maravillándome, es que aunque el destino nos demuestre una y otra vez que juega siempre con las cartas marcadas y que lo nuestro, lo único realmente nuestro, es pasar, nos empeñamos en querer olvidarlo porque vivir con eso, sabiendo que el destino gana sí o sí y que lo único que importa es jugar, sería vivir en el descuento, nacer perdiendo, y eso no. Visto desde ahora, entiendo que el antes y el después de Magalí para nosotros no fue el día que Emma y ella se conocieron y, sin saberlo, ella empezó a engranarse en la particular mecánica que une a esta pequeña familia desde que papá desapareció y aprovechamos su hueco para compactarnos más. No. El antes y el después de Magalí, el instante exacto en que el círculo de fuego que somos los cuatro que navegamos sobre este río de la vida en familia se abrió a lo que no es nuestra sangre y confió en que el destino sería benigno a pesar de jugar con la manga llena de ases, fue el día que mamá y ella se conocieron.

Esa tarde entendimos que Magalí había llegado para quedarse.

Mamá y Magalí.

Ellas han sido la sorpresa.

Quién nos lo iba a decir.

### 3

Lo de Emma y Magalí empezó —y sé que, aunque no lo reconocerían, a la abuela y a tía Inés les encantaría oírme formularlo así— con una coincidencia en la que, por mucho que ahora ella se empeñe en negarlo, tuvo mucho que ver la mano de Silvia. Fue a finales del verano pasado, el segundo o tercer fin de semana de septiembre, no lo recuerdo con exactitud. Emma pasó un par de días en una especie de granja / *ashram* / comunidad vegana a la que había ido a parar casi por carambola. El retiro fue un regalo de Silvia, que había heredado el cupón-regalo de estancia en el centro de manos de una cliente que no podía aprovecharlo. Al parecer, según nos contaron después, Emma y Magalí coincidieron en la mesa del desayuno la mañana del sábado y de allí pasaron juntas a la clase de yoga terapéutico, a la de preparación de postres bioenergéticos, a la de masajes ayurvédicos y no sé qué mandangas más. En cualquier caso —como no tardó en apuntar Silvia en cuanto nos quedamos solos ella y yo—, aunque Emma y Magalí no tuvieron ocasión de hablar prácticamente nada durante las cuarenta y ocho horas que pasaron juntas en el centro, porque una de las premisas del retiro era la meditación silenciosa, «mucho falta no parece que les haya hecho. Lo de hablar, digo». La cuestión es que pasaron juntas los dos días hasta que el domingo por la noche el retiro tocó a su fin y llegó el momento de retomar rutina, semana y vidas propias.

Entonces empezó lo demás.

Pocos días después de ese fin de semana rodeada de varas de incienso, tatamis y rábanos crudos, Emma era otra. Integralmente. La Emma que vimos aparecer en la cafetería estaba radiante, sospechosamente radiante. En cuanto se sentó, repartió sobre nosotros esa mirada iluminada que conocemos bien y que la experiencia nos ha enseñado a temer aún más, y durante los diez minutos que tardó en levantarse para ir al baño, siete de los cuales estuvieron dedicados a contestar los mensajes de WhatsApp que tintineaban en cascada en su móvil y que ella recibía como si le estuvieran cantando un bingo tras otro desde el otro lado de la conversación, no dejó de sonreír en ningún momento, atenta a nada y concentrada únicamente en un algo que nosotros no veíamos y que ella parecía captar allí donde fijaba la vista. Cuando se agachó para recoger el paquete de tabaco de liar que se le había caído al suelo, el aire pareció vibrar a su alrededor.

—Está eléctrica —siseó Silvia en cuanto la vimos desaparecer por la escalera que bajaba a los lavabos. Tenía razón. «Eléctrica» era la palabra y eléctrica es en Emma sinónimo de «enamorada». Silvia puso los ojos en blanco y negó con la cabeza—. O los *harekrishnas* de la granja la han inflado a base de bizcocho de marihuana o ha conocido a alguna —sentenció—. Verás.

Tuve que darle la razón. El halo de felicidad con el que Emma había desembarcado en la cafetería era, sin duda, un neón rojo en el que parpadeaba en mayúsculas un único mensaje: «HOLA, ME LLAMO EMMA Y TRAIGO MALAS NOTICIAS».

—Crucemos los dedos para que sea lo de la marihuana —dije, intentando ponerle un poco de humor a la que se nos venía encima y, por qué no, invocando ese improbable 0,07 por ciento de buena suerte que Silvia recibió con una mueca de «cállate, anda» mientras veíamos volver a Emma con el teléfono pegado a la oreja y una cara de júbilo tan exagerada que no dejó lugar a dudas. «Ay, Dios — fue lo primero que pensé—. A ver cómo se lo toma mamá.»

No tardamos en saberlo.

—Quién sabe. A lo mejor esta es normal —fue su respuesta cuando por la noche la llamé para contárselo. Me sorprendió su reacción, sobre todo cuando ella ha sido siempre la primera en ir lamentándose por las esquinas cada vez que la mala suerte nos ha regalado una nueva novia para Emma. Aunque, todo sea dicho, no le han faltado motivos. Desde su última relación seria —una banquera divorciada de nombre Olga con la que, tras varios años de convivencia, a punto estuvo de convertirse en, según palabras de mamá, «madre compartida» y cuya desaparición celebramos con cava a escondidas de Emma como si nos hubiera tocado uno de esos premios que te regalan con el café malo y te asegura un sueldo de por vida—, el recorrido que Emma ha tenido con las mujeres hasta la aparición de Magalí ha sido, por decirlo finamente, horrendo. Ciertamente es que después de su separación de Olga quedó tan tocada y hundida que, en un destello de sensatez, decidió que había llegado la hora de replantearse las cosas, darse un respiro y dedicarse íntegramente a ella misma. Durante un par de años vivió prácticamente recluida en la casona de la montaña que había comprado a medias con Olga con intención de convertirla en casa rural, volvió a dar sus clases en el instituto, empezó una terapia semanal con una psicóloga que le buscó Silvia y tuvo un par de intentos de ser madre soltera que no cuajaron. Durante ese paréntesis hubo paz y pudimos respirar tranquilos, dedicada ella a su rutina, a su huerto y a sus animales, y aliviados nosotros, viéndola tranquila y fuera de peligro.

Pero, como mamá, Emma es de procesos cortos y la paz duró lo que duró.

—La psicóloga me ha dicho que quizá debería empezar a salir un poco —

nos dijo un día mientras tomábamos algo a la salida del cine. Lo dijo con la boca pequeña y rehuyéndonos la mirada—. Conocer a gente. No sé... relacionarme —añadió. Aunque con cautela, en ese momento entendimos y aprobamos la iniciativa. «Relacionarse» sonaba bien. Sonaba a «amigas, deporte, actividades, compartir...». Sonaba a grupo, a una Emma más expansiva, más preparada para lo de fuera. Quizá incluso escarmentada. Tras dos años de vida monacal, llevaba demasiado tiempo sola, apartada de todo y de todos en la vieja casona, y convinimos en que un cambio le sentaría bien. Y eso fue lo que hizo: relacionarse. Al poco se unió a un grupo de *singles* que quedaban con cierta frecuencia para caminar, hacer deporte, salir de vacaciones... en fin, esas cosas. Y «esas cosas» estuvieron bien y fueron motivo de alegría familiar hasta que tardaron poco en traer consigo otras que, en el caso de Emma, estuvieron menos bien y anunciaron varios nombres que estuvieron aún peor: Ariana, Eva, Lola, Lucía y una larga lista cuya existencia Emma nos ahorró y cuyo currículum personal tuvo a mamá muy preocupada y a Silvia, en varias ocasiones, al borde del colapso. El desfile de errores empezó a ser tan completo y tan evidente, que hasta la propia Emma se dio cuenta y, una vez más, puso el freno y decidió parar.

—Es que no sé elegir bien —reconoció con esa voz triste de la Emma más endeble que esconde un segundo mensaje en el que los que la conocemos sabemos leer: «No hago nada bien». A punto estuve de mentir para consolarla y decirle que no, que no era verdad, que lo de las relaciones no siempre lo elige uno, pero tía Inés se me adelantó.

—Sí, hija. En eso llevas razón —sentenció. Luego añadió, dirigiéndose a nadie en particular, aunque deteniendo durante una fracción de segundo la mirada en mamá y después en Silvia—: aunque, si te sirve de consuelo, somos legión. —Mamá levantó la cabeza en cuanto oyó la palabra «legión». Una pregunta chispeó en sus ojos, pero no hubo tiempo para tanto—. Y no creas que tiene que ver con el hecho de que seas... así —dijo, haciendo un gesto con la mano con el que señaló a Emma y que supuestamente debía aportar algún matiz aclaratorio a sus palabras, aunque no surtió el efecto esperado—. Bueno, ya me entiendes. —Disimulé una sonrisa. Ese «así», articulado desde las rígidas coordenadas de sintonía ultracreyente en las que se mueve tía Inés, quiere decir «lesbiana»—. Ahí tienes a Gonzalo, sin ir más lejos —añadió, bajando la voz—. El pobre no pudo elegir peor. —Gonzalo es su hijo. Tía Inés lo venera tanto como aborrece a Norah, su nuera, a la que, por distintos motivos, con el tiempo ha convertido en el blanco de todos sus odios.

Sea como fuere, Emma decidió renunciar definitivamente a sus intentos de «conocer mujeres» y volvió a sus clases, a su huerto y a sus excursiones de fin de semana con el grupo de amigas menos peligrosas y durante un tiempo

volvimos a respirar tranquilos.

Hasta el día en que apareció eléctrica en la cafetería y, por la noche, al otro lado del teléfono, mamá me soltó sin pizca de convencimiento ese «A lo mejor esta es normal» que quedó suspendido en el silencio de la línea durante unos segundos y desapareció de nuestro horizonte como uno de esos mensajes de propaganda barata que se deslizan en verano por el cielo en un día de playa, arrastrados por una avioneta que vemos pasar sobre nuestras cabezas y que nadie lee.

—Puede ser —le dije.

—¿Sí? —preguntó, animándose de pronto—. ¿Qué os ha contado Emma?

—Nada. Lo del fin de semana en la granja de los yoguis y que «se están conociendo» —respondí—. Ah, y que se ríen mucho juntas. Eso también.

—Ah, pues eso es muy importante —dijo, como si pensara en voz alta—. Ya lo creo. La risa une mucho. Fíjate que cuando yo era pequeña tuve un amiguito, Martín, que de mayor quería ser mago. Bueno, lo que quería ser era bailarina o mujer barbuda, pero le daba tanta vergüenza que se burlaran de él que decía que quería ser mago. Y me hacía reír tanto... éramos como uña y diente. Siempre juntos. Ah, Martín era un niño muy especial.

Aparté el auricular para que no me oyera reírme por lo de «uña y diente» y estuve tentado de corregirla, pero opté por no hacerlo. A fin de cuentas, esa clase de *tuneos* son parte de lo que es mamá y sé por experiencia que tampoco habría servido de nada.

—¿Y qué pasó? —le pregunté por fin.

—¿Qué pasó? —dijo—. ¿Cuándo?

—Con Martín, mamá.

—Ah. Pues nada —respondió, como si no entendiera a qué venía la pregunta—. O sea, no fuimos novios ni nada. Uy, qué va. Pero ¿no te he dicho que quería ser la mujer barbuda? —Se quedó callada unos segundos, supuse que concentrada en la tele, pero de repente añadió—: Bueno, sí. Al final creo que se hizo evangelista. O evangelita. Cómo se dice, hijo, que siempre los confundo. Los que cantan con el micrófono y se dan latigazos y luego dejan el dinero en la cestita para quitarse de las drogas.

Como de costumbre, mamá intentaba jugar al despiste. Nunca se le ha dado bien enfrentar las situaciones en crudo y si, además, resulta que la situación afecta directamente a cualquiera de nosotros, hay que atarla muy corto para devolverla a lo que importa.

—Silvia y yo hemos pensado que deberíamos conocer a Magalí, mamá.

Silencio. Un ruido como de algo que se rasgaba. Plástico.

—¿Ma-ga-lín? —preguntó con voz de sorpresa—. Qué nombre tan... raro,



¿no? —Y luego—: ¿Es filipina?

—No, mamá, ¿cómo va a ser filipina? —salté, empezando a crisparme. De repente tuve que recular—. Bueno, la verdad es que no lo sé, pero no lo creo.

—A lo mejor es ilegal y quiere a tu hermana por los papeles. Eso lo hacen mucho las de la Polinesia.

—Mamá, no digas chorradas. Además qué tiene que ver Filipinas con la Polinesia.

—O igual es india —saltó, sin escucharme—. ¡Claro! ¿No se llama así la diosa esa que parece un ciempiés tumbado con las patitas para arriba?

«Dios mío», pensé, entrando en la cocina para prepararme un vaso de leche caliente.

—Mamá, concéntrate: Silvia y yo hemos pensado que deberíamos conocerla, y cuanto antes. Así no nos pasará lo de siempre. Quizá podríamos organizar un encuentro. Nada formal. Un ratito, un primer contacto, para que veamos más o menos lo que hay y no nos encontremos luego con una sorpresa.

—Ah, pues sí. Me parece muy buena idea —dijo. La oí meterse algo en la boca y masticar. Una galleta—. Cuando terminéis, me llamas y me cuentas, ¿vale?

Me tomé un par de tragos de leche antes de volver a hablar.

—No, mamá. Cuando digo «podríamos» quiero decir todos, tú también.

Silencio. De fondo, voces, chillidos. Alguien gritaba «¡Llamen a la policía, le ha cortado el brazo con el hacha de tío Emery!» en el televisor de mamá.

—¿Yo?

—Sí.

—No puedo.

—¿Ah, no? ¿Y se puede saber por qué?

—Porque no hablo inglés. Y me da vergüenza —respondió con voz de niña enfurruñada—. Ya viste lo que pasó el día que conocí a la madre de John.

Durante una fracción de segundo me visitaron un par de fragmentos de algunos de los momentos estelares que nos había regalado mamá la tarde que organizó una merienda en honor de su consuegra Hermione, que, recién aterrizada de Pensilvania, no hablaba una palabra de español y que tuvo que soportar, muda y sonriente, tres horas de cháchara nerviosa y desbocada de mamá que, según dijo después, terriblemente ofendida: «Podíais haberme dicho que no me entendía. Eso no se le hace a una madre». Por supuesto, Hermione no ha vuelto desde entonces a pisar Barcelona, ni creo que vaya a hacerlo.

—Mamá, Magalí no habla inglés.

Un bufido desde el otro lado.

—Peor me lo pones. Porque filipino sí que no. Ya lo que me faltaba —dijo

—. Y si ella habla filipino, a saber lo que hablará su madre.

Me mordí el labio, intentando contener la risa. A veces, cuando la oigo hablar así, razonar así, me arrepiento de no haberme tomado nunca la molestia de aprender a grabar conversaciones con el móvil.

—Mamá, déjate de tonterías. Magalí habla español.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho Emma —mentí—. Es española.

Mamá no dijo nada durante unos segundos. Oí voces y música y alguien que anunciaba un yogur milagroso.

—¿Qué tal te iría el sábado? —insistí.

Silencio. La imaginé tumbada en la cama, con Shirley roncando entre las piernas, cogiendo otra galleta del paquete con la mirada clavada en la pantalla del televisor y el teléfono sujeto contra la oreja con el hombro mientras intentaba inventar una excusa creíble para poder saltarse lo del sábado. No le di tiempo.

—¿Te parece si organizamos una merienda?

Silencio.

—Podríamos comprar sándwiches de queso con aguacate y cruasanes de chocolate en la pastelería de la plaza. Y un poquito de cava rosado, del que te gusta.

Silencio.

—Y, bueno... a lo mejor una caja de *marron glacé* tampoco estaría de más.

El crujido de la galleta se detuvo en seco.

—¿El sábado? —dijo con una emoción en la voz que segundos antes no había estado allí—. Hum, podría ser, sí. Creo que a las siete tengo manicura, pero bueno, tampoco es que me corra tanta prisa.

Quise recordarle que desde que yo la conozco no ha ido nunca a hacerse la manicura, pero preferí no entrar en una nueva guerra.

—Perfecto, mamá. A las siete entonces.

Antes de colgar, se apresuró a decir:

—Oye, Fer.

—¿Sí?

—Lo del *marron glacé*...

—Dime.

—¿Podría ser una caja de doce?

Sonreí. Mamá es tan previsible para sus cosas...

—¿No será mucho?

—No creo —respondió con voz de madre concienzuda—. Es que... a ver si con la de seis nos vamos a quedar cortos.

Quise decir algo, pero cerré la boca por temor a que me oyera reírme. Al

ver que yo no hablaba, añadió:  
—Estaría feo, ¿no?

## 4

En la plaza, los borrachos celebran a gritos que una mujer se ha unido al grupo y ahora bailan a su alrededor entre risas, babas y *bricks* de vino barato. La danza dura poco, exactamente hasta que por la esquina aparece un coche blanco y azul de la guardia urbana y despacio se acerca a la fuente, interrumpiendo la fiesta.

—¿Todavía no ha llegado?

La voz de Emma me llega por la espalda, devolviéndome de golpe al aquí más inmediato. Cuando me vuelvo, la veo de pie en el escalón de encima, también con la vista en la fuente. Enseguida me mira, me pone la mano en el hombro y lo aprieta con suavidad. Luego sonrío, intentando tranquilizarme. Sí, la sonrisa sigue ahí: aparece y desaparece como un faro pequeño, cada vez más parte de la nueva Emma desde que llegó Magalí y, sobre todo, desde el famoso sábado de presentaciones en casa de mamá. Es como si, de pronto, tras años bregando por encontrar la buena compañía, después de tropezar, levantarse, tropezar de nuevo, volver a levantarse y seguir enredada en esa agónica dinámica que ni ella ni nosotros creíamos que lograría cambiar, la vida se hubiera acordado de ella y ella se lo agradeciera así, con esa sonrisa que no sabe contener, tan parecida a la de la abuela y en la que todos nos sentimos incluidos, porque en Emma hay siempre espacio para todos. Su sonrisa es un buen lugar donde confluír, una pequeña señal de que algo hemos hecho bien, de que la balsa no se hunde, y en ella nos miramos ahora, como si en parte fuera también obra nuestra, como si con su felicidad, con esa alegría que por fin vemos que desprende en lo que hace y en cómo lo hace, se nos estuviera recompensando por algo, premiando por algo.

—¿Qué haces aquí fuera? —le digo, cayendo de pronto en la cuenta de que son casi y diez y ya debería de estar empezando la ceremonia.

—Todavía están casando a los del turno anterior —responde—. Una de las secretarias nos ha dicho que han tenido un problema con el papeleo y llevan bastante retraso, así que hemos decidido salir.

Me inclino a un lado para poder mirar hacia lo alto de la escalera y constato que, efectivamente, a izquierda y derecha de la doble puerta de cristal se han formado dos grupos que fuman y charlan al sol. El de la izquierda, el más numeroso, y también el más ruidoso, es el de las amigas de Emma, en el que

distingo también a Silvia. Hablan, fuman, se ríen. El de la izquierda, más silencioso, está compuesto solo por tres personas: Magalí y una pareja de chicas.

—Con un poco de suerte, seguro que aparece antes de que empiece —digo.

Emma baja el escalón y se sienta a mi lado. Estoy a punto de decirle que no, que el escalón está húmedo y que se va a ensuciar el traje, pero sé que eso a ella le trae sin cuidado.

—Quién sabe por dónde andará —dice con cara de preocupación. Le contesto encogiendo los hombros y ella baja la mirada. Luego, quitándose despacio un pelo de la chaqueta de ante, añade en voz baja, como si hablara consigo misma—: Qué ganas tengo de quitarme esta... cosa y ponerme el chándal y las zapatillas de deporte.

Nos reímos. Lo del traje para la boda ha sido, desde que Emma y Magalí nos convocaron para anunciarnos que se casaban, una auténtica pesadilla que a punto ha estado de terminar peor de lo que empezó. Y todo porque Emma, que solamente tiene un par de vaqueros, dos anoraks y un armario lleno de ropa de deporte que incluye chándales, botas de montaña, bastones de marcha nórdica, cientos de camisetas deformadas de «a un euro», sujetadores deportivos, pantalones cortos de gimnasia y un revoltillo de calcetines blancos y negros de algodón que compra a peso en el mercadillo de un pueblo cercano a la casona, cometió, en un arrebato de desesperación, el gran error de pedirnos ayuda.

—No sé ni por dónde empezar —reconoció, visiblemente angustiada.

Estábamos en la terraza cubierta de uno de los chiringuitos de la playa. Justo en ese momento, mamá, que seguía todavía en *shock* por la noticia de la boda, con los ojos brillantes a causa de las lágrimas de emoción que no había vertido mientras los demás hablábamos prácticamente a la vez, ávidos de saber y de participar de la alegría de Emma y Magalí, dijo muy seria, poniendo su mano en la mía y mirando con cara de consternación a Emma:

—Pero... si queréis casaros por la iglesia no podrá ser, porque tu hermano es gay.

Nos miramos. Silvia parpadeó, procesando lo que acababa de oír y mamá, que no es tonta, entendió que había dicho algo que quizá no procedía y quiso arreglarlo.

—Bueno, pero no solo por eso. Dice tu tía Inés que lo de las parroquias de Barcelona es peor que lo de los hospitales. Hay listas de espera de hasta dos años. —Luego frunció el ceño, se lamió el chocolate de la tarta Sacher de la uña y añadió con cara de duda—: O a lo mejor era para los divorcios, ahora no me acuerdo muy bien.

Silvia puso los ojos en blanco, se terminó el cortado de un sorbo y retomó el tema del traje de boda de Emma con un decidido:

—No te preocupes. Yo me encargo.

Y eso fue exactamente lo que hizo: encargarse. Tres días más tarde apareció en casa de mamá con un montón de bolsas llenas de ropa, zapatos y complementos de primeras marcas, préstamo de Lucia, una amiga napolitana medio chiflada que trabaja de *personal shopper* para millonarias árabes que aterrizan de turismo de compras en la ciudad con sus maridos, y que Emma miró como si acabara de recibir una invitación a una despedida de soltera de esas con limusina y orejitas de conejo incluidas.

Lo que vimos materializarse del interior de esas bolsas durante la siguiente media hora sería difícil de describir. Lo importante es que la tortura que se anunciaba para mamá y para mí terminó pronto, exactamente con el primer intento. Poco después de que Silvia y ella se encerraran en el baño, Emma reapareció en el salón de mamá con una especie de vestido rosa palo de cuello blanco, collar de perlas, medias blancas, manolitas rosas con un poco de tacón cuadrado y hebilla dorada y una cosa en la cabeza de color blanco que, según anunció Silvia, era lo último de lo último, pero que parecía un gato persa sin rabo. La vimos entrar caminando sobre los tacones bajos de madera como si en vez de zapatos se hubiera calzado unos patines en línea, incapaz de levantar la vista del suelo.

Mamá y yo la miramos, estupefactos. Silvia, que acababa de entrar detrás de ella, confundió nuestra perplejidad con admiración.

—¿A que está ideal? —dijo encantada—. Ahora solo falta maquillarte un poco y, bueno... supongo que irás a la peluquería.

No respondimos enseguida. Emma seguía agarrada a la estantería con las dos manos y no tenía cara de sentirse demasiado estupenda. Mamá la miró de arriba abajo con los ojos entornados.

—¿Lo que lleva en la cabeza está muerto? —preguntó por fin.

Silvia se tensó.

—Lo que lleva en la cabeza es un Dior de cuatrocientos euros, mamá. — Luego, acercándose a Emma, dijo, intentando tranquilizarla—: No le hagas caso. Estás guapísima, de verdad.

Emma fue a decir algo, pero mamá se le adelantó.

—Se la ve muy cómoda, eso sí. —Bajé la cabeza, esforzándome por no soltar una carcajada, pero mamá no había terminado y seguía estudiando a Emma sin perder detalle de lo poco que veía—. Hum... Se parece un poco a la señora Doubtfire pero en joven y con menos... culito.

Silvia la miró como si acabaran de tirarle una colilla a los pies.

—¿Qué?

—Sí, hija. El abuelito de la película que es un señor guapo pero que se

disfrazada de institutriz gorda para poder ver a sus niños. Es que es mejor que no se queden solos y se droguen con pegamento americano de San Francisco mientras la madre trabaja todo el rato en la tele. ¿Te acuerdas? —Y luego añadió, bajando un poco la voz—: Creo que después el actor se suicidó.

Silvia puso los ojos en blanco, cogió a Emma de la mano y dijo:

—Se acabó el desfile.

Así fue. No hubo más apariciones. Emma y Silvia se encerraron en el cuarto de mamá y un buen rato más tarde salieron con el estilismo hecho y guardado en una bolsa. Silvia estaba encantada. La cara de Emma, sin embargo, era menos expresiva. Parecía agotada.

—Por lo menos me he librado de los tacones —fue todo lo que dijo cuando Silvia pasó al baño antes de irse y mamá quiso saber.

Así que cuando Emma dice «esta cosa», se refiere a un traje de chaqueta de ante, camisa rosa y una especie de zapatillas de deporte / botines de piel y pañuelo también rosa al cuello. Se la ve muy bien, a pesar de que, sonrisa aparte, parece exhausta. Es la mirada. Hoy hay poca luz en su mirada.

—A lo mejor habría que ir a buscarla —dice, sacándose un cigarrillo de liar del bolsillo de la chaqueta. Se refiere a mamá—. ¿No le habrá pasado algo?

Gritos en la plaza. Un borracho se enfrenta a un agente. Se oye una voz metálica que responde por el teléfono del policía.

—No —le digo, poniéndole la mano en la rodilla—. Ya sabes cómo es. Se habrá entretenido con alguna de sus cosas, o se habrá dejado el móvil en casa, o... cualquiera sabe. Pero llegará. Seguro.

—Es que... —empieza. Se interrumpe para encenderse el cigarrillo y dice, como si le diera vergüenza—: Yo sin mamá no me puedo casar.

Sonríe. Esa es Emma. Ese «yo sin mamá no me puedo casar», dicho así, con esa voz y esa mirada, es Emma en estado puro.

—Claro que no —intento tranquilizarla—. No te preocupes. Mamá siempre parece que no llega, pero al final no sé cómo se lo monta, pero lo consigue.

—Ya. —Enciende el cigarrillo y se quita con los dedos un resto de tabaco de la boca. No decimos nada durante unos segundos—. ¿Has podido hablar con Sven? —pregunta sin mirarme.

—Esta mañana.

—¿Te ha dicho si llegará al aperitivo o irá directamente al molino?

—No lo sabe todavía. Están localizando cerca de Soria, en unos pueblos de la sierra de... de no sé qué. De momento, no han encontrado lo que buscan, así que...

—Ya.

Pasan unos instantes de silencio hasta que vuelve a hablar.

—Oye.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Qué?

—¿Tú crees que lo que decidimos anoche está bien? —Me tomo unos segundos para responder, pero no hace falta. Antes de dejarme hablar, casi como si se hubiera arrepentido de haber hecho la pregunta, añade—: Es que no sé, es tan... fuerte y... bueno, no he pegado ojo en toda la noche.

Estoy a punto decirle que yo tampoco y que, conociéndola, lo más probable es que Silvia no lo haya pasado mejor que nosotros, pero Emma no me mira.

—Me siento tan rara... —dice—. No por la noticia. —Se interrumpe unos segundos, como si no tuviera demasiado claro lo que siente—. O bueno, sí, la verdad es que sí. Por la noticia también. Pero sobre todo por mamá.

—Ya.

—¿De verdad crees que hacemos bien no diciéndoselo? —vuelve a la carga—. ¿Y si... y si se entera por alguien más?

Niego con la cabeza.

—No hay nadie más —le digo, intentando tranquilizarla—. De eso no tenemos que preocuparnos.

—Ya, pero es que es decidir por ella en algo tan... arriesgado... —dice—. ¿Y si nos estamos equivocando?

Bajo la mirada. Las palabras de Emma son las mismas que llevo repitiéndome desde que anoche dejé a Silvia en su casa y me quedé solo con la forma y el contenido de lo que había ocurrido durante las dos horas anteriores en casa de tía Inés. Noqueados. Todos, tía Inés incluida. La tercera coincidencia era la que menos podríamos haber imaginado y así nos llegó, como un chorro de barro que al principio, antes de hacer frente común en el salón de tía Inés, nos encapsuló a cada uno en lo más íntimo, aislándonos en un desconcierto personal que durante unos minutos no supimos compartir. Luego llegaron muchas preguntas, que rápidamente pusieron el foco en mamá y en cómo protegerla, en cómo defenderla de sí misma. Hablábamos todos a la vez, preguntando uno, dando respuestas los otros: «Será mejor que no sepa nada, por lo menos de momento». «¿Os parece lo más justo? Me refiero a que no sé si yo, en su lugar, preferiría saberlo. Todos tenemos derecho a saberlo.» «¿Y en qué crees que puede beneficiarla? Ahora que por fin está bien, que vuelve más o menos a ser la de antes, no podemos arriesgarnos. Yo voto por no decírselo.» Eso fue el principio. Después, ya más tranquilos, empezamos a considerar las cosas con más calma y cada uno pudo decir lo que pensaba, pero no tanto desde el impacto y el descoloque personal, sino pensando en el grupo, en lo mejor para mamá y sobre todo en el cómo. ¿Cómo ocultarle algo así, una verdad que la afectaba tan



íntimamente, tan en lo vital, y no sentir que de algún modo la dejábamos fuera de lo que somos? ¿Cómo mentirle a una madre sobre lo que le pertenece? Invaldarla. Esa era la palabra que circulaba, silenciada, entre nosotros. Excluir a mamá de ese modo, aislándola de una información de tal calibre, era lo mismo que invalidarla, que considerarla «no apta» para asumir una noticia que, efectivamente, en su caso, tenía todos los visos de resultar invalidante. «No debe saberlo —sentenció tía Inés—. Ni ahora ni nunca.» «Pero ¿y si llegara a enterarse? —preguntó Emma—. Será peor si se entera por otro. Peor para ella, y también para nosotros.»

Seguimos discutiendo hasta bien entrada la noche. Al final, rendidos y tristes, decidimos que no le diríamos nada, al menos durante estos días, y que la semana que viene volveríamos a hablarlo con calma, así cada uno habría tenido tiempo de pensarlo tranquilamente.

Después llevé a Silvia a casa en coche. Justo antes de bajarse, se volvió y dijo: «Saberlo no la va a ayudar a vivir mejor. Al contrario. Creo que es lo más acertado, aunque no lo decida ella».

A mi lado, Emma espera una respuesta que yo no puedo darle, porque aún ahora sigo debatiéndome entre lo que está bien, lo que creo que mamá merece y lo que temo que podría ocurrirle si supiera la verdad. Y en el fondo me siento mal, doblemente mal. La noticia de anoche es, en mi caso, doble mentira, aunque ellas no lo sepan, y desde que dejé a Silvia en casa me cuesta pensar con claridad, diferenciar la mentira acordada y la mía. «En algún momento se enterarán», me repite desde anoche una y otra vez una voz que suena demasiado parecida a la de la abuela Ester. «Siempre terminamos por enterarnos de lo que menos nos conviene.»

—Si mamá se entera le haremos daño, Fer. Y yo no quiero.

Sé que Emma tiene razón y que la voz que ha estado martilleándome la cabeza durante la noche también, pero a la vez sé que no es el mejor momento para hablar de esto aquí, sentados en este escalón. Si seguimos, si nos adentramos en la senda de la culpa, la mentira y lo que está bien y mal, tengo miedo de bajar la guardia y contarle algo que desde hace meses no sé cómo contar, porque tendría que haberlo hecho en cuanto ocurrió y decidí mal: pensé que, tal y como estaban las cosas, lo mejor era esperar un poco a que mamá se hubiera puesto mejor y no torcer algo que por fin parecía estar encaminado y que para todas ellas —para mamá, Emma y Silvia— era un paso de gigante, «un antes y un después de Fer» que llevaban mucho tiempo esperando. Tengo miedo de esta intimidad con Emma, porque el día es el que es y porque, conociéndola, sé que en ella puedo confiar, que he podido hacerlo siempre y que con su complicidad esto que ya no sé cómo contar porque se me ha hecho tarde, habría

sido más fácil y habría dolido menos. Y, de repente, se me ocurre que no hay peor mentira que la innecesaria, porque al final ni siquiera le sirve al que la usa, mientras a unos metros de nosotros los borrachos de la plaza se encaran con los agentes y por la puerta de cristal del edificio empieza a salir un grupo de gente que, a juzgar por las caras, las risas y los gritos, deben de ser los invitados del turno anterior que ya han terminado. Sigo viéndolos salir durante unos segundos hasta que por fin aparecen los novios y, en ese preciso instante, la mano de Emma se cierra sobre mi rodilla y, al tiempo que me aprieta levemente con los dedos, la oigo murmurar:

—Dios mío.

Cuando sigo la dirección de su mirada, voy a dar contra una furgoneta blanca destartalada que acaba de detenerse en mitad de la calle, a la derecha de donde estamos sentados. La furgoneta no tendría nada de especial si no fuera porque el conductor, un tipo delgado, pelo oxigenado, pendientes de esos que te agrandan los lóbulos de las orejas como los de las mujeres de las tribus africanas que aparecen en los documentales de la 2 y un porro apagado colgando entre los labios, rodea tranquilamente el vehículo por delante y abre la puerta del pasajero, por donde asoma en este momento una figura que, a pesar de la distancia, enseguida nos resulta familiar.

Cuando el tipo prácticamente la coge en brazos y la deposita en la acera, la figura, que lleva agarrado una especie de bolso de piel, saca con la mano que tiene libre lo que deben de ser unas monedas del bolsillo de la chaqueta y se las ofrece al hombre, que las rechaza y se echa a reír. Ella insiste y él vuelve a negarse. Luego, al ver que no va a salirse con la suya, lo coge por el hombro y le da dos besos. El hombre sonríe, vuelve a rodear el vehículo, se enciende el porro, le da una calada monumental, tose, sube al asiento de un salto y arranca el motor, saliendo despedido a toda velocidad calle arriba y dejando tras de sí una humareda negra y a la figura varada en mitad de la acera, como una de esas inocentes turistas mayores que, recién llegadas a una ciudad que no conocen, se toman su tiempo para orientarse, intentando descubrir dónde está la puerta del hotel que supuestamente tendrían que tener delante y que no termina de aparecer.

—Es mamá —murmura Emma.

Sí, es mamá, y lo que carga bajo el brazo y habíamos tomado por un bolso de piel no es otra que Shirley, a la que lleva envuelta en uno de esos abrigos horribles de felpa escocesa con mensajes en inglés escritos con brillantes de plástico tipo «*Love me, mummy*» o «*I am your best friend*» y que compra en eso que ella llama el «Chino vip», un chino que además de todo lo que ofrece un chino, vende ropa «de importación» por un máximo de diez euros la pieza.

—Pero... —empieza Emma a mi lado, dejando caer el cigarrillo al suelo.

Durante unos segundos, la escena se congela y con ella la mirada de los que la contemplamos, a medio camino entre el asombro y la incredulidad. Pero eso dura lo que dura, y la escena vuelve de pronto a la vida, ahora a cámara lenta, cuando la figura recorre la plaza con la vista hasta que los ojos entornados de mamá, cubiertos por la mano que tiene libre a modo de visera, se detienen en la escalera y, tras estudiarla un instante, cruza la calle sin mirar, llevándose un chorro de insultos en algo que suena a sueco de parte de un ciclista rubio con carrito de niño y pareja de galgos corriendo al lado, y se plantifica al pie de la escalera con una sonrisa en la que hay alivio, confusión y tensión a partes iguales y que enseguida reemplaza por una mueca de disculpa que de tan exagerada resulta casi cómica.

—Ay, menos mal que llegamos a tiempo —dice, arrugando la frente y negando despacio con la cabeza. Luego, como no decimos nada, porque lo que ven nuestros ojos nos impide articular palabra, suelta un suspiro en el que se mezclan agotamiento y alivio—: Cuando os cuente lo que me ha pasado, no os lo vais a creer...

—Todavía no me creo que la hayan dejado pasar —dice Emma, bajando la voz y echando una mirada fugaz a los dos guardias de seguridad que, desde el detector de metales, siguen sin quitarle ojo a mamá. Ya casi hemos llegado a la puerta de la sala y Silvia y ella caminan del brazo a un par de metros detrás de nosotros. Mamá sonrío, feliz, con la cabeza todavía salpicada de pequeños restos blancos y rosas, ajena a las miradas que convoca a su paso y olvidada ya la escena que acabamos de vivir fuera. Estamos dentro y ha llegado a tiempo a la boda. Para ella eso es ahora lo único que importa. «No he fallado», dice la expresión encantada con la que va mirándolo todo a su paso. El brazo de Silvia en el suyo así se lo confirma, a pesar de que hace unos minutos, cuando ha cruzado la calle y se ha plantado como lo ha hecho al pie de las escaleras, la situación y la tensión a punto han estado de superarnos, echándolo todo a perder.

Pero mamá es una superviviente y hoy, como en tantas otras ocasiones, la suerte ha querido darle un respiro, porque justo en ese paréntesis de silencio, cuando iba a empezar a hablar desde la acera, la pareja de recién casados del turno que acababa de terminar en el registro ha pasado junto a Emma y junto a mí entre una salva de gritos y risas en dirección a la calle y desde las manos del puñado de invitados que los acompañaban han empezado a llover flores y granos de arroz sobre ellos, cubriéndolos con una cortina de pétalos y de granos blancos que les caían encima, y también sobre mamá —y sobre Shirley— como un chorro de color, salpicándola de amarillo, naranja y violeta mientras ella sonreía, feliz como una niña, apretando a Shirley contra su cuello.

Desde el escalón donde estábamos sentados, Emma y yo seguíamos la escena en silencio, incapaces de reaccionar. En realidad, han sido apenas unos segundos, pero ver así a mamá, disfrutando como lo hacía del momento y de la pequeña lluvia de flores y arroz que ella miraba intentando entender la escena, nos ha vaciado de golpe de toda la angustia y los nervios que llevábamos acumulados desde que su retraso había empezado a inquietarnos. «Qué felicidad —he pensado, respirando hondo—. Y qué bien verla así. Tan recuperada.» Eso es lo que iba a decirle a Emma cuando ella se ha vuelto a mirarme y justo en ese instante un grito que quería ser contenido pero que ha sonado desafinado ha roto el encanto de la escena desde lo alto de la escalera. De pronto, lo inmediato ha

vuelto a ser más aquí y el ahora más preciso.

—¿Ma... má?

En la acera, mamá ha levantado la vista y al ver a Silvia que la miraba, perpleja, desde la puerta del registro, ha sonreído al tiempo que saludaba tímidamente con la mano que tenía libre.

—Yuju... —ha dicho con un hilo de voz—. Hola, cielo.

—Pero... —ha empezado Silvia, que, a juzgar por el timbre, el temblor en la voz y la falta de aire no parecía alcanzar a procesar lo que estaba viendo—. ¿Se puede saber dónde narices te habías metido?

Al pie de la escalera, Shirley se ha puesto a ladrar en cuanto ha oído a Silvia, intentando deshacerse del abrazo osuno de mamá para poder subir a saludar, pero mamá se ha aferrado a ella como a un escudo.

—Ay, hija. Cuando te cuente... —ha respondido rápidamente, lanzándome una mirada de socorro que yo he fingido no ver. Lo que Silvia contemplaba desde lo alto de la escalera era la misma foto fija que contemplábamos también Emma y yo y todos los que en ese momento ocupábamos las escaleras: un chándal de color indefinido que mamá usa para todo —esto es, para dormir, estar en casa y sacar a pasear a Shirley— y que le asomaba por debajo de un plumífero blanco que en su día heredó de mí y que ha vivido jornadas y años mucho mejores pero que para ella es como la manta para Linus. Y luego estaba el pelo: un nido de rizos amarillos sin peinar, pegados a la cabeza en la zona de la coronilla, que la brisa alborotaba a su antojo, aunque no del todo, porque lo llevaba más o menos recogido con la cinta elástica de una marca de supermercados que usa para no manchárselo cuando se da las cremas de la cara.

Ha habido unos segundos de silencio, solo interrumpidos por la voz metálica y amortiguada que crepitaba en el *walkie* de uno de los agentes y por el rítmico taconeo de los zapatos de Silvia al bajar la escalera mientras mamá se recolocaba a Shirley bajo el brazo. Al hacerlo, se le ha subido el plumífero, dejando a la vista esos Crocs negros que compró hace tres semanas, vía Emma, en Wallapop por quince euros y que Silvia metió en lejía en cuanto pudo echarles mano. Ha sido entonces, en el momento exacto en que los Crocs han quedado del todo a la vista, cuando a nuestro lado el taconeo ha cesado de golpe y, un instante después, la versión más constreñida de la voz de Silvia ha articulado por fin algo que ha sonado más o menos así:

—Pero, mamá...

Mamá ha parpadeado y ha tragado saliva.

—Sí, hija. Ya lo sé —la hemos oído balbucear con cara de terror—. Es que cuando te cuente... —Y antes de que Silvia pudiera decir nada más se ha apresurado a añadir, estrujando aún más contra el plumífero a Shirley, que ha

respondido con una especie de grito y un gruñido—: Ay, cielo, venimos totalmente... empotradas.

En el escalón, he intentado contener la risa y casi lo he conseguido, pero en cuanto me ha oído, Emma no ha podido reprimir la suya y entonces ha sido ya un no poder parar, porque la risa contagiosa de Emma, esta risa nueva que desde hace un tiempo le ocupa el cuerpo entero, a mí me puede, y más en una situación de nervios y alivio como la que hemos vivido ahí fuera. Y es que desde que está feliz, la risa de Emma es otra. Antes se reía en silencio, como si la risa y ella fueran dos y cruzaran caminos muy de vez en cuando, como pequeños contactos eléctricos que no duraban. Ahora, en cambio, se ríe como mamá y como lo hacía también la abuela Ester, con esa risa contagiosa que le sube desde el estómago, agitándole el aire en los pulmones y que, desgraciadamente, yo no he heredado. Al pie de la escalera, mamá, que se temía la que se le venía encima, ha aprovechado la coyuntura para tirar millas.

—Estamos vivas de milagro —ha asegurado, dándole un beso a Shirley entre los ojos.

Al oírla, Silvia se ha tensado un grado más y la vena de la frente ha empezado a palparle. Respiraba por la boca, como si le faltara aire y mamá, al ver que nadie decía nada, ha cogido carrerilla:

—Shirley no ha parado de rascarse en toda la noche —ha dicho, negando con la cabeza—. Y claro, yo no he pegado ojo. Por la mañana, he visto que tenía una picadura, ya sabes, como una heridita, pero roja. Y enseguida le ha dado la alergia y ha empezado a rascarse más y más, y a hincharse, pero a hincharse de verdad. Bueno, tú no sabes. En media hora se ha puesto como un... ¡Como un dragón! Y, tal como estábamos, la he cogido en brazos y hemos bajado corriendo al veterinario. Menos mal, porque en cuanto Miguel la ha visto, se ha puesto blanco y me ha dicho «no sé si la salvaremos, Amalia», y yo me he desmayado, bueno, un poco, o sea, que he sentido como una opresión aquí, en la pituitaria, pero un poco más hacia el cogote, y me he dicho: «Esto es el fin». Entonces Miguel le ha puesto una inyección de Usurpa... de Uzbequis... bueno, ya sabes, lo de las alergias, y he tenido que esperar un rato que a mí se me ha hecho eterno, pero claro, como he salido así, con lo puesto, pues no podía llamaros porque no llevaba el móvil, ni las llaves, ni nada y, ay, no sabes qué angustia... Menos mal que había un chico a mi lado en la sala que estaba esperando a que le devolvieran al gato, bueno, al gato-gato no, porque el pobrecito se había muerto y se lo estaban envolviendo, y el hombre salía a fumar bastante por la pena, claro, porque una cosa es que te envuelvan un regalo y otra que te envuelvan lo que queda de tu gato, y cuando me ha visto tan... así, me ha preguntado si necesitaba ayuda, y al principio le he dicho que no, gracias, porque como tú

siempre me has dicho que mejor diga que no a todo antes de consultaros, pues yo que no, y entonces él me ha contado lo de su gato y a mí me ha dado una pena, el pobre, tan solo, soltero y sin hijos ni nada con casi cuarenta años como Fer... y mientras esperábamos le he contado que se casaba mi hija, pero no por la iglesia porque mi otro hijo es gay y no les dejan, pero que qué más da, y que estaba muy angustiada porque ya eran más de las doce y media y la boda empezaba a la una y yo sin vestir ni nada, y Shirley que no se deshinchaba... pero si hasta Miguel ha tenido que atarla a la camilla con la correa porque estaba tan infladita que se le han puesto los ojos así, para fuera, y con la panza llena de granitos negros, y gorda, gordísima, bueno, ni te imaginas... Menos mal que al final todo ha quedado en un susto, gracias a Dios y a Rolando, el pobre chico del gato muerto, que resulta que tenía la furgoneta de reparto aparcada al lado del veterinario y se ha ofrecido a traerme. Ah, ese chico es un cielo. «Claro que la llevo», me ha dicho. «Además, tengo que pasar a comprar tabaco.» Y, bueno, dicho y hecho. Hemos pasado por la casa de su amigo, que vive aquí al ladito y se llama Mohamed, y aunque no tiene un estanco porque como es estanquero autónomo tiene la tienda en casa, le ha vendido el tabaco en bolsas de supermercado, y total, que aquí estamos.

—Mamá... —la ha cortado Silvia, que durante toda la cháchara había ido bajando hasta llegar casi a la acera.

Mamá ha parpadeado y ha sonreído, aunque la sonrisa se ha quedado en una especie de cara de circunstancias que, de haber estado subtitulada, habría podido leerse así: «Prepárate, Amalia, porque la que te va a caer ahora es una de esas broncas de Silvia que te van a dejar nueva».

—Hija, es que... —ha empezado con la voz encogida.

Silvia se ha detenido entonces en el primer escalón y, sin dejar de respirar hondo, ha clavado la mirada en ella. Durante los segundos siguientes, lo que Emma y yo hemos visto desde arriba en el plano más cercano han sido los hombros de Silvia subiendo y bajando al ritmo alterado de su respiración como dos piezas negras de un mecanismo perfecto en su ritmo: arriba y abajo, arriba y abajo... Silvia respiraba en silencio y, unos metros por detrás de ella, nosotros conteníamos el aliento, expectantes, mientras, en un segundo plano, mamá esperaba con los hombros encogidos, hecha un ovillo de desconfianza. Durante unos segundos, Emma y yo nos hemos temido lo peor, hasta que por fin los hombros de Silvia han dejado de rodar sobre sus ejes y por lo que ha ocurrido a continuación hemos entendido que lo que debe de haber visto desde su escalón era lo mismo que estábamos viendo nosotros desde más arriba, porque esa es una mirada que compartimos los tres desde que papá se marchó y nos hicimos fuertes alrededor de mamá. De pronto, todo —la plaza, la calle, la brisa y el

runrún del tráfico— no estaba, era apenas un fundido a negro que se ha llevado con él toda la luz, el ruido y el brillo que rodeaba a mamá. A nuestros ojos, a los de los tres, la que estaba plantada en la calle con su plumífero, con Shirley y su cinta en el pelo era la Amalia que miente: el discurso descalabrado sin aire, los ojos que deambulaban entre los nuestros buscando el mejor punto de luz, la sonrisa que estaba pero que no era... signos todos ellos que delataban a la Amalia que subyace debajo de la que intenta ser cuando ha fallado y tiene miedo de que la descubran y llegue ese castigo que, a base de repeticiones, a base de vivirlo durante más de cuarenta años a diario de la mano de papá, considera en el fondo merecido.

Por fin, los hombros de Silvia han subido por última vez y han bajado despacio hasta separarse del todo del cuello, relajados. Sin darse cuenta, Emma me ha puesto la mano en la rodilla y la he oído sacar el aire por la nariz. No ha hecho falta decir nada, ni siquiera mirarnos. La historia real, si mamá se hubiera atrevido a contarla, habría sido muy corta: «Me he entretenido escuchando la radio y, cuando me he dado cuenta, he visto que todavía no había sacado a Shirley desde ayer por la tarde, así que antes de meterme en la ducha, he bajado a darle un paseo rápido para que hiciera pipí y con las prisas me he dejado el bolso dentro, con las llaves y el móvil».

Lo demás era fácil de imaginar.

Esa es la Amalia que ha visto Silvia y la que hemos visto también nosotros en la expresión angustiada que mamá había aderezado con una de sus mil historias inventadas para darse un poco de cojín, y esa es también la que, atónita, ha visto cómo Silvia bajaba a la acera, se acercaba a ella y, con una voz extrañamente serena en la que solo había lugar para el alivio, le decía:

—Pero mamá, ¿cómo se te ocurre salir a la calle sin calcetines? ¿No ves que te vas a resfriar?

Mamá ha parpadeado, incapaz de entender lo que sucedía. Tan preparada estaba para intentar defenderse de la furia de Silvia que se ha quedado donde estaba, inmóvil, encogida contra Shirley, hasta que de pronto ha bajado la mirada hacia sus Crocs, ha despegado el pie derecho del suelo y ha movido la punta a derecha e izquierda, como intentando ganar tiempo.

—Es que... —ha dicho con un hilo de voz sin levantar la cabeza— con las prisas, me he olvidado de ponérmelos...

A mi lado Emma también ha bajado la cabeza y yo he tragado saliva. A pesar de la gente, de la calle y de la vida que seguía transcurriendo a nuestro alrededor, de pronto estábamos solo los cuatro, envasados al vacío en nuestra propia escena, ajenos a todo lo que estuviera más allá de la red que rápidamente habíamos extendido bajo los pies de mamá, asegurándole una caída indolora, si



la había, al vacío desde su cable de funámbula.

Pero no ha hecho falta red.

Mientras mamá seguía con el pie en alto y la mirada clavada en la punta desgastada del zueco de plástico, Silvia se ha adelantado un poco más, se ha puesto a su lado y, ofreciéndole el brazo para que se agarrara a él, le ha dicho, como si por un segundo la madre fuera ella:

—Ven, agárrate. No te vayas a caer.

Y despacio, han empezado a subir, uno a uno, los escalones hacia la puerta del registro.

## 6

—¿Tú crees que vendrá?

A mi lado, mamá me mira con cara de estar deseando con todas sus fuerzas que mi respuesta sea un «sí». Su pregunta mezcla ilusión y timidez, como la de una niña que quiere saber y no se atreve a pedir porque intuye lo peor. Y es que entiende tan bien como yo que lo más probable es que las cosas sigan como están y no haya un cambio de última hora que obre el milagro. «Puede, mamá», estoy a punto de mentirle, pero ella, que enseguida ha decidido que prefiere no oír mi respuesta, recorre la sala con la vista, entrecerrando los ojos para enfocar mejor, antes de depositar a Shirley en la silla vacía que tiene a su izquierda y darle un par de palmaditas en la cabeza. Cuando se vuelve hacia mí y ve mi expresión de extrañeza, sonrío.

—Es para reservarla —dice—. Por si al final viene. No vaya a ser que se siente alguien y se quede sin silla.

Sonrío y le aprieto el hombro con la mano porque, viendo el mar de sillas vacías que nos rodea y que ya nadie va a ocupar, su gesto me contrae un poco la garganta. Luego recorro también yo la habitación con la vista. Es un espacio cuadrado de paredes blancas y techo alto, amplio y frío. Dos grandes ventanas dan a la plaza. Filas de sillas. Una mesa en la parte delantera. «Una fábrica de bodas», diría la abuela. Hemos llegado hace nada. En cuanto hemos dejado a Magalí y a Emma en el pasillo con Silvia, y mamá se ha tomado unos segundos para inspeccionar cómo estaban colocados los invitados —aunque debería decir «las invitadas», porque no hay ningún otro hombre a la vista—, ha frenado en seco y, tras unos segundos de duda, ha echado a andar hacia la primera fila de la derecha.

—Por aquí, Fer —ha dicho tirando de mí con suavidad. Al principio he intentado retenerla para aclararle que quienes venimos de la parte de Emma tenemos reservadas las sillas de la mitad izquierda de la sala, la más cercana a la puerta, y que a nosotros, como familia, nos corresponde la primera fila, pero en cuanto he vuelto la vista hacia la parte contraria, lo he entendido. Tal y como llevaba temiéndose desde el anuncio de la boda, mamá acababa de ver confirmadas sus peores sospechas: salvo por la pareja de amigas que han venido de la parte de Magalí, el lado derecho de la sala estaba vacío. Solo ellas dos.

Nadie más. Ni familia, ni amigos... nada. Desde donde estábamos, el bloque de sillas vacías era un espectáculo desolador y mamá, que ya venía con las defensas en alto, no ha tardado ni un segundo en decidir que nuestro sitio estaba con la minoría, así que hacia aquí es donde hemos venido.

A decir verdad, este escenario, el de las sillas vacías de Magalí, se acerca muy mucho al espejo fiel de lo que ella es y que ya oímos resumido en boca de mamá el día de la famosa merienda que, caja de *marron glacé* mediante, mamá finalmente accedió a celebrar al poco de que Magalí y Emma se conocieran. «Una chica muy necesitada de cariño —dijo—. Se la ve tan... huerfanita...», añadió en cuanto Emma y ella se marcharon y nos quedamos charlando un rato Silvia, ella y yo. Aunque el tiempo no ha tardado en demostrar que el comentario no podía estar más cerca de la realidad, mentiría si dijera que había tristeza en el modo en que mamá lo dejó caer. No, no era tristeza. Mamá lo soltó como el principio de un enunciado cuya segunda parte, que ella silenció, era: «Y yo pienso darle todo el que necesite y más. Puedes estar seguro». En otras palabras, mamá vio en Magalí una misión, una de las muchas oportunidades que ella atrae como un imán por donde pisa y que tienen un objetivo común: salvar almas solas, desprotegidas o vulnerables en las que ella se ve reflejada y con las que empatiza hasta grados impensables de confusión y chifladura. «Pobrecita. Seguro que algo se puede hacer por ella.» Esa es una de las frases preferidas de mamá y es también la que en más líos la ha metido desde que papá no la protege de esa parte de sí misma que nos lleva de cabeza a todos. Si, por casualidad, durante uno de sus paseos con Shirley, pasa junto a alguien que pide sentado en la calle, mamá se para y le pregunta si puede hacer algo por él o por ella. Eso, cuando lo pregunta. Cuando no, puede reaparecer al rato con una bolsa llena de comida y, por poner un ejemplo cualquiera, un gorro y una bufanda «para el frío», una sudadera, una camiseta, un tazón o una manta de viaje, todos con el logo de una de las películas que en ese momento me ha tocado doblar y de la que normalmente siempre recibo alguna muestra de *merchandising* que mamá no tarda en aprovechar. El problema es que les compra las cosas que ella comería si estuviera en su lugar, a saber: donuts, barras de chocolate, yogures de crema catalana, una botella de Coca-Cola Zero, galletas de agua y comida húmeda para Shirley... por no hablar de los modelos de gorras, bolis, toallas y demás que suelen también caer en el lote. Tía Inés, que también es de la cofradía de las caritativas —aunque ella se dedica más a repartir condones y bocadillos por las noches en la furgoneta de la parroquia a las prostitutas y a los travestis que operan en un descampado cerca de una de las bocanas del puerto—, dice que, por lo menos, viendo las bolsas de comida intacta que desechan los indigentes del barrio y los complementos con carteles de películas que llevan puestos es

fácil saber por dónde ha pasado mamá.

En fin, que el pequeño mar de sillas vacías que nos rodea es la incuestionable radiografía de una personalidad, de una intimidad, de una vida y un modo de vivirla que el paso de los meses ha ido poco a poco perfilando y que la tarde que Emma nos presentó a Magalí ninguno de nosotros habría podido imaginar.

Ese día, el de la merienda, mamá estaba especialmente nerviosa. Cuando hablé con ella por la mañana para comprobar que lo tenía todo controlado, la noté más dispersa y atribulada de lo que suele ser habitual en ella. Ansiosa. Eso era. Se la comía la ansiedad.

—Ay, Fer, yo no sé si es una buena idea —dijo por fin, con la voz temblorosa—. Ya sabes que a mí estas cosas no se me dan bien.

—No es verdad, mamá —dije, intentando quitarle importancia a la gravedad con la que ella vivía lo que estaba por venir.

—Sí que lo es —insistió—. Acuérdate de la última vez.

Preferí no hacerlo. Sabía que si tiraba de memoria, probablemente tendría que darle la razón.

—Todo va a salir bien, ya verás —dije, intentando tranquilizarla—. Seguro que Magalí es un encanto. Además, Silvia y yo estaremos contigo. No te preocupes.

Mamá dudó un poco antes de volver a hablar.

—A lo mejor si la mayor no estuviera... —sugirió con la boca pequeña. No me vio sonreír, claro. Entendí el apunte, pero lo pasé por alto y, a medida que seguimos hablando, intuí que había algo más, que la tensión y los nervios no bebían tanto de la situación en sí ni de la presencia de Silvia, que también, sino que había algo más interno, más íntimo.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté por fin, mientras ella chachareaba contándome no sé qué de una vecina con la que se había encontrado en la pastelería y a la que Shirley le había mordido el tobillo cuando la había visto acercarse a mamá. En cuanto pregunté, pareció dudar y durante unos segundos se hizo el silencio. Luego, se dio por vencida.

—Es que... —empezó. Enseguida se calló, como si le diera vergüenza oírse decir lo que tenía en mente.

—¿Qué, mamá? —la animé.

—¿Y si...? —arrancó por fin—. ¿Y si no le gustamos?

La pregunta me pilló tan por sorpresa que no reaccioné enseguida. Así que era eso. Estuve a punto de decir algo para reconfortarla, una de esas frases hechas que suenan bien y no dicen nada, pero no lo hice. Había algo en el tono, en la forma de la pregunta, que no me dejó tranquilo. Quise saber más.

—¿Qué quieres decir?

Volvió a dudar antes de hablar.

—Pues que... bueno, no sé... a lo mejor ella es normal —dijo. Guardó silencio durante unos segundos y añadió, con un hilo de voz—: No como nosotros.

Tardé un par de segundos en poder contestar.

—¿Como nosotros?

—Ya me entiendes, hijo. —Y al ver que yo no decía nada, intentó explicarse. Parecía avergonzada de lo que acababa de decir e intentó arreglarlo —. Quiero decir que debe de tener una familia con un padre y una madre, y seguro que también tiene primos, y tíos, y una casa, de propiedad, quiero decir. Y bueno... seguro que su madre es más... o sea, como las madres normales. — Guardó silencio durante un momento de duda. Luego remató—: Que no es así, como yo.

Era eso, claro. El «como yo» de mamá era y es lo que arrastra desde siempre, esa estela de ropa sucia que los años han ido sumándole a la espalda y que carga tras de sí porque quienes tuvieron en su mano ayudarla a desprenderse de ella no supieron —o no quisieron— hacerlo porque no les convenía. Mamá es tímida porque desde pequeña ha vivido lo que ha vivido, ese «tú no vales porque mírate, tan blanca, tan distinta, tan... fea» que empezó ya desde muy temprano y que con papá no tardó en encontrar una versión distinta, aunque no menos dañina. Papá convirtió el albinismo de mamá en el arma perfecta que utilizaba para retenerla con él. «No vales, pero aquí estoy yo porque, a pesar de todo, de tu torpeza, de tu pelo amarillo, de tus ojos que ven lo justo, de esa piel casi transparente que nadie salvo yo querría tocar, decidí casarme contigo. No vales, pero conmigo estás a salvo. Confía en mí.» La inseguridad de mamá, los complejos, la burla enquistada y esa conciencia clara de vivir siempre a pesar de, de estar aquí con el permiso de la mayoría, de la «normalidad», es una parte de ella que ya no desaparecerá. Cuando papá y ella se divorciaron y él se borró definitivamente de su vida y también de la nuestra, muerta ya la abuela Ester, mamá pudo por fin rodearse de Ingrid, la única amiga que le quedaba, de tío Eduardo, su hermano menor, y de nosotros tres, enclaustrándose en una zona de seguridad en la que no había ni hay juicios pendientes contra ella. A partir de entonces no tuvo que ser nadie más que Amalia porque se supo querida así, vista así. Pero el círculo de apoyos no tardó en menguar —primero fue Ingrid, que un día se atrevió por fin a perseguir su sueño y se fue a vivir a Perú, dedicada a sus ONG y a perseguir un amor que no llega, y después fue tío Eduardo, cuya muerte sigue doliendo casi tanto como la de la abuela Ester—, y mamá volvió a verse y a vivirse desde entonces más vulnerable, más pequeña, más torpe. El

temor a lo de fuera, a la mirada ajena, ha seguido ahí siempre, y se manifiesta cuando hay que salir al exterior y bregar con cosas tan cotidianas como ir al hospital a sus controles dermatológicos, apuntarse a alguna clase en el gimnasio o con cualquier cosa que huelga a novedad, a exposición a la mirada ajena. Hay que empujarla. Como ha vivido lo que ha vivido, hay que estar ahí para repetirle que nadie espera de ella lo que no puede dar. Menos mal que tía Inés reapareció justo a tiempo y que desde que ella está, mamá camina más segura sobre la inseguridad. Nunca podremos llegar a agradecerle lo suficiente a tía Inés el pequeño gran milagro que su presencia ha obrado con ella. Todos lo sabemos.

Al otro lado del teléfono, mamá tenía sus motivos para estar nerviosa. No le van esa clase de encuentros. Le da tanto miedo no estar a la altura, está tan pendiente de hacerlo bien para no provocar en quien la rodea esa arenga de «pero qué torpe eres», «deja, ya lo hago yo», «tampoco cuesta tanto llevar un poco más de cuidado, ¿no?», «¿no puedes ser un poco más... normal?» que los nervios la traicionan y le juegan las peores pasadas, en lo físico y también en lo social. Entendí el volumen de su tensión y entendí que sufría por Emma, que quien estaba al otro lado del teléfono era la versión más catastrófica de mamá, cuyo discurso mental sonaba más o menos así: «Estoy tan nerviosa que seguro que meto la pata, y en cuanto meta la pata y tire algo al suelo, o me tropiece con la alfombra como la última vez, esa pobre chica se dará cuenta de la madre que tiene Emma y entonces a lo mejor pierde un poco el interés, o se asusta, o se lo dice a Emma y claro, como Emma es así, se lo toma a pecho y se enfada con ella y se pelean y ya no se ven más y luego Emma estará mal, porque seguro que la chica merece la pena, y voy yo y lo estropeo todo y... y... y...».

—Ahora mismo paso a verte, mamá. ¿Me invitas a un café? —la corté, entendiéndola la dimensión de la espiral de oscuridad en la que estaba inmersa y sabiendo que agradecería la compañía.

—No te molestes, hijo —se disculpó—. Son cosas mías. No me hagas caso. De camino, llamé a Silvia.

—Me ducho y voy —fue su respuesta en cuanto le conté por encima mi conversación con mamá. Una hora más tarde, después de un rato de charla más o menos distendida sobre cosas que importaban poco pero que sirvieron y bastaron para despistar la atención de mamá, Silvia y yo decidimos darle algunas indicaciones para que pudiera sentirse más suelta durante la merienda.

—Tú límitate a ser natural —resumió Silvia después de someterla a una pequeña sesión de consejos prácticos en los que no me dejó meter cucharada y que parecían sacados del índice de un libro de *coaching* para ineptos. Mamá la había estado escuchando sin mirarla mientras empezaba a contar platos, tazas, servilletas y cubiertos en la mesa del comedor—. O sea, no te pongas nerviosa y

sé como eres, solo que un poco más... rebajada.

Mamá levantó la cabeza y la miró con cara de no estar segura de haberla entendido.

—Quiere decir más relajada, mamá —aclaré, empezando a sacar antes de tiempo los cruasanes y los *brioche*s de las bolsas de papel de la pastelería.

Mamá asintió como una niña obediente y enseguida volvió a lo suyo.

—Ajá.

Silvia me miró entonces con una mueca de «¿Tú crees que ha registrado algo?» y yo asentí, intentando tranquilizarla.

—Lo importante es que ni Emma ni Magalí tengan en ningún momento la sensación de que las estamos juzgando, porque Emma se dará cuenta enseguida y ya sabes cómo se cierra si se huele algo —volvió Silvia—. Tú a lo tuyo: conversación fluida y nada de preguntas de esas tan... a bocajarro que sueltas cuando no sabes qué decir y que ponen a la gente a la defensiva. Vamos, lo que sería una charla de sobremesa en las que se habla de todo y de nada, ya me entiendes.

Mamá seguía concentrada en sus cuentas, sin mirarla. En cuanto me vio poner los cruasanes de chocolate en una bandeja, pareció volver en sí de repente, alargó despacio la mano y cogió uno.

—¡Mamá! —saltó Silvia desde la ventana—. ¿Me estás escuchando?

Mamá, que estaba a punto de meterse en la boca una de las puntas de cruasán cubiertas de chocolate, se sobresaltó tanto que la soltó. El cruasán fue a dar al suelo.

—Hija, no me des estos sustos, por favor te lo pido.

Silvia sacó el humo por la nariz.

—Perdona. Es que como no me contestas...

Mamá recogió el cruasán del suelo, lo sacudió un poco, se acercó al cubo de la basura, pisó el pedal para abrir la tapa y, aprovechando el instante en que Silvia se volvió hacia la ventana para echar el humo a la calle, rápidamente se lo metió en la boca. En cuanto paladeó el chocolate y vi cómo ponía los ojos en blanco, totalmente traspuesta, tuve que volverme hacia la nevera para no soltar una carcajada. Luego masticó a toda prisa, tragó y se chupó los restos de chocolate de los dedos antes de volver a hablar.

—Quédate tranquila —dijo con voz de «todo esto que me cuentas no me interesa nada de nada» y una sonrisa que quiso ser tranquilizadora, pero que dejó a la vista un montón de dientes tapizados de chocolate—. Lo he entendido a la primera. Puedes confiar en tu madre.

Nos quedamos más tranquilos.

Cuando llegaron Emma y Magalí, antes de que tuvieran tiempo de quitarse

las chaquetas, los perros nos dieron la primera sorpresa de la tarde: Rulfo, siempre dispuesto a celebrar cualquier novedad, se levantó de un brinco de su manta, cogió entre los dientes la pelota que tenía más cerca y acudió a saludar meneando el rabo. En cuanto Magalí lo vio, se arrodilló a su lado y le dedicó un par de minutos de carantoñas y arrumacos hasta que él decidió que ya tenía bastante y volvió a tumbarse junto a la mesa con un jadeo feliz, sin soltar la pelota y sin perder de vista las bandejas de bocadillos. Shirley, en cambio, no rompió a ladrar como una loca como cada vez que llega alguien y exige a los conocidos que la atiendan antes que a nadie, intentando ahuyentar a todo aquel que no figure en su lista de habituales. De hecho, cuando quisimos darnos cuenta, la vimos alejarse en silencio por el pasillo hacia la habitación de mamá y acostarse en su cama, de cara a la pared. Aunque nos extrañó un poco la reacción, no le dimos mayor importancia, y mamá menos que nadie. Estaba tan atribulada que se limitó a dedicarle una sonrisa distraída y a negar con la cabeza.

—Es un poco suya, pero tiene muy buen fondo —dijo, con una sonrisa de disculpa.

No pasó mucho tiempo hasta que, teniendo a Emma y Magalí instaladas en el sofá y a mamá repartiendo tazas, vasos, copas de cava, cruasanes y pastas del té a tutiplén, Silvia y yo caímos en la cuenta de que quizá habíamos pecado de exceso de confianza.

Efectivamente, mamá estaba relajada.

Demasiado relajada.

Después de la primera copa de cava, que en su caso duró lo que tardé en ir al baño y vuelta, llegó la segunda, y con ella el curso de la tarde cambió diametralmente de tercio. Como mamá ve lo que ve, y, como, según nos había dicho después de la sesión de terapia de urgencia con Silvia, se sentía «francamente empoderada, gracias, hijos», decidió servirse ella misma e inclinó peligrosamente la botella hacia un lado de la copa, derramando un buen chorro sobre el mantel. Al intentar enderezarla, se le resbaló de las manos y se estampó contra el borde de la mesa, obligándonos a cambiar mantel, servilletas y parte de los platos. En realidad fue un incidente sin importancia, pero cuando volvimos a estar de nuevo instalados y la miré, reconocí en ella esa mirada perdida y ansiosa que es la de las peores ocasiones. Supe entonces que la tarde se había torcido y quise prepararme para lo peor, pero no hubo tiempo para tanto. Durante unos segundos se hizo un silencio incómodo, solo interrumpido por el parloteo de una de las radios que ronronean sin descanso por todo el apartamento y que mamá, abalanzándose sobre su primer cruasán de chocolate blanco en un arrebató de «necesito azúcar, pero ya», rompió con un:

—Ah, pues qué bien, ¿no?



Silvia y yo nos miramos. Emma y Magalí también. Viéndose sola con el eco de su comentario, mamá quiso arreglarlo, y, cogiendo una bandeja de bocadillos, se la acercó a Magalí.

—Ya me han dicho que haces yoga y que eres crudí... fora —dijo.

Silvia me miró con cara de «¿Ves como no estaba registrando nada?» y Emma soltó una carcajada.

—¿*Crudífora*? —preguntó entre risas—. Mamá, se dice vegana y no, no lo es. Magalí come de todo, no te preocupes por eso.

A su lado, Magalí asintió y sonrió. Mamá también.

—Ah, pues no sabes cuánto me alegro, cielo —dijo, apresando de la bandeja un sándwich de pavo entre el índice y el pulgar y dándole un pequeño mordisco antes de dejarlo en su plato y volver al ataque—. Y dime, Mariví... ¿hace mucho que vives aquí o estás de... vacaciones?

Silvia carraspeó en el sofá, encendió un cigarrillo y Emma me miró con cara de no entenderla.

—Quiero decir que, si eres filipina, a lo mejor es porque vienes a trabajar, ¿no? Y claro, a lo mejor también tienes papeles. Para trabajar, digo.

Magalí parpadeó, pero no tuvo tiempo de decir nada.

—Mamá, a lo mejor lo que Magalí tiene es sed —la cortó Silvia, buscando un cigarrillo en la cajetilla.

Mamá suspiró, solidaria.

—Claro, hija. Cómo no va a tener sed, la pobre, con este septiembre que parece que estemos en... ¿cómo se dice? —dijo mamá, acercándole la botella de cava—. Ah, sí, en el monzón. Ah, el monzón. Debe de ser terrible, ¿verdad, hija? Hace poco vi un reportaje sobre la Polinesia, precisamente, y salía lo de esas lluvias tan tremendas que tenéis en Manila. Yo no sé cómo podéis vivir con tanta agua. Pero claro, me dije: «Si no les lloviera tanto, no necesitarían taparse la cabeza y no habrían inventado los mantones». Si es que todo es tan... transversal —concluyó con un gesto de la mano que no supimos interpretar.

Un par de segundos de silencio.

—En realidad no soy filipina —dijo por fin Magalí con una sonrisa educada.

Mamá se echó un poco hacia atrás en la silla.

—¿Ah, no? —saltó, dejando el cruasán en el plato, cada vez más nerviosa. Y volviéndose hacia mí—: Pero, hijo, ¿no me habías dicho que se habían conocido en un centro de yoga y que Mariví es filipina y no tiene papeles y que por eso era mejor que la conociéramos?

Desde la punta del sofá, Silvia no pudo más.

—No, mamá, lo único que te hemos dicho es que íbamos a tener una

merienda relajada con Emma y con una amiga suya que acaba de conocer y que iba a ser una tarde muy tranquila porque *tú* ibas a estar muy comedida. ¿Te acuerdas?

Mamá la miró y dejó escapar un nuevo suspiro.

—Ay, hija, pues ahora que lo dices, no —fue la respuesta—. Quiero decir que sí, pero no del todo. Porque yo lo de amiga no lo he entendido así. —Y volviéndose hacia Magalí, contraatacó—: Entonces, ¿no estáis enamoradas ni nada? —Y enseguida añadió—: Perdona que te haga tantas preguntas, Mariví, pero mira, yo así no me puedo relajar, la verdad, porque lo que pasa es que antes Silvia y Fer me han dicho que sea natural, o sea, que sea yo, pero supongo que si queremos saber un poco cómo eres, tendré que preguntar alguna cosita. Pero, claro, si ahora resulta que solo eres una amiga, pues ya no me preocupa tanto, porque así hay menos peligro de que Emma se equivoque y nos traiga a otra de esas chiquitas que muy normales no han sido, todo sea dicho. Lo entiendes, ¿verdad, cielo?

Bajé la cabeza e intenté no reírme, pero no lo conseguí del todo y desde la otra punta del sofá Silvia me fulminó con la mirada.

—Mamá, Magalí y yo nos estamos conociendo —dijo Emma con una de esas sonrisas tan suyas en la que conviven su inmensa paciencia y el cariño feroz que siente por mamá.

Mamá la miró y soltó un suspiro.

—Ah, qué bien —dijo. Y luego—: Conocerse es muy importante. Sobre todo al principio.

Volví a bajar la cabeza, pero no pude contener la risa. Emma tampoco.

—Soy argentina —intervino de pronto Magalí, tomando la iniciativa—. O sea, nací allí, pero vine a vivir aquí cuando tenía once años.

A mamá se le iluminó la cara.

—¡Argentina! —saltó—. Si es que lo sabía. —Emma negó con la cabeza y no pudo contener la risa. A su lado, Magalí sonrió, dejando a la vista una dentadura perfecta—. Tienes ese no sé qué de las argentinas que tanto me gusta —siguió mamá, mirando a Silvia y buscando en ella una aprobación que no encontró—. Ya lo decía mi madre: «Un país vale por lo que inventa», y los argentinos han inventado cosas muy empoderadas: el dulce de leche, los alfajores y... y...

—Mamá, ¿y si preparamos un poco de café? —intentó cortarla Silvia, que empezaba a tirar la toalla y se servía en ese momento una copa de cava, negando con la cabeza.

Los tres —Emma, Silvia y yo— sabíamos por experiencia que estábamos ante una de esas ocasiones en las que mamá había empezado a deslizarse cuesta

abajo por una pendiente cuyo final era poco predecible pero normalmente catastrófico, sobre todo en situaciones de tensión social como aquella, cuando de un modo u otro se sentía puesta a prueba, y sabíamos también que cuando eso ocurría no había modo de pararla. Esa vez, sin embargo, había una clara diferencia con lo vivido en el pasado, y la diferencia no era otra que Magalí, que no parecía haberse inmutado en ningún momento, quizá avisada previamente por Emma o simplemente porque no veía en el discurso ni en la aparente chifladura de mamá nada que la agrediera. Al contrario, parecía, por la sonrisa que a veces bailaba en sus labios y en su mirada, estar a gusto y cómoda. Integrada.

—... el bruxismo —soltó mamá, sin escuchar a Silvia. Al ver nuestras miradas de sorpresa, decidió explicarse—. Lo sé porque el cuñado de Raquel, la hija de los del local de abajo, es argentino y me ha contado que todo empezó con el bidé —siguió contando, paseando su mirada por las pastas dulces. Cuando por fin localizó su presa, la cogió con los dedos y la depositó con cuidado en su plato—. Resulta que los hombres argentinos se pasan muchas horas sentados en el bidé, leyendo el periódico y cosas de filosofía, con el chorrito muy caliente dándoles un masaje en el... bueno, en la cosa, y claro, tanto calor les dilata la próstata y también el músculo de atrás y luego tienen que estar siempre apretando y apretando para que no se les salga la... caquita. Por eso tienen tanto carácter y hay tantos dentistas. Porque por la noche, cuando se duermen, relajan por abajo pero aprietan por arriba. Y rechinan los dientes. Y claro, necesitan que se los arreglen.

Hubo un par de segundos de silencio. Desde la calle, un frenazo y un impacto que no llegó. Emma y yo nos reíamos ya sin disimular y Silvia encendió el cigarrillo y dijo, mirando a Magalí:

—No te preocupes. Habitualmente no es así. Es solo al principio. Luego se vuelve casi normal.

Mamá se metió un cruasán en la boca y, cuando consiguió tragar, hizo una mueca de paciencia y miró a Magalí, buscando su complicidad, antes de decir, señalando a Silvia con una pequeña mueca:

—Es como Shirley: muy suya, pero en el fondo es un trozo de pan. Le pasa lo que a la mayoría de las mujeres jóvenes de ahora: muchos viajes pero muy poco mundo.

Eso fue el principio. A partir de ahí las cosas fueron a mejor. Magalí resultó ser una chica encantadora, un poco tímida, es cierto, aunque enseguida nos mostró una primera versión que nos gustó: paciencia, una buena dosis de sentido del humor, risa fácil, conversación mesurada, actitud prudente y sobre todo una inmunidad admirable a las salidas de tono de mamá, que curiosamente parecían provocar en ella un interés y una especie de acercamiento que francamente nos

sorprendieron para bien. En lo físico, más de lo mismo: Magalí es de esas mujeres que ganan a medida que vas mirándola. Quizá sus rasgos, tomados por separado, no sean del todo armónicos, pero el conjunto es atractivo porque no hay en él estridencias remarcables. Alta, delgada pero fuerte, con un pelo negro y rizado que le llega hasta la cintura, los ojos también negros y un poco achinados, la boca grande, la dentadura perfecta y una piel blanca sin una sola arruga que se tiñe ligeramente de rosa en los pómulos y en la que aparecen dos hoyuelos perfectos cuando se ríe, cosa que hace a menudo. «Es guapa sin que se note», fue el resumen que hizo de ella tía Inés el día que la conoció.

Llegada la calma, mamá estaba en efecto tan relajada que la merienda se alargó más de lo que habíamos previsto, y eso propició que accediera a compartir con nosotros los *marron glacé*, para lo cual descorchamos una segunda botella de cava.

Y con la segunda botella, cuando creíamos que quedaba solo lo fácil, llegó el primero de los dos momentos estelares de la velada que estaban aún por caer.

—Y, dime, Martina —empezó mamá, ya totalmente relajada, mientras Emma servía el cava—. ¿A qué te dedicas?

—Soy policía —anunció Magalí.

Silencio. Mamá la miró, boquiabierta, y buscó a tientas el tercer *marron glacé* de la tarde.

—¿Po-li-cí-a?

Magalí asintió.

—¿De verdad?

Magalí asintió.

—¿Y detienes a gente?

—Sí.

—¿A hombres?

—También.

—¿Muchos?

—Depende.

—¿Peligrosos?

—Sí.

—¿Y les pegas?

—Intento evitarlo.

—¿Con la porra?

—O con otras cosas.

—¿Y ellos?

—Procuro que no, pero a veces algún que otro puñetazo sí me llevo. De todas formas, normalmente no voy por ahí deteniendo a criminales.

—¿Ah, no?

—No. Soy analista.

Mamá, que por supuesto no tenía ni idea de lo que significa eso y que seguramente debía de estar imaginándose a Magalí trabajando con última tecnología, cadáveres y asesinos en serie como los de CSI, la miraba, encandilada.

—Oh, qué interesante lo de los análisis —dijo, sinceramente impresionada—. Aunque, la verdad, yo veo una aguja y... no puedo ni mirar cuando pinchan a Shirley, así que imagínate. —Luego, como si hablara consigo misma—: Santo Dios, cuando se lo cuente a Inés, no se lo va a creer. —Luego miró a Emma con cara de «esta chica no sé yo si nos va a durar mucho, me parece que no» y después se quedó pensando un momento hasta que por fin pareció encontrar la respuesta a sus cavilaciones. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una voz distinta, más mayor.

—¿Y no te da miedo?

Magalí negó despacio con la cabeza. Mamá la miró, muy seria, y parpadeó.

—¿Y a tus padres? —llegó la siguiente pregunta—. ¿No les da miedo que te pase algo?

De repente, todo lo que hasta ese momento había sido sonrisas y relajación se enturbió. Una sombra de algo que no supe definir a tiempo apareció y desapareció de la mirada de Magalí, dejando a su paso una estela de rigidez que ya no habría de desaparecer durante el resto de la tarde.

—No.

Mamá parpadeó, genuinamente extrañada.

—¿De verdad?

Magalí intentó un amago de sonrisa que no terminó de germinar.

—No tengo mucha relación con ellos —respondió. Y aunque cualquiera habría podido leer en el tono de su respuesta que no tenía ningunas ganas de ampliar la información, mamá es mamá y, esclava de la curiosidad y de su preocupación de madre, quiso saber más.

—Ah, entonces, ¿no viven aquí?

Magalí se inclinó sobre la bandeja, cogió un sándwich y negó con la cabeza.

—¿Y no tienes a más familia contigo?

Magalí inspiró hondo antes de hablar. A su lado, Emma se removió en el sofá, visiblemente incómoda.

—Solo a mi abuela Estela. —Por un momento pareció haber dado por finiquitada la información, pero tras un par de segundos de silencio lo pensó mejor y añadió—: Me he criado con ella. Vive en Ibiza. Pero ya está muy mayor.

Mamá pareció más aliviada, aunque enseguida entendimos que no lo suficiente.

—¿Y no vas nunca a Argentina a visitar a tu familia?

Magalí miró a mamá como si fuera transparente y pudiera ver más allá de ella. Durante una fracción de segundo, paseó la vista por un territorio que no formaba parte de lo que éramos nosotros y encogió los hombros, como si hablara en silencio con alguien que obviamente no estaba en el salón. Después sonrió. No fue una sonrisa alegre, sino amable.

—No —dijo por fin—. No he vuelto nunca.

Mamá bajó la vista un instante.

—¿Y no te sientes muy... sola?

La conversación había quedado encapsulada en una especie de burbuja que nos había dejado fuera a Silvia, a Emma y a mí: preguntas directas y respuestas sin adornos, como las que comparten dos desconocidas que coinciden por casualidad en una sala de espera y cuyos minutos compartidos las sorprenden, por esas cosas de la vida, contándose cosas que jamás dirían a los suyos. Desde fuera de la burbuja, mamá y Magalí estaban pero no estaban, y entre ellas, aunque de un modo apenas perceptible, se había tejido una sintonía que hasta entonces no había existido. Mamá preguntaba con la preocupación de una madre, en crudo y sin filtro, y Magalí, que no venía preparada para defenderse, así lo recibía, respondiendo incómoda, pero en ningún caso violentada.

El interrogatorio podría haber seguido hasta quién sabe cuándo, pero faltaba por llegar la última perla de la tarde, la misma que terminó de conseguir que mamá cayera rendida a los pies de Magalí y que no protagonizamos ninguno de nosotros. Quien puso la guinda a la velada, dando el visto bueno definitivo a la nueva novia de Emma no fue otra que Shirley. Cuando a punto estábamos de dar la merienda por finiquitada, apareció tranquilamente por la puerta del pasillo con los ojos llenos de legañas y una oreja mal doblada y, pasito a pasito, se acercó a la mesa. En cuanto la vio, mamá se iluminó y, especialmente alegre y cariñosa por el efecto del cava y de todo el azúcar consumido en las dos horas anteriores, tendió los brazos al tiempo que soltaba toda una serie de memeces y cursiladas que sonaron más o menos así:

—Ay, mi niña, ¿ya te has despertado? Ven, anda, ven, que te he guardado una cosita que ya verás, te vas a chupar las patitas, gordi, chuchi, currimuchipuchivencorrevenquetecomoenteraquiere mas que yo eh bandida q

Shirley llegó al trote hasta mamá, se detuvo, levantó la cabeza, la miró sin demasiado interés con esos ojos saltones de pestañas escasas y echó a andar de nuevo como si no la conociera, saltando por encima de Rulfo, rodeando la mesa y pasando entre los pies de Silvia y de Emma hasta llegar a Magalí. Una vez allí,

se sentó, volvió a levantar la cabeza, clavó en ella los ojos, le rascó el pantalón un par de veces con la pata y, sin más, saltó sobre ella, acomodándose sobre su regazo y apoyando la cabeza en su rodilla. Al segundo, dormía plácidamente.

Mamá estaba tan atónita que se había quedado sin palabras. Miraba a Shirley sin pestañear, como si estuviera viendo un holograma, intentando decidir qué sentir. Cuando por fin pudo hablar, se llevó la mano al pecho y se limitó a decir, visiblemente emocionada:

—Te quiere. —Luego inspiró hondo un par de veces, sin apartar la vista de Shirley y de Magalí, que estaba tan sorprendida como mamá y que no se atrevía a moverse, y con la voz temblorosa por la emoción añadió—: Si Shirley te ha adoptado, no hay más que hablar, Mariví. A partir de ahora, para mí eres una hija más.

Emma, Silvia y yo nos miramos y ni siquiera nos esforzamos por contener la risa.

Mamá, en cambio, ni siquiera sonrió.

Hablaba en serio.

No imaginábamos cuánto.

—Aquí se está mucho mejor —dice mamá, sentada en la silla que está junto a la del pasillo, que sigue desocupada. Yo estoy a su derecha. A petición suya, he dejado la chaqueta en la que tengo al lado, reservándosela a Silvia, que entra justo en este momento y que, en cuanto nos localiza, empieza a gesticular desde la puerta indicándonos que nos hemos equivocado de lado. En cuanto la ve, mamá se vuelve de espaldas como si la cosa no fuera con ella y saluda a la pareja de amigas de Magalí que tenemos sentadas detrás.

—Hola —dice, iluminándolas con su mejor sonrisa.

Ellas le devuelven el saludo, en el que me incluyen también a mí, y enseguida se hace un silencio incómodo, uno de esos paréntesis de vacío con los que mamá no suele sentirse a gusto y que la llevan a decir cosas como:

—Qué bien, ¿no?

Las dos mujeres recorren durante una fracción de segundo la fría sala con la vista antes de desviarla hacia mí, visiblemente descolocadas. Luego asienten tímidamente y sonríen, no más cómodas que ella.

—Es que las bodas, ya se sabe —insiste mamá, por decir algo. Y, como desde la retaguardia sigue sin llegar ninguna respuesta, añade—: Yo soy Amalia, la madre de Emma. —Me pone la mano en el brazo y dice—: Él es Fernando, mi otro hijo.

Silencio. Pero mamá no se rinde. Las dos chicas la miran con desconfianza, fijándose sin demasiado disimulo en el anorak gastado, los Crocs negros y el pelo rubio-blanco que mamá intenta ahuecarse con las manos, sin demasiado éxito, desde que nos hemos sentado.

—Es director de cine —miente—. Y más bueno... —vuelve a la carga, acariciándome el brazo. Antes de darme tiempo a corregir la información que acaba de soltar y aclarar que de director de cine nada y que, como mucho, doblador de grandes producciones norteamericanas que nunca iría a ver al cine, mamá se dirige a la chica que tiene el pelo largo y lleva un fular de algodón blanco sobre los hombros y remata con una voz que quiere ser cómplice—: Por lo menos, si pasa algo, ya tenemos a un hombre en la sala que nos defienda, ¿eh?

El comentario descoloca a las dos chicas y también a mí. Por fin, ante la insistencia de mamá, ellas deciden presentarse. Son, según nos dicen, Lola y



Almudena. La respuesta ilumina a mamá, que por fin ha encontrado la veta de luz que la saca de su oscuridad, mientras en la puerta Silvia sigue haciéndonos señas para que nos cambiemos de sitio y ocupemos el lado que nos corresponde.

—¡Ah, Lola! —trina mamá encantada, mirando de reojo hacia la puerta. El silencio de Lola es, de nuevo, erróneamente interpretado por mamá, que, ante la tensión que ahora la invade, prefiere no esperar a que llegue una respuesta—. Mi tía se llamaba así. ¿Te acuerdas de tía Lola, Fer? ¿La hermana del abuelo Fran? —No sé qué contestar, la verdad, pero mamá sigue a lo suyo—. Lola, Manola, Po... chola... —vuelve enseguida a la carga— son nombres muy de aquí. Y muy... transversales, ¿verdad, hijo? —dice, volviéndose hacia la tal Almudena con cara de «mujer mayor que ha vivido hace un guiño cómplice a jovencita inocente que seguramente agradecerá el detalle».

—Es Lola, de María Dolores —piafa entre dientes la mujer, con cara de estar muy poco contenta con el rumbo que está tomando la conversación.

Mamá parpadea y se pasa un pañuelo de papel por el ojo, frotándoselo sin miramientos. Es un gesto que repite a menudo. Desde que tiene problemas con los lagrimales, el derecho le llora constantemente. Acto seguido, se apoya en el respaldo de la silla, se inclina peligrosamente hacia Lola y la estudia durante unos segundos con atención desde detrás de sus bifocales de concha.

—Ay, perdona, Lolita, hija —empieza, poniendo los ojos en blanco y acompañando ese «ay» suspirado con un mohín de pesar con el que no conmueve a ninguna de las dos chicas—. Haberlo dicho, mujer. Si es que una ya no está para adivinar, y menos con mi edad. —Un nuevo suspiro de mujer mayor y la consiguiente aclaración—: Cuando te sacan de tu zona de confort, si no te falla una cosa, te falla la otra. Fíjate si veo poco que anteayer dejé a Shirley atada en la puerta de la panadería y cuando salí me llevé a otro perro... —terminó, dándole un beso a Shirley en la cabeza.

Afortunadamente, no hay tiempo para más. Delante de nosotros, por el pequeño espacio que media entre las filas delanteras y el estrado, Emma y Magalí entran en la sala, seguidas de una mujer bajita y flaca que debe de rondar los sesenta, con el pelo de color caoba y cara de haber tenido días mucho mejores. Silvia nos lanza una última mirada asesina desde la puerta y, por fin, cuando parece que está a punto de instalarse al otro lado del pasillo, se rinde y, maldiciendo por lo bajo, viene hacia nosotros y ocupa la silla que está junto a la mía al tiempo que mamá vuelve a mirar el asiento que tiene a su izquierda y dice:

—A lo mejor aparece en el último momento y nos da una sorpresa.

No ha sido una pregunta como tal, pero sé que en el fondo espera una respuesta. Decido no mentirle.

—Con tía Inés nunca se sabe, mamá —le digo—. Aunque yo no contaría con ello.

Me mira, extrañada, como si no me hubiera entendido o como si hubiera oído mal mientras coge despacio a Shirley de la silla, la deposita en su regazo, haciendo caso omiso de los gruñidos que recibe a cambio, y se encoge levemente de hombros.

Viéndola así, con Shirley en brazos y tan diminuta en la inmensidad de la sala, siento un pequeño escalofrío de emoción que no sé si es ternura, pena o cariño, o quizá una mezcla de las tres cosas, porque durante una fracción de segundo veo superponerse ante mis ojos una miríada de versiones distintas de la Amalia que conozco desde que tengo recuerdo y que me reconectan con los incontables niveles, planos, circunstancias y edades de la mujer que mamá ha sido hasta llegar aquí. Y mientras las distintas instantáneas de mamá desfilan como un PowerPoint sobre una pantalla, entiendo que todos, mamá incluida, somos muchas cosas a la vez: grandes y pequeñas verdades, grandes y pequeñas dudas, niveles solapados de bondad, supervivencia, imaginación, carencias y ganas de que los nuestros estén con nosotros, de que no dejen de sentirnos nunca parte importante de nuestra historia común, del laberinto compartido que habitamos. Y eso me lleva a pensar en tía Inés y a echarla de menos, porque ella, más que nadie, tendría que estar hoy aquí, al lado de mamá, con su abrigo de pelo de camello, los mocasines de ante negro y los pantalones sastre, enjuta y arrugada, con esos ojos azules vigilantes y las facciones cerradas, celebrando e invocando con nosotros la buena suerte de Emma. Y sé que para ella no ha sido fácil no participar, que debe de estar en su casa debatiéndose entre lo que le dicta la cabeza y lo que le pide el corazón, o quizá en misa, rezando por una unión que su iglesia le impide bendecir, y sufriendo, sufriendo porque una parte de ella lo hace desde siempre, sufre bien, la educaron en eso. La echamos de menos en la sala, yo y todos los que la hemos hecho nuestra, y su ausencia pesa porque, a pesar de no ser hermana de mamá y de que no haya sangre compartida, es más familia de lo que fueron muchos que tuvieron ocasión de serlo por nacimiento y no supieron. Porque se lo ha ganado a pulso.

Mamá es parte de ese pulso, y lo es con sus luces y sus sombras, con ese pelo rubio en el que a pesar de sus setenta y tres años ya no habrá canas porque nació con ellas, con sus cejas invisibles, la visión periférica anulada y las gafas de concha de cristales gruesos que se deja olvidadas siempre que puede y cuyos cristales se apagan con la luz. Mamá es la mayor parte de nosotros, el retal más grande de este *patchwork* que tejemos y destejemos desde que lo hacemos juntos y desde aquí.

Mamá espera a su amiga, y seguirá haciéndolo, manteniendo viva la

esperanza, hasta que la última persona abandone la sala y no le quede más remedio que aceptar su ausencia. Lo sé porque la conozco bien. Después, en cuanto salga, la pena ya no estará, será pasado y se quedará aquí. Eso es algo que ella maneja bien desde que papá dejó de marcarle los tiempos con su mala sombra y sus amenazas veladas: la pena cuando hay pena, el dolor cuando hay dolor. Más allá, no. Más allá está lo otro, lo que importa es el ahora. Y el ahora lo determinan en este momento Emma y Magalí, que por fin se retiran de la mesa, toman asiento en las dos sillas que están a la derecha de la jueza y se hace el silencio.

—Pero, Fer... —dice por fin mamá, inclinando la cabeza hacia mi hombro—. No me refería a Inés.

Me vuelvo a mirarla.

—¿Ah, no?

Durante un instante me puede la confusión y ella, que se da cuenta, me aprieta el brazo con la mano al tiempo que unos segundos de toses, carrasperas y algún que otro comentario silenciado de última hora se reparten entre las invitadas, y cuando va a responderme, la jueza, que se ha tomado unos minutos para repasar desganadamente los documentos que tiene delante, termina de comprobar que todo está en orden, se quita las gafas, las deja encima de los papeles, entrelaza los dedos de las manos para apoyar sobre ellos el mentón y, después de un intento de sonrisa que sale más bien torcido, inspira hondo, preparada para hablar.

Y es entonces, en ese microparéntesis de silencio sepulcral, salpicado por los gritos que llegan desde la fuente de la plaza, cuando me asalta el recuerdo de anoche y de la mirada grave de tía Inés mientras cada uno se tragaba en silencio esa tercera coincidencia que no podía esperar a hoy y que, desde el momento que decidimos convertirla en secreto y ocultársela a mamá, algo ha desmembrado entre nosotros. «No decir también es traicionar.» Eso decía la abuela Ester cuando éramos pequeños y sabía que le ocultábamos algo por miedo a que nos castigara. Nos decía eso y muchas otras frases lapidarias que nosotros no entendíamos pero que nos hacían dudar, porque sonaban a cosas serias, de adultos. A verdad de abuela. Anoche, cuando pactamos no decir, me acordé de ella. Me acordé de su voz, de su forma de mirar a mamá cuando creía que ella no la veía, con esa mezcla de ternura y de preocupación que no la abandonó nunca, y me acordé también de ese consejo que siempre repetía y del que los que quedamos a menudo echamos mano tarde y mal: «Cuando dudes, cuando de verdad dudes, para y hazte una pregunta —decía—. Pregúntate cómo empezó todo». Luego hacía una pausa pequeña, como si en realidad hablara consigo misma, y añadía con una voz distinta: «Hasta que no encuentres la respuesta, no

decidas». Eso decía y eso hacía, y eso es precisamente lo que mamá ha heredado de ella, un ritmo lento para tomar decisiones que a papá lo exasperaba, muchas veces sacando de él su peor genio. En una ocasión, durante una comida de cumpleaños en casa de los abuelos, mamá y él discutieron precisamente por eso, y aunque papá estuvo más o menos contenido, la situación no fue fácil. En pleno arrebatado de impaciencia, cometió la torpeza de llamar «débil mental» a mamá porque ella llevaba un mes intentando decidir si se iba una semana con nosotros en verano a un hostel en los Pirineos o, por el contrario, nos quedábamos en casa con él, «para que no te quedes tanto tiempo solo». Cuando, al final de la discusión, la abuela se levantó y fue a por los cafés, nos sorprendió volviendo a la mesa con una bandeja vacía.

—¿Y los cafés, Ester? —preguntó el abuelo, que preparaba ya el puro que se fumaba después de comer.

La abuela sonrió y dijo:

—Iba a servirlo en las tazas blancas, y de repente se me ha ocurrido que podríamos estrenar las del juego nuevo que me ha regalado Amalia. Pero, claro, luego he pensado que habría que lavarlas porque están nuevas y tardaría demasiado.

El abuelo la miró, sin entenderla.

—¿Entonces?

—Que no me he decidido.

El abuelo sostuvo el puro en alto. La abuela tenía una mirada brillante, extraña, y él pareció preocupado. Le puso la mano en el antebrazo.

—¿Estás bien?

Ella lo miró.

—Perfectamente. Solo estoy... —se volvió hacia papá— indecisa —dijo—. Y es una pena, porque como es mi cumpleaños y quien sirve el café en esta casa soy yo, hoy no habrá café.

Papá dejó la servilleta encima de la mesa y soltó un suspiro de mal humor. Sabía que la escena estaba íntegramente dedicada a él, como sabía que en esa pequeña batalla en particular de la guerra de guerrillas que libraba desde hacía años con ella, la abuela le había pillado con la guardia baja. No le gustó.

—Quizá será mejor tomar el café en casa —dijo, mirando a mamá y empujando su silla hacia atrás, arrastrándola por el parque.

La abuela siguió mirándolo durante una fracción de segundo y, volviéndose hacia mamá, que estaba sobrecogida por la tensión, dijo:

—Quizá no decidir sea también decidir.

Decidir. Dudar. Arriesgar. Desde que papá desapareció de nuestras vidas, la duda, la indecisión y el miedo dejaron de ser tabú y los sumamos al

rompecabezas que tuvimos que armar juntos para que mamá no se deslazarara y se nos perdiera por el camino. Han sido ocho años de muchas cosas, de reaprender a tratarnos, a vernos, y de recolocar el organigrama familiar para que cada uno encajara cómodamente en el nuevo orden. Si la abuela me preguntara ahora «¿Cómo empezó todo?», la respuesta, la automática, sería que con el divorcio de papá y mamá, y seguramente todos estaríamos de acuerdo, porque en gran medida esa es la verdad. Gran parte de lo que hemos reaprendido a ser hasta ahora empezó ese día, es cierto. Pero seguramente la abuela me miraría como cuando esperaba algo más porque sabía que no le estabas contando toda la verdad y diría, inclinando a un lado la cabeza: «¿Seguro, Fer?». Y yo callaría como calla ahora la sala a nuestro alrededor, esperando que empiece la ceremonia, suspendidos todos en esta especie de espera que es más bien demora y que mamá, que durante este último minuto parecía sumergida en su propio mundo, triza de repente, levantando la cabeza y diciendo en un tono de voz que rebota contra las paredes lisas de la sala como un redoble de ecos:

—No, hijo, no me refería a Inés —dice—. Ya sé que no vendrá. Si las niñas se hubieran casado por la iglesia, habría sido distinto. Pero, claro, como os empeñáis en no mentir, pues ya está. Solo con que no le hubiéramos dicho al cura que eres gay, estaría todo solucionado. Aunque, ahora que lo pienso, mejor que no, porque creo que a la iglesia no dejan llevar perros. —Hizo una pequeña pausa para tomar aire y terminó—: No, no, no. Me refiero a tu chico. A Esbién. ¿No dijiste que si terminaba temprano en el trabajo igual le daba tiempo de llegar?

En la mesa, la jueza se vuelve hacia nosotros —como lo han hecho el resto de las presentes, incluidas Magalí y Emma— y por primera vez repara en mamá. Estupor. Lo que resume su expresión es una mezcla de eso y de un evidente fastidio por el comentario, cuya estela rebota aún contra las paredes de la sala. A mi lado, mientras siento que me arde la cara, Silvia se inclina hacia delante para lanzarle a mamá una mirada matadora que ella ni siquiera ve y le susurra, intentando no gritar.

—Mamá, ¿puedes hacer el favor de callarte?

Mamá la mira, sorprendida, y luego, al volver la vista hacia delante cae en la cuenta de que de pronto se ha convertido en el foco de todas las miradas, entre ellas la de la jueza, que no puede evitar seguir estudiándola de arriba abajo como si tuviera delante a un *alien* a punto de saltar sobre ella y mamá, que reconoce perfectamente esa mirada, porque es la misma que la acompaña desde siempre, se encoge un poco sobre sí misma, atribulándose.

—Le pido que me perdone, señora jueza —se disculpa enseguida, acunando a Shirley—. Son los nervios. —Y como la jueza no termina de reaccionar, mamá

decide explicarse mejor—. Cómo será que esta mañana tenía tanta taquicardia que me he tenido que tomar un Redoxon.

Justo entonces, mientras el estupor general sigue intentando asimilar la presencia de mamá, vuelve a visitarme la pregunta de la abuela: ese «¿Cómo empezó todo?» que me lleva a pensar en cómo hemos llegado hasta aquí, a esta boda, a esta Emma que vivió en su día la muerte en directo de su primera novia y a la que habíamos dado por perdida y que ahora sonrío como hace años que no la veíamos hacerlo; a mamá, con sus ganas de vivirlo todo, de seguir estando y de participar de lo poco que la vida le ha dejado; a Silvia, siempre cerca y vigilante, sufriendo por anticipado el dolor de los demás para no hacerle sitio al propio... cómo hemos conseguido recuperar el rumbo de mamá y sacarla a flote, viniendo de donde venimos, y dónde cambió nuestra suerte, qué es lo que nos ha hecho volvernos así y sobrevivir así y cuál es nuestro punto de partida en esta última etapa del mosaico familiar.

Sentado junto a mamá en la frialdad de la sala mientras la jueza sigue mirándola sin dar crédito a ese plumífero viejo coronado por una mata de rizos blancos que no calla, me acuerdo, no sé por qué, del imán que tiene en la puerta del congelador de su casa. Es un cuadrado desconchado de porcelana barata que en su día alguien le trajo de un viaje —creo que fue Silvia— y que ella usa para sujetar los vales de descuento del súper. Sobre la porcelana blanca, en minúsculas, pone: «A grandes preguntas, pequeñas respuestas».

Y de repente lo que siento es un golpe seco y sordo en eso que mamá llama «la pituitaria del esternón», porque veo la respuesta a la pregunta de la abuela. Veo el cómo y veo también el primer eslabón de ese vuelco en la rutina familiar que nos pareció nada y que, visto y vivido con el tiempo, fue el que cambió la suerte y también todo lo demás.

La respuesta a la gran pregunta de cómo y cuándo la vida de mamá despertó de nuevo —y su ilusión tiró con ella de la nuestra— es tan pequeña que durante un instante respiro bien, inhalando y exhalando solo aire y lucidez, porque ahora sé que el momento exacto en que esta familia volvió a encajar en el espacio que todavía nos queda fue uno y solo uno.

Si la abuela Ester estuviera aquí, sentada a mi lado, esperando mi respuesta con esa expresión suya de falsa paciencia y con ese ese brillo en la mirada, de mujer que ya lo ha vivido todo pero que quiere seguir viendo la vida en los ojos de los suyos, me inclinaría hacia ella y le diría al oído:

—Todo empezó la noche que ingresamos a mamá en urgencias.

Ella haría rodar con el pulgar las dos alianzas de oro que llevaba siempre en el anular. Despacio, muy despacio, como si contara en silencio los segundos con cada vuelta completa, preguntaría:

—¿Por qué?

Yo me tomaría unos segundos para reunir el valor suficiente y por fin le diría, de nuevo al oído:

—Porque esa noche entendimos que algún día nos quedaremos huérfanos de ella.

Ella seguramente sonreiría, encantada con ese juego de pregunta y respuesta que solo compartía conmigo y con el que, durante sus últimos días en la clínica antes de dejarnos, pasábamos algunos ratos muertos. Luego esperaría un instante e insistiría:

—¿Estás seguro? —Dejaría pasar un par de segundos antes de volver a preguntar—. ¿Estás seguro de que fue ahí cuando empezó todo?

Yo dudaría. Las preguntas de la abuela eran a menudo así: balas de fogeo que encerraban un ruido familiar con el que despertaba cosas que ya no volvían a encontrar descanso. La abuela era una mujer sabia porque solo hacía las preguntas cuya respuesta conocía.

—Quizá no fue ahí cuando todo empezó —diría entonces, encantada al anticipar el efecto que su frase provocaría en mí—. Quizá fue simplemente cuando todo cambió.

## Libro segundo



Pequeños abandonos,  
grandes orfandades

Para mí, los sentimientos son la realidad.

*La guerra no tiene rostro de mujer,*  
SVETLANA ALEXIÉVICH

# 1

Todo empezó con un abandono.

Un día, hace ocho años, mamá decidió que no podía más y se marchó de la que hasta entonces había sido su casa, dejando tras de sí más de cuarenta años de vida junto a papá. Esa noche, como muchas otras en el curso de los meses que estaban por llegar, lloró sin que hubiera forma humana de consolarla porque no conseguía quitarse de la cabeza las últimas palabras de papá. Veinticuatro horas después de haberse visto humillada por él como nunca antes delante de nosotros y de los amigos comunes de ambos durante la fiesta de su sesenta y cinco cumpleaños, se habían sentado a la mesa del comedor y mamá le había dicho que se iba. Él la había mirado con una cara en la que ella no recuerda haber visto ninguna expresión que sepa describir y había preguntado:

—¿Estás segura?

A mamá le había temblado la voz, pero su «sí», pequeño y casi balbuceado, había encontrado el poco aire necesario para hacerse oír. Papá había guardado silencio durante unos segundos antes de volver a hablar. Cuando por fin lo hizo, había sido para decir:

—Pues, si no te importa, dime qué día tienes pensado marcharte, así aprovecho para cambiar las dos camas por una de matrimonio. Ya sabes que nunca me ha gustado lo de las camas individuales.

Eso había sido todo. Ni un «hablemos», ni un «¿por qué?», ni siquiera un triste «tranquilízate». Nada. Cero interés, cero curiosidad. En las múltiples ocasiones anteriores en que, tras alguno de los desmanes de papá, la paciencia de mamá había tocado techo y había decidido dejarlo, él siempre había reaccionado echando mano de una u otra versión de la misma estrategia: pedir perdón, sacar a escena al hombre que pecaba por torpe y no por malo, el que dañaba porque no le habían enseñado a hacerlo mejor. Mamá llenaba su bolsa de viaje con lo básico y se refugiaba en casa de uno de nosotros —normalmente en la de Emma—, decidida a no seguir aguantando más, pero enseguida la maquinaria de reconciliación familiar se ponía en marcha y los tres hijos nos reuníamos con uno y con otro —con papá a petición de él— para encontrar una salida digna a una dinámica que hacía mucho tiempo que ya no lo era. Apoyada por nosotros y por el agotamiento acumulado durante años, mamá exigía condiciones

irrenunciables para su vuelta a casa y papá, que sabía que una vez más había ido demasiado lejos, se declaraba absolutamente dispuesto a todo: era la versión archiconocida del hombre arrepentido y consciente del daño, del error, de que así no y de que mamá había hecho por él lo que él no merecía. «He vuelto a equivocarme, ya lo sé —imploraba al teléfono—. Pero también sabes que te quiero y que todos nos equivocamos y merecemos una oportunidad.» Y la fortaleza de mamá resistía lo justo, porque no aguantaba la pena que papá despertaba en ella. No pasaba mucho tiempo hasta que empezaba a imaginarlo solo en casa, pegado al teléfono, con la nevera por llenar y la vida vacía de ella. Y esa sensación le era tan familiar, el hombre que ella visualizaba al otro lado de la línea se parecía tanto a la Amalia distinta, apartada y desvalida que había aprendido a ser desde pequeña, que no soportaba ser la causa de un dolor así, no podía con ese color y ese tono de culpa. Al final, normalmente en el plazo de un par de semanas, a pesar de todos los consejos, del apoyo, las charlas, los razonamientos y de la consiguiente rabia y la desazón que nos invadían cuando ocurría lo que indefectiblemente terminaba ocurriendo, mamá y papá quedaban en verse en alguna cafetería o en un restaurante —«donde tú quieras, Amalia. Elige tú», se ofrecía papá, proponiendo en última instancia algún sitio que a ella le gustara especialmente o que tuviera algún peso emocional particularmente vinculante para mamá— y ya solo quedaba contar las horas que faltaban para que papá recuperara la pieza de su rompecabezas doméstico que había estado a punto de perder y esperar a que se la devolviéramos con su pequeña bolsa de viaje, convencida de que esta vez sí, de que todo iba a cambiar porque «después de tantos años, vuestro padre ha entendido lo que pierde si me pierde».

Sin embargo, esta vez, todo eso, la inagotable comedia de situaciones tantas veces repetida durante los años, no llegó. Mamá dijo «me voy» y papá le abrió la puerta, cambió las dos camas individuales por una de matrimonio y al cabo de un mes le mandó a mi casa —esta vez mamá se había refugiado en la mía, porque hacía un par de semanas que también yo había roto con mi pareja y le pareció que así de paso me hacía compañía— una demanda de divorcio voluntario con sus correspondientes cláusulas, que mamá firmó prácticamente sin leer. Después de un mes de separación, interpretó en aquel montón de papeles lo que nadie más supimos leer: que papá le pedía una demostración de que lo había perdonado, un gesto mayor que los de las ocasiones anteriores, porque esta vez ella había sabido resistir y él había entendido que o cambiaba de verdad o no había vuelta atrás. «Me está poniendo a prueba —pensó—. Es solo un desafío, un *a ver hasta dónde*. Cuando se dé cuenta de que estoy fuerte y se vea solo, cuando entienda que sin mí no puede, querrá que vuelva, y esta vez tendrá que cambiar de verdad, esta vez sí.» Mamá firmó el convenio a espaldas

de nosotros, lo metió en un sobre y lo mandó a la dirección del abogado de papá, convencida de que había ganado.

Y se sentó a esperar.

Lo que recibió, una semana más tarde, fue un burofax que incluía una citación para un juzgado de primera instancia y una carta en la que encontró una especie de postal de esas gratuitas que hay a decenas en los mostradores de algunos bares en la que papá le daba las gracias por ser tan generosa, por ponérselo fácil y por los servicios prestados. También le deseaba suerte y añadía, con un bolígrafo de otro tono de azul, al final del texto, como si hubiera sido una idea de última hora: «Dales un beso a los niños de mi parte».

El resto es historia, la de una mujer de sesenta y cinco años que acababa de firmar un convenio de divorcio que la dejaba en la calle con dos maletas, la vajilla de la abuela, un sofá blanco de piel que estaba pagando a plazos desde hacía seis meses, una diefembaquia de diez años llamada Engracia que parecía un cocotero salvaje y 189 euros al mes de pensión, porque papá había timado tanto y tan mal al mundo en su largo historial de descalabros financieros que no tenía ni un solo tenedor a su nombre. Cuando Silvia se enteró del contenido del convenio y de que mamá ya lo había firmado estuvo a punto de matarla.

—Ni se te ocurra ratificar esa basura —la advirtió, cuando el primer estallido de furia pasó y, ya más calmada, se sentó con ella a intentar evitar lo peor—. Te está dejando en la calle.

Mamá tardó en contestar. Estaba demasiado triste, agotada y noqueada con la respuesta de papá y parecía ausente, como si no quisiera estar.

—No te preocupes —dijo, sin mirarla—. Mañana hablaré con Martín para que lo arregle.

Mintió. Habló con su abogado, cierto, pero para decirle que lo único que quería era terminar cuanto antes con aquello y ratificarlo delante del juez. «Aceléralo todo lo que puedas, por favor», fue lo que pidió. Y eso hizo: cinco semanas más tarde entró al juzgado en compañía de su abogado y firmó su libertad. Un par de días después cada uno de nosotros recibió una carta de papá que contenía una copia del contrato de divorcio firmado por los dos, acompañada de una nota impresa que decía así: «Esta es la última información personal que recibiréis sobre mí. No me molestéis más. Ahora tengo una nueva vida».

Una nueva vida. Eso fue lo que mamá tuvo que aprender a construir de cero a partir de entonces, marcada por una separación que no fue solo la de papá, sino que afectó y mucho al círculo de amigos que ambos compartían prácticamente desde que se habían casado, los mismos que habían presenciado la terrible escena que él había provocado la tarde del cumpleaños de mamá y que había

supuesto el principio del fin. Cuatro matrimonios. Ocho amigos unidos por la edad, por paternidades y maternidades compartidas, por cientos de fines de semana de barbacoas, viajes, salidas a la montaña, vacaciones de campin en los Pirineos en verano, los hombres y los niños en el río con sus tiendas, jugando a crecer, y ellas hospedadas en el hostel del pueblo como cuatro amigas solteras, libres de niños, de gritos y de desayunos, comidas y cenas, encantados todos con sus pequeñas libertades, años viéndonos crecer juntos e imaginando para nosotros un futuro a su medida que en ninguno de los casos se ha cumplido. Amigos forjados durante los sesenta, padres primerizos en aquel entonces, matrimonios con futuro, todos con pasados muy distintos, ellos profesionales universitarios de nuevo cuño —un oftalmólogo, un ingeniero de caminos, un profesor universitario de Física y papá, con sus empresas fantasma y su iluso afán por la innovación— y ellas mujeres activas en una España que todavía les dejaba poco sitio para ser nada, amas de casa que empezaban a querer más, a anhelar poder ser parte de una transición que seguía dejándolas atrás y para la que todavía se veían a tiempo, convertidas en las gallinas del gallinero en el que todos los hijos compartíamos lo común.

Las tías. Ellas eran «las tías»: tía Inés, tía Ana, tía Nuria y tía Amalia. «Hablad con las tías.» «Preguntádselo a las tías.» «Lo que las tías digan.» Criados por ellas, los diez niños crecimos compartiendo cuatro miradas femeninas que lo amparaban todo y que, subrepticamente, nos protegían del desinterés de los cuatro hombres, que acotaban su amistad a lo que les pertenecía. Éramos, de algún modo, una familia numerosa, numerosa en hijos y también en padres y madres, y esa vida en grupo vivía del ruido, en el ruido, escondiendo muchas veces las oscuridades individuales que ese mismo ruido se encargaba de diluir.

Los cuarenta años de amistad, de vecindad emocional, hicieron también su propia selección natural, tanto en los adultos como en nosotros, los niños, y en el curso de los años hubo afinidades que se compactaron y otras que se mantuvieron siempre en lo inicial, en el ruido familiar. En el caso de mamá, que siempre fue la que mejor relación mantuvo con todos, desde un principio encontró en tía Inés a esa amiga especial que nunca había tenido, a pesar de que ya en aquel entonces eran dos mujeres diametralmente opuestas por fuera —tía Inés, una mujer alta, delgada, de pelo y ojos negros y una belleza endurecida que a veces sobrecogía por su crudeza—, pero sobre todo por dentro: si mamá era la personificación de la suavidad, siempre atenta a conciliar cualquier desencuentro, constantemente justificando, intercediendo, limando conflictos que a veces se afilaban demasiado y amenazaban con romper la seguridad de lo que nos mantenía a flote, tía Inés era el genio, el carácter y la ausencia de

concesiones. Tenía, y sigue teniendo todavía, una lengua y un pronto que todos temíamos. Si alguien sabía hacernos callar con una mirada, era tía Inés. Ya en aquel entonces, la oíamos soltar las verdades como las pensaba, con una aridez castellana que te llovía encima como un salpicón de ácido. Le daba igual si el que tenía enfrente era un niño que acababa de desobedecer una orden o si tenía que soltarle una fresca a tío Arturo delante de todos. «Los problemas, cuanto antes resueltos, mejor», decía. Y luego estaban las bofetadas. Las repartía sin miramientos. Una mala respuesta, una falta de respeto, un «no me da la gana» a destiempo, y te caía la mano de tía Inés como un garfio, clavándote los dedos huesudos en la piel. «Bofetada a tiempo», anunciaba enseguida, como si acabara de repartir una bendición y tocara una campanilla, llamándonos a merendar. Nacida en un pueblo de Zamora, había estado interna en las Teresianas de Salamanca y después, a fuerza de mucho empeño, mucha pataleta y el apoyo de uno de sus hermanos —Juan, el mayor y misionero—, había conseguido estudiar Filosofía y Letras en Valladolid, donde conocería a tío Arturo, con el que se había casado en cuanto los dos habían terminado la carrera y habían encontrado su primer trabajo en Barcelona, él un buen puesto en una multinacional alemana dedicada a grandes obras de ingeniería y ella dando clases de religión y de filosofía en un colegio de monjas de la parte alta. Seca, franca, brusca y profundamente creyente, tía Inés no era una mujer que socializara con facilidad, y enseguida encontró en mamá a la aliada perfecta con el carácter perfecto: divertida, cándida, fácil de llevar y, sobre todo, distinta de todas las mujeres que había conocido hasta entonces. Y no es de extrañar que se lo pareciera. Libre de la tortura de primera infancia en las Franciscanas, mamá había terminado el bachillerato en el colegio suizo y después había estudiado secretariado internacional en Ginebra. Se había convertido en una mujer viajada, con idiomas y con un mundo y una cultura nada frecuentes en aquellos primeros albores de la España de principios de los sesenta. Albina, sí, pero con un toque de distinción que, a pesar del apocamiento y de ese constante temor a ser objeto de las miradas menos generosas que jamás la abandonaba, le confería un incontestable atractivo que solo ella se negaba a ver. Fuera como fuese, el tándem Amalia-Inés funcionó desde el principio. El roce, los años, las complicidades y el cariño hicieron el resto.

Y ese resto, ese pequeño mar de planetas que orbitaban desde hacía casi una vida en torno a mamá, esa familia construida y elegida de iguales, se derrumbó de pronto a su alrededor como un falso andamio cuando decidió firmar su libertad, dejándola expuesta a un vacío que nos pilló a todos por sorpresa. El ocho se convirtió en un siete más uno y mamá, que contaba con ese cojín de apoyo emocional que conocía al dedillo lo ocurrido porque durante años lo había

visto y vivido de primera mano, se encontró cara a cara de nuevo con la niña que no encajaba porque no cumplía con los requisitos para ser aceptada en el grupo. Fuera. Mamá estaba fuera. Su firma ponía en entredicho las no firmas de las demás, cuyos matrimonios eran, si no iguales, similares en fondo y forma al de ella. Mamá se quedó sin silla por haber querido dar una vuelta más que las otras tres y el juego siguió sin ella. En cuanto las puso al día de su decisión, tía Ana y tía Nuria le aconsejaron que recapacitara, que las cosas tampoco eran tan terribles como ella las vivía y que, al fin y al cabo, después de haber aguantado tanto, qué sentido tenía complicarse así la vida a su edad. Mamá las escuchó y, cómo no, la asaltaron las dudas. Quizá estuviera equivocándose, quizá pedía demasiado, esperaba demasiado, quizá, a fin de cuentas, el matrimonio era eso: aguantar hasta el final, en la salud y en la enfermedad, en lo que duele y en lo que no. Quizá, quizá, quizá... Afortunadamente las dudas duraron poco, porque fueron ellas —las mismas tía Ana y tía Nuria— las que no le dieron tiempo para tanto. No mucho más tarde, convencidas de que mamá estaba dispuesta a llegar hasta el final y sabedoras de que la fecha de la ratificación era inmediata, cayeron sobre ella con una animosidad casi feroz, acusándola de injusta y de desagradecida por dejar a un hombre como papá, que tanto la había querido y que la quería todavía, y que para entonces ya había tenido tiempo de enfundarse el disfraz de marido abandonado y llevaba días llorando su soledad de esposo repudiado entre el resto de los hombres del grupo, que desde el primer minuto habían cerrado filas en su defensa. Ante aquel ataque sorpresa, mamá replegó velas y, apoyada por nosotros tres, cortó cualquier contacto con ellas.

En el caso de tía Inés, los motivos y las formas fueron distintos, aunque no el resultado. Poco antes de presentarse ante el juez, mamá y ella quedaron para comer. Cuando, un par de horas más tarde, mamá regresó a casa, no contó prácticamente nada de lo que había ocurrido durante la comida. Contestó a nuestras preguntas con monosílabos, a veces simplemente con un encogimiento de hombros. Estaba confusa y también triste.

—Me entiende y me apoya —dijo cuando dejamos de atosigarla y por fin pudo tomar un poco de aire—, pero dice que, como católica, no puede apoyar que me divorcie.

Creímos que eso era todo, pero nos equivocamos. A mamá le costó contar la segunda parte. Cuando lo hizo, entendimos que lo que se avecinaba iba a ser mucho más doloroso y más duro de lo que habíamos anticipado.

—También me ha dicho que vuestro padre está estos días con ellos, en la casa de la playa —siguió contando—. Al parecer lo está pasando muy mal y tío Arturo le ha pedido a tía Inés que evite el contacto conmigo. Dice que no está bien eso de que papá esté allí, pasando el duelo y confiando en ellos, y que ella



me apoye a mí, cuando soy yo la que ha decidido separarse. Que es... traicionarle.

Nos quedamos tan perplejos que no supimos qué decir. Más aún cuando mamá remató, con un hilo de voz que intentó mantener firme:

—Y tía Inés se lo ha prometido.

De pronto, hubo tanta rabia circulando por el salón de mamá que el aire se espesó, cargado de electricidad. Silvia se levantó del sofá hecha una fiera y empezó a gritar, totalmente fuera de sí. Se paseaba de un lado a otro de la habitación como una posesa, fumando sin darse tiempo siquiera a tragarse el humo e insultando a papá y a todos los demás como no la habíamos oído hacerlo nunca con nadie mientras Emma y yo conveníamos en llamar a tía Inés y quedar con ella para intentar abrirle los ojos y convencerla de que no dejara a mamá de la mano en ese momento. Fueron minutos complicados, de emociones muy poco contenidas y de ruido, mucho ruido interno. Pero entre la lluvia de insultos y maldiciones de Silvia y la conversación que intentábamos mantener Emma y yo en el sofá, la voz de mamá se abrió paso como una pequeña hebra de sonido que, a pesar de su fragilidad, lo calló todo.

—Yo... la entiendo —dijo.

*Yo la entiendo.* Eso fue todo. Eso es mamá, la esencia de la Amalia que hemos conocido y con la que hemos convivido desde que somos quienes somos. *Yo soy tú.* El otro siempre por delante para evitar como sea hacer daño, porque con el daño, real o no, imaginado o no, llega la culpa y a mamá la culpa la paraliza, la acerca a todo lo que no quiere tener cerca.

No hubo nada que hacer. Mamá prefería marcharse así, haciendo bueno a papá y siendo ella la que dejaba, porque en el fondo le resultaba la opción más fácil: la culpa por separarse de él, por no ceder y correr a su lado para pedirle perdón por hacerle daño, bajándose del barco antes de tiempo y abandonándolo a su suerte, era menor si recibía el escarnio en abierto por todos los demás. El grupo la señalaba con el dedo y la condenaba a no pertenecer, descubriéndole el retrato de esa Amalia que ella conocía bien, un papel que podía recitar sin equivocarse en una sola coma. La distinta. La fea. La que no tiene su lugar. «No se queda solo.» Ese era el consuelo de mamá. «Sus amigos cuidarán de él. Yo me las arreglaré.»

No fuimos capaces de convencerla de que el convenio que papá le ofrecía era una burla. No quiso escuchar. Ni siquiera nos dejó que la acompañáramos al juzgado. Entró sola con su abogado y tuvimos que esperarla fuera. A la salida fuimos a tomar un café. Cuando, después de un silencio que parecía querer eternizarse y que nadie se atrevía a romper, Emma le preguntó cómo estaba, mamá miró por la ventana a los contenedores empapados por la lluvia que

teníamos justo delante y, después de unos segundos, dijo:

—Me siento... huérfana.

No supimos qué decir. Oyéndola hablar así, entendimos la dimensión de lo que sentía y los tres, en mayor o menor medida, nos avergonzamos de haber calculado mal, a la baja. En menos de un año, mamá había visto morir a la abuela Ester y había perdido a papá y a todos sus amigos. El divorcio era solo la última pata del trípode en el que se había sustentado su equilibrio, los puntos cardinales que durante dos tercios de su vida le habían dado una línea del horizonte que le había devuelto una confianza en sí misma que en cuestión de meses se había evaporado. Huérfana. Mamá había perdido la red que la protegía del vacío: adiós a madre, a marido y a amiga. Bienvenida la ausencia.

Esa noche, en mi casa, cuando terminamos de repasar todo lo ocurrido durante el día, ella acostada en el sofá y yo sentado en la alfombra, agotados y a punto de irnos a dormir, mamá se arrebujó bajo el edredón y dijo con una voz a la que le faltaba fuelle:

—Lo que más miedo me da es no saber vivir sin tener que pedir permiso a nadie.

No supe qué decir. Tanto la dimensión del mensaje como la construcción de la frase me dejaron tan pegado a la alfombra que me costó digerir todo lo que lo acompañaba.

—Aprenderás, ya lo verás —fue todo lo que se me ocurrió.

Ella levantó la cara y paseó los ojos entornados por las molduras del techo.

—¿Tú crees?

Me levanté del suelo, fui hasta la puerta y apagué la luz para que no me viera mentir.

—Claro que sí, mamá —dije en la oscuridad.

Sorprendentemente, así fue. No lo hizo sola, es cierto, pero lo hizo. Durante las semanas siguientes no dejamos de vigilarla en ningún momento, turnándonos los tres, pero la vida también empujó y lo que podría haber sido un salto al vacío con final dramático, resultó ser el principio de una Amalia que no esperábamos. Libre de techo, mamá voló mucho antes de lo que ella misma imaginaba. A partir de ahí los acontecimientos se sucedieron sin pausa, como si su decisión hubiera engrasado sin saberlo el reloj del tiempo, hasta entonces oxidado y semidormido, y este hubiera hiperestimulado su actividad, quizá un poco desbocado por la novedad, o quizá simplemente deseoso de recuperar las horas, días, meses y años perdidos en una nada cotidiana que de la noche a la mañana había dejado de estar.

Dos meses más tarde, mamá consiguió el apartamento de protección oficial que todavía hoy ocupa, un piso de una habitación para mayores de sesenta y

cinco años solos y con recursos limitados, que en su caso hizo hermoso lo feo, volviendo del revés lo que hasta entonces había tenido un norte y un sur fácilmente reconocibles y que ella no tardó en asimilar. Poco después de instalarse en él, el día que por fin terminamos de amueblarlo, se sentó en el sofá blanco de piel junto a Engracia, su diefembaquia-cocotero, y pasó la mano por el cristal de la mesa de centro.

—Mi primera casa —dijo, recorriendo el salóncomedor-cocina con la mirada. Y enseguida añadió con una sonrisa frágil en los ojos—: Y la última, supongo.

Esa noche los tres hermanos cenamos juntos. Teniendo a mamá por fin instalada, agotados pero aliviados después de todo lo vivido en los últimos meses, nos preocupaba sin embargo lo que vendría. ¿Y si mamá no aprendía a estar sola? ¿Y si era incapaz de organizarse los tiempos, el día a día, las responsabilidades y, sobre todo, esos vacíos que antes no habían existido y que ahora amenazaban con minar la intimidad de lo cotidiano? ¿Y si no sabía vivir *sin* y el *con* terminaba pesando demasiado y mamá se derrumbaba, como seguramente lo habríamos hecho cualquiera de nosotros en su lugar? ¿Era real esa Amalia que veíamos? ¿Era posible que, con todo el peso de una vida tan mal construida, lograra reconstruirse y saliera adelante a su edad, que empezara de cero en ese pequeño planeta que habíamos conseguido hilvanarle en el último minuto, sola con su sofá, su planta y nuestros tres planetas orbitando a su alrededor?

Miedo. Compartíamos el terror a que la rutina engullera la novedad y a perder a mamá del todo en cuanto la vida real fuera apartando a la imaginada y el impacto se la llevara por delante. Teníamos miedo, pero pocas armas para combatirlo salvo la espera.

Esa noche decidimos darnos un plazo para ver y vigilar.

—Una semana —propuso Silvia, intentando disimular su falta de fe.

Aunque costó convencerla, terminamos dándonos un voto de confianza. Un mes, eso fue lo que convinimos.

Pero calculamos mal. Como siempre, desde que mamá es la que es ahora, ya no refugiada bajo la sombra de nadie sino intentando adaptarse a la propia, las cuentas con ella nunca salen, aunque en aquel entonces no podíamos saberlo. Doce horas más tarde, exactamente un martes a las dos y media del mediodía, cogió su carrito nuevo de nailon verde y salió a hacer su primera compra a un supermercado del barrio. Cincuenta minutos después me sonó el móvil. Era ella.

—Hijo —dijo con una voz en la que me costó adivinar el tono—, acabo de llegar de hacer la compra.

Yo estaba visionando en la pantalla del Mac la película que al día siguiente

iba a entrar a doblar en estudio y no le presté mi total atención.

—Ajá —fue todo lo que dije, sin apartar los ojos de la pantalla. Enseguida me di cuenta de que no podía estar del todo por ella pero, cuando iba a pedirle que me llamara más tarde, se me adelantó.

—Sí —dijo—. Y tengo dos novedades.

Se me tensó la espalda. «Novedad» en boca de mamá ha sido desde siempre sinónimo de «peligro», a veces real, otras no tanto. Me levanté y me acerqué a la ventana. Fuera empezaba a llover. Quise decir algo, en un intento por mostrar un entusiasmo que no sentía con aquel prelude de conversación, pero no hizo falta porque mamá estaba demasiado emocionada con lo que acababa de vivir. Crucé los dedos para que fueran buenas noticias.

—Una buena y la otra... no tanto —dijo.

Me senté en la estantería que está justo debajo de la ventana y respiré hondo antes de preguntar.

—¿La mala es...?

Siguió una pausa. Después me pareció oír una especie de quejido ahogado que parecía venir de la calle. Me asomé a mirar. No vi a nadie.

—Que me han robado la cartera cuando he ido a sacar dinero del cajero —respondió con una voz que, extrañamente, casi me pareció alegre. Noté que un sudor frío me pegaba la camisa a la espalda, me acerqué a la mesa del ordenador y marqué el número de Emma en el teclado del fijo mientras intentaba asimilar lo que acababa de oír.

—¿Có... mo?

—Pues eso, que me han robado, hijo.

«Calma», me obligué a pensar. «Calma, porque, conociéndola, a lo mejor es menos de lo que parece.»

—A ver, mamá, por partes —dije, procurando mantener una firmeza en la voz que no se correspondía con el temblor que me sacudía la mano y levantándome de golpe. Pensé en Silvia e intenté actuar como ella lo habría hecho—. Antes de nada, ¿estás bien? —fue todo lo que se me ocurrió decir mientras notaba que me ardía la cara y me pasaba la mano por la espalda empapada.

Enseguida le quitó hierro al asunto, demasiado ansiosa por compartir conmigo la segunda novedad. La buena.

—Sí, hijo, claro —respondió como si le hubiera preguntado si se había acordado de tirar la bolsa de los envases de vidrio al contenedor verde—. No te preocupes.

Intenté no hacerlo.

—Mamá, ¿cómo no voy a preocuparme si acabas de decirme que te han

atracado en un cajero?

Al otro lado de la línea, soltó el aire por la nariz.

—Ay, bueno, hijo. Tampoco es para ponerse así.

Mientras en el fijo el tono de llamada seguía sonando, tragué saliva. Cuando quise volver a hablar tenía la boca seca y mamá aprovechó la pausa para soltar la noticia que en realidad quería compartir.

—La buena —continuó, haciendo una pausa para generar una expectativa que por mi parte no fue nada bienvenida— es que... ya no vivo sola.

Tuve que volver a sentarme. Despacio, palpando el respaldo de la silla para calcular bien y asegurarme de que algo sólido me esperaba debajo. Me di unos segundos para respirar varias veces y a fondo, porque todos los fantasmas, los peligros, los monstruos y los demonios de las peores pesadillas que hayan podido visitar a cualquier ser vivo con capacidad de soñar en su peor noche desfilaron en un simple chispazo por la pantalla del Mac que tenía delante. Estaba cantado: nos habíamos confiado y el resultado no había tardado ni un día en llegar. De repente, imaginé a mamá viviendo con... ni siquiera pude llegar a imaginar nada, porque en ese momento oí de nuevo una especie de gemido ahogado que provenía —por fin logré identificar la fuente— del otro lado de la línea y lo entendí. El gemido era mamá. Era su voz, una especie de gañido que mezclaba miedo y dolor. Y entonces caí: «La han secuestrado», pensé, notando que me bajaba la sangre a los pies. «Han intentado robarle en el cajero y, como han visto que no tiene nada, han decidido vengarse y han vuelto con ella a casa. Deben de haberle atado las manos a la espalda y el tipo está sujetándole el teléfono contra la oreja mientras la amenaza con una pistola y ella intenta parecer contenta y tranquila para que yo no sospeche y llame a la policía y puedan negociar.»

Taquicardia. Toda. Me sudaban tanto las manos que noté las gotas bajándome por la muñeca hasta desaparecer por debajo de los puños de la camisa y sentí la cabeza al borde de la explosión. La pantalla del ordenador empezó a desdibujarse un poco, difuminando sus bordes, y desde la calle un rayo cruzó la ventana, iluminando la oscuridad del cielo y clavándome a la silla. Colgué el fijo, volví a descolgarlo y esta vez marqué el teléfono de Silvia. Mientras esperaba, oí de nuevo el espantoso gemido al otro lado de la línea que compartía con mamá y después ella dejó escapar un chillido y debió de soltar el teléfono, porque a continuación me llegaron una ristra de crujidos y golpeteos.

Luego silencio.

Justo en ese momento, la voz de Silvia llenó el auricular del fijo y lo último y lo único que conseguí decir cuando la oí saludar fue:

—Han secuestrado a mamá.

Luego, mientras me deslizaba de la silla al suelo, perdiéndome en un nubarrón de inconsciencia, alcancé a oír, a lo lejos, la voz de mamá que decía:

—¡No, no, no! ¡En el sofá pipí no! Eres una perrita muy mala y mamá se va a enfadar mucho, pero mucho. Ya verás cuando se entere tía Silvia...

No supe más. La tarde fundió a negro, noté un golpe en la barbilla cuando impacté contra el borde de la mesa y después todo fue oscuridad.

—¿Eso es un... chucho?

La que pregunta es la jueza. Después de haber estudiado a mamá detenidamente y haber entendido que su presencia aquí no es un error, sino que forma parte del último turno del día, estaba por fin a punto de proceder con lo que nos concierne cuando de pronto Shirley se ha puesto a ladrar como una loca porque ha visto llegar a Erika, una amiga de Emma a la que odia especialmente porque una vez, en un despiste, le pilló la cola con la puerta del ascensor, y Shirley es de las que ni olvidan ni perdonan.

Mamá la coge en brazos y se la pega al cuello, acariciándole la cabeza.

—No es un chucho —responde, mirando ofendida a la jueza—. Es Shirley.

Una pequeña oleada de risas recorre la sala y, desde el lugar que Magalí y ella ocupan junto a la mesa de la jueza, Emma me busca con los ojos e intercambiamos una mirada cómplice. Sé lo que quiere decirme, porque es lo mismo que he pensado yo: las palabras de la jueza han sido exactamente las mismas que le oímos decir a Silvia el día de autos cuando, después de haber pasado por mi estudio, reanimarme y curarme el corte que me había hecho en el mentón al desmayarme, llegamos los tres a casa de mamá y ella salió a recibirnos con Shirley en brazos.

—No es un chucho —le respondió mamá, como una madre osa saliendo en defensa de su cría—. Es Shirley.

Y Shirley era, ya en aquel entonces, la versión en miniatura del pequeño gremlin obeso y malcriado que es ahora. Mamá estaba tan feliz con ella en brazos que todo lo que habíamos imaginado que le diríamos durante el camino en el taxi dejó de tener validez en cuestión de segundos. Tampoco tuvimos oportunidad de hablar. Estaba demasiado ansiosa por contárnoslo todo, y lo que nos contó fue que, efectivamente, había salido a comprar con su carrito y que, cuando salía del cajero después de haber sacado sus veinte euros, se le había acercado una mujer con una perrita y claro, «cómo no me iba a parar a acariciarla, con esa carita». Al parecer, el entusiasmo de mamá había sido tal que la mujer le había dejado que la cogiera en brazos y, mientras mamá tenía a la perrita toda para ella, la dueña, que por lo que pudimos deducir era una adolescente rumana que debía de haberla usado repetidas veces para el mismo

truco con el mismo tipo de público, disfrutaba a sus anchas limpiando el bolso de mamá, llevándose en su registro la cartera con los veinte euros. Después de unos minutos de cháchara que mamá no supo reproducir, la chica le preguntó si podía hacerle el favor de cuidarle a la perrita unos minutos mientras ella iba a la panadería. Mamá aceptó encantada. Media hora más tarde, al ver que la muchacha no volvía y que empezaba a chispear, mamá se acercó a la panadería a preguntar. No habían visto a ninguna chica que respondiera a esa descripción. Entonces fue cuando mamá quiso aprovechar para comprar el pan y se dio cuenta de que su cartera había desaparecido. Lo demás es fácil adivinarlo.

—¿No tendrá chip? —se me ocurrió preguntar, esperanzado—. Puede que sea robada.

Silvia me miró como si acabara de soltar la estupidez del mes y mamá dijo:

—Pues yo no le he visto chips ni garrapatas, pero pulgas creo que tiene algunas.

Silvia se levantó de un salto y se alejó del sofá con cara de horror.

—Santo Dios bendito, mamá, ya lo que nos faltaba. Ahora mismo llevamos a esta... cosa a que la desinfecten. Debe de ser una fábrica de bacterias.

Mamá acurrucó a Shirley en la toalla, acunándola contra su pecho, nuevamente ofendida con Silvia.

—No es una cosa: es un... mastín rumano —dijo, torciendo el morro. Y al ver que Emma y yo nos miramos y rápidamente desviamos la mirada para no reírnos, añadió—: Enano.

Silvia soltó un bufido.

—Pero ¿qué mastín ni qué rumano, mamá? ¿No ves que esto es un... un... —hizo un gesto con las manos que supo a nada y terminó con un— despropósito?

Mamá la miró sin entenderla.

—¿Un qué?

—Que lo único que tiene de rumano es que, con esa cabezota y esos colmillos, el padre debe de ser un vampiro.

Mamá volvió a torcer el gesto.

—Es de raza —insistió—. Y muy sensible. Me lo ha dicho Nicoletta.

Silvia arqueó una ceja.

—¿Nico... letta?

—La chica —respondió con cara de ilusionada—. La que me lo ha regalado.

Shirley se quedó y, después de librar entre todos una lucha encarnizada contra pulgas, sarna y parásitos de todo tipo que tuvieron a mamá sin dormir prácticamente un mes, conservó su nombre, que en ese momento creíamos



temporal, pero que había llegado también para quedarse. Desde entonces mamá ha desarrollado un imán casi mágico con todo lo que guarda algún vínculo, más o menos real, con Rumanía. Para ella Shirley es rumana y con eso basta para que todo lo rumano sea un pedacito de Shirley que la atrae y la atrapa como la miel al oso. Aparte de un episodio no poco peligroso que vivimos hace años en el que mamá a punto estuvo de perderlo todo a manos de una asistenta que quiso robarle hasta el sofá —y que está detallado con pelos y señales en el «Informe Niculescu» de la memoria familiar—, mamá adora a Raluca, la dueña del café al que a veces va a desayunar y donde, desde que se mudó al barrio, empezó a tomar el aperitivo los domingos. La relación entre las dos es tan estrecha que Raluca a veces ni le cobra y otras se queda con Shirley mientras mamá hace la compra.

Pero lo que confirmó que el idilio de mamá con Rumanía no tiene vuelta de hoja fue el día que, de camino al cine, la vimos pararse a hablar con unas gitanas rumanas que esperaban en una esquina a que el semáforo se pusiera en rojo para empezar a limpiar los parabrisas de los coches que aguardaban a que cambiara la luz. A Silvia de poco no le dio un síncope cuando vio que una de las chicas se acercaba peligrosamente al bolso de mamá por detrás y alargaba la mano. En ese momento agarró a mamá de la oreja y la puso en órbita. Cuando terminó la bronca, mamá, que por supuesto la escuchaba mirándonos a Emma y a mí con cara de «ya está otra vez la tensa de vuestra hermana con sus cosas», dijo:

—Hija, es que no lo entiendes. Son buenas chicas, lo que les pasa es que tienen eso que tienen las urracas, que ven algo que brilla y tienen que comérselo. Shirley también lo hace con el papel de plata de los bocadillos de la plaza.

Desde entonces, siempre que alguien le pregunta por la perrita, mamá cuenta la historia de la muchacha rumana y el cajero, que con los años ha tuneado en un cuento de hadas con un principio nuevo y con un final a su medida que suena más o menos así: «Pues resulta que cuando me mudé al barrio un día conocí a una chica que necesitaba veinte euros para dar de comer a su familia porque era una refugiada y vendía cerillas y clínex. Yo no lo dudé y le di todo lo que llevaba encima y ella, que por las noches limpiaba en casa de un criador de perros de famosos, le contó lo que le había pasado a la mujer de su jefe, que resulta que no conseguía colocar a un cachorrito de la última camada de mastines rumanos. Y entonces, al cabo de unos días llegó un mensajero a casa con una jaula y dentro estaba Shirley y llevaba un collar monísimo con un billete de veinte euros enrollado en su plaquita».

Ahora, en la sala, la jueza deja escapar un suspiro por la nariz en cuanto oye la respuesta de mamá.

—¿No le han dicho en seguridad que no está permitida la entrada de

animales al edificio? —pregunta.

Mamá niega con la cabeza.

—No. El chico de la entrada, el gordito del uniforme verde que se parece a Mister Proper pero que se llama Juan Antonio, me ha dicho que si se porta bien puede estar.

—Ajá —dice la jueza con una mueca de cansancio. Y después, como si hablara con una niña lenta de entendederas—: Pero ladrar no es portarse bien.

Mamá sonríe.

—No se preocupe. No está ladrando —la corrige con voz de madre cegada por el amor a una niña adorable que nadie más aprecia—. Está saludando, ¿verdad, cielo? —Y para confirmar su afirmación, le dice a Shirley—: Saluda a la señora jueza, anda.

Shirley bosteza y esboza una especie de sonrisa que termina en gruñido.

La jueza mira a mamá con cara de «qué ganas tengo de jubilarme y largarme a vivir a la playa para dejar de casar a toda esta panda de chalados que me tocan día sí y día también» mientras a su lado Emma niega con la cabeza y, con una sonrisa de paciencia, dice:

—Es mi madre. —La jueza la mira sin demasiadas ganas de compasión, hasta que Emma añade—: La pobre no ha empezado muy bien el día.

La jueza se vuelve entonces hacia mamá, mira primero a Shirley y luego a mí y a Silvia, y asiente. Por el cambio en su expresión debe de haber entendido que mamá sufre alguna chifladura diagnosticada y que hoy rige menos de lo que suele ser habitual en ella. Cuando se dirige a Emma de nuevo, emplea un tono de voz distinto, casi humano.

—Entiendo —dice. Y después, como si hablara consigo misma—: Yo también he tenido madre. —Tras un segundo de silencio, intenta sonreír, recoloca las gafas sobre la mesa y añade—: Si les parece, podemos empezar. —Y luego, mirando a mamá—: Por el principio.

Y eso hacemos.

«Las cosas tienen tantos principios como principios somos capaces de inventarles», nos decía la abuela Ester cuando éramos pequeños y nos veía tristes o enfadados porque la película que nos había llevado a ver al cine terminaba mal, cosa que ocurría a menudo. «Pasa lo mismo con los finales.» Lo que para Silvia era un buen final, para mí no lo era y viceversa. A mí me gustaban los finales abiertos, los «continuará» que dejaban en el aire múltiples posibilidades que iba barajando durante los días siguientes y que me permitían imaginar más vidas, más aventuras, más reencuentros. Silvia, en cambio, pedía finales justos. «No es justo que la princesa se haya tenido que casar tan joven con el príncipe», se quejó, muy afectada, el día que fuimos a ver *La Cenicienta*.

«¡Si ni siquiera ha podido viajar a América! Además, solo le han probado un zapato. ¿Y si el otro no era de su número?» Justicia. Silvia no quería imaginar, quería salir del cine con la conciencia tranquila, segura de haber visto algo *constructivo*. La abuela tiraba entonces de experiencia y, mientras merendábamos, nos proponía jugar a los finales, algo tan simple pero tan emocionante para unos niños como nosotros como reinventar el final de la película que acabábamos de ver o, en su defecto, el principio, con el consiguiente premio para aquel de los dos que consiguiera la historia más original, o más divertida, o más triste, dependiendo del día. «Finales o principios, todo vale», decía. Y Emma, que salía del cine embobada con su bolsa de chocalinas intacta y la mirada impregnada de la magia de todo lo que había visto en la pantalla, decía: «A mí me ha gustado cuando bailan los animales, y también el bosque, y cuando sea mayor quiero tener una casa así, con mucho jardín y seis perros para que no los mate nadie y me parece que a lo mejor la Cenicienta está más guapa cuando no lleva la corona ni el vestido blanco de cortina porque seguro que está más cómoda para jugar».

Principios y finales.

—El principio del matrimonio es el respeto mutuo entre los cónyuges — empieza la jueza, cruzando las manos sobre la mesa y dirigiéndose a toda la sala —. El compromiso es voluntario y, por lo tanto, toca a su fin cuando uno de los dos contrayentes así lo decide.

En cuanto la jueza arranca con su pequeño discurso introductorio, mamá fija en ella toda su atención, dispuesta a no perderse ni un solo instante de la ceremonia. Lleva tanto tiempo esperando este momento, ha pasado tantos nervios y ha anticipado tantas variables, que, ahora que por fin está aquí y esto es real, quiere vivirlo en primera persona. Aunque apenas debe de distinguir las facciones de la mujer, eso no le impide intentar enfocarla con los ojos entrecerrados al tiempo que asiente ligeramente con la cabeza, como si sus palabras también estuvieran dirigidas a ella. Viéndola así, con Shirley en brazos y toda su atención en la ceremonia, recupero una vez más el juego de los principios y los finales de la abuela y se me ocurre que si en este momento pudiera preguntarle a mamá cuál ha sido para ella el principio de todo lo que es ahora, de esta Amalia sin papá, sin la abuela y sin la vida que parecía que no iba ya a cambiar de rumbo, ella no lo dudaría. Si para nosotros el antes y el después de ella lo marcó primero su divorcio, esa orfandad dolorosa y fea que a punto estuvo de hundirla porque restó cuando menos convenía, y después su paso por el hospital, la respuesta de mamá sería la misma, pero la óptica no. Lo que para nosotros fue orfandad y ausencia de, para ella fue un doble regalo. El primero le devolvió la vida y la compañía que papá le había quitado al dejarla sin casa, sin

historia y sin amigos. El segundo, que llegó por accidente apenas una semana después de que la ingresáramos en el hospital, despertó en ella una ilusión de madre a la que parecía haber renunciado, insuflándole salud y resucitando a una Amalia que en algunos momentos habíamos dado por perdida.

«Mis dos eses», dice cuando a veces, solos ella y yo, comentamos cosas del pasado, de lo que han sido estos últimos años y de lo que habrían podido ser. Sus dos principios empiezan por «s», es cierto, como también lo es que ambos llegaron por accidente cuando más los necesitábamos y que de momento los dos siguen con nosotros.

Una perrita y un hombre.

Shirley y Sven.

La «s» de salvavidas, de salvoconducto, de supervivencia, de solución.

La «s» de suerte.

La primera es la cara de la moneda porque es verdad. Shirley llenó de la noche a la mañana y de la forma menos predecible todos los vacíos que habían quedado a la vista con el divorcio de mamá, dándole una compañía y unas obligaciones rutinarias que de otro modo habría sido muy difícil imponerle. Mimada, testaruda, chantajista emocional de primer orden y especialista en comerse todo aquello —chocolate, helados, huesos de pollo— que sobre el papel habría matado hace tiempo a cualquier otro perro, es desde hace años el motor que puso en marcha a la nueva Amalia y también su preocupación máxima. Sin ella, sin ese principio, nuestra suerte habría sido muy distinta.

El segundo, Sven, llegó por error y por error se quedó. Es una verdad a medias con cuya cruz cargo desde hace meses y que el tiempo ha convertido en secreto necesario del que ya no sé escapar porque se me ha hecho tarde.

—Mentir a quien queremos es mentirnos a nosotros mismos. A veces es necesario, cierto, pero en ese caso, el compromiso de unión debe ser revisado —dice ahora la jueza, que ha resultado ser mucho más humanista de lo que cabía suponer y que parece decidida a tocar cuerdas que, sin saberlo, resuenan no solo en mí, sino también en Silvia y seguramente en Emma, porque a mi lado Silvia se remueve, incómoda, probablemente pensando en la decisión que tomamos anoche en casa de tía Inés—. En cualquier caso, la experiencia me dice que, en la mayoría de los casos, mentir al otro es infravalorarlo. Siempre tememos ver repetido, en las reacciones de los demás, el reflejo de las nuestras —insiste la jueza, que ahora parece habernos perdido de vista a todos y estar hablando consigo misma—. Recordad esto: lo más hermoso, lo que más une a dos personas que han decidido compartir su vida y su suerte no es tanto el hecho de escuchar en el otro la confesión de una mentira y perdonarla, sino ir más allá y entender el miedo que hay detrás, lo humano que la ampara. Eso es unión. Y eso

es también el compromiso.

A mi lado, mamá se inclina de pronto hacia mí y en una voz que supuestamente debería ser baja, dice:

—Esta señora está muy empotrada, ¿verdad?

Antes de que pueda responderle, Silvia adelanta la cabeza a mi derecha y se lleva un dedo a los labios, haciéndola callar, pero mamá, que está encantada con lo que oye, finge no verla y dice:

—Deben de haberle mentado mucho. Se le nota en la boca. ¿Te has fijado en que tiene los labios así, para abajo? —Luego suelta un pequeño suspiro que solo yo oigo y añade—: Imagínate, la pobrecita, teniendo que casar todo el día a tantas parejas felices y ella tan sola y tan... dejada. Porque ese pelo es de dejadita. ¿No le ves todas esas canas tan feotas? Y el suéter, lleno de bolas. Con lo fácil que es meterlo en el congelador. A mí me está dando mucha penita, hijo. A lo mejor podríamos invitarla al aperitivo para que se anime un poco, ¿no?

A mi lado Silvia ya no puede más.

—Mamá, ¿quieres callarte de una vez?

Pero mamá está a lo suyo, construyendo un puente hacia una orilla que de repente ha divisado a lo lejos y que de ningún modo quiere ver desaparecer.

—Sí, sí, sí —dice, intentando bajar la voz para no molestar más a Silvia—. Hay que invitarla, hijo. Así nos recordará con cariño y cuando Esbién y tú a lo mejor os caséis, no tendremos que esperar mucho porque se lo diremos a ella y seguro que puede colarnos, ¿no?

La lógica de mamá es así: su mente sigue funcionando en varios planos a la vez y su plano de madre se mueve siempre en la anticipación. Lo de hoy, esta boda, Emma y Magalí, ya está, es tema resuelto, y lo es desde el día que anunciaron que se casaban. Esa tarde, su parte madre cerró el archivo Emma/pareja/malas elecciones/preocupación.exe, retomó el siguiente que tenía en el cajón de pendientes, que no era otro que el que llevaba por nombre Fer/pareja/soledad/¿solución?/ay.exe, y se puso manos a la obra. Desde entonces, cuando la oigo hablar así me invade una ternura que no es capaz de provocarme nadie salvo ella, porque entiendo que cuando me habla de Sven y de nuestra boda, lo que no dice es que está cansada de vivir la maternidad desde la preocupación y anhela el disfrute, que son setenta y tres años ya y le gustaría poder echar la llave al cajón de las carpetas pendientes y celebrar su cumpleaños como se lo ha ganado, rodeada de los suyos, sí, pero también de aquellos a los que los suyos han elegido para que la soledad no sea tan solitaria como la de ella. Y habla de Sven y sé que también piensa en Silvia, en la ausencia de John y en esa carpeta titulada simplemente «La mayor», que va acumulando folios y folios, expediente tras expediente, remiendos y tabiques que de momento ni ella

ni nosotros hemos sabido abordar, porque hacerlo es arriesgarnos a perderla y preferimos tenerla así, torcida y enfangada, que verla desaparecer.

—Tengo tantas ganas de conocer a Esbién —dice mamá por fin, devolviéndome de golpe a mi expediente, a la sala y a la sombra de Silvia, que a mi derecha está a punto de chillarle que se calle de una vez—. A lo mejor, si no para el aperitivo, para la cena sí que puede llegar.

La jueza hace una pausa y se prepara para cambiar de tercio y de tono y es entonces cuando, encarnando a su personaje más real, el que la acompaña desde hace más tiempo y aparece en ella por defecto, mamá añade, con una voz pequeña que solo yo oigo porque casi no se atreve a decirlo:

—¿Tú crees que le gustaremos?

Silencio. Durante una fracción de segundo se hace un silencio que nace en la mesa de la jueza y que rebota contra las paredes de la sala hasta encontrar su eco aquí, entre mamá, su pregunta y yo, mientras desde la plaza llegan un grito de mujer y una sirena que no duran. Justo entonces, vuelvo la vista hacia delante y veo a Emma y a Magalí, que ahora están de pie y de la mano junto a la mesa. Se las ve tan quietas, tan seguras en esa burbuja que habitan y tan ajenas a todo lo que no son ellas, que estoy a punto de responderle a mamá que qué más da si le gustamos a no a Sven y que se olvide de eso ahora, que hoy es el día de Emma y de ella, boda y cumpleaños. «Hoy celebramos, mamá —quiero decirle—. ¿Cuánto hace que no celebrábamos en familia? ¿Cuánto hace que no vives una celebración sin preocuparte por lo que falta, por los que se fueron, por los que deberían estar? ¿Has podido no ser madre alguna vez? ¿Durante un día? ¿Una hora? ¿Un minuto? ¿Se puede?» Quiero decirle que siendo así, tan de verdad, nos lo pone demasiado difícil, porque a pesar de sus meteduras de pata, de sus torpezas y de todo lo que la acompaña, hoy es aquí la única que no miente, la única que gustaría a cualquiera porque los demás no estamos jugando limpio. «Mentirosos», diría la abuela Ester con esa voz rasposa de los peores momentos. «Mentirosos con el inofensivo. Y cobardes. Como vuestro padre.» Después se volvería hacia mí y negaría con la cabeza: «Y tú, el peor. Tú, por partida doble».

Me gustaría decirle a mamá eso y más, y hacerlo ya, quitarme de encima esta lacra y poder respirar tranquilo. «Tengo algo que contarte.» He imaginado tantas veces ese momento que, de tanto imaginarlo, ha perdido del todo la fuerza. He gastado en mi imaginación la frase hasta dejarla hueca. Desde que Magalí y Emma nos anunciaron que se casaban y mamá se iluminó en cuanto vio que no había ya excusa para que Sven no viniera a conocerla, la he repetido a diario, ensayándola con todos los tonos, timbres y tempos imaginables. Y después, rápidamente la siguiente: «Sven no vendrá, mamá. No lo esperes, porque no llegará».

Meses ensayando dos frases. Dos de tres. Un día tras otro dándome un día más, esperando el momento adecuado, posponiéndolo, excusándome. Hasta hoy. El plazo termina hoy y en esto estoy solo. Ni tía Inés, ni Silvia, ni Magalí ni Emma imaginan que las coincidencias que confluyen este 21 de abril no son tres, sino cuatro. Ninguna de ellas sospecha que Sven no llegará y menos aún el porqué.

A mi lado mamá sigue esperando mi respuesta mientras se seca los ojos con un pañuelo de papel. Cuando voy a contestarle, fiel al guion de mi mentira, que claro que le gustaremos a Sven y que se quede tranquila, desde su mesa la jueza se aclara la garganta y dice:

—Tengo entendido que alguno de ustedes quiere decir unas palabras, ¿es así?

Emma y Magalí se vuelven hacia nosotros y miran a mamá. A mi lado Silvia se inclina hacia delante y dice en un intento de susurro:

—Mamá, te toca.

Mamá la mira y parpadea, totalmente fuera de juego.

—¿Me... toca?

—El texto. ¿Te acuerdas? —le dice Silvia.

Mamá me mira con cara de «ah, sí, claro» hasta que, de pronto, se le congela la sonrisa y cierra su mano sobre mi antebrazo como una garra.

—Ay, Fer —dice—. El papel.

La miro sin entenderla del todo.

—El papel —sisea, colapsada—. Estaba en el bolso. Con las llaves y el móvil y... ay —termina, llevándose la mano a la mejilla y evitando la mirada de Silvia.

En la mesa, la jueza pone cara de «a ver qué pasa porque a estas horas no voy a encontrar ningún sitio abierto donde me den algo de comer» y mamá, que está empezando a sudar como un pollo debajo del plumífero, me tira del brazo al tiempo que la oigo pensar en alto:

—Y... ¿qué hago?

—Mamá, te están esperando —la apremia Silvia a mi lado, controlando la voz.

—Sí, hija, ya va, ya va —responde mamá, con cara de lo-de-tu-hermana-es-que-no-tiene-nombrehay-que-ver. Luego baja la voz y, al tiempo que se levanta, me dice—: Me hago pis.

—Ni se te ocurra —le suelto, también yo tenso ante las miradas de toda la sala—. Sal ahí delante y di lo que sea, mamá, pero di algo.

—Pero ¡si no tengo el papel!

—¡Pues improvisa!

—Pero... ¿cómo?

Con la cabeza apoyada sobre el dorso de las manos, la jueza arquea una ceja, intenta un amago de sonrisa y dice con una voz que navega entre el cansancio y la curiosidad:

—Quizá la señora prefiera no participar...

Al oírla, mamá se levanta de golpe, como si de pronto acabara de darse cuenta de que piensan dejarla fuera de la ceremonia, y, antes de echar a andar hacia el pequeño estrado, susurra, casi sin mover los labios:

—¿Y por dónde empiezo?

Viéndola así de atribulada, con el plumífero, los Crocs y esos rizos blancos mal ahuecados contra la coronilla, tengo que hacer un esfuerzo para no soltar una carcajada, pero enseguida entiendo que está sufriendo de verdad e intento ponerme en su lugar. Lo único que se me ocurre decirle, así, a bote pronto, antes de verla alejarse por el pasillo es:

—Por el principio, mamá. Empieza por el principio.



### 3

Los principios, siempre los principios.

Tía Inés y Sven llegaron prácticamente a la vez. Aunque, más que una llegada, lo de tía Inés fuera una reaparición, el impacto que los dos provocaron en el rompecabezas familiar, y especialmente en mamá, marcó un antes y un después que mucho tiene que ver con la verdad de lo que hoy, en este momento, vivimos. Tía Inés reapareció en escena sin avisar. Un día abrimos una puerta y allí estaba, sentada junto a mamá, como si sus siete años de ausencia no hubieran existido. Volvió y se quedó. No podría explicarlo mejor, porque adornarlo sería mentir. Pero su regreso resultó ser algo más: una pared de doble fondo que dejó al descubierto un universo de siete años paralelos que todavía hoy sigue maravillándonos.

Lo de Sven fue distinto. Sven fue el resultado lógico de una ecuación perfecta: lo que explica a Sven es un viaje a una ciudad desconocida, el factor sorpresa y la torpeza por la falta de uso. Quizá no mentiría si dijera que apareció en mi vida porque me pilló confiado y con la guardia baja, después de casi ocho años atrincherado contra las relaciones y contra los hombres porque el último había dolido demasiado y desde entonces yo me había prometido que ya no más. La cicatriz de mi ruptura con Andrés seguía tan mal suturada que una pieza del mecanismo que habitualmente nos cura los desamores para que la vida enseñe alguna carta nueva se había quedado encallada entre el tiempo y la confianza y yo no había encontrado el modo de repararla. Después de él había optado, como lo había hecho Emma en su día, por vivir en lo seguro: a un lado el trabajo, al que cada vez dedicaba más tiempo, y al otro mi gente, ese microuniverso de pequeños planetas seguros e inofensivos donde, aparte de algunos amigos y colegas de profesión, habitaban mamá, Silvia, Emma, Shirley y también Rulfo. Seguramente, si no hubiera habido viaje no habría habido Sven, aunque cómo saberlo. Y es que a veces, cuando viajamos a un destino desconocido, relajamos la vigilancia sobre lo cotidiano para centrar la atención en las sorpresas, en lo nuevo y en esas pequeñas emociones que a veces se despiertan con lo que no es rutina. Miramos distinto, respiramos distinto y también invocamos, en mayor o menor medida, un poco de aventura que nos dé la medida y el valor de la vida que somos. El viaje despista, y no hay nada ni nadie más atento al despiste que la

propia vida, la de verdad.

En cualquier caso, si tuviera que concretar en qué momento lo mío con Sven pasó de ser un encuentro fortuito de una noche a convertirse en una parte fundamental del imaginario familiar, cuál fue el principio exacto, el desencadenante de todo lo que ha ocurrido después, mi respuesta sonaría a algo parecido a esto:

—La culpa de lo de Sven la tuvo un móvil.

Lo diría así: «la culpa de», y no «lo que pasó con» o «el porqué de». Usaría esas palabras exactas y también estaría diciendo la verdad.

Pero la verdad es como una muñeca rusa llena de otras verdades más pequeñas que a menudo encierran una miríada de detalles, fechas, cifras, letras... un ADN completo de lo que hubo primero, de la bala que lo disparó todo y en cuyo casquillo el fabricante graba siempre a mano el mismo lema: «Lo que remueve la emoción no son las verdades, sino las ganas de que no duelan. Por eso la mentira es tan humana».

*Un móvil.* Eso fue exactamente. El objeto. Lo concreto. Y aun hoy lo digo mentalmente con la boca pequeña, porque intuyo que si la abuela Ester estuviera aquí y me oyera responder así inclinaría a un lado la cabeza, arquearía una ceja y yo entendería, con ese simple gesto, que la verdad no es esa, sino otra anterior. «Las verdades están siempre detrás», decía. «Y abajo. Muy abajo. Como las semillas: en lo oscuro, para seguir vivas.» La abuela sabía de verdades como solo saben las abuelas viudas que, huérfanas de un futuro en compañía desde muy pronto, recibieron una bala cuando aún no les tocaba y desde entonces aprendieron a reconocerlas en los demás, en los suyos. Veía porque escuchaba bien, puesta la atención en lo que no era ella, y era eso precisamente lo que la situaba siempre en el centro del círculo —del nuestro— cuando todavía vivía, y es lo que sigue manteniéndola todavía ahí ahora que ya no está: no se miraba porque nosotros éramos todo el paisaje que la ocupaba. Ella ponía la vista y nosotros la visión. Ella giraba en el centro del círculo como un faro, cada vez más despacio a medida que los años iban oxidando la mecánica del movimiento, iluminándonos para descubrirnos en la debilidad, humanizándonos.

«¿Y antes? ¿Qué había antes», preguntaría. Luego me daría mi tiempo, todo el que necesitara, para buscar. Apartaría el foco y me devolvería la intimidad. «Siempre hay un antes —decía—. Busca.»

Sven y tía Inés. El antes de los dos fue mamá, esa es la verdad. Y también la enfermedad, esa nube negra y sucia que se instaló entre nosotros, lenta y silenciosa, impregnando el aire de partículas invisibles que no percibimos hasta que nos dimos cuenta de que no había oxígeno en lo que respirábamos, sino tensión, desconfianza y sobre todo miedo. Llegó el miedo, sí. Con la enfermedad

entendimos que mamá no era eterna, que cualquiera, incluso nosotros, estábamos expuestos a la orfandad, y esa toma de conciencia, ese contacto con la amenaza de su ausencia, varió el rumbo del viaje más o menos tranquilo que habíamos emprendido hacía ya unos años con la deserción de papá.

Todo empezó con unas leves molestias urinarias: dolor, escozor, una pequeña infección sin importancia que tratamos con el antibiótico de turno y que desapareció tal como había llegado. Al poco, las molestias regresaron, pero fueron distintas, menos específicas, menos agudas. Gradual, el de mamá fue un proceso tan gradual que cuando todo por fin estalló y la inquietud se tiñó de alarma, fue casi demasiado tarde. Médico de cabecera primero, urólogo después. «Cosas de la edad», nos dijo. Mamá orinaba con más frecuencia que antes, a veces con dolor. «Quizá un poco de arenilla acumulada, el albinismo agudiza algunas patologías, nada de que preocuparse.» Pruebas. Ecografía. Análisis. «No hay infección. Vejiga caída. Eso lo explica. En los casos más molestos y extremos, existe la posibilidad de operar, aunque no siempre con éxito. De momento no merece la pena.» Nos quedamos más tranquilos. Mamá también. La medicación hizo su efecto y volvió la calma, al menos durante unas semanas. Pero pronto regresaron los desajustes. Mamá tenía que orinar cada tres o cuatro horas y la frecuencia se había hecho extensiva a la noche. Se levantaba varias veces. Mal dormir. Mal sueño. El urólogo insistió en que el tratamiento funcionaba. «Probablemente no sea tanto un problema de vejiga como de algún otro órgano. Os aconsejaría un internista.» El mensaje no verbalizado era: «Quizá el origen no sea urológico. De ser así, no pertenece a mi campo. Llamad a otra puerta». Y eso hicimos. Pedimos hora con un internista recomendado por una amiga de Silvia, que, después de examinar a mamá, nos recomendó a un urólogo-ginecólogo de su confianza. Este, después de visitar a mamá, nos dio exactamente la misma explicación que el primero, con lo cual nos vimos de nuevo en el punto de partida, con el agravante de que, con el paso de las semanas, mamá ya no solo tenía que orinar constantemente, sino que, en ocasiones, las ganas de hacerlo eran tan repentinas y tan intensas que tenía que hacer mil y una maniobras para poder llegar al baño a tiempo.

Insistimos. Buscamos, preguntamos y llegamos a un tercer urólogo, este especialista en gente mayor. Para entonces, no había ya día en que mamá no se hiciera pipí encima en algún momento. Las compresas que usaba desde hacía unas semanas no servían, porque a veces los episodios de incontinencia eran incontrolables y la empapaban entera. Ella estaba tan avergonzada y tan angustiada, se veía de pronto tan mermada y ridícula, que empezó a cambiar disimuladamente sus hábitos para evitar situaciones no deseadas. Salía lo justo y, cuando lo hacía, se aseguraba siempre de que hubiera un bar cerca con un baño a

mano que pudiera sacarla de un apuro que ella había empezado a asumir como inevitable. Decidimos cambiar de médico una vez más, pero mamá se negó.

—No quiero más médicos —dijo—. Estoy cansada.

No solo estaba cansada. A medida que el deterioro físico parecía haber llegado para quedarse, mamá iba dando señales de un cambio más sutil y a la vez más preocupante que no afectaba tanto a lo fisiológico como a lo emocional. Vergüenza, se avergonzaba de sí misma, de verse así, mayor e incontinente, y la vergüenza trajo consigo una tristeza que ella intentaba disimular con su peculiar sentido del humor y con sus ganas de no preocupar, pero que asomaba a retazos cuando no tenía ánimos para fingir. Empezó a comer menos y mal: solo cocinaba cuando íbamos a verla. Si estaba sola, comía cualquier cosa precocinada. Lo más inquietante, lo que nos puso en alerta y exigió una solución inmediata, fue que dejó de leer, ella, a la que, desde pequeños, siempre le hemos oído decir que si hubiera podido volver a estudiar lo que más le habría gustado en el mundo habría sido ser bibliotecaria para vivir con la seguridad de que, aunque no hubiera para comida, jamás faltaría un libro en casa.

—Es que no me concentro —dijo—. Empiezo una página y cuando llego a la siguiente ya no me acuerdo de lo que he leído. No puedo continuar.

Desidia. Llegó entonces la desidia: cosas que hasta entonces eran motivo de alegría dejaron de serlo y mamá se volvió quejica e irritable. El carácter empezó a cambiarle, y con él cambió también su interés por lo que la rodeaba. Preguntaba menos, no quería saber nada. Empezaba las conversaciones animada, pero pronto dejaba de escuchar. Estaba, pero no era. Continuaba rodeada de la voz incansable de los transistores que hablaban, y siguen haciéndolo todavía, en todos los rincones de su casa, pero si le preguntábamos qué escuchaba, no sabía qué contestar.

Mamá se apagaba, y esa nueva versión que ni siquiera habíamos visto en los peores momentos de nuestra historia común nos preocupó tanto que decidimos que la mejor opción era llevarla a un psicólogo. Cuando se lo propusimos, bajó la vista y negó con la cabeza.

—Yo no quiero un psicólogo —dijo—. Lo que quiero es dejar de hacerme pipí.

Hablaba en serio. No hubo psicólogo y tampoco hubo forma de convencerla de que no tirara la toalla. Mamá se abandonaba por días, rabiosa con su suerte porque de repente no entendía por qué a ella, ahora que por fin había encontrado la paz y disfrutaba de una vida tranquila con los suyos. De pronto no veía más allá del «por qué a mí», y esa miopía la sumía en una autoflagelación constante que le impedía actuar y, lo que es peor, dejarse ayudar. Había decidido que Amalia no cooperaba si la vida no cooperaba con Amalia, y, cuando le pedíamos

que pusiera de su parte para salir del pozo en el que estaba cada vez más hundida, aparecía su versión más difícil y nos daba con la puerta de su desazón en las narices.

Le propusimos que accediera, por última vez, a ver a un urólogo del que nos habían hablado maravillas. No hubo manera. Por mucho que intentamos razonar con ella, engatusarla, chantajearla, manipularla y hasta amenazarla, no dio su brazo a torcer.

—No pienso volver a ver a un urólogo en mi vida —fue todo lo que dijo.

Y así fue. No hubo más urólogos. Mamá siguió con sus pérdidas y nosotros nos replegamos, después de acordar que quizá dándole un respiro terminaría por entrar en razón. Ya no sabíamos qué hacer. Decidimos esperar y vigilarla de cerca mientras buscábamos alguna alternativa, una nueva vía que quizá no hubiéramos explorado aún. Afortunadamente, la solución tardó menos en llegar de lo que habíamos imaginado y lo hizo de la mano de una compañera de trabajo de Emma. Al parecer, su tía había tenido un episodio parecido al de mamá, con complicaciones parecidas, y antes de pasar por quirófano como le había recomendado su ginecóloga había consultado a un naturópata del que le había hablado su monitora de Pilates.

—Una joya —fue lo que nos dijo—. A mi tía le ha salvado la vida.

Se lo comentamos a mamá.

—¿Uno de esos que te ponen las manos? —fue lo primero que dijo—. ¿Me va a prohibir el chocolate?

—No digas tonterías, haz el favor —saltó Silvia—. Es un médico espectacular. Te va a encantar, ya verás.

—¿Y tú cómo lo sabes?

No fue fácil. Durante un par de días mamá se defendió con uñas y dientes como una niña testaruda hasta que a Emma se le ocurrió la genial idea de enseñarle un vídeo de YouTube donde aparecía el doctor participando en una entrevista-coloquio sobre los efectos de los líquidos y de los antibióticos en la depuración del riñón y eso lo cambió todo.

—¿Es este? —preguntó mamá sin ningún interés en cuanto le puse la tableta delante y le di al *play*. Estaba tumbada en la cama con cara de sueño, a punto de echarse la siesta, con Shirley instalada encima del almohadón en el que ella apoyaba la cabeza.

—No —le dije—. Espera un poco. Sale ahora, mira.

Mamá siguió sin apartar la vista de la pantalla hasta que el presentador anunció la presencia en la mesa del doctor Flores, que apareció en pantalla un par de segundos más tarde, uno menos de lo que tardó ella en coger la tableta con las dos manos y pegársela a la cara para ver bien y asegurarse de que su

primera impresión no era incorrecta.

Durante un rato, en la habitación de mamá solo se oyeron la voz pausada y grave, ligeramente hipnótica, del doctor y los ronquidos no tan pausados de Shirley sobre el almohadón. Luego, mamá asomó la cara por detrás de la tableta y dijo:

—Santo Dios bendito. Pero ¡si es como Paul Newman!

En efecto. El doctor Jackson Flores es, además de naturópata, un hombre con un físico impactante, y si hay algo que a mamá le puede es un hombre guapo. Al otro lado de la cama, Emma me miró y sonrió. Mamá volvió a pegarse la tableta a la cara y al cabo de unos segundos sentenció para sí misma, con una ilusión en la voz que hacía meses que no había estado allí:

—Tendré que ir a la peluquería.

Diez días más tarde, estábamos los cuatro sentados en la consulta del doctor Flores, mamá, de punta en blanco y envuelta en una densa nube de Eternity, con sus Geox, su gabardina de cuadros y sus pendientes de perlas, mirando al doctor sin oír una palabra de lo que él le decía, totalmente embobada, mientras Silvia se encargaba de ponerlo al día de todo el historial médico de mamá enseñándole análisis, ecografías, informes y demás. El doctor escuchaba con atención lo que Silvia le contaba e iba examinando detenidamente todas las pruebas, tomando alguna nota con su pluma negra en la ficha que acababa de abrirle a mamá. Silvia le comentó lo del cambio de carácter, la desgana, incluso mencionó algunas lagunas de memoria que habíamos observado en mamá y que, aunque puntuales, nos tenían preocupados. Él asentía, tomaba notas, volvía a asentir... hasta que Silvia por fin terminó de hablar y se hizo el silencio.

Lo que siguió a continuación fue un cuarto de hora de explicación sobre las causas, consecuencias y complicaciones de una vejiga baja en las mujeres de la edad de mamá y sobre el efecto de la medicación que tomaba y que, evidentemente, no estaba funcionando para solucionar el problema de las pérdidas. Expuso las cosas con claridad y propuso un cambio de hábitos que incluían alimentación, ejercicio físico muy específico y un control neurológico a fondo. A todo ello añadió un tratamiento a base de un montón de hierbas que había que pedir a Andorra y que ahora no sabría recordar, pastillas de arándanos y cápsulas con todos los omegas habidos y por haber. Quedamos en que dejaríamos de darle la medicación que nos había recetado el urólogo hasta la siguiente visita.

Eso fue todo. O eso creyó él y también nosotros. Cuando enroscó el tapón de la pluma y retiró la silla hacia atrás, mamá se aclaró la garganta y dijo:

—¿Ya está?

El doctor dejó de empujar la silla y sonrió.

—De momento, eso parece —respondió con una voz afable de médico acostumbrado a tratar con personas mayores. Visto desde el ángulo que yo ocupaba en la consulta, mamá no había ido muy errada cuando había dicho que se parecía a Paul Newman. Los mismos ojos, el pelo muy similar, y esa sonrisa de guapo que sabe que se sale siempre con la suya aunque no parezca que eso sea lo que realmente le importa. «Un guapo, guapo», diría la abuela.

Mamá no dijo nada más, pero no se movió, y él, al ver que no pasaba nada, se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Hay algo que quiera preguntar? ¿Alguna duda?

Mamá hizo un mohín de niña pequeña y asintió.

—Bien —dijo él, cruzando las manos sobre la mesa—. Usted dirá.

Mamá dejó escapar un pequeño suspiro de satisfacción, abrió el bolso —no había habido forma de convencerla de que para la visita se desprendiera, aunque fuera por unas horas, de lo que Emma había bautizado en su día como el bolso-pollo, una bolsa de lona con el logo de *Los miserables* que lleva colgando de la mano por las asas como si llevara un pollo patas abajo, en el que cabe todo y en el que todo desaparece como por arte de magia— y se puso a buscar en sus profundidades algo que, por supuesto, debía de estar allí y que a buen seguro iba a tardar en aparecer. Un poco agobiada por la mirada expectante del doctor y por los suspiros nerviosos de Silvia, mamá optó por la opción más rápida: empezó a sacar cosas de aquel bolso que parecía no tener fondo y a ponerlas encima de la mesa, amontonando sobre el escritorio cartera, compresas, agenda (2), tarjetero, set de manicura, pastillero, bolsa de caramelos, dos muestras de perfume, un Toblerone, un puñado de bolsas de plástico de color rosa para recoger las cacas de Shirley, un juego de cartas, las gafas de repuesto, un par de facturas de la luz, la lupa tamaño XL, el móvil con su funda rosa y seis paquetes de clínex antes de levantar la cabeza con gesto triunfal y sacar un papel de libreta doblado en cuatro del que cayeron unas cuantas migas de magdalena, momento en el que por fin dejó el bolso en el suelo y desdobló el papel, alisándolo sobre la mesa.

Entonces carraspeó y se puso bien las gafas.

—Me he apuntado las preguntas —anunció—. Bueno, preguntas, preguntas no son. Es que como vi en el vídeo que usted es de los que prohíbe cosas, le traigo una lista de las cosas que no.

El hombre arqueó una ceja.

—¿Las cosas que no?

Mamá asintió.

—Eso —dijo—. Las que no voy a dejar de tomar porque no puedo.

El doctor reprimió una sonrisa que sus ojos azules no disimularon y mamá se acercó despacio el papel a la cara y procedió a leer.

—«Cosas que no dejaré de tomar porque no puedo —empezó—: Mis dos copas de vino con Fanta de Limón Zero en las comidas, helado de chocolate, tarta Sacher, cruasanes de chocolate negro, cruasanes de chocolate blanco, yogur de trufa con envase de cristal, esos que van dos en un *pack*, el chocolate deshecho con una magdalena de los sábados por la tarde, las patatas con un chorrito de mayonesa, las aceitunas rellenas, la clara del aperitivo del domingo, el churrasco y la nata si hay fresas.» Creo que de momento eso sería todo. Bueno, no. También el chocolate en tableta, pero con leche, ese otro negro con sal que me trae Silvia del Gourmet no. Es que sabe a arena y raspa.

Emma se volvió a mirar por la ventana y Silvia puso cara de póquer. Mamá no había terminado.

—Otra cosita —siguió—. ¿Todas esas... bebidas que voy a tomar no serán de las que tienen esos sabores tan horribles que hay que echarles miel de zángano o lo que sea y encima luego te huele el aliento fatal todo el día, como a lavadora sucia?

Silvia puso la mano en la de mamá, me lanzó una fugaz mirada asesina con cara de «¿esto tú lo sabías?» e intentó tranquilizarla.

—Qué va, mamá. Están deliciosas, ya verás —dijo—. Son como los batidos de frutas con leche que tanto te gustan, pero sin leche y sin azúcar, ¿verdad, doctor?

El doctor inspiró hondo, cogió la pluma que tenía encima de la mesa y se encogió un poco de hombros.

—A ver, «deliciosas» no sé si es la palabra exacta, pero desde luego se dejan tomar, sí.

Mamá puso cara de «bueno, ya veremos» y dejó escapar el aire por la nariz. Luego le dio la vuelta al papel, buscó algo que debía de estar con el resto de las cosas que tenía desperdigadas sobre la mesa, y que finalmente resultó ser un boli, y dijo:

—Ya lo último.

El doctor inclinó a un lado la cabeza. Obviamente no estaba molesto, sino más bien intrigado. Miraba a mamá con un brillo en los ojos en el que se adivinaba cierto interés y, sobre todo, diversión. Mamá se lo estaba ganando y él parecía encantado con la escena.

—La escucho —dijo, con esa seriedad una pizca demasiado exagerada que se usa para hablar a los niños.

Mamá leyó.

—¿Le gustan los perros?

Eso el doctor no se lo esperaba. Ni él ni nosotros. Puso cara de sorpresa, pero enseñada volvió a recuperar la sonrisa.



—Sí —contestó—. De hecho me gustan mucho los animales. Tengo dos.  
Mamá se iluminó.

—Yo tengo solo una. Shirley. Es más bonita... Y más buena... Es un mastín rumano. Hay muy pocos. —Enseguida tachó algo en el papel. Luego levantó la vista y clavó los ojos en la mano del doctor.

—Creo que se le ha perdido el anillo —dijo.

El hombre frunció el ceño.

—¿El anillo?

Mamá asintió.

—La alianza.

El ceño desapareció.

—Ah, no. Es que no llevo.

Mamá me miró e hizo una mueca que yo no entendí.

—¿Y a su mujer no le molesta?

El doctor soltó una carcajada. El descaro de mamá, unido a su candidez, lo tenían ganado del todo.

—No, no estoy casado.

La respuesta del doctor iluminó a mamá, que se encendió como una bengala.

—Oh, pues él tampoco —saltó enseguida al tiempo que me señalaba con el boli.

Silvia, que se había puesto en guardia a medida que las preguntas de mamá iban bordeando un precipicio que todos, menos el doctor, intuíamos, decidió que había llegado el momento de frenar lo que empezaba a parecer inevitable.

—Mamá, no creo que... —empezó con un tono de voz que quiso ser cariñoso, cogiéndola de la muñeca.

El doctor me miró y luego se volvió hacia mamá con una sonrisa de compromiso.

—Ah.

—Pero, claro —quiso aclarar mamá—, es que Fer es gay y le cuesta más.

El doctor intentó no reírse.

—Ah, vaya —fue todo lo que pudo decir con una voz un poco ahogada.

Mamá asintió, lanzada.

—Quiero decir, que es gay y no está casado porque está soltero, no porque sea gay. Bueno, ya me entiende. Y además es director de cine.

Sentí un escalofrío que me subió por la espalda hasta las orejas. De repente lo entendí: entendí la repentina docilidad de mamá en cuanto había visto al doctor en la pantalla de la tableta, su insistencia en que me cortara el pelo y me arreglara la barba esa misma mañana y esa especie de ilusión renovada con la

que nos llevaba sorprendiendo durante la última semana, a pesar de que su estado seguía siendo el mismo y su desesperación también. «Así que este era el plan», pensé, viéndola sentada delante del doctor con el papel en la mano. Y me maldije por no haberlo imaginado. Como llevaba haciendo desde hacía unos años, mamá seguía empeñada en buscarme novio, todo lo contrario de lo que había hecho con Emma. Con ella había rezado de día y de noche para que no apareciera nadie, para que Emma nos diera paz y dejaran de llegar, una tras otra, esas mujeres faltas de todo que para Emma eran siempre «esta sí». Y toda esa tensión, todo ese miedo de mamá al compromiso mal invertido de Emma, había sido solo comparable en intensidad a sus ganas de verme llegar algún día con la noticia de algo que sonara así: «He conocido a alguien». Pero desde que me había separado de Andrés eso no había ocurrido y mamá se había dedicado a urdir todo tipo de estrategias para ponerle remedio a lo que ella llamaba «tu falta de». Desde la etapa en que vivía obsesionada con la idea de que lo que yo necesitaba era un novio veterinario y surfista —e iba con su perrita por el parque haciendo encuestas a todo aquel que se cruzaba con ella, preguntando si el veterinario de la pobre víctima en cuestión era gay y soltero, porque se le había metido en la cabeza que Chris, el protagonista de la serie australiana a la que se había hecho adicta, era el perfil de hombre ideal para mí— hasta un sinfín de episodios más o menos dignos de olvidar, como cuando mandó una carta al director de un diario preguntando qué podía hacer para encontrarle un novio a su hijo, porque ella tenía una enfermedad terminal y su última voluntad era ver feliz a «mi pequeño», o cuando llamó a un programa de radio nocturno para explicar mi caso y no se le ocurrió nada mejor que dar mi móvil en abierto para que los candidatos pudieran ponerse en contacto conmigo lo antes posible porque, según dijo «lo veo tan mal y tan solo, a pesar de ser tan guapo y tan listo, y además es casi director de cine, que me temo lo peor. Es que los artistas, ya se sabe. Sufren». Así es mamá cuando se le mete algo en la cabeza y no se la vigila: incontinente, pero del todo. De repente entendí que, aunque enfadada con la vida y quizá deprimida, yo seguía siendo el número uno en su lista de prioridades y el doctor Flores le había devuelto la esperanza de ver cumplida su misión.

Que mamá no estaba dispuesta a desaprovechar su oportunidad quedó fuera de toda duda cuando, agitando el boli en el aire, sentenció, muy seria:

—Mi padre siempre decía que hay que tener un abogado, un médico y un policía en la familia, y bueno, yo urólogos no quiero, y usted es médico, más o menos, y aunque es un poco mayor, creo que sería una relación bonita, porque usted es más científico, aunque no sea muy de verdad, y Fer es de letras puras, que ahora me parece que se valoran mucho porque casi no quedan.

El doctor se rindió ante el personaje que tenía delante y decidió jugar, cosa

que le agradecemos. No sé lo que debía de haber visto en mamá, pero fuera lo que fuese, lo tenía en el bolsillo.

—Ajá —dijo, asintiendo—. Me parece una argumentación muy interesante. Mamá fue toda sonrisas.

—Es un alivio poder hablarlo con un profesional —replicó—, pero es que él —añadió, mirándome— tuvo una mala experiencia y desde entonces nada, y a mí... a nosotras, nos gustaría tanto que conociera a un hombre así, guapo, profesional, perruno y que huela bien, porque lleva tantos años sin pareja, que el día que quiera darse cuenta se le habrá pasado el arroz, y cuando lo vi a usted en el vídeo hablando tan pausado, con ese pelito y esos ojos, pensé que a lo mejor... aunque enseguida me dije «no sueñes, Amalia, que luego ya sabes lo que pasa». —Sacudió la cabeza un poco de lado a lado en un gesto supuestamente dramático—. Pero entonces Emma me dijo que se llamaba Flores y vi que no llevaba anillo y lo supe. Y pensé: «Para Fer». Y luego, estos días también se me ha ocurrido que a lo mejor lo del anillo es una falsa alarma, porque hoy en día ya se sabe, pero ahora que lo conozco y que ya nos tenemos confianza, también le digo que tampoco es tan imprescindible que sea gay. O sea, estaría bien, claro que sí, pero si no se puede, no se puede. Total, el último novio que tuvo Fer lo era y fue un espanto. Así que, bien pensado, si no es gay, casi mejor. ¡Cómo no se nos había ocurrido antes! —terminó, volviéndose a mirarme.

El doctor soltó una carcajada que pilló a mamá por sorpresa primero y que enseguida la relajó. Como la suya, la del doctor era la risa de alguien que disfruta riéndose, que contagia. Mamá no cabía en sí de gozo, estaba exultante. Yo no. Decidí intervenir.

—Mamá, creo que ya hemos molestado bastante al doctor —le dije, intentando mantener la calma y notando la cara al rojo vivo—. Seguro que puedes seguir con tu tercer grado en la próxima visita.

Me miró con cara de no haberme prestado demasiada atención y frunció un poco los labios.

—¿Doc... tor? —Hizo una mueca de madre desesperada acostumbrada a repetirse en silencio «con este chico no hay manera» y añadió, volviendo a mirarlo—: Yo creo que ya podéis empezar a tutearos, ¿verdad, Luis?

Emma me miró con cara de horror y Silvia decidió ponerse en marcha. Se levantó de golpe y empezó a recoger todo el arsenal que seguía desperdigado encima de la mesa y a meterlo en el bolso-pollo de mamá al tiempo que decía:

—Bueno, pues ahora que ya sabemos todo lo que tenemos que hacer, vamos a ponernos manos a la obra enseguida. Además, tengo que estar en casa dentro de quince minutos porque he quedado con John y el carpintero y no quiero dejarlos solos. —Se inclinó sobre la mesa y tendió la mano—. Gracias,

doctor. Por todo. Ha sido un placer.

Mamá se levantó de mala gana y también ella le dio la mano al doctor, que la estrechó con una sonrisa, y por fin desfilamos hacia la puerta. Cuando estábamos a punto de salir, mamá, que cerraba el grupo, se volvió y, con esa expresión de no haber entendido algo del todo que termina siempre verbalizada en su versión más peligrosa, dijo:

—Una cosita nada más, Luis. —No tuvimos tiempo de girarnos antes de que volviera a hablar—. ¿Lo de naturópata exactamente por qué es?

El doctor la miró, sin entender a qué se refería.

—¿No será un vicio o algo, como los chinos de las tragaperras o los loquitos? —insistió mamá mientras Silvia la agarraba de la manga—. ¿O será que te gusta ir desnudito por la playa? ¿O a lo mejor eres adicto a las plantas? Ah, a nosotros también nos gustan mucho, y a Fer, ¡buf!, ni te cuento. De hecho, ahora que lo mencionas, Engracia, mi diefembaquia, tiene casi quince años y es tan enorme y tan frondosa que a veces parece que viva alguien arriba.

Silvia tiró de mamá y cerró tras de sí la puerta. Cuando por fin salimos a la calle, previo paso por el baño del consultorio para prevenir cualquier imprevisto durante el camino a casa, mamá se llevó la bronca del siglo por parte de Silvia, a quien lo único que le faltó fue llamarla «demente» mientras intentaba parar un taxi en plena Diagonal. Cuando lo consiguió y la perdimos de vista, mamá puso los ojos en blanco y dijo:

—Hay que ver lo pesadita que se pone tu hermana. Yo creo que tanto tirar y levantar tabiques en su casa la tiene cada vez peor. —Luego, al ver que yo no decía nada, porque el que tenía ganas de matarla en plena calle era yo después de lo que había tenido que vivir en la consulta, dijo—: Te invito a desayunar, ¿quieres?

Ni siquiera la miré.

—Mamá, son casi las dos.

Puso cara de no entenderme.

—¿Y eso qué importa? —saltó, aparentemente ofendida—. Yo todavía estoy en ayunas, y sin mi café con leche y mis dos cruasanes de chocolate no hay forma de empezar bien el día. Además —añadió, encantada—, ¡tenemos que celebrar que te ha salido un novio!

La miré, y en cuanto la vi a mi lado con su bolsopollo agarrado como si temiera que se lo fueran a robar en cualquier despiste y esa cara de niña mayor que no veía la hora de hincarle el diente al desayuno, no pude aguantarme y se me escapó la risa.

Ella se acercó y, despacio, me agarró con suavidad del brazo, apoyando el hombro contra mi costado mientras esperábamos a que la luz del semáforo

cambiara a verde. Seguimos así unos segundos, agarrados el uno al otro contra el tráfico del mediodía, mientras a nuestro alrededor un mar inmenso de ruido, de aire cargado y de prisa mantenía vivo el pulso de la ciudad, dejándonos disfrutar del poco calor que compartíamos, como si todo —y no sé ahora ni supe entonces qué era exactamente lo que englobaba ese «todo»— estuviera bien, como si no hubiera más amenaza que la de ese tráfico, ese aire y ese ruido que nos rodeaban sin tocarnos.

Poco podíamos imaginar que apenas un mes más tarde el viento cambiaría de dirección y que el ruido, el denso tráfico y el aire de la ciudad se congelarían de golpe a nuestro alrededor, encapsulándonos en una fría burbuja de espera que no supimos ver llegar y que nos barrió del suelo como una gigantesca ola negra.

Una conversación telefónica.

Desde el filtro del recuerdo, la punta del iceberg fue algo tan banal y rutinario como una conversación telefónica con mamá, la misma que tenía con ella todas las tardes al coger el metro. Enseguida noté que algo no iba bien. Mamá contestaba con monosílabos, como hace muchas veces cuando habla contigo pero a la vez está viendo la televisión o intentando completar una sopa de letras, pero las respuestas me sonaron inconexas, poco lógicas. Al principio me molestó que no estuviera por mí y le cayó una pequeña bronca a la que pareció reaccionar bien, pero fue un mero espejismo. Empezó a contarme algo que no tenía ni pies ni cabeza, pero no porque no hubiera un hilo de pensamiento claro en lo que decía, sino porque las palabras que elegía para contarle nada tenían que ver con las que ella creía estar usando.

Le pedí que por favor apagara la tele si quería que siguiéramos hablando. Se hizo un pequeño silencio y luego preguntó:

—¿La cafetera está debajo de la persiana?

Quise pensar que bromeaba y me reí. A veces juego a eso con ella, a los disparates. Empezamos a hacerlo cuando, de pequeño, todos los lunes y los jueves me llevaba al psicólogo al salir del colegio. El psicólogo estaba en la otra punta de la ciudad y el trayecto en autobús hasta allí era tan largo que nos inventamos ese y otros juegos, siempre con las palabras, siempre buscando la risa, sembrando sin saberlo entonces la semilla de sentido del humor común y muy personal que, hasta la aparición de Magalí, mamá solo había compartido conmigo.

«Está de broma», pensé al teléfono, más tranquilo. Pero la tranquilidad no duró. Su siguiente respuesta la desbarató de un plumazo.

—Me habría gustado tanto un helado de persiana... —dijo. Y de pronto, como si hubiera visto u oído algo que yo, desde el metro, no podía tan siquiera imaginar, añadió con voz de alarma—: ¡El aperitivo! ¡No me he acordado de ir al aperitivo! ¡Llego tarde!

La angustia que me transmitió su voz me encogió el estómago. Pero no fue solo eso. Mamá hablaba del aperitivo, y enseguida entendí que se refería a su aperitivo de los domingos, una de las pocas costumbres que había heredado y

conservado de su vida con papá tras el divorcio. Al poco de instalarse en su nuevo apartamento, mamá había recuperado el hábito de salir todos los domingos a la una con Shirley a tomarse su aperitivo en uno de los bares de la plaza, dentro en invierno, en la terraza cuando empezaba el buen tiempo. Nos había hecho gracia que, de todas las cosas que habría podido heredar de la mecánica cotidiana de su vida de casada, hubiera elegido precisamente esa, porque durante años la habíamos oído quejarse de que aquello era un engorro y de que se aburría como una mona, porque en cuanto llegaban al bar papá se juntaba con un par de habituales a hablar de sus cosas y ella tenía que pasar el rato como buenamente podía, normalmente leyendo algún dominical. Pero lo que más nos había sorprendido era que desde el primer día había dicho que quería ir sola.

—Ah, no —saltó cuando un domingo Emma y yo pasamos por su casa después de jugar al tenis y nos ofrecimos a acompañarla—. El aperitivo del domingo es mi tiempo para mí y para Shirley, solitas las dos.

Creímos que bromeaba, pero nos equivocamos. Cuando bajamos con ella y llegamos a la esquina de la plaza, se volvió y, con una sonrisa beatífica, nos dio un par de besos a cada uno y dijo:

—Gracias, pero puedo seguir sola.

Y eso fue todo. Los aperitivos del domingo eran «sus» aperitivos y desde que había empezado con ellos jamás había dejado que la acompañáramos. En cuanto se enteró, Silvia consultó con su terapeuta.

—Está recuperando su territorio y hay que respetárselo. Es más, hay que animarla a que lo haga —nos informó—. Es muy buena señal.

Nos quedamos tranquilos.

Pero no fue tranquilidad lo que sentí al teléfono cuando entendí que mamá creía que era domingo y que ni siquiera se daba cuenta de que eran casi las siete de la tarde. «No sabe qué día es», pensé, cada vez más confundido, mientras ella seguía insistiendo en lo del aperitivo. Hasta que de pronto empezó a construir frases que directamente no tenían sentido y que vertía en el micrófono del teléfono salpicadas de un tartamudeo mecánico, compulsivo. En cuanto la oí expresarse así, me despedí de ella con la excusa de que en el metro había tanto ruido que no la oía bien, aunque creo que ni me escuchó. Bajé en la siguiente parada y, mientras esperaba un taxi, le mandé un whatsapp a Emma avisándola de que iba a pasar por casa de mamá porque acababa de hablar con ella y la había encontrado muy rara, que estaba preocupado.

No tardó en responder.

«Voy» fue la respuesta que me llegó casi al segundo. No «qué pasa», no «¿estás seguro?», no «cuéntame más». Ni una pregunta. Nada. Su respuesta fue

ese simple «voy», y en cuanto la recibí respiré mejor. Voy. Eso es Emma: me necesitas, pide; sufres, voy. Emma es lo fácil porque se hace fácil y tenerla es un seguro al que todos estamos mentalmente enlazados como al palo mayor de un barco. Pensamos en ella de forma automática, es el primer nombre que se nos ocurre porque cuando la nombramos es casi como si invocáramos una fórmula que no falla. Si no hay Emma, falta el seguro de viaje. Sin ella todo costaría más, nos costaría más. Una vez la abuela me dijo que las mujeres como Emma, las que tienen esa especie de bondad incrustada en el ADN, no se dan cuenta de que siendo así, así de generosas, lo que consiguen es que los demás nos veamos fallidos a su lado. «Es una mala cosa ser así», fue lo que dijo. «Las personas como ella dejan en evidencia las carencias de quienes las rodean y eso no siempre se perdona.» Esas fueron sus palabras exactas. En aquel momento no entendí a qué se refería, pero con los años he comprendido que para los de fuera —los que no son familia—, y especialmente para sus parejas, Emma es un espejo complicado. Tener cerca a alguien bueno, bueno de verdad, como ella, convierte al otro en el menos bueno de los dos, y para vivir con eso hay que ser muy honesto. O tener ese mismo gen. «Voy», decía su mensaje, y supe que sí, porque Emma es el único «sí» que nunca vacila.

En el taxi dudé si avisar también a Silvia, pero estaba de viaje con John y tenía prevista la vuelta unos días más tarde, así que opté por no decirle nada. Ya habría tiempo de hacerlo si la cosa se ponía peor. No recuerdo el trayecto que hice hasta casa de mamá, lo que sí recuerdo es que, en cuanto llegué, ni siquiera me molesté en llamar. Abrí con mi llave y fui directamente a su cuarto. La encontré tumbada en la cama, como suele estar a esa hora de la tarde-noche, viendo su concurso preferido en la televisión, con la novela que llevaba intentando leer desde hacía casi un año en el suelo y la radio encendida en el baño. En cuanto me vio, sonrió, pero no fue una sonrisa de bienvenida, no fue la de siempre, sino más bien una mueca, una especie de esfuerzo muscular que no terminó de cuajar y al que mi cuerpo respondió con un pinchazo entre los ojos, como si acabaran de clavarme un alfiler desde dentro.

Olía mal. La habitación olía mal y Shirley estaba acurrucada e inmóvil en su camita con la cabeza sobre las patas, cosa que jamás había hecho antes y que tampoco ha vuelto a hacer desde entonces. Era un olor espeso, rancio, agrio. En cuanto me acerqué, mamá tiró de la colcha para taparse más y quiso decir algo, pero lo único que pudo articular fue una especie de balbuceo que no sonó a nada inteligible. Yo ya no estaba extrañado. La sorpresa y la confusión habían desaparecido para dar paso al pánico, un pánico frío que me tenía pegado al suelo y que iba recorriéndome los pies y las manos a la voz de «esto no está pasando. Esto no está pasándonos a nosotros. A nosotros no. A mamá no».



No sé lo que debió de ver en mi mirada, pero en cuanto conseguí serenarme un poco y pude moverme para acercarme un poco más, ella murmuró algo entre dientes y, como si quisiera esconderse del todo debajo de la colcha, tiró bruscamente de ella, arrancándola de los pies de la cama y dejando a la vista las piernas y el cuerpo por encima de la cintura.

Entonces lo vi.

La ola de fango.

Mamá estaba encharcada en su propia incontinencia, líquida y sólida, cubierta la sábana, el chándal y probablemente también el colchón de una capa de color marrón amarillento que me dejó paralizado en cuanto lo vi y al que mi cuerpo reaccionó con una arcada en la que se mezclaron asco, pavor e impotencia. Recuerdo que, en el momento en que entendí lo que era, aparté rápidamente la vista, no tanto por el asco en sí, sino porque, aunque seguía con los ojos clavados en el marrón, supuse que mamá estaba viéndome mirarla así y me dio tanta pena, me sentí tan culpable por haberla descubierto en ese estado que estuve a punto de dar media vuelta y salir de la habitación como si nada de todo aquello hubiera ocurrido. Fingir que no, que no había habido llamada, alarma, taxi ni madre, y que la vida seguía congelada en el mediodía que habíamos salido de la consulta del naturópata y esperábamos juntos en el semáforo de la Diagonal, apoyada ella contra mí, ajenos a todo, mientras el taxi de Silvia se fundía con el tráfico del mediodía.

Pero no me moví. Demasiado tarde. Cuando me atreví a mirar a mamá a la cara, lo que encontré fue unos ojos entre idos y aterrados que me observaban de un modo que no supe interpretar y al que ella misma puso voz un instante después, antes de romper a llorar.

—Lo... siento... t-tanto... —dijo entre balbuceos, parpadeando sorprendida al oír el timbre herrumbroso y roto de su propia voz—. No lo volvere... a... a... hacer. T-te... lo juro... te lo... lo j-juro.

Tragué saliva. Luego busqué aire, el suficiente para que pudiera bajarme hasta los pulmones, y respiré despacio un par de veces antes de acercarme a la cabecera de la cama y sentarme sobre la almohada, a su lado. Ella no movió la cabeza. Solo parecía balancearse un poco, apoyándose en los talones contra el colchón, nada más. Cuando por fin pude hablar y quise decirle que no se preocupara, que no tenía de qué avergonzarse y que Emma estaba de camino, ella soltó una especie de sollozo ahogado y clavó unos ojos turbios en los míos antes de añadir, encogida sobre sí misma:

—¿M-me per... donas, Manuel? P-por... favor.

Manuel.

El nombre de papá me estalló entre los oídos como un disparo. Más fango.

Más difícil. Más angustia la que me empapó entero, primero cuando entendí que mamá había perdido hasta tal punto la conexión con la realidad que me confundía con papá, y después cuando sentí que caía sobre mí el mapa entero, la dimensión monstruosa de todo el dolor, el miedo y la enorme base del iceberg de lo vivido durante sus cuarenta años de matrimonio, que el inconsciente de mamá ocultaba en sus pliegues más recónditos. De repente lo vi. La vi. Los vi. Terror. Mamá temblaba, aterrada, creyendo en su desvarío que papá había llegado para castigarla. Vi el retrato de un matrimonio en la intimidad y la vi tan pequeña y tan indefensa que habría dado cualquier cosa por no estar allí y verlo así, en primera fila. Y quise decirle tantas cosas que no supe por dónde empezar. Quise cogerle la cabeza y abrazarme a ella para que dejara de mirarme así, quise gritarle que no sabía dónde estaba, pero que estaba lejos, y que no se fuera, y olerle el pelo sudado y pedirle que me perdonara por tener los ojos de papá, por parecerme tanto a él y por muchas otras cosas... quise decirle tanto y tan a la vez que cuando por fin entendí que no estaba diciendo nada, que lo único que oía era el ronroneo de la radio en el baño y los gritos de unos niños que jugaban en la plaza, me incliné sobre ella y la abracé despacio por los hombros, atrayéndola hacia mí hasta que ella apoyó la mejilla en mi pierna, sin dejar de temblar a pesar de su rigidez.

Entonces repitió:

—¿Me... me perdo... nas, Manuel?

Justo en ese momento sonó el chasquido de la cerradura de la puerta de la calle, seguido de un suspiro de silencio. Mamá cerró la mano con fuerza sobre la colcha y pegó aún más la mejilla a mi pierna, como si quisiera fundirse con ella, o desaparecer.

Entonces, mientras oía a Emma cerrar la puerta de la calle y encender la luz del recibidor, estreché a mamá contra mí y le dije, casi sin voz, para que no reconociera la mía:

—Claro que te perdono, Amalia. Cómo no te voy a perdonar, cariño.

Durante un segundo no pasó nada. Luego, mamá se incorporó, apoyándose en el codo, y me miró. Sonreía, feliz. Estaba feliz y aliviada, tanto, que casi me alegré por ella, casi compartí esa sensación con ella. Pero no hubo tiempo para más. Un instante después, Emma apareció en la habitación desde el pasillo. Al verla, mamá me soltó y, tendiendo las manos hacia ella, se echó a llorar abandonándose a un alivio distinto, más entero, y olvidándose de mí por completo.

—Mamá —dijo, sonriendo entre lágrimas a una Emma que ni siquiera parpadeaba—. ¿Por q-qué tarda... bas tanto? —Emma nos miró, primero a mamá y después a mí, blanca como el papel, sin saber qué decir. No hizo falta. Mamá

me cogió delicadamente de la mano y, entre babas y lágrimas, consiguió balbucear—: Manuel... m-me ha per... don-n-nado.

Emma tragó saliva e inspiró hondo. Luego, mientras recorría espeluznada el cuerpo de mamá que la colcha había dejado a la vista, mamá me soltó la mano de golpe y, volviéndose hacia la ventana, exclamó, alarmada:

—¡El aperitivo! —Nos miró sin reconocernos y gritó—: ¡Hay que avisar! ¡Tengo que irme!

Ni siquiera llamamos a una ambulancia.

Tardamos menos de veinte minutos en arrastrar a mamá fuera de la cama hasta el baño, ducharla, vestirla, meter su ropa y la de la cama en la lavadora y llegar en el coche de Emma a la entrada de urgencias.

Ventanilla de ingresos. «¿Es de alguna mutua?» «Por aquí.» Pulsera amarilla. Pasillo. Box. Enfermera de un país del este en el que se olvidaron hace años de sonreír. Vía. Suero. «Esperen, enseguida vendrá un médico.» «Ahí tienen gasas, toallas y trapos, por si mancha y hay que cambiarla.» «No, en urgencias nocturnas no nos encargamos de eso.» Fuera, noche cerrada. La oscuridad salpicada por las farolas blancas del aparcamiento al aire libre y al fondo la autopista o un corredor de luces naranjas como un largo gusano recorrido por cientos de luces móviles.

Dentro, en el box, la pesadilla.

Esa noche fue el final de algunas cosas. Y también el principio.

De los dos.

Sven y tía Inés.

Ellos no lo sabían todavía.

Nosotros tampoco.

—En el principio fue el Verbo.

Eso es lo que acaba de decir mamá con una voz igual de solemne que la de la camarera agobiada de un restaurante de playa cuando dice con cara de estar sin estar: «Les canto el menú». La frase es un clásico de mamá, heredado, cómo no, de un día que acompañó a tía Inés a misa y a la salida, mientras esperaban el bus, mamá, que no había dicho nada durante todo el camino hasta la parada, dijo:

—Oye, Inés, eso del verbo del principio que ha dicho el cura...

—¿Sí?

—Es que he estado esperando toda la misa, pero a mí me parece que no ha dicho qué verbo era. Aunque, claro, como hemos llegado un poquito tarde y ha dicho que estaba al principio, a lo mejor se nos ha pasado, ¿no?

Tía Inés nos contaría más tarde que las dos turistas chilenas que esperaban junto a ellas en la parada habían caído rendidas al comentario de mamá y hasta le habían pedido si quería hacerse una foto con ellas. Luego, en el bus, tía Inés había intentado explicarle un poco lo del Verbo pero, al ver que mamá no terminaba de procesar la información, había perdido la paciencia y había cometido el error de intentar finiquitar el asunto diciéndole algo que había sonado así:

—Mira, es como cuando no sabes por dónde empezar a decir algo muy importante y haces una entradilla. Un poco como si dijeras: «Les agradecería que me prestaran su atención», pero en religioso.

Mamá asintió, satisfecha. Lo había entendido. De hecho, estaba tan contenta con la novedad que desde ese día utiliza la entradilla del «Verbo» como quien hace uso del manido «Qué te iba yo a decir» cuando no sabe cómo empezar a decir algo.

Ahora, de pie delante del pequeño atril con Shirley en brazos, se queda callada con cara de «no me acuerdo de nada más» mientras la frase sigue suspendida en el aire, parpadeando como un fluorescente a punto de apagarse, seguida de un silencio opaco que desde la mesa la jueza rompe con un gesto en el que se mezclan el asombro y el agotamiento.

—¿Ya está?

Mamá sonríe con cara de circunstancias y niega con la cabeza.

—Noooo —dice, abriendo mucho los ojos—. Es que tengo que improvisar, porque como me he olvidado el bolso en casa, no he podido traer el papel —se explica, acompañándose de una especie de mueca que quiere ser la prolongación de su sonrisa—. Pero no se preocupe. Creo que ya estoy empezando a acordarme de algunas cositas.

La jueza, que no las tiene todas consigo, clava en ella una mirada desconfiada al tiempo que arquea una ceja y tuerce la boca. A mi lado, Silvia pone los ojos en blanco y suelta un pequeño suspiro por la nariz. Lo del olvido del papel le toca de lleno, porque, como ya ocurriera con el estilismo de Emma, cuando mamá sugirió que quizá le gustaría decir unas palabras en la ceremonia, ella se ofreció para ayudarla a redactarlas y ahora, viendo que su propuesta tiene todos los números para caer en saco roto por el olvido de mamá, no puede disimular su desencanto. Y no la culpo. Durante el último mes, ha invertido no pocos esfuerzos en trabajar el texto con mamá, una labor en la que ha tenido que bregar con numerosos fallos de sintonía entre las dos que han amenazado con terminar con su ya de por sí escasa paciencia, sobre todo al principio.

El primer día, cuando le preguntó si prefería decir algunas palabras o quizá le parecía mejor leer un fragmento de algún texto que le gustara especialmente para la ceremonia, mamá se quedó pensando un rato y al fin dijo:

—¿Y la letra de una canción no podría ser?

A Silvia la idea no le pareció mal, aunque, conociendo a mamá, prefirió estar preparada para cualquier sorpresa. Quiso saber más. La respuesta no la tranquilizó.

—Es una que Emma siempre escucha en el *aiporc* —apuntó mamá, que hasta el día de hoy es incapaz de pronunciar correctamente palabras como iPhone, iPad, iPod o *hashtag*. Pasadas por su filtro de traducción simultánea, se transforman fácilmente en versiones tuneadas que ella convierte, según el momento, en *aiporc*, *alfons*, *aitac* o *airwick*.

Silvia esperó a que mamá intentara recordar el título de la canción, aunque no hubo manera.

—A ver, ¿es hombre o mujer? —preguntó, intentando ayudarla.

—Hombre.

—¿Español?

—Noooooo —contestó mamá—. Es americano.

—¿Joven?

—Ya no. Pero da igual, porque es tan guapo... y canta tan... tan... ay, no sé, se le infla mucho la vena cuando toca la guitarra y tiene esos brazotes como de haber comido muchos cereales toda la vida, ¿sabes? Y un ancla tatuada, como

Popeye. Es que no sé dónde leí que nació en un rancho de búfalos y los cazaba a mano. Y lleva uno de esos pendientes que parecen una anilla de archivador de los antiguos, ¿sabes cuáles? Ah, y tiene la voz ronca. Mucho.

Silvia no lo dudó.

—¿No será... Bruce Springsteen?

—¡Ese, ese! ¡El de los vaqueros apretados! —saltó mamá—. Cuando vamos en el coche a la casona, Emma siempre lo pone y cantamos las dos juntas: «Bom in de Usewei, yeee».

Silvia entendió en ese momento que quizá lo de animar a mamá a que interviniera en la boda no había sido la mejor propuesta, pero cuando vio la ilusión que había puesto en su participación, supo que era demasiado tarde para echarse atrás.

De pronto, lo que había nacido con la intención de no dejar a mamá al margen de los preparativos, se convirtió para Silvia en una auténtica pesadilla que no tardó en hacer extensiva al resto de nosotros y de la que se desmarcó hace unos días con un mensaje incendiario que soltó de madrugada en el grupo de WhatsApp «Hermanos» y que decía así: «SE ACABÓ. AHORA DICE QUE QUIERE CONTRATAR A UNOS MARIACHIS. YO ASÍ NO». Al texto le seguían dos filas de emoticonos en los que se alternaban bombas y caras sacando espumarajos por la boca.

Decidimos que lo mejor era dejar a mamá un poco a su aire. La experiencia nos ha enseñado que a veces con ella la no cooperación es la mejor solución. Fingir que algo ha perdido fuelle, que ya no es una prioridad, la calma y la centra. Probamos suerte. No nos equivocamos. Ella sola, tras un necesario paréntesis de reflexión, dio con la solución.

—Creo que voy a escribir un pequeño poema —me anunció un par de días más tarde, después de haber estado comiendo con Magalí en el centro y de haber ido con ella al bar donde celebraremos el convite para que conociera a las dueñas y se hiciera una idea del sitio. Ella y yo habíamos quedado en encontrarnos a las seis en la puerta del cine. En la calle, más allá de la marquesina, diluviaba con tanta virulencia que no se veían los coches aparcados en la acera contraria.

—Me parece estupendo —le contesté, sin prestarle demasiada atención. Mamá había cambiado tantas veces de parecer, nos había mareado hasta tal punto con sus mil y una propuestas, a cada cual más disparatada, que desde hacía unos días hasta Emma había dejado de escucharla.

—Pero, claro, yo de poesía mucho no sé, así que he pensado que lo mejor será hacer un poco de *maxmix* —siguió, totalmente ajena a mi desinterés—. Ya sabes, tirar un poco de aquí, un poco de allá... Una cosa sencilla. Algo de poesía prosística. Dicen que ahora se lleva mucho —añadió, encantada con la idea. No

supe qué decir. Lo de la poesía prosística me había dejado un poco fuera de juego, la verdad. A ella no pareció importarle—. Como veo a tu hermana tan sobrepasada, a lo mejor podría ayudarme Marco —siguió—. El martes me toca sesión con él, así que aprovecharé para pedirle que lo trabajemos juntos. —Y, con un pequeño suspiro, terminó—: Con lo sensible que es, seguro que estará encantado.

Justo en ese preciso instante yo intentaba sacar nuestras entradas de la máquina que estaba junto a la taquilla, que por segunda vez se había negado a reconocer la clave de mi tarjeta de crédito. Por si eso fuera poco, faltaban cuatro minutos para que empezara la película, tenía los pies empapados porque el chaparrón me había pillado de lleno a dos calles del cine y detrás de mí una señora no hacía más que bufar y rebufar porque su amiga la esperaba dentro y «a este paso me quedo sin entrar, Tere, así mismo te lo digo», la oí repetir por tercera vez en los últimos veinte segundos con voz de quien tiene delante a un inútil manejando algo a lo que no deberían haberle permitido el acceso. En ese estado, la sugerencia de mamá me pareció maravillosa, como me habría parecido maravilloso ver salir de la pantalla de la máquina una garra peluda con uñas de acero que hubiera cogido a la señora del cuello y la hubiera zarandeado de pared a pared, desmembrándola un poco con cada sacudida hasta hacerle perder todos los empastes. Mientras volvía a insertar la tarjeta, le dije a mamá que me parecía estupendo que su *coach* colombiano —una especie de pequeño buda feliz que Silvia había rescatado de a saber dónde y que, además de haberse depilado tanto las cejas que las había hecho desaparecer del todo y tenía que pintárselas con un rotulador de marcar cedés, confundía las eses, las ces y las zetas indiscriminadamente— la ayudara con su creación poética.

—Es una idea fantástica —fue lo único que se me ocurrió decirle mientras por fin vi emerger las dos entradas por la ranura metálica y la señora de atrás soltó un «Ah, ya era hora, hombre» al que a punto estuve de responder con una coz—. Además, seguro que lo pasáis genial.

Ahí quedó todo. Tema zanjado. Nos adentramos a toda prisa en la oscuridad de la sala y yo borré de mi memoria más inmediata lo que mamá me había dicho hasta que tres días más tarde me llamó para anunciarme la buena nueva.

—Ya lo tengo —dijo, conteniendo una alegría que yo no supe justificar. Me había pillado trabajando y con la guardia baja. Enseguida añadió, encantada—: el poema, Fer. Para la boda. ¿Te acuerdas?

Mentí.

—Claro que me acuerdo, mamá. ¿Cómo no voy a acordarme?

Soltó un suspiro de satisfacción con el que llenó de viento el auricular y aproveché para poner el manos libres y concentrarme en el texto que tenía en la

pantalla del Mac mientras ella volvía a la carga.

—Yo creo que ha quedado muy bonito —dijo—. Y tan sentido... Desde luego, Marco es una joya. Qué acierto tuvo Silvia con él, ¿verdad?

Si mamá hubiera podido leerme la expresión de la cara en ese momento, habría entendido que, en mi humilde opinión, lo único que Marco tiene de joya es que es un perla de tomo y lomo, o lo que es lo mismo, un charlatán de feria que se hace llamar *coach* y que se pasa cincuenta y cinco de los sesenta minutos de su sesión con mamá contándole con todo lujo de detalles las desgracias, penas y anhelos personales que vive desde hace unos meses con su chica, una asturiana de nombre Esme que ejerce de quiromasajista a tiempo parcial y de comercial de anabolizantes ilegales de gimnasio a tiempo completo. Al parecer, la gran Esme viaja a Barcelona una vez al mes para visitar a su distinguida clientela de matones y traficantes de barrio. Después de haber colocado sus pedidos en los gimnasios y tugurios a los que abastece, pasa la noche con Marco y vuelve a su sufrida vida en la carretera, no sin antes jurarle y perjurarle que en cuanto termine de pagar la hipoteca que tiene a medias con su chico, que además de culturista y exmilitar ucraniano es su socio en lo del tráfico muscular, lo dejará por él.

—Sí, mamá —volví a mentir—. Marco es un acierto.

—Y tan guapo... Y, sobre todo, tan cariñoso... —insistió—. Fíjate que, ahora que lo pienso, a lo mejor, si no estuvieras con Esbién, quién sabe si...

Intenté contenerme. No era la primera vez que mamá dejaba escapar un comentario de esa cuerda. Procuré, en la medida de lo posible, moderar el tono de mi respuesta, que por supuesto fue la misma de siempre.

—Mamá, Marco no es gay.

Un nuevo suspiro.

—Y dale —se quejó con voz de madre sufrida—. Pero qué más dará eso, hijo, a estas alturas. Ahora la gente se enamora de las personas, lo de si eres hombre o mujer ya no importa tanto. —Esperó durante un par de segundos a que yo entrara al trapo, pero al ver que no se salía con la suya, optó por hacerse la ofendida y recular—. Eres un poquito intolerante para tus cosas, me parece a mí —refunfuñó entre dientes.

Como yo sabía que el rumbo que empezaba a tomar la conversación estaba a punto de abocarnos a Sven y al montón de preguntas con las que sobre él mamá llevaba asaltándome desde hacía semanas en cuanto encontraba la mínima excusa —«¿Estás seguro de que podrá venir a la boda? Pero ¿a la boda o al aperitivo? ¿Ya ha confirmado? ¿Y no te parece que deberíamos invitar también a sus padres? Así podríamos conocernos, aunque a lo mejor, claro, le da vergüenza... ¿Y ya le has avisado de que no veo mucho? Oye, si dices que va a



menudo desde Londres, ¿podrías pedirle que trajera unas cajitas de After Eight? Pero, si no es mucho pedir, que sean de las grandes. Es que las otras llevan tan pocos... No quiero ponerme pesada, hijo, pero eso de que tengas un novio desde hace casi un año y todavía no lo hayas traído para presentárnoslo no se hace, por mucho que esté siempre viajando por ahí. En algún momento tendrá que parar el hombre, ¿no?»—, decidí reaccionar a tiempo y devolver cuanto antes a mamá al motivo inicial de su llamada.

—Bien pensado, lo del poema me parece una solución fantástica —dije, fingiendo un interés que estaba lejos de sentir e intentando que la reconducción no sonara demasiado brusca. Mamá rápidamente mordió el anzuelo y yo di por bueno el texto que había estado corrigiendo en la pantalla y cerré el documento.

—Sabía que te iba a gustar —la oí responder, encantada—. Aunque, bueno, poema, lo que se dice un poema no es —aclaró. No supe qué decir, y ella rápidamente procedió a explicarse—. Quiero decir que no es todo mío. O sea, que hay cositas que sí, claro, pero también hemos sacado con Marco otras de aquí y de allá. Ya verás. Es muy... transversal. Las niñas van a estar encantadas.

Cuando, al día siguiente, Silvia y Emma quisieron saber si mamá finalmente iba a participar en la ceremonia y les confirmé que sí, que por fin se había decantado por la opción del poema, no siguieron preguntando más. Teníamos los últimos preparativos de la boda prácticamente encima y había que priorizar: mamá tenía su poema y estaba feliz. ¿Qué más podíamos pedir?

Ahora, mientras Silvia saca el móvil del bolso y escribe algo que entiendo que debe de ser un mensaje, mamá, cada vez más nerviosa e incómoda, se toma unos segundos tras el pequeño atril para intentar recordar el texto, aunque sin éxito. Luego, como si quisiera activar la memoria a través de la mecánica, abre la boca y vuelve a cerrarla hasta que, a su izquierda, Magalí se vuelve, coge el bolso que cuelga del respaldo de su silla y lo abre al tiempo que dice:

—No te preocupes, Amalia. Yo llevo una copia.

Mamá la mira y, en cuanto el mensaje de Magalí cala en ella, se ilumina entera, llevándose al pecho la mano que tiene libre y dejando escapar un suspiro de alivio.

—¿De verdad?

Magalí asiente.

—¿No te acuerdas de que te la pedí para guardártela por si pasaba algo?

Mamá la mira con cara de póquer.

—No —contesta—. Pero, bueno, como tengo la cabeza como la tengo, tampoco te extrañe... —añade, depositando a Shirley encima de la mesa de la jueza, que no da crédito al ver a una perrita disfrazada con una especie de abrigo de Desigual sentada encima de sus papeles, pero que no tiene tiempo de

protestar, porque mamá se acerca ya a coger el sobre cerrado que Magalí le tiende desde el lateral de la sala. Cuando finalmente se hace con él, aprovecha para ponerle la mano en la mejilla y pellizcársela con suavidad en un gesto de cariño. Después, volviéndose a mirar a la jueza, trina—: ¿A que no había visto nunca una nuera así? ¿Tan... tan... empoderada?

La jueza, oculta tras la capucha de felpa roja de Shirley, suelta algo entre dientes que nadie entiende y se inclina hacia atrás contra el respaldo de la silla mientras a mi lado Silvia deja de escribir en el móvil y levanta la cabeza en cuanto mamá lanza al aire su pregunta.

Cuando me vuelvo a mirarla, siento durante una fracción de segundo una minúscula contracción en el tórax. Es apenas un pellizco, pequeño y casi imperceptible, pero está, como está el brillo en los ojos de Silvia y como está también una sonrisa que tiene doble valor porque ni siquiera Silvia parece ser consciente de ella. Sonríe, Silvia sonríe junto a mí como sonreímos a solas cuando revivimos algo —una escena, un comentario, un momento— que, según el día, nos alimenta la vida o la mengua, o como cuando después de resolver una cuenta pendiente que lleva años enquistada en la conciencia, por fin relajados, podemos volver a ser nosotros mismos, ya sin rabia, ya sin un mal rictus. «Sonríe como antes», me oigo pensar, y la idea me pilla tan por sorpresa que por un momento también yo recuerdo que hubo un antes en Silvia, una Silvia que sonreía así, sin rabia, y que no solo estaba cerca, como ahora, sino dentro. Era «miembro de», no solo «parte de» nosotros. Y en cuanto lo pienso, me sorprende haberlo olvidado, haberme acostumbrado a esta Silvia en la que la han convertido estos últimos años y darla por buena cuando sé —lo sabemos todos— que si la otra estuvo es que está ahí todavía, que continúa habitándola, quizá dormida, quizá anestesiada, pero que no se ha ido. Y al verla así, siguiendo a Magalí y a mamá con la mirada como lo hace ahora a mi lado, algo me transporta durante un instante a los ojos de la abuela Ester y al brillo acuoso que los encendía durante los arranques de lucidez que, sobre todo al final, la sacudían por dentro cuando oía que alguien en la radio soltaba una de esas frases que ella detestaba por encima de todo sobre el aquí y el ahora, y sobre el fluir. *Fluir*, según en boca de quién, era un verbo que la crispaba. «Fluye el agua —la oímos decir más de una vez, negando con la cabeza y fulminando el transistor con la mirada—. Nosotros, como mucho, remamos. Y algunos, si hay suerte, flotan durante una parte de la travesía.» Y también: «Lo del aquí y el ahora es más viejo que la sopa de pan. No hay un aquí si no ha habido un allí. Eso lo saben hasta los niños. Y tampoco hay un ahora sin un antes. Nadie es nadie si no ha sido un alguien anterior, o ¿qué somos? ¿Champiñones? Si ni siquiera somos capaces de encontrar nada que explique por qué somos como somos, por qué

actuamos así y no de otra manera, es que no hemos vivido, eso lo sabemos los viejos mejor que nadie. Eso y que la vida no es lo que hemos sido, sino lo que no podemos olvidar. Cuantos menos recuerdos, menos ahora. Cuanto menos ahora, menos aquí. Eso es así».

Son apenas unos instantes, pero el recuerdo de la abuela y de esa fe ciega que conservó hasta el final en que todo parte de un antes, de algo que a veces podemos llegar a cambiar si logramos entender qué era lo que no sabíamos en aquel entonces, me acerca aún más a la mirada y la sonrisa con las que Silvia contempla a Magalí y a mamá mientras ellas intercambian el sobre junto a la mesa de la jueza. El cariño y la paz que reconozco en esa mirada y en esa sonrisa son, como digo, doblemente valiosos, porque habrían sido imposibles hace un par de semanas. Lo sé yo y todos los que vivimos de primera mano la escena que nos tocó presenciar hace unos días en casa de mamá y que a punto estuvo de cambiarlo todo —planes, vínculos, compromisos—, quizá incluso de haber puesto esta boda en cuarentena o de haber terminado con ella... Y no lo digo solo por la escena en sí, sino también por la violencia que la acompasó. La que vivimos esa tarde en casa de mamá fue una escena enorme que empezó siendo apenas una sombra minúscula, uno de esos malentendidos sin importancia que se entreveran con cualquier conversación en familia y que desatascó de pronto un chaparrón de horrores, reproches, agravios y dolor para el que no estábamos preparados, porque en ningún momento lo habíamos visto venir. Fue como si de pronto un rayo entrara por la ventana del salón de mamá y nos impregnara a todos con su electricidad, dejándonos desnudos y exhaustos. Una descarga de realidad, así lo recuerdo ahora. De repente, se descorrió un velo en el que nadie había reparado hasta entonces y el retrato que apareció detrás calló todo lo demás, aplastándonos contra nuestra ignorancia y apagándonos con el peso de una verdad que no olvidaremos nunca.

Recuerdo que esa mañana había estado lloviendo y que desde la plaza subía un aire húmedo en el que se mezclaba el olor del asfalto mojado y de las flores, la tierra y los arbustos de los parterres. Recuerdo la luz clara que inundaba el salón de mamá mientras tomábamos el café repartidos en el sofá y en las dos butacas que rodeaban la mesa de centro. Estábamos todos. Tocaba ultimar algunos flecos sueltos de la boda y dar un repaso general a cómo íbamos a organizarnos para compaginar boda, cumpleaños de mamá y el fin de semana en el molino, y tía Inés quería comentar también algo sobre los regalos. Y recuerdo también la tensión, una especie de calor que empezó poco a poco a cubrirnos los pies y que, en cuestión de minutos, nos envolvió como una niebla sucia y pegajosa.

Ahora, mientras Silvia sigue ajena a todo lo que no sea la escena de mamá y

de Magalí que ocurre delante de nosotros, pienso en lo que sucedió esa tarde y en cuánto han cambiado las cosas desde entonces, en cómo a veces las verdades llegan a golpes porque si no se pudren y lo pudren todo, incapaces de convertirse en mentira. Una verdad no dicha no es una mentira, es miedo silenciado, mal vivido, y aún hoy, recordando lo que ocurrió ese día en el salón de mamá, sigue sorprendiéndome lo poco que vemos a veces a quien más cerca tenemos, y no me refiero solo a Magalí, sino también a Silvia. Sabiendo lo que ahora sé —lo que sabemos— de las dos, entiendo que estaba todo ahí, escrito blanco sobre negro, claro y obvio, que solo pedía una atención que no supimos darle porque a veces creemos que lo familiar no cambia, que un hermano es siempre el hermano que ha sido desde que estamos juntos, que evoluciona en otras cosas, en su vida, en su salud, pero no en su relación con nosotros, o que una madre es eso: la madre que estaba antes de que llegáramos y nos instaláramos en su vida para quedarnos y que solo por eso no ha de cambiar, no en esencia, porque si lo hace, si ella cambia, qué nos queda, dónde está el faro y dónde nosotros, dónde la brújula.

Nos equivocamos con Magalí, todos menos mamá, y si salvamos los muebles a tiempo fue gracias a una Silvia que, encajonada en una guerra interior que tampoco supimos ver a tiempo, actuó a ciegas, impulsada por un resorte que ni siquiera ella había sido capaz de identificar y barriendo con su aluvión de lodo un rompecabezas cuyas fichas no estaban bien encajadas. No, en ningún momento estuvimos atentos a las miradas, a los gestos, no leímos en los detalles a la Silvia que apareció de pronto como una alimaña herida, cuando era ya casi demasiado tarde, manchándonos de babas y barro viejo. Su estallido, sin embargo, con todo el sufrimiento y la tortura personal que llevaba detrás, fue la llave que nos abrió a tiempo la puerta de una verdad que todavía hoy nos cuesta compartir.

Esa tarde en el salón de mamá supimos por fin quién era Magalí, quién estaba detrás del aquí y del ahora que nos había mostrado hasta entonces y conocimos el nombre y apellido de sus ausencias.

Nos contó el origen, el porqué de todo.

Y también el horror. Vivimos también el horror de lo imperdonable.

Mamá más que nadie.

Fue entonces cuando agradecemos que tía Inés hubiera vuelto cuando lo hizo, justo a tiempo. Sin ella mamá se habría fundido con lo que le tocó oír y seguramente no habría sabido seguir.

No habría podido.

## 6

Tía Inés regresó a la vida de mamá por accidente. O quizá sería más exacto decir que descubrimos por accidente que tía Inés había regresado.

Tres días después de que ingresáramos a mamá en urgencias, nos la encontramos sentada al lado de su cama, con una revista de cotilleos en el regazo, la radio y la tele encendidas y charlando tranquilamente las dos como si no hubieran pasado siete años desde la última vez que se habían visto.

El silencio que se hizo en la habitación en cuanto nos vieron aparecer fue tan sólido como una quinta pared y lo que llegó después fue, entre otras cosas, la sorprendente versión de una Emma que hasta entonces jamás habíamos visto aparecer porque no estaba. No existía. Todavía ahora, cuando alguna vez se lo recuerdo, ella dice que no fue así, que me lo invento, y lo niega todo, pero los que estuvimos allí esa tarde sabemos que las cosas fueron como las recuerdo, y a pesar de que ella se avergüenza de lo que hizo y prefiere pensar que no ocurrió, hay también algo de orgullo, algo de amor propio en lo que no dice.

Aunque parece que fue ayer, ha pasado más de un año del episodio hospitalario de mamá. Esa noche, durante las interminables cinco horas que Emma y yo estuvimos junto a ella en el box, llegamos a creer que ya no la recuperaríamos. Esas cinco horas de nocturnidad marcaron un antes y un después en la relación que Emma y yo tenemos desde entonces con mamá, porque la que estuvo con nosotros tumbada en la camilla del box no se parecía en nada a nuestra madre, no era ella porque no pensaba, no miraba ni hablaba como ella. Mamá no estaba y no apareció nadie a decirnos lo contrario. No hubo consuelo, solo la compañía de nuestros propios temores compartidos.

Y angustia, sobre todo angustia.

Desde que nos asignaron un box, cada media hora teníamos que levantar a mamá de la cama, sentarla en la silla de ruedas, porque ella era incapaz de andar, y llevarla al único baño del pasillo para que hiciera pipí, o mejor, para cambiarle la compresa que ya había empapado, lavarla con una de esas esponjas hospitalarias que se humedecen con agua y no hay que enjuagar después, ponerle ropa limpia o toallas debajo de la sucia cuando ya no quedó nada limpio que usar y refrescarla un poco. De eso se encargaba Emma. Yo no me vi capaz de entrar al baño y ella lo entendió. Esa intimidad, ese cuerpo a cuerpo que me había

tocado conocer poco antes en la ducha de casa de mamá, no era para mí, no sabía cómo manejarla, me daba demasiado reparo ver su desnudez manchada. Entre viaje y viaje al cuarto de baño, ella no paraba de balbucear cosas que no entendíamos, se reía sin motivo y, de repente, caía en una especie de sopor parecido al sueño, pero del que despertaba de pronto, angustiada una y otra vez por ese aperitivo que no apartaba en ningún momento de la memoria. «No llego. ¿Habéis avisado? Que no le echen picante a las patatas, por favor», repetía, obsesionada, a saber por qué, con algo que la conectaba con un escenario que nosotros no entendíamos. Fueron cinco horas interminables de desatención absoluta en las que, salvo por una enfermera que apareció en dos ocasiones para cambiarle el suero de la vía, no pasó nadie a ver a mamá: no le tomaron la temperatura, no hubo médico, no hubo ni auxilio ni tampoco calma. Cuando ella se quedaba dormida, Emma y yo compartíamos el pánico que nos unía, intentando hacerlo más llevadero. Los dos nos temíamos lo peor: de repente, viéndola así, tan desajustada y tan a la deriva, el desbarajuste de las fichas del tablero que habíamos visto en mamá durante las últimas semanas cobraba de pronto sentido, confirmando el diagnóstico más lógico. Desde la visita al naturópata y el cambio de tratamiento, mamá había empezado a mostrar cambios de comportamiento que enseguida nos habían puesto en alerta: lagunas de memoria cada vez más acusadas, despistes, desorientación... a veces me llamaba a mí creyendo que llamaba a Silvia o a Emma y tardaba en entender que era conmigo con quien hablaba, otras se despertaba de la siesta y no sabía dónde estaba, no sabía que su casa era su casa y pedía que la lleváramos a la suya, a la de verdad. El deterioro que observamos fue tan llamativo y aumentaba a un ritmo tal que rápidamente pedimos hora con el neurólogo, aunque fue en vano, porque el día que la visitó mamá estaba especialmente lúcida y las pruebas rutinarias a las que la sometió no dieron muestras de ninguna anomalía.

—Lo más probable es que sea cuestión de la edad, nada más —nos dijo el hombre—, aunque voy a pedirle unas pruebas para asegurarme. En cualquier caso, yo no me preocuparía demasiado. Quizá se deba más a una cuestión de ansiedad. ¿Habéis pensado en que la vea un psiquiatra?

No hubo tiempo para tanto. Cuando conseguimos encontrar uno de confianza, fue demasiado tarde. Ya estábamos en urgencias.

—¿Y si es una demencia? —me dijo Emma cuando fuimos a buscar agua al pasillo y aprovechó para liarse un cigarrillo antes de salir a fumar. No me miraba. Estaba de espaldas, manipulando los dígitos de la máquina de las bebidas—. ¿Y si es un principio de...?

No terminó la frase y se lo agradecí. Desde que había hablado con mamá en el metro, yo había estado masticando en seco diagnósticos como aquel, rezando

para que no, intentando alejar de nosotros ese fantasma. No podía ser. Mamá no. Así no. Intenté tranquilizarla, pero no supe cómo y ella entendió que su pregunta era también la mía.

Cuando, a eso de las tres de la mañana, por fin apareció un médico acompañado de una enfermera y empezó a preguntarnos qué era lo que le pasaba a mamá, ni Emma ni yo supimos qué decir. Llevábamos tanto rato barajando lo peor, amasando la desgracia, que, cuando tocó especificar síntomas, nos tropezamos con nuestro propio aturdimiento. Nos miramos y Emma quiso hablar, pero, cuando finalmente pudo hacerlo, lo único que oímos fue una especie de carraspera rota y vacía de palabras que llegó acompañada de un par de lágrimas a las que rápidamente siguieron más y que empezaron a gotear sobre la sábana que cubría a mamá. Ni un sollozo. Solo las lágrimas goteando despacio sobre el algodón. Ni siquiera hizo el gesto de enjugárselas.

—No es ella —fue todo lo que pude decir, señalando a mamá con la cabeza—. Se lo hace todo encima y no entendemos lo que dice. Y no nos reconoce. Es como si... como si estuviera... —no me atreví a seguir.

El médico, un hombre asiático de pocas palabras con cara de residente que ha doblado el turno, le pidió a la enfermera que le tomara la temperatura, la tensión y que comprobara el suero. Pidió analítica de sangre y de orina. Luego nos hizo un par de preguntas más que ahora no recuerdo y, cuando vio el resultado de la medición de temperatura, negó con la cabeza, masculló algo en una lengua que sonó a chino y dijo:

—No es la cabeza —dijo—. Su madre delira por la fiebre. Está a 40,8 grados. Hay que parar esto. Enseguida la subiremos a planta. —Se volvió hacia la enfermera y empezó a soltar órdenes como un robot—. Antitérmico, quiero resultados de los análisis en media hora, programa eco abdominal y renovesical, prepara antibióticos de amplio espectro. Hay que limpiarla y cambiarla.

Eso fue todo. Media hora más tarde, mamá estaba instalada en una habitación de la tercera planta. La habían lavado, cambiado y acababan de darle la primera dosis de antibiótico. Al parecer, la infección de orina llevaba tantos días envenenándole la sangre que, como suele ser habitual en los casos de la gente mayor, sobre todo entre las mujeres, le había provocado los síntomas propios de una demencia aguda. Eso y la fiebre habían hecho de ella lo que habíamos visto durante las últimas horas. Efectivamente, mamá no era mamá: era poco más que un simple planeta superpoblado de una bacteria llamada *E. coli*, bañado por un océano de fiebre que la había desapegado por completo de la vida.

—Hay que esperar a ver cómo reacciona a la medicación —dijo el doctor en cuanto pasó a verla—. A veces no damos con el antibiótico adecuado a la

primera.

Pero tuvimos suerte. Veinticuatro horas más tarde, mamá era otra. Seguía entrando y saliendo de ese mundo de tinieblas en el que la sumían la fiebre y el agotamiento, pero tenía otra cara y sobre todo otra mirada. Volvía a ser mamá, menguada y aturdida, pero era ella, y ese regreso, ese saber que no nos había dejado para volver siendo otra, produjo en nosotros un efecto doble que actuó a corto y a largo plazo. Por un lado llegó el alivio, una bocanada de aire oxigenado que nos destensó de golpe y que dejó al descubierto un agotamiento físico y emocional provocado por la tensión de las últimas veinticuatro horas al que respondimos derrumbándonos durante unas horas en la cama del acompañante que mamá tenía en su habitación. Por el otro, la resaca de esas horas de orfandad imaginada junto a la cama de mamá nos había llevado, cada uno en su propia esfera de intimidad, a plantearnos cómo sería la vida sin ella, cómo la viviríamos, de qué modo y en qué grado cambiarían las cosas, las distancias, los parámetros... Durante unas horas, Emma y yo vivimos con una madre que ya no estaba con nosotros, y eso ha marcado y ha cambiado nuestro modo de mirarla, de entenderla y también de disfrutar de ella. Tenemos miedo, miedo a perderla, a lo que dolerá vivir sin, a no poder orbitar alrededor de ese centro que ha estado siempre ahí, no siempre bien, no siempre entero, pero sí presente. Desde esa noche en el hospital, Emma y yo no somos los mismos, y, aunque nunca lo hayamos hablado abiertamente, los dos lo sabemos. Yo veo cómo ella mira a mamá y la recuerdo llorando en silencio junto a su cama en el box, sin saber cómo decir que mamá no estaba, que no la veía cuando la miraba. Veo cómo la observa y veo en sus ojos el reflejo de los míos. Durante unas horas tocamos con los dedos la orfandad y desde entonces nuestra mirada no es la misma.

Cuarenta y ocho horas después de su ingreso en urgencias, mamá volvía a ser ella. Estaba débil, todavía con fiebre, y aturdida, pero la esencia y el armazón estaban allí. Lo entendimos en cuanto la vimos en acción la mañana del tercer día en el hospital.

—No encuentro el móvil —fue lo primero que nos dijo en cuanto nos vio entrar.

Di gracias por que Silvia no estuviera allí para oírlo porque su reacción, a pesar del precario estado de mamá, no habría sido la mejor. Lo de mamá y los móviles es una larga historia de amor-odio que entre nosotros se ha convertido en un clásico y que, analizada a fondo y con el debido detenimiento, seguramente resolvería no pocos enigmas del comportamiento humano que la comunidad científica agradecería. Hasta su ingreso en el hospital, mamá había tenido unos cuantos teléfonos, algunos nuevos, otros heredados, que habían desaparecido de sus manos en plazos nada razonables, respondiendo a una



dinámica que había sido imposible modificar y que le había valido no pocas broncas cuando nos había pillado con el pie cambiado, sobre todo por parte de Silvia y de mí. Entre todos ellos, los que más le habían durado habían sido tres. El primero era un aparato enorme que no le cabía en la mano y que tío Eduardo, su hermano, le había traído de un país asiático en uno de sus viajes. El teléfono más parecía un organillo en miniatura con unas teclas inmensas que lo que era en realidad: una mezcla de radio, grabadora y teléfono del que, cada vez que sonaba, salía la voz de una china que declamaba a voz en grito un montón de cosas que nunca llegamos a entender. Afortunadamente, el organillo duró lo que duró. El segundo fue uno de esos Nokia irrompibles y resistentes a todo el trasiego que pueda imaginarse en manos de alguien como mamá y que ella jubiló el día de su cumpleaños porque la vista no le daba para una pantalla como aquella y porque yo decidí regalarle un terminal que se adaptara un poco mejor a sus necesidades y que encontré en una tienda especializada en personas con dificultades visuales: a saber, muy fácil manejo, letra grande a color, linterna y agenda. Ni siquiera ofrecía la posibilidad de mandar SMS.

Desde entonces, el tema del móvil había quedado milagrosamente solucionado y había dejado de ser un problema, a pesar de que mamá lo había perdido con tanta frecuencia y se le había caído tantas veces al suelo que si el teléfono seguía con vida era, como decía Emma, por una pura cuestión de mecánica básica.

—Es el Renault 4 de los teléfonos —decía cada vez que le tocaba recomponerlo y el móvil volvía a la vida como por arte de magia—. No hay nada que pueda con él.

Pero la mecánica y la magia son finitas, y más cuando deben actuar en comunión con los desórdenes naturales de mamá.

—A lo mejor me lo han robado —la oímos decir a continuación, encogiéndose de hombros mientras nos miraba con cara de pena. Teniendo en cuenta que no había salido de la habitación desde su ingreso y que los únicos que la visitábamos éramos nosotros dos —Silvia seguía de viaje, aunque por poco tiempo, porque a pesar de que le habíamos dicho que no hacía falta que volviera, que el peligro había pasado, en cuanto había sabido que mamá estaba ingresada, había adelantado su regreso y venía de camino desde Nueva York— y el equipo del hospital que la atendía, no nos pareció una explicación probable, como tampoco lo era que lo hubiera perdido. Buscamos por toda la habitación, registramos los armarios vacíos, entre las sábanas, prácticamente desmontamos el sofá del acompañante... no había mucho más donde mirar.

De repente, mamá se llevó la mano al cuello y abrió mucho los ojos.

—Ay, Dios —dijo de pronto, con cara de horror—. Creo que me lo he

comido.

Emma y yo nos miramos.

—¿Cómo que te lo has comido? —saltamos a la vez.

Mamá asintió, blanca como las sábanas.

—Con el desayuno.

No pude contenerme.

—Mamá, no digas burradas, haz el favor —volví a saltar—. ¿Cómo te vas a haber comido un móvil?

Ella asintió muy deprisa varias veces, con cara de angustia.

—Es que estaba viendo la tele y, claro, debo de haberme confundido.

Emma inspiró hondo, se sentó junto a ella en la cama y le cogió la mano.

—A ver, mamá, céntrate —dijo con esa paciente suavidad que solo ella sabe encontrar en los momentos más delicados y cuya práctica seguramente renueva a diario con los niños del instituto—. Si te hubieras comido el móvil te habrías dado cuenta, ¿no te parece?

Mamá arrugó los labios y la miró con cara de no estar demasiado convencida.

—Depende —dijo—. Si le he puesto mantequilla y mermelada, a lo mejor no. —Me miró, intentando descifrar si por mi expresión estaba enfadado o simplemente preocupado por ella—. ¿Tú has probado las tostadas que dan aquí? —volvió a la carga—. Son como trozos de esas mesitas de Ikea que están llenas de virutas pegadas. —Se volvió hacia mí y, llevándose la mano al pecho, añadió con voz de actriz de culebrón—. Por lo menos estoy en un hospital, así que aquí sabrán lo que hay que hacer. Seguro que no soy la primera.

Ni Emma ni yo dijimos nada durante unos segundos. Mamá, enfrentada de repente con aquel silencio incómodo, tragó saliva un par de veces y suspiró, pasándose la mano por la tripa.

—Es todo culpa de las noticias —dijo—. Deberían prohibirlas tan temprano en la tele. ¿Cómo no vas a confundir las tostadas con el teléfono si te ponen las imágenes de todas esas bombas y toda esa sangre nada más despertarte?

Emma siguió mirándola y acariciándole la mano sin dejar de sonreír en ningún momento. Mamá cerró los ojos.

—¿Me voy a morir? —preguntó con un hilo de voz.

Si no hubiera sido porque, por un momento, dudé realmente de que, en sus idas y venidas de lucidez provocadas por la fiebre, hubiera podido haber confundido el móvil con una tostada, me habría reído.

Emma, que estaba más tranquila que yo, y también más lúcida, decidió actuar.

—Creo que lo mejor será que vaya a buscar a la enfermera —dijo,

levantándose y soltándole la mano—. Seguramente querrán hacerte unas pruebas. Si de verdad resulta que te lo has comido, tendrán que hacerte un lavado de estómago. O quién sabe. Quizá haya que operar de urgencia. No puedes quedarte con un móvil en el estómago.

Mamá abrió los ojos como si le hubieran clavado una aguja en la espalda.

—¿O... parar? —balbuceó, mirándola con cara de horror—. ¿Por un móvil de nada? —Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco—. Hija, qué cosas dices.

Emma bajó la mirada.

—Mamá, ¿te acuerdas de cuando Shirley se comió esa bola de papel de plata que cogió del suelo de la plaza?

Mamá asintió.

—¿Y te acuerdas de que tuvieron que abrirla para sacársela porque si no se habría muerto?

—Sí.

—Pues esto es lo mismo, pero con un móvil y una señora mayor.

Mamá parpadeó varias veces, entre incrédula y aterrada, pero no dijo nada. Un par de segundos más tarde, en cuanto vio que Emma se alejaba hacia la puerta, me lanzó una mirada desesperada y gritó:

—Emma, hija, ¿tú no tenías muchas ganas de hacer pipí?

Emma se detuvo y se volvió a mirarla.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Pues es muy raro, porque cuando has llegado lo primero que has dicho es que te estabas haciendo pis.

Emma me miró con cara de no estar entendiendo nada. Lo que leyó en mi expresión no debió de serle de mucha ayuda, porque dijo:

—Mamá, ¿estás bien?

Mamá asintió enérgicamente.

—Yo sí, pero tú no —replicó—. Si antes tenías tanto pis y ahora no, es que estás obstruida o algo y eso es el principio del fin, créeme. A mí me pasó así. Y como lo mío se hereda... vete tú a saber si tienes una infección. Yo en tu lugar haría pis antes de salir, no vaya a ser que te pille en mitad del pasillo y no puedas aguantarte.

Emma me lanzó una mirada entre desconcertada y preocupada antes de volver a hablar.

—Mamá, no tengo pipí —insistió.

Mamá chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Uy, eso es lo que tú crees —respondió con voz de experta en el tema—. Pero el pipí es un misterio, hija. Ahora estoy, ahora no estoy. Y si tenías, tienes. Hazme caso. Yo que tú no me arriesgaría.

Emma decidió no seguir discutiendo.

—¿Te vas a quedar más tranquila?

Mamá se iluminó.

—Oh, sí. Mucho.

—Vale.

Cuando Emma abrió la puerta del baño y estaba a punto de entrar, mamá le gritó:

—Ah, por cierto, mira bien antes de sentarte, cielo. Hoy, en las noticias he visto que en un hospital de Wichita a una señora se le ha comido una pierna una boa que le ha salido por el agujero del inodoro. ¿Te lo puedes creer? Al parecer, las cañerías de los hospitales están llenas de serpientes y de caimanes porque, claro, como no nos dejan traer a nuestras mascotas, pues hay mucha gente mayor que vive sola y ¿qué hacen? Pues traérselas consigo a escondidas y meterlas en el retrete mientras tanto, y como son mayores, se les olvida y tiran de la cadena y hala, a circular, hasta que salen por el baño de otra habitación. Yo siempre miro.

Y así fue como finalmente Emma encontró el teléfono en el fondo del inodoro, medio atascado en el desagüe y totalmente muerto.

—Oh, debe de haber sido cuando he ido al baño y ha sonado mientras hacía mis cositas —dijo mamá, tremendamente aliviada al ver que esta vez no había habido bronca y sabiéndose libre de la visita de la enfermera—. Claro, ahora me acuerdo. —Luego frunció el ceño—. Pero lo que no recuerdo es que se me cayera.

No quisimos darle más importancia. Mamá seguía todavía recuperándose y, a fin de cuentas, qué más daba un móvil más o menos después del susto que acabábamos de pasar con ella. Decidimos quitarle hierro y, aprovechando que yo me había comprado un iPhone 7 después de haber dado por imposible el 6 Plus, que Emma, experta donde las haya en el trapicheo de todo lo imaginable en los portales de compra y venta de segunda mano en internet, se estaba encargando de colocar, no le dimos muchas vueltas. Se nos ocurrió que, como solución temporal, y hasta que saliera del hospital, podíamos dárselo a mamá y utilizar además las horas muertas que pasábamos con ella haciéndole compañía para enseñarle a usarlo, aunque fuera solamente para llamar y recibir llamadas.

En ningún caso imaginamos que la llegada del iPhone a las manos de mamá sería un error cuyas consecuencias no tardaríamos en lamentar, sobre todo yo. Aunque en aquel momento no teníamos modo de saberlo.

La cuestión es que mamá me pidió si podía llevárselo esa tarde para

ayudarla a familiarizarse con él. Supuestamente, Emma debía quedarse a comer con ella y yo debía relevarla a mi vuelta, pero mamá tenía otros planes.

—No, no hace falta que te quedes —le dijo a Emma—. Hoy viene a verme Mercedes, la vecina del segundo. Me ha dicho que traerá un guiso de esos de los suyos —añadió con una mueca de resignación.

Poco antes de la una y cuarto nos despedimos de ella. Por una de esas casualidades que uno nunca llega a entender hasta que la vida te sorprende con su propia respuesta a la carta, Emma y yo decidimos pasar a tomar algo a la cafetería del hospital antes de marcharnos. El local estaba casi vacío y en silencio y, aprovechando el paréntesis de calma, nos quedamos un rato charlando sobre lo bien que veíamos a mamá y comentando un poco cómo íbamos a organizarnos con ella a partir de que le dieran el alta. No fue más que eso: una de esas breves conversaciones de hermanos entre turnos de hospital, pero nos sentó bien darnos un parón juntos y compartir el alivio que parecía haber llegado para quedarse, además de acordar que a la mañana siguiente iríamos a buscar juntos a Silvia, que finalmente volvía sola porque John había aprovechado el cambio de planes para quedarse un par de días en Filadelfia con su madre. Debió de pasar una media hora desde que nos sentamos con los cafés a la mesa de la cafetería, quizá algo más. Al salir, cuando íbamos de camino al aparcamiento y tocó pasar por caja, Emma se dio cuenta de que se había olvidado las llaves del coche en la habitación de mamá y volvimos a buscarlas.

Entramos sin llamar.

Dentro se oían risas, mezcladas con el runrún de otras voces metálicas que no nos costó reconocer en cuanto abrimos la puerta y el barullo de la radio y la televisión encendidas se hizo más evidente.

Mamá estaba en la cama, con la bandeja de la comida delante y la espalda recostada contra un par de almohadones. Se reía mientras sostenía en alto una pastilla de chocolate que, a juzgar por las manchas negras que tenía encima del labio superior, no debía de ser la primera que caía. Miraba a su izquierda, a la mujer que, sentada en la silla que estaba junto a la cama, con una revista abierta sobre el regazo y la cabeza vuelta hacia ella, parecía haber dicho algo en ese momento que había redoblado la risa de las dos. Emma y yo nos detuvimos en la entrada. La risa de mamá era tan ella, reflejaba tan bien hasta qué punto había regresado la que había sido hasta que se había visto asaltada por la enfermedad, que durante un momento nos quedamos disfrutando en silencio de toda la tranquilidad que encontramos en ella.

Pero la calma duró apenas un instante. En cuanto nos oyó entrar, la cara de mamá pareció fundirse en piedra y la risa cesó de golpe. La acompañante, que a simple vista no se parecía en nada a la vecina de mamá, tardó un segundo más en

guardar silencio y volverse a mirar hacia la puerta. Lo hizo despacio, a cámara lenta, o así lo recuerdo yo ahora, quizá porque lo demás, lo que llegó a continuación, ha quedado almacenado en mi memoria como una única escena sin pausa en la que nadie, ninguno de los que la vivimos en primera persona, respiró hasta que Emma y yo reconocimos a la mujer que estaba sentada junto a mamá.

Los mismos ojos. La misma mandíbula angulosa. Las manos nervudas y esa espalda recta como la tapa de un piano. La misma sobriedad en los mocasines de ante marrón, el pantalón *beige* y el suéter de cuello vuelto. La versión tocada por el paso del tiempo. Mayor. Más arrugada. El pelo corto y blanco con algunas sombras de un gris más oscuro. La cadena fina de oro con la cruz sobre el pecho.

Tía Inés.

De repente, el silencio lo encapsuló todo. Fue un silencio breve, puntualmente interrumpido por las risas de un grupo de enfermeras que pasaban en ese momento por delante de la puerta de la habitación, que empezó a condensarse y a pesar sobre nosotros como se agolpa la lluvia en uno de esos toldos que van abombándose poco a poco bajo la tormenta, cada vez más cerca de soltar toda el agua que ya no puede seguir conteniendo.

El crujido de la tela que empieza a ceder.

Y mamá y tía Inés mirándonos como dos niñas pilladas fumando a escondidas.

Hasta que una voz gélida en la que no reconocí la de Emma dijo a mi lado:

—¿Qué es... esto?

Sobre nuestras cabezas, el toldo cedió un centímetro más bajo el peso del agua helada y mamá, acostumbrada desde siempre a improvisar para eludir situaciones que auguran malos finales, tiró de tablas y, tendiendo hacia nosotros la tableta de chocolate, intentó sacarse de la chistera una sonrisa que quiso ser inocente.

—Qué casualidad, ¿no? —dijo con una voz levemente temblorosa y manteniendo a duras penas la sonrisa—. Resulta que tía Inés pasaba por aquí delante porque ha venido a visitar a una amiga, y como tenía la puerta abierta me ha visto. Y claro, no se iba a ir sin saludar.

Silencio.

—Además, ha traído chocolate del bueno. Es con leche, del que no rasca —dijo, ya sin sonrisa a la vista—. ¿Queréis un poco?

De nuevo se hizo el silencio. Fueron quizá un par de segundos de oscuridad sonora hasta que por fin Emma clavó la mirada en tía Inés y entonces sí, entonces el toldo cedió del todo, soltando sobre la habitación una ola de agua helada que a punto estuvo de llevarnos con ella cuando Emma, con una voz llena de cristales rotos, dijo:

—Qué suerte tiene esa amiga de contar contigo cuando te necesita y qué pena que no actuaras igual con mamá cuando se separó de papá y la dejaste sola.  
Un instante más tarde llegó lo mejor.  
La mejor Emma.

En la sala del registro, de pie junto a Magalí, Emma no pierde de vista a mamá. Sonríe, aparentemente plácida, pero no deja de retorcerse los dedos de una mano con los de la otra al tiempo que mamá vuelve a su sitio y se dispone a abrir el sobre con las palabras que ha preparado para la ceremonia mientras Shirley le tiende una pata que ella no ve. Finalmente, desesperada, suelta un ladrido que provoca un respingo en la jueza.

—Ya va, ya va. Un poco de paciencia, cielo —dice mamá, volviéndose y acariciándole la cabeza. Luego, tras unos segundos forcejeando con el papel, lo rasga con cuidado como si estuviera abriendo un regalo y saca la hoja donde tiene anotado su texto. Está nerviosa y excitada y, como suele ocurrirle en estos casos, doblemente torpe.

—¿Tú crees que podrá leerlo sin la lupa? —me pregunta Silvia en voz baja, inclinándose hacia mí.

En cuanto caigo en la cuenta maldigo en silencio, porque intuyo que la lupa debe de estar en el bolso que sigue en casa de mamá. Sin ella, hace un tiempo que prácticamente ya no ve los textos, sobre todo si no hay una luz artificial potente y muy dirigida que los ilumine.

Pero hoy mamá es una caja de sorpresas, y cuál es la nuestra cuando la vemos meterse la mano en el bolsillo del plumífero y sacarla con la enorme lupa agarrada como un puñal, arrastrando tras de sí un par de pañuelos de papel usados y un montón de bolsas de plástico rosa de las que usa para recoger las cacas de Shirley. Los papeles y las bolsas quedan desperdigados a sus pies, pero ella ni siquiera los ve.

En ese momento aparto la vista y mi mirada se cruza instintivamente con la de Emma que, consciente del gesto, levanta un poco las cejas y también los hombros. Es un gesto minúsculo, imperceptible para quien no nos conoce, pero que yo entiendo porque es un gesto que compartimos desde que éramos pequeños y que nos une en un plano en el que solo entramos ella y yo. Hacen bien esos gestos entre hermanos: son pequeñas bengalas que parten de lo mismo y que iluminan lo mismo. Hacen bien porque confirman que la compañía es buena y dura a pesar de todo, de los años, de lo que hemos visto y vivido juntos, de lo que no hemos sabido contarnos todavía y de las sorpresas que quizá estén



por llegar, como llegó en su día esa Emma plantada en la puerta de la habitación de hospital con los ojos fijos en tía Inés y los puños contra los costados. Recuerdo que mientras mamá y tía Inés miraban a Emma, mamá con el brazo tendido hacia nosotros con el chocolate en la mano y tía Inés tiesa contra el respaldo de la silla, pensé: «Menos mal que Silvia no está». Y también: «A ver cómo le contamos esto». Pero ahí desaparece mi voz en la memoria, porque no hubo tiempo para más. A mi lado, Emma se apoyó contra la pared y, con una voz llena de una tristeza que nunca he vuelto a oír en nadie, se volvió hacia mamá y dijo:

—Creo que debería irse.

Mamá la miró, roja de vergüenza, pero no dijo nada. Simplemente pareció encogerse un poco mientras iba bajando el brazo hasta apoyarlo sobre la cama. Luego paseó la mirada por encima de la sábana, como si buscara algo, antes de decir:

—Emma, hija...

Emma inclinó la cabeza hasta apoyarla también en la pared. De repente, todo el agotamiento de los últimos días, la angustia y la tensión cayeron sobre ella, y lo que en Silvia habría sido un ataque de ira acumulada contra tía Inés y contra su ausencia de mala amiga, en Emma emergió como un gesto de derrota. Fue pena, una pena honda y casi infantil en la que solo entraron mamá y ella porque no había sitio para nadie más.

Y fue peor.

—No aprendes, mamá —dijo. No había rabia ni violencia, solo una voz pequeña y dolida, frágil. Hablaba una Emma desencantada y rota—. Te dejaron sola cuando más los necesitabas y los perdonaste porque sí. Llegan, vuelven, te quieren poco y a ti te sabe a más de lo que crees que mereces. —Mamá bajó la cabeza. No se esperaba a esa Emma. Yo tampoco. Junto a mamá, tía Inés seguía mirándonos, impertérrita, como a punto de hablar, pero Emma solo acababa de empezar—. Yo esto no lo quiero ver, mamá —continuó con la misma voz triste y falta de cuerpo—, porque me duele y ya me han dolido demasiadas cosas que tendrían que haberte enseñado algo. Me duele que te trates mal porque eres mi madre y yo intento quererte bien, los tres lo intentamos, y a lo mejor no es lo que quieres y no es lo que entiendes porque estás demasiado acostumbrada a lo otro. A lo mejor lo que quieres es que las cosas sean como antes porque fueron demasiados años viviendo así, perdonándolo todo, diciendo que sí a todo.

Hubo un silencio. Fueron apenas unos segundos, pero parecieron años, todos los que Emma había devuelto a la luz desde el pasado, los recordados y los que no habíamos conseguido olvidar a pesar del tiempo. Al final de esos segundos, tía Inés cerró la revista que tenía abierta sobre el regazo y la dejó

encima de la mesita.

—Emma... —empezó con esa voz firme que su ausencia no había cambiado. Me sorprendió oírla. Me sorprendió el brillo de sus ojos y me sorprendió también pensar qué extraño que el cuerpo envejezca y que no lo hagan la voz ni el brillo de los ojos. Cuando quiso seguir, Emma levantó la mano.

—Tú no deberías estar aquí, tía —la cortó. Tía Inés parpadeó y tragó saliva al tiempo que cerraba las manos sobre las rodillas. Antes de que tuviera tiempo de dar su réplica, Emma se volvió de nuevo hacia mamá y le dedicó una sonrisa cansada que no sirvió para dulcificar el mensaje—. Tía Inés se marchó cuando no te quedaba nadie —dijo—. Se fue la última y cerró la puerta porque no te quería lo suficiente. Y tú, en vez de enfadarte, en vez de la pena, elegiste entenderla, como siempre, mamá. «Yo la entiendo», dijiste. ¿Te acuerdas? «Yo la entiendo.» Y nosotros nos callamos, porque era un mal momento para ti y para todos y porque estabas en tu derecho de entenderla. Pero, mamá, no abandonamos a quien queremos. Una amiga que lleva contigo cuarenta años no se va así, ni vuelve así. ¿Sabes por qué? Porque cuarenta años es una vida entera y eso es abandono, y es horrible, y nadie se lo merece. Y tú menos que nadie. Y a mí, a nosotros —añadió, voviéndose hacia mí— nos mata ver que no cambias, que siempre lo entiendes todo para que no duela, y yo no quiero recordarte así, no quiero que te vayas y pensar: «Era tan buena que siempre lo entendía todo, incluso que no la quisieran». No quiero eso, mamá.

Mamá se volvió a mirar a tía Inés, que enseguida le devolvió la mirada y asintió. Fue una mirada no tanto de amigas sino de madres, un gesto que Emma no vio porque en su discurso había demasiado ruido de fondo, demasiada niebla interior. Aun así, el gesto pareció tranquilizar a mamá, que inspiró hondo y asintió a su vez.

—Hija... —empezó.

Emma ni la oyó. De repente parecía no estar allí. Aunque en voz alta, no hablaba con nosotros sino puertas adentro, mezclando todo el agotamiento y la resaca que había dejado tras de sí el pánico que habíamos vivido juntos durante los últimos días creyendo que mamá se nos iba:

—No quiero esto, porque si lo acepto en ti tendré que aceptarlo también en mí —dijo—. Y porque en eso somos demasiado parecidas y necesito que me enseñes a quererme un poco viéndote a ti. —Hizo una pausa para tomar aire, que sacó despacio por la nariz antes de volver a hablar—. Mírame, mamá. A lo mejor todavía estamos a tiempo de que pase algo y nos cambie, porque yo no quiero seguir perdonando que no me quieran bien, quiero cambiar eso. Y, quién sabe, quizá podríamos hacerlo juntas, quizá sea más fácil aprender juntas... porque

cuando ya no estés yo no sé cómo serán las cosas, no sé si podré aprender nada ni si podré perdonarte que te hayas ido y decir «la entiendo» cuando te llame y no me contestes o cuando tenga que empezar a recordarte porque se nos haya acabado el tiempo.

La voz de Emma se apagó sobre sí misma y volvió el silencio, pero yo ni siquiera me di cuenta, porque sus palabras habían sido el eco exacto de las mías, y seguían rebotando contra las paredes de la habitación y contra los ojos vidriosos de tía Inés mientras mamá agachaba la cabeza y se secaba la cara con la sábana. Quise decir algo, pero tenía la garganta demasiado cerrada. En vez de eso, puse la mano en el brazo de Emma y empecé a acariciarla muy despacio, sin saber qué hacer para romper la tensión que nos mantenía a cada uno en su sitio, inmóviles.

Hasta que Emma se volvió hacia tía Inés y, con un hilo de voz, dijo:

—Deberías irte, tía. —Y luego, en el mismo tono opaco y quebradizo, añadió—: Ya es tarde.

Tía Inés no dijo nada. Siguió mirando a Emma como si faltara algo, o como si no pudiera moverse porque la escena no había terminado aún. Hubo un momento de espera, de desconexión, y después mamá dijo desde la cama.

—No es verdad.

Nos miramos. Emma a mí, mamá a tía Inés y después mamá a nosotros dos mientras tía Inés bajaba la vista y volvía a cerrar los puños sobre las rodillas. No hizo falta preguntar. Mamá inspiró hondo, alisó la sábana mojada con la mano y habló.

—No es verdad que tía Inés no haya estado —dijo, encogiéndose de hombros como si estuviera confesando algo por lo que antes o después iba a recibir su castigo. Emma ni siquiera parpadeó. Me tocó a mí preguntar.

—¿Cómo?

Mamá me miro.

—No es verdad —repitió, casi en un susurro, negando con la cabeza y volviéndose hacia tía Inés. Durante una fracción de segundo las miradas de las dos se encontraron, pero volvieron a separarse bruscamente cuando el estruendo metálico de una bandeja que debía de haberse caído del carro en el pasillo reverberó como un estallido de cristales al otro lado de la puerta y todos pegamos un brinco. Luego nada, un silencio tenso que nadie supo romper hasta que mamá volvió a hablar—. No se fue —dijo, volviendo a negar con la cabeza—. Nunca. —Bajó una vez más la vista antes de seguir hablando y dejó escapar el aire por la nariz—. Nosotras... bueno, yo... es que... como ella lo había prometido... —Demasiado cansada y confundida para hilvanar tanto y tan de improviso, mamá no sabía cómo arrancar y, en cuanto quiso volver a intentarlo,

empezó a balbucear otros principios que no sonaron ni mejor ni más prometedores, hasta que por fin fue tía Inés quien tomó la palabra.

—Es muy sencillo —dijo, llevándose la mano al crucifijo que le colgaba del pecho y masajeándolo con el índice y el pulgar—. Le prometí a Arturo que no mantendría el contacto con vuestra madre y falté a mi promesa. De hecho, he estado faltando a mi promesa durante todos estos años. —Esbozó una especie de sonrisa que no lo fue y añadió, volviéndose hacia mamá antes de mirarnos a nosotros—. Todos los domingos.

A mi lado, Emma frunció el ceño, demasiado aturdida después de su propio discurso como para pararse a pensar con calma, y mamá, en la cama, carraspeó y se colocó bien el almohadón tras la espalda, intentando ganar un poco de tiempo. El que había seguido a las palabras de tía Inés era un silencio distinto, más liviano. De repente, y durante unos instantes, el aire de la habitación fue más respirable. Al otro lado de la puerta, alguien empezó a recoger cubiertos y otras cosas mientras silbaba y tía Inés aprovechó para añadir con voz pausada, como si la verdadera confesión, lo realmente grave, fuera lo que estábamos a punto de oír:

—Después de misa —declaró, visiblemente compungida—. Todos los domingos al salir de misa.

Entonces se hizo la luz. Fue una luz que empezó en pequeño, como una de esas farolas que en lo oscuro aparecen a lo lejos y no sabemos si realmente son luz o reflejo hasta que, guiados por lo que ilumina, descubrimos que sí, que la farola es real y que detrás de ella, ocultas por la primera, hay otras alimentadas por la misma corriente y cuya presencia sería impensable sin la de las demás. Se hizo la luz en la habitación y yo me apoyé en la pared junto a Emma, porque entendí la dimensión de lo que estaba viendo y de lo que había visto tres días antes en casa de mamá mientras esperábamos a Emma y ella, bañada en su propia incontinencia, navegaba en su demencia pasajera y no paraba de repetir «el aperitivo, no llegaré al aperitivo. Tengo que irme, tengo que irme. Es que si no, no lo sabrá» como si le fuera la vida en ello.

«Es que le ha ido la vida en ello», recuerdo que pensé. Y también: «Tiene secretos. Mamá tiene secretos». Y, aunque ahora me cueste creerlo y hasta me avergüence de ello, en el momento fue eso lo que me impactó por encima de todo: saber que mamá nos había ocultado algo durante todos esos años, que no era cien por cien nuestra, que tenía una vida que estaba fragmentada en compartimentos que yo había creído que eran íntegramente comunes y no lo eran. Y la odié. Durante unos minutos la odié por su falta de confianza y porque de pronto me sentí fuera de. Enseguida dudé de si habría más secretos, más cosas que quizá mamá vivía en su propia parcela y que no quería compartir conmigo,

y, si los había, me preguntaba qué podían ser, cuánto de ella ocupaban. «Yo no habría podido», estuve a punto de decirle. De hecho, lo grité mentalmente con tanta rabia que por un momento creí haberlo dicho. Eso, y otras cosas como: «Yo nunca te mentiría así» o «Si no puedo confiar en ti, ¿en quién?». Reproches, rabia, otra vez la tecla de la orfandad tocada a deshora. Mamá nos había mentido. Durante siete años de su vida. Todos los domingos. De una a tres.

El aperitivo, claro. Mamá y tía Inés.

Claro.

En ese momento yo no podía saber que una semana más tarde los papeles se invertirían y sería yo el que tendría que aprender a parcelarme para no compartir con ella una parte de mí que hasta hoy no he podido ni he sabido revelar. Curiosamente, esa tarde la odié por haber hecho conmigo lo que la vida me llevaría a hacer con ella unos días después, y ahora entiendo que me equivoqué porque la juzgué desde la inseguridad, no desde la empatía. Hoy, como desde hace meses, miento yo, y lo más duro es que sé que, si le dijera la verdad, ella nunca me odiaría como lo hice yo ese día. Mamá sería madre y, antes que dolerle la mentira, le dolería imaginar lo que yo puedo haber sufrido mintiéndole para no hacerle daño. Por eso mi mentira crece y crece con el tiempo. Le tengo pánico al momento en que ella sufra por mí, porque sé que lo hará, que sufrirá por los dos y yo no sabré cómo consolarla.

Siete años de silencio y ninguno de nosotros había sospechado nada.

«Conociendo a mamá, deberíamos haberlo sabido.» Eso fue lo último que pensé, porque a mi lado Emma fue deslizándose despacio hasta el suelo con la espalda apoyada contra la pared hasta quedar sentada sobre las baldosas con las rodillas pegadas al pecho. Luego echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Y desde su silla, tía Inés dijo:

—No sé si hay mucho más que queráis saber.

—Todo. Quiero saberlo todo.

Silvia iba sentada detrás. El avión había llegado con una hora de retraso y, según nos dijo en cuanto apareció por la puerta de llegadas, no había dormido en toda la noche, a pesar de la doble ración de valeriana que se había tomado mientras esperaba para embarcar y de no sé qué potingue natural que le había preparado su herbolaria y que, más que dormida, la había dejado un poco lenta. Ni siquiera quiso que pasáramos por su casa. «Ah, no. Vamos directos al hospital, ¿no?», dijo en cuanto subimos al coche. Probablemente lo tenía decidido así desde que la habíamos puesto en antecedentes de la reaparición de tía Inés por WhatsApp —prácticamente nos habíamos limitado a darle el titular, porque la habíamos pillado camino del aeropuerto y cuando leyó el mensaje ya estaba en la cola de embarque y no había dado tiempo a más—, y había aterrizado ansiosa por conocer hasta el último detalle.

—¿Os parece si paramos en alguna gasolinera o algo y mientras me lo contáis me tomo un café con leche y un bocadillo? —preguntó en cuanto salimos a la autovía—. Si no desayuno, no sé si seré capaz de aguantar.

Paramos en una gasolinera con cafetería que estaba justo delante de un club de alterne con un cartel en el que aparecía un nombre tropical medio borrado. Un guardia de seguridad con la cabeza taladrada de tatuajes, sentado en la escalera delantera, lo custodiaba.

—Soy toda oídos —dijo Silvia después de tomarse medio café con leche de un trago y de empezar a atacar el bocadillo de tortilla.

Emma me miró. A juzgar por su mirada apagada y por las sombras negras que tenía debajo de los ojos, entendí que, como yo, tampoco ella había dormido bien. Después de haber estado en el hospital hasta bien entrada la tarde hablando con mamá y con tía Inés sobre ellas, sus años a solas y a escondidas y poniéndonos también al día de la vida de tía Inés y de todos los demás del grupo de «las tías», maridos e hijos incluidos —en ningún momento mencionamos a papá—, Emma y yo habíamos cenado juntos en un japo, demasiado cansados para seguir dándole más vueltas al tema, y nos habíamos ido a casa enseguida. Yo había salido a dar un largo paseo con Rulfo para intentar despejarme un poco y asimilar en lo posible todo lo que habíamos oído y lo que seguramente

quedaba aún por saber antes de encerrarme en casa, dar el día por terminado y meterme en la cama. Estaba tan tenso y tan agotado que me tomé medio lorazepam con un vaso de leche caliente y me puse a leer, esperando a que hiciera efecto y llegara el sueño, aunque fue en vano. Lo que sí llegó hacia la medianoche fue un whatsapp de Emma que terminó de despejarme y que decía exactamente: «¿Duermes?».

La llamé. Fueron casi dos horas de Emma. Se sentía culpable por cómo le había hablado a mamá. «No me lo perdonaré nunca», dijo con esa voz de la Emma más angustiada que desgraciadamente me ha tocado conocer bien en algunos momentos difíciles. Supe que era así, literalmente: que no se lo perdonaría por mucho que yo intentara convencerla de que no tenía motivo ni para la pena ni tampoco para la culpa. Llamaba para decírmelo, para compartir conmigo lo que la torturaba, no para que la ayudara a evitarlo. Y eso hice: dejar que compartiera toda su angustia sin intervenir, esperando a que pasara la primera ola y llegara detrás la marea con lo que arrastraba de Emma consigo. No me equivoqué. La culpa por sus palabras con mamá quedó atrás, y pronto la marea trajo los primeros restos de un naufragio que yo ya conocía, pero que ella no había expresado hasta entonces como lo hizo esa noche. Me habló de sus miedos, de que veía a mamá y se veía reflejada en ella, demasiado. «Todo el mundo cree que soy buena... pero no es verdad. Soy buena porque si no lo soy estoy segura de que me dejarán. Y no solo mis novias. Todos. Vosotros también. Es que ni siquiera soy buena, Fer. Si lo fuera no le habría dicho todo eso a mamá, ¿no?» Ese fue el prefacio de un monólogo que trajo el naufragio entero y, con él, a una Emma que había visto en mamá el reflejo y la proyección en el tiempo de todos sus complejos. Y, sobre todo, que se había visto sola, no únicamente en ese momento, sino siempre y para siempre. La noche en urgencias se le había quedado atascada en el estómago y ahí seguía, intoxicándola con la imagen de mamá confundiéndola con la abuela Ester, sin papá, sin amigos, demasiado buena en vida para saber jugar unas cartas que le habían ido grandes. Emma se vio así, y el frágil equilibrio que hasta entonces había ido manteniéndola a flote entre fracaso y fracaso con sus parejas se vino abajo y la dejó desnuda delante del espejo, y también distorsionada. «Sola, Fer», dijo por fin. «Me voy a quedar sola porque elijo como mamá. No sé ver más allá. No sé jugar.» Y yo no supe qué decirle, porque tenía razón. Emma no sabe jugar. Es lo que es, y debajo de lo que es está la no Emma, lo que no será nunca. Pero eso es precisamente lo que la hace única, aunque ella sea incapaz de entenderlo. Claro que en ese momento no podíamos imaginar que seis meses más tarde aparecería Magalí y la marea se retiraría de pronto, llevándose consigo gran parte de esos miedos, y mucho menos que hoy estaríamos aquí, en esta sala,

esperando a que mamá lea su poema o lo que quiera que sea que lleva escrito en el papel antes de ver a Emma casada.

Mucho rato después, vaciada de todo lo que había sacado al teléfono, cuando estaba a punto de despedirse y, ya más aliviada, hablaba con esa pequeña pizca de humor que también comparte con mamá, Emma dijo: «Estoy tan sola que hay momentos en los que, si me dieran a elegir, preferiría estar mal acompañada». Me reí. Ella menos, pero también. Y añadió, sin querer: «Como Silvia». No fue una maldad, fue una asociación de ideas inconsciente que yo entendí porque no podía ser más acertada y que ella enseguida lamentó. Como Silvia y John, había querido decir. No quisimos seguir por ahí. Era tarde y habíamos tenido un día muy largo. Nos despedimos, ella mucho más tranquila, y colgamos.

Cinco minutos después, mi móvil volvió a tintinear. El mensaje era suyo.

«Pero lo que más miedo me da es pensar qué pasará cuando mamá ya no esté. ¿Cómo lo haremos para seguir sin ella?»

No contesté. Apagué la luz y también el móvil. El reloj marcaba las 02.48 horas.

Por la mañana, en la cafetería, viéndola parpadear varias veces en su lucha contra el amodorramiento que parecía a punto de vencernos mientras se llevaba el vaso de zumo a los labios, me ofrecí a contarle a Silvia lo que había ocurrido la tarde anterior en el hospital.

Emma negó con la cabeza y, después de tomar un par de sorbos de zumo y pasear la vista por la fachada ciega del club que teníamos delante, dijo:

—No. Me gustaría contárselo yo.

Y eso fue lo que hizo. Le contó a Silvia cómo habíamos encontrado a mamá en su casa, el ingreso en urgencias y la noche interminable esperando a que nos atendieran mientras creíamos que se nos iba, la recuperación, el numerito con el móvil y, por fin, la aparición de tía Inés y todo lo que habíamos podido saber por ella sobre los últimos siete años en la vida de mamá y que, *grosso modo*, podría resumirse así: poco después de que mamá se instalara en su nuevo apartamento, tía Inés la había llamado y habían quedado para verse y hablar. «No puede saberlo nadie», le había advertido. «Pero nadie, Amalia», había insistido. Conociéndola, sabía que para mamá lo de los secretos funciona siempre en todo lo que no nos incluye a nosotros. Nosotros somos ella, su extensión, y, por lo tanto, no nos computa. Mamá le prometió que sí, que no se preocupara, y se vieron.

—Le había prometido a Arturo que no vería más a vuestra madre —nos contó—, pero enseguida supe que para mí sería una tortura. No se puede renunciar a alguien a quien quieres tanto, así, por las buenas, simplemente



porque te obligan a elegir. No está bien.

Pero no lo tuvo fácil. A la prohibición de tío Arturo había que sumarle que era mamá la que había dejado a papá y, por ende, la causante primera del divorcio, y en eso tía Inés sí tuvo que enfrentarse a una lucha complicada. Si las cosas hubieran sido al revés, si mamá hubiera sido la víctima, la abandonada, todo habría sido más sencillo, pero sobre el papel la decisión había sido de ella y tía Inés, tan rígida desde siempre en lo religioso, se vio inmersa en un contencioso moral que finalmente resolvió consultando con su hermano mayor, el misionero.

Su respuesta fue clara.

—«Como sacerdote, te diría que ante la duda nos debemos siempre al más débil. Como Juan, y como hermano, lo que te diría es que la vida me ha enseñado a elegir siempre a quien nunca me haría elegir.» Eso fue lo que me dijo Juan —nos había contado tía Inés.

Y eso hizo ella. Quedó con mamá y acordaron seguir viéndose, aunque en el más absoluto secreto. Hubo algunas condiciones: tía Inés le pidió a mamá que no le preguntara nunca por papá y le hizo jurar que jamás nos diría nada de sus encuentros. «Si Arturo se entera, no me lo perdonaría», fue exactamente la frase que usó al contárnoslo.

Ese fue el principio de los aperitivos de mamá y la supervivencia de una amistad que durante años habíamos creído enterrada. Todos los domingos, mamá se arreglaba, cogía a Shirley y pasaba por la iglesia, donde ya la esperaba tía Inés. De allí bajaban a la plaza y tomaban el aperitivo en el bar de Raluca, dentro en invierno, fuera en verano.

Silvia estaba tan atónita que pidió otro bocadillo y otro café.

—Qué fuerte —dijo, aunque lo dijo como podría haber dicho cualquier otra cosa. Fue más un «dadme un poco de tiempo que esto tengo que procesarlo». Le sirvieron el segundo desayuno de la mañana y, cuando empezó a remover el café, levantó la cabeza, abrió los ojos como si acabara de acordarse de algo y dijo, sosteniendo la cuchara en el aire—: Entonces ¿lo del dinero...? —Partió un trozo de bocadillo sin prestar mucha atención a lo que tenía entre manos y añadió—. Todo este tiempo...

Emma y yo nos miramos sin saber qué decir.

Con «lo del dinero» Silvia se refería a que, desde que mamá vive sola, siempre hemos tenido nuestras dudas sobre cómo es posible que llegue a fin de mes con los seiscientos euros que cobra de pensión y los doscientos que le pasa papá. Nunca, ni siquiera en los momentos en los que ha surgido un gasto imprevisto al que, obviamente, con una cantidad mensual como la que ella recibe es imposible hacer frente, mamá ha aceptado un solo euro de nosotros y mucho

menos nos ha permitido tener acceso a sus cuentas. «Yo me apaño —ha sido siempre la respuesta—, no hay de qué preocuparse.» Hace un par de años tuvo que operarse de cataratas y, aunque no había que pagar la operación, sí tuvo que hacerlo por las prótesis. Por fin la acorralamos de tal modo que terminó confesando que cuando se veía apurada tiraba de una segunda cuenta —«un pequeño rinconcito», lo llamó— que la abuela Ester le había dejado en herencia y que, aconsejada por tío Eduardo, había mantenido apartada de las manos de papá. Con eso nos tranquilizó, aunque no del todo, porque nunca quiso darnos ningún detalle de cuánto era ese dinero ni de hasta cuándo podría seguir tirando de él.

De pronto, lo entendimos.

Tía Inés.

Nos quedamos callados, perdida la mirada en el ventanal y en la fachada tapiada del club, que en ese momento el guardia de seguridad rodeaba despacio sin apartar la vista del móvil.

—Pero... ¿por qué ahora? —preguntó Silvia, volviéndose hacia nosotros—. Quiero decir, ¿qué ha cambiado?

Emma metió los dedos en el paquete de plástico y sacó un puñado de tabaco de liar que depositó en el papel.

—Tío Arturo murió el mes pasado —dijo—. Ya no hay nada que esconder.

Durante el trayecto hasta el hospital hablamos poco. Silvia estuvo ocupada mandando *mails* y respondiendo mensajes con la tableta e hizo un par de llamadas. Luego, cuando ya llegábamos, guardó la tableta en el bolso y bajó un poco la ventanilla.

—Menos mal que no estuve ayer con vosotros cuando lo contaron —dijo—. Creo que las habría matado a las dos. —Siguieron unos segundos de silencio mientras bajábamos por la rampa del aparcamiento y luego añadió, con una voz más reposada—: Y me habría equivocado.

Emma y yo nos miramos. Debió de ver en mis ojos la misma sorpresa que yo vi en los suyos, pero ninguno de los dos dijo nada. Silvia volvía a hablar.

—Siete años, todos los domingos después de misa —dijo en voz baja, como si no hablara a nadie en particular—. Es como de película, ¿no?

Emma encontró una plaza libre y maniobró para aparcar. Cuando apagó el motor, la voz de Silvia llenó el silencio que quedó suspendido en el interior del coche con una voz reducida y opaca y una reflexión que dijo más, mucho más de lo que ella creyó en un principio.

—Qué envidia tener a alguien así, ¿no? —volvió a hablar, mirando por la ventanilla al coche que estaba aparcado a nuestro lado—. Que te quieran tanto. Y tanto tiempo...

Ni Emma ni yo añadimos nada al comentario. Los dos sabíamos que lo que acabábamos de oír era una confesión indirecta que Silvia había soltado sin querer en un momento de debilidad provocado por la sorpresa y por el *jet lag* y entendimos, por puro instinto, que lo que acabábamos de oír era exactamente lo que todos sabíamos y callábamos sobre ella y sus circunstancias, o lo que es lo mismo, sobre Silvia y John. Casi hubo un atisbo de acercamiento en los instantes siguientes, cuando se volvió a mirarnos y no se movió, como si esperara algo, una señal o un gesto que la invitara a decir más. No lo hubo. Tanto Emma como yo sabíamos por experiencia que esa espera era una más de las trampas que habíamos vivido con ella en otras ocasiones y que siempre terminaban mal porque, de repente, Silvia se veía demasiado expuesta y reculaba, rabiosa, vertiendo su mal humor sobre nosotros por haber sido testigos de lo que ella no quería ver.

En cualquier caso, tampoco hubo tiempo para más. Todavía sumidos en esa especie de medio torpor tenso que nos había dejado la pequeña escena vivida en el coche, subimos a la planta donde estaba la habitación de mamá. Cuando estábamos a punto de llegar a la puerta, vimos salir a tía Inés que, en cuanto nos vio, se quedó parada en mitad del pasillo, con la cartera en la mano.

Durante una fracción de segundo no ocurrió nada. Silvia y ella se miraron en silencio hasta que por fin tía Inés se acercó y le puso la mano que tenía libre en la mejilla. Silvia se encogió un poco y luego sonrió.

—Tienes mala cara, hija —dijo tía Inés—. Espero que sea por el vuelo y no por todos estos años que te he perdido la pista, porque si es por eso no me lo perdonaré.

Silvia soltó una pequeña risa que no fue alegre y puso su mano sobre la de tía Inés, que, ante aquel gesto, tragó saliva e intentó mantener la firmeza en la voz y en la expresión cuando añadió:

—Me alegro mucho de haber vuelto.

A mi lado, Emma bajó la vista, y yo sentí como si acabaran de quitarme un enorme peso de encima, como si las palabras de tía Inés hubieran puesto orden a algo que no lo tenía desde hacía mucho, mucho tiempo. Y pensé: «Somos uno más». Eso fue lo que pensé, y también: «Será más fácil. Ahora todo será más fácil». Tía Inés retiró la mano de la mejilla de Silvia y preguntó:

—Voy a por un té. ¿Os traigo algo?

Le dijimos que no, que acabábamos de desayunar.

Ella inclinó un poco la cabeza a un lado e hizo una mueca que no supimos interpretar.

—Creo que os voy a subir una tila. La vais a necesitar.

Silvia saltó enseguida.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

Tía Inés inspiró hondo.

—No, nada grave —dijo con voz de cansada—. Vuestra madre, que hoy se ha levantado en forma.

No quiso decirnos más. En cuanto abrimos la puerta de la habitación entendimos el mensaje y también su dimensión. En la cama, mamá estaba sentada con una auxiliar de enfermería, las dos muy juntas y tan concentradas en el iPhone que mamá tenía en la mano que ni siquiera nos habían oído entrar. Hablaban en voz baja, la auxiliar con un acento tan extraño que prácticamente no se le entendía, y mamá estaba con la lupa pegada a la pantalla y repitiendo en voz alta las instrucciones que creía entender, pero que a todas luces eran una cuarta parte de lo que debían ser.

Desde la puerta seguimos contemplándolas durante unos instantes, intentando asimilar lo que estábamos viendo, hasta que de pronto ella levantó la cabeza y, al vernos, soltó un grito y también el móvil, que afortunadamente cayó en el regazo de la chica. Luego exclamó, tendiendo los brazos hacia Silvia con una cara de felicidad plena y recuperada que hacía días que no le habíamos visto:

—¡Hija, tengo un Facebook! ¡Y un WhatsApp! ¡Y Svetlana dice que me va a enseñar a escuchar a Carlos Gardel y a Frank Sinatra gratis en una cosa que es como una biblioteca pero que está en una nube!

Silvia se volvió hacia mí y me fulminó con la mirada, pero antes de que pudiera decir nada, mamá volvió a atacar desde la cama.

—Si a ella no le da tiempo, ¿me podrías enseñar tú? —insistió.

A mi derecha, Emma se mordió el labio, y yo me habría sentado en el suelo y me habría echado a llorar allí mismo.

## 9

La primera vez que mamá compartió con nosotros su opinión sobre Magalí nos costó un poco entenderla.

—Es un poco como si fuera así desde que es como nosotros la vemos —dijo. Por su forma de construir la frase, entendí que llevaba algún tiempo dándole vueltas, que no había sido una formulación espontánea. Estuve a punto de decirle que yo no lo habría expresado mejor, pero mamá no había terminado de hablar—. O sea, como si hubiera dos mujeres en una: la que está y la que está, pero intenta que no la vean.

Eso era. *Como si hubiera dos mujeres en una*. O como si la Magalí que veíamos fuera un eco de otra cosa.

—Ya. Es rara —resumió Silvia a su lado.

—¿Rara? —preguntó mamá, extrañada. Por el tono de voz, tuve la impresión de que la salida de Silvia la había puesto un poco a la defensiva.

—Bastante —remató Silvia.

Paseábamos con los perros por el parque. El sol había empezado a ponerse y el calor se mezclaba con la humedad que impregnaba el césped, sobre el que Rulfo se revolcaba feliz. La oscuridad no era sólida.

—No sé por qué dices eso —saltó mamá, ahora claramente dolida por el comentario. El tono fue tan impropio de ella, tan abrupto, que pilló a Silvia por sorpresa. Luego añadió, más pausada—: A mí me parece un encanto.

Se hizo un silencio tenso y enseguida las dos se volvieron a mirarme buscando mi complicidad.

—A ver, un poco peculiar sí que es —dije intentando evitar una sombra de tensión que desde hacía unos días sobrevolaba el ambiente entre mamá y Silvia —, pero creo que, de todas las novias que le hemos conocido a Emma, es la mejor con diferencia.

—O sea, que es rara —insistió Silvia, mirando a mamá con una mueca de haberse salido con la suya.

—Pues a mí me gusta —replicó mamá entre dientes, bajando la mirada.

Aunque en ese momento nos fue imposible imaginarlo, con ese «Pues a mí me gusta», sumado al consabido «Se la ve tan... huerfanita...» que, con voz de pena, había lanzado al aire la tarde de la merienda en su casa en cuanto Emma y

Magalí se habían marchado, mamá acababa de llamar a una puerta que meses más tarde se abriría ante nosotros dejando a la vista un vacío que a punto estuvo de llevársela consigo.

«Huerfanita.» Eso es mamá: el mundo dividido entre los que sufren y los que no. El blanco y el negro. Y ese es, cómo no, el retrato gráfico de su proceso mental más habitual. El par de datos que había conseguido sacarle durante la merienda —Magalí había sido criada por su abuela, lejos del país en el que había nacido y al que no quería volver, y vivía sola— le habían bastado para construir su personaje y archivarlo de inmediato en su sobrepoblada carpeta de «Mis pobrecitos». Tía Inés, que conocía esa carpeta tan bien como los demás, había puesto los ojos en blanco.

—Amalia —había dicho con voz de «por ahí sí que no»—, que no tenga relación con sus padres no significa necesariamente que Magalí sea una de tus huerfanitas. No te adelantes, ¿quieres? —Al ver que mamá torcía el morro, había añadido—: Por la misma regla de tres, tus hijos también deberían serlo, al menos por parte de padre, ¿no crees?

Mamá no había respondido. Había bajado la vista y enseguida había empezado a recoger los platos de la merienda. Mientras iba a la cocina, la habíamos oído decir por lo bajo:

—No es lo mismo.

No era lo mismo, cierto. La Magalí que los demás construimos en nuestra imaginación nada tenía que ver con la «mujer vulnerable desprovista de» que mamá había incluido en su lista de víctimas colaterales de la vida. Independiente, autosuficiente, fuerte, enérgica, alegre... esa fue la mujer que vimos nosotros la tarde de la merienda y esa fue la base del retrato que íbamos completando a partir de entonces. Magalí dejó entre nosotros una impresión positiva que todos celebramos y que fue en aumento a medida que empezamos a conocerla mejor, aunque en el caso de Silvia quizá el proceso no fue exactamente así. A diferencia del resto, con el paso de los días, pequeñas pinceladas de desconfianza empezaron a sazonar muy de vez en cuando sus comentarios y reacciones a cuanto tuviera que ver con Magalí. Eran minucias, nada importante, pero ahí estaban: los primeros «peros», algún apunte, un gesto, una mueca, un «no sé, no acabo de verlo claro» que chispeaban de repente sin llegar a más, pero en los que en ningún momento reparamos porque iban con el personaje, eran tan Silvia que seguramente los habríamos echado en falta si no hubieran estado ahí. «No me fío del todo», decía sin decirlo mientras su inconsciente montaba guardia frente a Magalí en turnos que se alargaban cada vez más y que, por supuesto, ella jamás habría reconocido porque en ningún momento se vio actuando así, ni siquiera pensando así. Extrañeza, eso fue lo que

expresaban sus dudas, o al menos eso creímos. Y es que extrañeza era lo que sentíamos un poco todos porque, hasta su llegada, no habíamos conocido a nadie como Magalí, con ese aquí y ese ahora tan enteros, tan marcados. Eso, ese presente continuo en el que ella vivía, sumado a un carácter que, como el de Emma, parecía *masterizado* para hacer fácil lo que no tenía motivo para no serlo y en el que se mezclaban una afabilidad extrema, un gran sentido del humor y una empatía innata que en ocasiones llegaba a superar incluso a las de la propia Emma, nos tenía tan desconcertados que en algunos momentos nos resultaba imposible estar totalmente relajados con ella.

—Hay algo en ella que no cuadra —se sinceró un día tía Inés, en respuesta a un comentario que Silvia había hecho sobre Magalí, con un tono entre preocupado y agorero de «espero que cuando cuadre no sean malas noticias». Y añadió—: Una mujer que vive sola con una alimaña salvaje en una casa en el campo a la que solo se llega en *jeep*, que se pasa las horas tricotando mientras analiza cosas delante de un ordenador, que corre maratones por esas montañas de Dios con una linterna en la cabeza acompañada de un montón de hombres con pinta de no ducharse cuando llegan a casa y que se lleva a tu madre a la peluquería y al cine y vuelve sin una arruga de más, sabiendo lo que es vuestra madre cuando se la deja suelta por esas calles de Dios... pues no, muy normal no me parece, la verdad.

Cierto. La ficha que cualquiera habría podido bosquejar de Magalí sonaba objetivamente así. A eso había que añadir que desde el principio había dejado muy claro que no solamente nunca hablaba de su familia, sino que además agradecía que evitáramos hacerle preguntas sobre el tema.

—Prefiero no hablar de eso, si no te importa —me había dicho la primera y única vez que le pregunté si no sentía curiosidad por ver cómo había cambiado Buenos Aires después de tantos años sin haber vuelto. Luego, sin dejar de sonreír, había cambiado rápidamente de tercio para contarme cómo había llegado Poirot a su vida. Según me dijo, en uno de sus paseos por la montaña había visto entre los arbustos un zorro que no había huido al verla y con el que desde entonces se había cruzado a menudo. Lo había llamado Poirot, porque decía que parecía estar vigilándola siempre. A veces corría con ella un tramo por el camino y después desaparecía. Otras se encontraba con él a la vuelta, esperándola junto a la puerta de casa. Finalmente, a base de noches, paseos y compañía, Poirot prácticamente se había instalado en su salón como un perro.

—Es mi familia —dijo, sin desdibujar en ningún momento la sonrisa—. Poirot y mi abuela son lo que tengo.

Pero el tema familiar no era el único coto al que Magalí nos tenía prohibido el acceso. Estaba también el trabajo. «Soy policía.» Así se había presentado el

día de la merienda en casa de mamá. Y a eso había añadido: «Análisis de datos». Más información no había ni la hubo durante los primeros meses de su relación con nosotros, salvo que mientras trabajaba en el ordenador hacía *patchwork* y que también participaba en una pequeña cooperativa de productos ecológicos para la que preparaba mermeladas caseras. Eso era todo. Ni siquiera la propia Emma parecía saber mucho más.

—Se dedica al traslado de presos peligrosos —fue lo único que me dijo una vez—. Los cambian de centro cada dos o tres días.

Cuando se lo conté, Silvia saltó enseguida.

—Pero ¿no era analista?

Asentí.

—También.

—Pues no lo entiendo —dijo tía Inés—. ¿De dónde saca las horas esta mujer para tanto trasiego? Además, ¿analista de qué? ¿Para qué? ¿Presos cómo de peligrosos?

Intenté compartir lo poco que Emma me había dicho.

—Está en un cuerpo especial —dije—. Analizan datos para poder prevenir «acciones». Eso es lo que me ha dicho: «acciones». Con otras policías.

Silvia puso cara de «eso no me ayuda nada» y tía Inés irguió la espalda y torció la boca.

—Quiero decir con la policía de otros países. Con otros cuerpos como el suyo —aclaré.

Tía Inés me miró y chasqueó la lengua negando despacio con la cabeza.

—A ver si va a ser como una vidente o algo. La verdad, tal como está el mundo, no me extrañaría que la policía tirara de brujas y esas cosas. O de magia negra.

Luego estaban las ausencias. De repente, Magalí desaparecía. «Está de viaje», era la respuesta que nos daba Emma. «Por trabajo.» Las ausencias no se alargaban mucho, un par o tres de días a lo sumo, a veces, las menos, una semana. A la vuelta, ni un comentario. Nada. Cuando por fin, al cabo de un par de meses de relación, Magalí le confió a Emma el motivo de sus ausencias y Emma se estresó tanto que terminó por soltarlo en cuanto le apretamos un poco las tuercas, entendimos que el silencio y la extrema discreción de Magalí eran una medida de protección necesaria y sobradamente justificada. Decidimos mantener a mamá al margen, y también a tía Inés. «Mejor que no lo sepan nunca», acordamos. Palabras como cuerpos de seguridad, amenaza, masacre, intervención, captación o islamización no podían salir de la esfera cerrada de información que éramos nosotros, y así se lo prometimos a Magalí cuando Emma le contó que no había podido no compartirlo con nosotros y ella



enseguida quiso vernos para asegurarse de que en ningún caso íbamos a traicionar su confianza. De hecho, después de la conversación respiró más tranquila. «Por lo menos hay alguien con quien no tengo que vivir escondiéndome», dijo.

En cualquier caso, el carácter de Magalí, su peculiar forma de vida y su incorporación al cuadro familiar no habría tenido por qué ser más traumático de lo que suele ser habitual en estos casos de no haber sido porque con ella ocurrió algo que no habíamos vivido con ninguna de las relaciones anteriores de Emma.

La diferencia, la novedad, fue mamá.

Desde el primer momento mamá forjó con ella un vínculo que los demás no supimos ver, o al que no dimos importancia, y que poco a poco, y sin quererlo, fue dando a Magalí cuerpo real en el organigrama cotidiano de la familia, integrándola poco a poco en los cimientos del frágil andamio que habíamos conseguido reconstruir tras la desaparición de papá.

Amigas. Magalí y mamá se hicieron amigas y eso cambió algunas cosas que, la verdad sea dicha, yo agradecí. Por primera vez en sus más de setenta años, mamá había abierto el arco de su mirada un poco más allá de nosotros, y la casualidad había querido que en ese preciso instante Magalí estuviera allí, sentada en su salón y envuelta en ese halo de orfandad —de «niña rara»— que solo mamá había sabido ver en ella y con el que conectó desde el minuto uno, sellando un vínculo entre ambas que ninguno de nosotros iba a poder compartir del todo. Hubo un reconocimiento por parte de las dos, una conexión que surgió de un modo natural y fácil y que fue instalándose en nuestras vidas sin más, facilitándonos las cosas e insuflando a mamá una inmensa bocanada de energía e ilusión renovadas que, por supuesto, agradecemos casi tanto como nos extrañó.

—Mamá se ha ido al cine con Magalí —me comentó Silvia al teléfono al poco de la merienda en que Emma nos la había presentado.

Me sorprendió la noticia, es cierto, pero sobre todo me divirtió. Quise sacarle un poco de punta:

—Pobre Magalí. No sabe en la que se ha metido. En cuanto salgan del cine y se vea delante de una cerveza contándole la película a mamá en el bar de enfrente, no la vuelve a invitar.

Silvia estaba demasiado extrañada para verle el lado gracioso. Parecía algo molesta y supuse que lo estaba como lo está siempre que algo no le cuadra.

—Es que la idea ha sido de ella —dijo, quizá un poco demasiado seria—. Según me ha dicho mamá, tenía que hacer cosas en la ciudad y le ha preguntado si le apetecía bajar a comer al centro y después se la ha llevado al cine. —No se me ocurrió nada que decir. Supongo que debería haberme extrañado, pero más que eso me alegró. «Bien por ella», pensé. Silvia, por su parte, no las tenía todas

consigo. Le faltó tiempo para añadir—: Y sin Emma.

La cosa quedó ahí y no volvimos a comentarlo, si bien es cierto que ese fue el primero de los múltiples y pequeños detalles que marcarían la evolución de una relación que empezamos a observar cada vez con más atención, aunque en mi caso, como en el de tía Inés, y por supuesto también en el de Emma, sin ningún recelo. Mamá disfrutaba con Magalí de cosas que nosotros habíamos dejado de hacer con ella por varios motivos: cosas como ir al cine, salir a comer, ir a una exposición... teníamos nuestras vidas, nuestros amigos, Silvia tenía a John y sus tabiques, y además estaba tía Inés, que hasta entonces era la única amiga de mamá y que vio en la aparición de Magalí un bienvenido complemento ideal para tenerla feliz y controlada.

—Con tu madre, todas las manos son pocas —me dijo al poco, cuando le comenté que Magalí se había llevado a mamá a su osteópata para que le manipulara un poco la espalda y después, a petición de mamá, habían pasado un rato en el bingo. No lo dijo con pesar. Al contrario, estaba encantada.

»Es un poco suya, sí, pero tiene un corazón que no le cabe en el pecho —comentó un día que, no sé por qué, habíamos terminado hablando de Magalí—. Qué suerte ha tenido Emma con ella. —Y enseguida añadió, un poco a regañadientes, aunque con una sonrisa—: Bueno, Emma y todos.

Lo curioso, lo realmente sorprendente del vínculo que habían forjado Magalí y mamá no era ya tanto el vínculo en sí, que también, sino que, de las dos, era Magalí la que parecía disfrutar más con la compañía mutua. «Es ella quien la busca la mayoría de las veces», lo resumió Silvia el día que mencioné el tema, después de haberlas encontrado esa tarde merendando en el sofá, riéndose como dos niñas entre cruasanes y chocolate deshecho mientras mamá iba enseñándole a Magalí los álbumes de fotos de la familia al tiempo que le comentaba las intimidades y los pormenores de cada quien y cada cual. Con cada comentario llegaba un estallido de risas, pero no tanto de mamá, sino de Magalí, que con el paso de las semanas parecía haber ido desdoblándose en dos: por un lado estaba la novia de Emma; por otro, la amiga de mamá. Aunque más que una amiga, para mamá era una especie de hija de nuevo cuño, una extensión de sí misma que no encontraba en nosotros y que sí veía en ella. Veía frescura, veía mucha menos presión y exigencia que la que nosotros le imponíamos con todos nuestros temores a su vejez, veía lo ligero, lo nuevo, la curiosidad. En planos diametralmente opuestos, la fascinación que Magalí despertaba en Emma era la misma que despertaba en mamá, aunque por motivos muy distintos. Por primera vez, tenía una amiga que no había heredado de su antes más personal y eso la hacía ajena a esa Amalia casada y encogida que había sido durante tantos años con papá y en la que intentaba por todos los medios no seguir viéndose. Magalí

no había visto ni conocido a la esposa sufrida que había pasado por lo que ella había pasado, con lo cual no existía el peligro de que cayera en la tentación de compadecerla por los errores cometidos. Sorprendentemente, mamá se descubrió gustando siendo tal como era, en su aquí y en su ahora. La mirada de Magalí la validaba por la Amalia que era, con sus setenta y dos años, su pelo blanco y la piel transparente, la visión mermada y esa personalidad tan peculiar que nosotros no siempre gestionábamos con la paciencia y la benevolencia que supongo que tendríamos que haber manejado. «Tengo una amiga que disfruta de mi compañía», parecía decirnos sin decirlo cada vez que anunciaba que había quedado con Magalí para ir al cine o al callista, o que Magalí le había propuesto que se fuera a pasar con ella unos días a la casa de la montaña para ayudarla con una manta de *patchwork* que estaba a punto de terminar y enseñarle a hacer mermelada de pera y jengibre.

Amigas. Mamá y Magalí. O quizá fueran más que eso. Quizá mamá había tropezado con una alma huérfana como ella y, sin saber muy bien por qué, por primera vez en su vida se había permitido dejarse querer por una persona que — eso era lo que le decía su instinto de mujer acostumbrada al dolor— no iba a hacerle daño. Segura. Mamá se sentía segura con la novia de Emma, y nosotros también. Las veíamos juntas y respirábamos tranquilos. Magalí cuidaba de mamá como si fuera la suya, pero sin la tensión y el desgaste que nosotros llevábamos encima. Y lo más importante: mamá volvía a reírse. La risa contagiosa, el eco de la risa fácil de la abuela había vuelto y nosotros estábamos agradecidos y felices de ver lo que la vida le estaba regalando a mamá.

Y así habrían seguido las cosas de no haber sido porque la suerte quiso que hace dos semanas Magalí apareciera en casa de mamá con los zapatos que le había comprado para la boda. Fue una tontería. Y podría haber quedado en eso, en uno de tantos malentendidos que surgen cuando hay una boda que preparar y muchas manos preparando.

Pero no fue así.

Fue mucho más que eso: un salto mortal que a punto estuvo de acabar mal porque hubo vacío pero no red.

Y el final de una vida.

Y el principio de otra.

Eran unos zapatos bonitos, o quizá, más que bonitos, acertados. Mamá los miraba encantada. Los había puesto encima de la mesa y les daba la vuelta a un lado y a otro, como si en vez de unos mocasines de ante granate fueran un ramo de flores o una de esas teteras horribles de porcelana en miniatura que colecciona desde que se separó de papá y por las que daría la vida. A su lado, Magalí la miraba. Había aparecido con los zapatos hacía unos minutos y, en cuanto mamá había sabido que eran para ella, no había parado de porfiar hasta que finalmente, hartos de aguantarla, y a pesar de que Silvia todavía no había llegado, nos habíamos dado por vencidos y Magalí se los había enseñado. Fuera chispeaba. El cielo había ido oscureciéndose gradualmente desde el mediodía sobre la ciudad y la luz de la tarde era casi otoñal. Por la ventana abierta, el aire húmedo olía a sal y a lo que precede a la tormenta y vibraba con el eco de truenos que sonaban lejos, mar adentro.

—Es que son tan transversales, Mariví —repitió mamá por enésima vez, sin quitarles la vista de encima a los zapatos—. Y me van que ni pintados con el traje. Ya verás, ¡empoderada es poco! —dijo con una cara de felicidad absoluta que Magalí recibió con una carcajada. Al fondo del pasillo, en la habitación de mamá, tía Inés y Emma intentaban poner un poco de orden en los dos canapés que supuestamente debían de contener solamente ropa y en los que, en lo que llevábamos de tarde, habían encontrado, entre otras curiosidades, los restos de una batidora checa de los años cincuenta que parecía un secador para perros y que mamá había heredado de la abuela Ester.

—Quizá, si además de mirarlos te los pruebas, sabremos si son de tu número —le dije a mamá—. A ver si va a resultar que no te van bien y hay que cambiarlos.

Me miró como si por un momento se hubiera olvidado de que, además de Magalí y de ella, había más gente en la casa y asintió.

—Sí, claro —dijo, cogiendo con mimo los zapatos y dejándolos en el suelo. Oficialmente habíamos quedado en reunirnos para dar un último repaso a todos los detalles de lo que estaba por venir —la boda, el aperitivo y el cumpleaños de mamá, con la noche en el molino incluida—, pero a dos semanas vista y, gracias a la inagotable energía y supervisión de Silvia y de tía Inés, todo estaba más que

cerrado y simplemente nos habíamos reunido para merendar y charlar un rato como tantas otras veces. Y así habría sido si Silvia no hubiera llegado en ese momento de la calle como lo hizo: iba cargada con un par de bolsas, llevaba la chaqueta mojada y parecía no estar del mejor humor. Enseguida supimos por qué.

—Juro que un día de estos mato a John con mis propias manos —soltó mientras se quitaba la chaqueta y la ponía en una percha para colgarla de la barra de la ducha—. Ahora resulta que las luces que le han puesto en el vestidor no le gustan. Dice que no ve bien el color de las camisas y que hay que cambiarlas. Pero ¡si solo tiene camisas blancas y azules! ¡Qué color ni qué color! —Fue hasta el baño y oímos el tintineo metálico de la percha cuando la colgó de la barra—. Y encima el carpintero me sale ahora con que la ventana del estudio, la que da al pasillo, es un centímetro más ancha de lo que había calculado. ¡Un centímetro! Y te lo suelta así, con toda la cara, después de llevar dos semanas sin dar señales de vida porque supuestamente tiene una hernia discal y claro, ha tenido que bajar el ritmo de trabajo. —Volvió al salón, cogió una de las dos bolsas de papel y se acercó—. En fin. Por lo menos he podido pasar por la zapatería. Toma —dijo, dándole la bolsa a mamá, que la cogió y se la quedó mirando sin saber qué hacer con ella.

—¿Me has traído un regalo? —preguntó, iluminándose de repente.

Silvia puso los ojos en blanco.

—No, mamá. ¿Cómo que un regalo? —saltó con un tono de poca paciencia—. Son los zapatos para la boda. Te dije que yo me encargaba, ¿te acuerdas? Pues aquí los tienes. Espero que te gusten.

Mamá puso cara de póquer y esbozó un amago de sonrisa que no llegó a cuajar del todo y que Silvia recibió con una mueca de fastidio.

—¿Pasa algo? —dijo.

Mamá dejó con cuidado la bolsa en el suelo e inspiró hondo.

—Un poco —fue su respuesta. Y al ver arquearse las cejas de Silvia, rápidamente intentó explicarse—. Es que... no me había acordado de que me los ibas a comprar tú y, bueno... le dije a Magalí que si veía algunos que le gustaran, que me los comprara, y mira —dijo, alargando la mano izquierda hacia el suelo y haciendo aparecer los zapatos que acababa de regalarle Magalí—. ¿A que son bonitos?

Silvia miró primero los zapatos y luego a mamá. Sin pestañear.

—Muy bonitos —comentó en un tono neutro.

En su inocencia, mamá creyó que la amenaza había pasado y puso los zapatos encima de la mesa.

—Todo. Me parece muy bonito todo —volvió a hablar Silvia. Esta vez el

tono neutro se había transformado en una especie de chorro de aire frío que encontró su respuesta en el cielo de la tarde. Desde el otro lado de la ventana, un relámpago iluminó la plaza, seguido segundos después por un trueno lejano que no duró.

Magalí me miró sin entender nada. No supe qué decir.

—Bueno, no pasa nada —dijo mamá, dando por finiquitado el malentendido al tiempo que cogía la bolsa con los zapatos de Silvia y la dejaba junto al lateral del sofá—. Seguro que los puedo cambiar por otra cosa, ¿no?

La mirada de Silvia fue tan espesa que ni siquiera reflejó el destello de un nuevo relámpago que se coló desde la calle, acompañado de una ráfaga de viento casi mojado. Su voz fue mucho peor.

—Claro, mamá —dijo—. Claro que podrás cambiarlos. —Miró a Magalí y después torció la boca en una especie de mohín horrible—. O, mejor —añadió—, quizá podrías cambiarme a mí. Total, bien pensado, seguro que con Magalí estarías más contenta y más relajada. Además, por lo visto tiene muy buen gusto con los zapatos.

Mamá entornó los ojos y frunció el ceño, sin acabar de entenderla.

—Hija, no sé a qué viene... —empezó. Pero Silvia no había terminado.

—Y Magalí estaría encantada, ¿verdad? —la cortó, volviéndose hacia Magalí y clavándola al sofá con la mirada.

Hubo un silencio cargado de electricidad y después una especie de golpeteo repetido y rítmico que en un principio no identifiqué y que al poco fue lluvia contra la barandilla. Aunque eso ocurrió unos segundos más tarde, después de que Magalí negara con la cabeza, sin comprender a qué venía el comentario, y de que, tras mirar a mamá y verla tan extrañada como ella, dijera:

—Silvia, no creo que...

—Pues yo sí creo que —saltó Silvia, cayendo sobre ella como una piedra. El impacto se repartió por el salón como ondas en el agua. Mamá se echó hacia atrás en el sofá y yo noté un pequeño tirón en la base del cráneo—. Creo que estoy cansada de la gente que invade las vidas ajenas sin pedir permiso, eso es lo que creo. Y también que no te entiendo, y no porque yo sea idiota, sino porque hay algo que no encaja, y aunque los demás no quieran verlo, está ahí y no se va.

Mamá, que se había llevado la mano al cuello, decidió intervenir.

—Silvia, hija...

—¿Sabes lo que creo? —volvió a la carga Silvia, sin siquiera mirar a mamá—. Que tú no eres todo lo que dices y sí mucha parte de lo que no dices. Y que, aunque me consta que quieres a Emma, creo que no la quieres solo por ella.

Magalí tensó la espalda y abrió la boca para hablar, pero en el salón no había espacio ni tiempo para ninguna otra voz que no fuera la de Silvia.

—Llegaste y enseguida fuiste una más —continuó—. Y la experiencia me dice que nadie quiere ser uno más en un sitio al que acaba de llegar, a no ser que no sea nada en el que deja atrás. O lo que es lo mismo, te has ganado tu sitio con nosotros porque no tenías ningún otro que perder y eso dice mucho de ti. Eso y también otras cosas, sobre todo tu relación con mamá. Que si te invito al cine, que si ahora vamos a comer, que si te acompaño al médico, Amalia esto, Amalia claro que sí, Amalia cómo no... y poco a poco has ido haciéndote tu hueco con ella y convirtiéndote en la versión buena de la hermana mayor. Donde Silvia es rígida, Magalí es cómplice; si Silvia dice «no», Magalí dice «tranquila, Amalia, ya lo solucionaremos», si Silvia opina que mamá debe comer mejor, ahí está Magalí para traerle chocolates y porquerías varias, pero «no se lo digamos a Silvia, porque ya sabes cómo se pone». La poli buena contra la mala, para que la mala sea peor. Ese es tu juego. Hacerme peor para asegurarte el sitio. Y lo haces bien, eres buena en tu versión buena. Pero deja que te diga algo: mamá tiene tras de sí una historia que tú no has vivido y nosotros tenemos una historia con ella que no podrás vivir aunque ahora estés aquí, porque nosotros venimos de antes. Estamos aquí, somos lo que somos porque esto, nosotros, empezó hace años como pasa en todas las familias. El tiempo une o separa y a nosotros nos ha unido, aunque afortunadamente alguno se haya quedado por el camino.

Desde la plaza un trueno hizo vibrar los cristales de las ventanas y en el sofá mamá se llevó la mano al pecho. A su lado, Magalí estaba quieta y callada como una muñeca. Miraba a Silvia sin pestañear, hipnotizada por lo que veía y oía mientras desde el fondo del pasillo llegaban las voces mezcladas de tía Inés y de Emma y también risas que, tras un pequeño estallido, murieron enseguida.

—Nuestra abuela, que era como era —prosiguió Silvia con un tono un punto más tranquilo—, decía que hay que desconfiar siempre de quien te impone un silencio, porque detrás de todo silencio personal hay una historia fea. Tú llegaste y enseguida prohibiste preguntar. Esto sí y esto no, dijiste. La poli buena tenía intimidación y nosotros la respetamos. Pero han pasado seis meses y te has metido en la intimidación de todos sin dar nada de la tuya a cambio y eso, con nosotros, es justamente lo que nunca te hará familia. Eres parte, pero no serás nunca miembro, porque no sabes compartirte. Crees que el papel de huerfanita nos compra como has comprado con él a mamá, pero todos no somos como ella. ¿Huerfanita de qué? ¿Huerfanita de quién, Magalí?

Magalí seguía igual de quieta, como si estuviera escuchando una historia que nada tenía que ver con ella, pero que la tenía absorbida por completo. Miraba a Silvia como una niña en un teatro, fascinada, disociada. Viéndola así, estuve a punto de intervenir, pero cuando quise hablar me di cuenta de que en el fondo yo también quería saber más, porque había algo de lo que estaba oyendo

que sonaba a verdad. Al principio, cuando Silvia había empezado a hablar, yo había creído que la que hablaba era la hermana mayor celosa, y durante unos segundos había recuperado el recuerdo de un montón de comentarios, imágenes y situaciones vividas en los últimos meses en los que esos celos ya habían asomado, fraguando a fuego lento el estallido que acababa de llegar. Celosa. En el momento en que Silvia había saltado sobre Magalí, prendida la mecha por el malentendido de los zapatos, el genio que había salido de la lámpara frotada por la mano de Magalí había sido el demonio de los celos, y la única manera de que volviera al interior de la lámpara era dejarlo hablar hasta que se desinflara por sí mismo. Mamá miraba a Silvia y no la reconocía, porque hasta entonces nunca había existido una Silvia celosa. La que veíamos era nueva, era otra y daba miedo. Sin embargo, a medida que hablaba y soltaba lastre había más peso en su discurso. La Silvia que yo había tomado por celosa había ido mostrando a otra que todavía esperábamos menos. Ya no era el genio de la rabia el que hablaba, ni la mujer desbancada del amor de su madre por la novedad de una cuñada. No, Silvia defendía lo suyo de lo de fuera como lo habría hecho un padre preocupado por la seguridad de lo propio. Durante meses había estado acumulando pruebas, señales y motivos para desconfiar y de pronto, dos semanas antes de que Magalí se convirtiera oficialmente en un miembro más de la familia, había puesto las cartas sobre la mesa: «Quién eres», esa era la pregunta, la carta boca abajo que Magalí no había mostrado y que Silvia necesitaba ver porque ya habíamos tenido demasiado enemigo en papá durante demasiados años y no estaba dispuesta a que el error se repitiera. Las credenciales de Magalí no estaban completas y todos lo sabíamos, pero el tiempo del respeto a la intimidad había tocado a su fin. Silvia desvió la vista hacia la ventana y enseguida volvió a hablar.

—No sabemos quién eres porque no sabemos quién eras antes de llegar. Y durante todo este tiempo he intentado convencerme de que eso no es importante, de que da igual, pero entiendo que para ti debe de serlo, y mucho, tanto como para ni siquiera permitir que te preguntemos por ello. Es lo del «si no se dice, no existe». Pero existe, claro que existe. Existen tus padres y esa familia que debes de tener en alguna parte. Y existe también Buenos Aires y lo que eras antes de llegar a Ibiza, y existirán los recuerdos y los años, y muy feo debe de ser para que no quieras que exista y hasta tú misma te hayas creído que eres solamente esta Magalí, la que vive sola, encerrada en el campo con sus fantasmas y su personaje, analizando el terror en la pantalla de un ordenador como una chiflada, seguramente para no tener que enfrentarse al suyo.

Llovía. El agua caía sobre la ciudad como si el cielo estuviera desprendiéndose de una piel gastada y sucia, entre rayos y truenos que alternaban distancias e intensidades. Alguien gritó en la calle, esperando en el



semáforo de la plaza a que cambiara a verde, y la luz era tan pobre que las farolas se habían encendido a pesar de la hora.

—No se puede empezar de cero, porque para eso hay que morir y volver a nacer —volvió Silvia—, y eso en esta familia lo sabemos muy bien, sobre todo mi madre y sobre todo Emma. Pero a veces, con suerte, se puede empezar mejor, y de verdad creo que contigo será así para ella. Será un comienzo mejor para Emma, pero, desgraciadamente para ti, ella no somos nosotros. Aquí cada uno es cada quien, y si lo que de verdad quieres es una familia, será mejor que sepamos antes cuál es la que dejas y por qué, y cómo era el antes de este ahora tuyo. No contar es desconfiar y nosotros no necesitamos más desconfianza, créeme. Lo que necesitamos es la verdad. Aunque no la quieras. Aunque sea fea y duela.

Sentada junto a Magalí, mamá tenía la cabeza baja. Manoseaba una de esas bolas de papel prensado que van dentro de los zapatos cuando los meten en su caja. Tenía los hombros encogidos, la espalda ligeramente encorvada y los pies sobre las puntas. A su lado, Magalí seguía mirando a Silvia sin verla, colgada de ella como si de repente se hubiera quedado sin fuerzas y mentalmente hubiera apoyado la cabeza sobre su estómago para no dejarse caer hacia delante. Miraba, pero no enfocaba. Desde el fondo del pasillo, la voz amortiguada de Emma dijo algo que no alcanzamos a entender y la risa de tía Inés fue su respuesta.

Cuando el silencio empezó a pesar y yo creía que ya no habría más voz, Magalí despegó muy despacio la vista del estómago de Silvia y me miró primero a mí y, después, a mamá. Luego hizo una mueca extraña y se pasó la mano por la cara, frotándose los ojos. Llovía con fuerza, pero el nudo de la tormenta parecía haberse disipado. Desde el fondo del pasillo, se oyeron pasos que iban ganando intensidad y el pequeño chasquido de una puerta al cerrarse.

Magalí se levantó despacio, apoyándose sobre las rodillas, y miró en derredor, buscando algo que, a simple vista, yo no supe ver. Tenía los ojos brillantes y le temblaba un poco la barbilla. Siguió recorriendo el salón con la vista hasta que por fin se dio la vuelta y vio que había dejado el bolso detrás de ella en el sofá. Lo cogió y se lo colgó del hombro con un gesto mecánico y a continuación cogió también los zapatos que le había regalado a mamá de la mesita de centro y empezó a alejarse en dirección a la puerta, muy despacio, como si le costara mantener el equilibrio, mientras todos la seguíamos con la mirada, Silvia todavía resollando y mamá y yo conteniendo la respiración. Cuando casi había llegado a la puerta, se detuvo. El silencio se volvió de pronto tan espeso que mamá tuvo que apoyarse en el brazo del sofá para no dejarse aplastar por la tensión y en los segundos que siguieron oímos un par de sorbos que Magalí no supo contener. Estaba tan encogida que parecía otra, con el bolso a un lado y los zapatos de mamá colgando de una mano. De espaldas, en mitad

de aquel silencio, se llevó la mano a la cara y debió de secarse los ojos con los dedos, aunque no pudimos verlo. Luego dio un paso más hacia la puerta y volvió a detenerse.

Y dijo:

—Mis padres mataron a mis padres.

Solo eso. Una frase tan sencilla y tan complicada a la vez que en cuanto la oí se deshizo en mis oídos, como si Magalí se hubiera equivocado y hubiera redactado mal, o como si mi cerebro la hubiera expulsado como expulsa el organismo un cuerpo extraño. Pero la frase era la que era. Lo vi en la frente de mamá cuando me volví hacia ella y la encontré mirándome con un nudo en el ceño y la mano abierta apoyada sobre el sofá. Hubo un último trueno y después el cese de pasos en la puerta del salón. Las figuras de tía Inés y de Emma asomaron en ese momento, parándose en seco al ver la cara de extrañeza de mamá y a tiempo para volverse hacia la entrada y ver cómo Magalí alargaba la mano, abría con suavidad la puerta de la calle y, antes de salir al rellano, agachaba la cabeza, soltaba un sollozo ronco y horrible que se quedó entre un grito ahogado y una especie de gruñido y volvía a articular entrecortadamente la frase, como si ella misma estuviera oyéndola por primera vez o como si, por más que lo hubiera intentado en el pasado, fuera incapaz de hacerla suya del todo:

—Mis... padres... mataron... a... mis... padres.

El silencio en la sala del registro es tan absoluto que solo se oye el ruido que sube desde la plaza, que ahora es mínimo. Mamá mira durante un instante a Magalí y a Emma y sonríe, antes de aclararse la garganta, acercar la lupa de plástico al papel y anunciar con una voz en la que le tiemblan los nervios:

—Es un poema. —Y enseguida aclara, volviéndose hacia la jueza—: Bueno, es más como un *collage*. —Luego se vuelve hacia donde estamos Silvia y yo, buscándonos con la mirada, antes de concentrarse nuevamente en el papel y empezar a leer.

Y lo que lee, su poema / *collage*, suena así:

—Entre el cielo y el suelo hay algo  
con tendencia a quedarse calvo  
y de tanto caminar se hace camino al andar.  
Gracias a la vida,  
que me ha dado tanto,  
y qué alegría cuando me dijeron  
vamos a la casa del Señor,  
pero en vez del Señor estás tú,  
y tú, y tú, y solamente tú, y también tú, Mariví,  
porque tú eres mi amiga.

Mientras mamá lee, declamando sin ninguna gracia el conglomerado de versos de canciones que el sinvergüenza de Marco le ha ayudado a hilvanar para su discurso, en la sala no se oye ni una mosca. La expectación ha dado paso a la perplejidad. Ver a mamá con su plumífero, su pelo blanco mal peinado, los Crocs y la lupa recitando esos fragmentos de canciones que solo ella parece entender nos ha pillado a todos tan por sorpresa que la reacción es nula. Solo hay atención y respiración contenida y la risa, que yo esperaba oír llegar desde el primer verso, no aparece. No, no hay risa, ni burla. Al contrario: la imagen de una mujer como mamá, inclinada sobre su papel, crea, a medida que pasan los segundos, una atmósfera de emoción tan cruda que poco a poco va espesando el aire de la sala, encogiendo todo lo que es sólido. A mi lado, Silvia baja la cabeza y, cuando me vuelvo hacia ella, veo que se pasa el dedo por el ojo disimuladamente. Es emoción, eso es lo que sale de la figura de mamá, proyectando en las paredes de la sala la imagen de una madre que se ha esforzado por expresar lo que a ella

más le emociona para compartirlo con su hija y con la novia de esta. Lo que vemos y oímos son versos mal cosidos por una voz que hila bien, que curiosamente nos habla directamente al plexo. Mamá declama tan emocionada, cree tanto en lo que recita, que el sentido no está en el texto, sino en quien lo comparte.

Trago saliva. Al parecer, mamá acaba de saltarse un verso y, confusa, interrumpe la lectura. Antes de retomarla, levanta la cabeza y, mirando a Emma y a Magalí, se pone la mano en el pecho y se disculpa:

—Ay, es que estoy tan feliz por vosotras, niñas, que me va el corazón a mil. —Y, enseguida, volviendo a ser ella, se vuelve hacia la jueza y corona la frase con un—: Imagínese, si ahora estoy así de nerviosa por la boda, cómo será cuando me digan que están embarazadas.

Nos reímos. Todos, hasta la jueza, que ya empieza a estar rendida a lo que mamá no sabe evitar ser. La mira con otros ojos, como si todo estuviera perdido y ahora tocara quedarse con lo bueno. Su mirada es otra y el rictus de la boca también. En la sala, el instante ha cortado el peso de la emoción contenida que nos embargaba y mamá se dispone a seguir con su *collage* poético —«poesía prosística», lo llama ella—, ajena a la estela de emoción que ha provocado su breve lectura, y mientras busca con la lupa el verso que ha de llegar, una sombra me corta el cuerpo desde dentro, porque viéndola así, tan feliz en su momento, siento el peso de lo que anoche nos reunió a los demás en casa de tía Inés y también el de la culpa. «Es una traición —le he dicho hace un rato a Silvia en las escaleras mientras esperábamos a que acabara la ceremonia anterior—. Mamá no lo haría con nosotros.» Silvia no ha querido escuchar más. «No podemos arriesgarnos —ha sido su respuesta—. Ella no ganará nada sabiéndolo y nosotros tenemos mucho que perder. Mejor así.» Pero yo sé que la culpa que siento es compartida por todos, especialmente por tía Inés, que vive esta mentira no solo como una falta a la confianza de su amiga, sino como una falta mucho mayor, porque la decisión que tomamos anoche —Magalí estaba también— la ha convertido en cómplice de un acto que su fe no aprueba ni perdona. Mentir al inocente como lo estamos haciendo es cruel y también pecado, y para ella eso son palabras mayores. «Dentro de un tiempo reconsideraremos qué hacer —dijo cuando estábamos despidiéndonos en el rellano de su casa—. De momento, creo que lo mejor es no decírselo.»

Y eso es lo que hemos hecho hasta ahora, demasiado inmersos en la resaca de la boda y de todo lo que ha traído consigo la mañana. Pero sabemos que pronto llegará la tarde, el ruido pasará y quedará lo que importa. Y no sé si seremos capaces de aguantar, porque hoy, cada minuto que pasa es para mamá un minuto menos de posibilidad de elección, cada minuto es un descuento en el

que ella vive sin saberlo.

Saber. De eso se trata. Saber o no saber lo cambia todo. Lo cambió hace dos semanas en el salón de mamá con Magalí cuando por fin supimos y lo hará con mamá si llega a enterarse. «Saber ayuda siempre —decía la abuela—. Es como abrazar. Cuando abrazas a alguien querido después de confesar una verdad, de oírsele a él o a ella, abrazas de otra manera porque no abrazas solo el momento presente, sino todo lo que es y lo que ha sido, lo aceptas todo. Hay que saber para aceptar y para entender, porque querer sin saber es tener miedo y para eso las viejas ya no tenemos tiempo.» Como en tantas otras cosas, la abuela tenía razón. La tarde que Magalí habló en el salón de mamá, por fin supimos y desde entonces Magalí es nuestra, la hicimos nuestra porque la entendimos, entendimos el antes y el allí y elegimos aceptar su aquí y también su ahora. A pesar de todo.

«Mis padres mataron a mis padres.»

Lo primero que recuerdo de lo que ocurrió esa tarde fue la mirada que Emma y Magalí intercambiaron en cuanto la frase salió rebotada contra los cristales de las ventanas, haciéndolos vibrar como un trueno más, y cómo Magalí se volvió hacia nosotros para cerrar la puerta de la calle. Cuando los ojos de las dos se encontraron, la que hubo entre ellas fue la mirada de quien ya sabe. Entendí en ese momento que lo que acabábamos de escuchar era una información que Emma ya conocía y que, quizá por primera vez, no había compartido con nosotros. Y pensé que debía de ser terrible, que para que hubiera decidido no hablar, lo que ocultaba debía de superar todo lo que seguramente nos creía capaces de imaginar. Se miraron durante un instante como se miran dos personas que se quieren porque ya saben, porque lo feo está compartido y aceptado. Luego Emma echó a andar hacia ella, pero Magalí negó con la cabeza. Tenía las mejillas mojadas y moqueaba, pero su voz sonó segura, metálica.

—No —dijo. Emma se detuvo a un par de metros de la puerta—. Me gustaría... dar un paseo. —Y con una sonrisa que fue una mezcla de mocos, agua y esfuerzo, añadió, con un amago de dulzura—: Sola.

Emma vaciló, pero hubo algo en los ojos de Magalí que la invitaron a no seguirla. Un instante después, la puerta se cerró y quedamos todos suspendidos en una especie de vacío que durante unos segundos no supimos calibrar. Enseguida oímos cerrarse la puerta de la calle y Emma bajó la vista.

Entonces me preparé para lo peor.

No me equivoqué.

Cuando Emma habló, lo hizo sin mirarnos, como si se avergonzara del contenido de lo que decía o quizá de compartirlo, de no estar haciendo lo correcto dándole voz. Esperó un momento antes de empezar, y en ese intervalo

tía Inés se acercó al sofá y se sentó al lado de mamá, abrazándola por los hombros y acariciándole el brazo con la mano. Después, como si leyera un informe escrito por alguien que no había pensado en ningún momento que aquello sería alguna vez leído en voz alta, Emma empezó a contarle. Aunque compartió lo que sabía con la emoción reposada de quien ya ha vivido el impacto antes, hubo momentos en su relato en los que al oírse hablar no le llegaba la voz. Hubo instantes en que los datos —las verdades, las sumas y las restas, las cuentas y los descuentos— que recibimos durante los minutos que siguieron nos comprimieron las costillas contra los pulmones, dejándonos sin respirar. La verdad de Magalí contada por la voz de Emma fue como viajar de pronto a un pasado que no era el nuestro, pero que volvió nuestro presente del revés, trastocándolo y recolocándonos. Y que sonó así:

—Los padres de Magalí mataron a sus verdaderos padres y se quedaron con ella —empezó, ampliando para peor el enunciado que ya había anticipado Magalí. A mi lado, Silvia se sentó en la butaca y tía Inés frunció la frente, como si no la hubiera entendido. A mamá se le apagó la mirada y preguntó:

—Pero... ¿cómo puede ser que...?

Emma la miró como mira cuando ve sufrir a alguien y sufre también ella por anticipado. Inspiró hondo antes de seguir.

—Sus padres, los de verdad, eran montoneros —dijo, como si esa fuera una respuesta que debiera consolar a mamá. Enseguida se dio cuenta de que no, de que ni mamá ni nosotros la habíamos entendido. Apoyó entonces la espalda en la pared y a mi lado Silvia sacó un cigarrillo y lo encendió—. Los montoneros eran una especie de guerrilla de la izquierda peronista o algo así —aclaró—. El padre de Magalí era abogado y su madre, profesora de Historia, y estaban metidos en política. Izquierdas, sindicatos, esas cosas. En el 76, cuando los militares dieron el golpe, tuvieron que salir del país y se fueron a Uruguay, pero enseguida los pillaron. Hubo un topo, algo pasó. Los secuestraron y los devolvieron a Argentina. Magalí no me lo explicó bien o yo no la entendí. Lo que sí sé es que al padre lo mataron en cuanto llegaron a Buenos Aires y que a la madre la mantuvieron viva hasta que tuvo a Magalí, porque el comisario que dirigía el campo de detención no tenía hijos y se la había reservado para él. A la madre la mataron en el quirófano, inmediatamente después de confirmar que la niña estaba sana. Según le contó su abuela, sus padres tenían pensado llamarla Magdalena, como la madre de su padre, pero no pudo ser, porque en cuanto el comisario y su mujer se la apropiaron, la bautizaron con el nombre de María Graciela. Lo siguiente ya podéis imaginarlo: un padre militar, católico, clase alta, buen colegio, amigas como ella, hijas de padres como los suyos, una niña feliz que no sabía que su verdadera abuela era una de las mujeres que veía a veces en

la televisión manifestándose en las calles de Buenos Aires para que aparecieran sus hijos, sus nietos y toda esa gente querida y desaparecida. Después, en el año 86, las Madres de Mayo recibieron una información sobre Magalí y sobre su paradero y, un mes más tarde, denunciaron. Magalí me contó que al comisario lo detuvieron en el 87 y que, cuando ella se encontró con su abuela, estaba tan confundida y tan en *shock* que primero no le salía la voz y después, cuando su abuela la abrazó, lo primero que le dijo fue: «Es que no sé por quién tengo que llorar». También me dijo que en el fondo hacía tiempo que lo sabía, que las cosas no cuadraban porque había comentarios que a veces se colaban en algún descuido, que la historia familiar tenía demasiados vacíos que nadie sabía llenar bien y que desde pequeña la intuición le decía que había algo sucio, algo feo que todos evitaban.

Emma se interrumpió cuando oímos cerrarse de nuevo la puerta de la calle, pero al prestar atención a los pasos que siguieron, enseguida supimos que no era Magalí. En el sofá, mamá miraba a Emma como si no la viera y, por un momento, me asusté. Sus ojos me recordaron a los que me habían mirado en su habitación el día que la había encontrado delirando en la cama y habíamos terminado en urgencias. Viéndonos así a los cinco, suspendidos en ese *impasse* de quietud, se me ocurrió, no sé por qué, que el de la familia es un círculo en el que las mentiras no suelen sobrevivir mucho tiempo. Quizá sí en la superficie, quizá sí en lo menor, pero no en la raíz. Las mentiras se heredan, no desaparecen, y con cada generación crean nudos por los que la savia circula mal. Son un mal legado. Pensé entonces en Sven y en si mi no verdad con él terminaría echando raíces en nuestra historia y una vez más me prometí que le pondría remedio cuanto antes, que encontraría la forma. Junto a mí, Silvia encendió un segundo cigarrillo con la colilla del anterior. Emma volvía a hablar.

—Aunque la justicia le dio a la abuela de Magalí la guardia provisoria, no lo tuvo fácil, porque muy poco después en Argentina se aprobó una ley que beneficiaba a los represores y el comisario quedó en libertad sin cargos. Fue entonces cuando su abuela decidió emigrar con ella a España, porque aquí vivía su hermano. Al poco de llegar, Magalí tomó el apellido de su abuela y pudo cambiarse el nombre de Graciela por el de Magdalena. Por eso Magalí. Y por eso... todo.

Silencio. Cuando Emma terminó de hablar, nadie se movió. Había dejado de llover, pero ni siquiera nos dimos cuenta de que la luz que menguaba era la que anunciaba la oscuridad de la noche. En el salón el aire circulaba despacio y Silvia respiraba trabajosamente sin apartar los ojos de la ventana, y en el sofá mamá seguía con la cabeza gacha, manoseando de nuevo el papel prensado de la caja de zapatos y apoyada en tía Inés, que la tenía agarrada del hombro.

Cuando una bocina quebró el silencio desde la calle, seguida de un segundo bocinazo y de un grito de hombre, Silvia parpadeó y los músculos de su cara respondieron a un estímulo que los demás no vimos, pero al que ella sí dio voz. Se volvió despacio hacia Emma con el cigarrillo colgándole de los dedos y con una voz opaca y desprovista de aire dijo, como si hablara consigo misma:

—Qué... horror todo.

No nos movimos. Emma dejó de apoyar la espalda contra la pared.

—Magalí me contó que cuando le dijo a su abuela que quería ser policía, a su abuela por poco le da algo. Se enfadó tanto que estuvo un mes sin hablarle. —Guardó silencio durante un par de segundos, como si en su memoria estuviera reviviendo la conversación con Magalí, y prosiguió—: Dice que cree que es como si así se asegurara de que hay alguien en el mundo que nunca hará lo que hicieron con ella, de compensar algo. —Sonrió. Fue una mueca triste, casi tanto como lo que acababa de decir. Luego añadió—: Yo creo que es como cuando pegamos un adhesivo encima de otro que no nos gusta nada, pero que está tan viejo y tan enganchado que no hay forma de arrancarlo, para que no vuelva a verlo nadie. —Esbozó un segundo amago de sonrisa que quedó en nada y bajó la mirada—. Supongo que es su forma de despegarse de todo eso, de ese hombre. Ella lo llama «ser la poli buena».

Silvia estaba tan atónita y tan derrumbada por lo que acababa de oír que ni siquiera supo hablar. Parecía haber envejecido diez años, y desde donde yo estaba la vi un poco encorvada. Miraba a Emma como si hubiera descubierto un charco de sangre en el suelo del cuarto de baño y no entendiera de dónde podía venir esa sangre ni los horrores que quizá estaba aún por descubrir. La miraba desde dentro, con una expresión de poca vida que desde un principio había nacido mal y que intentó disimular pasándose la mano por la nuca. Estaba bañada en sudor.

—No sé qué decir —dijo por fin—. Cómo iba a imaginar que...

Emma negó con la cabeza.

—No, no... —la cortó con suavidad. Luego volvió a sonreír y su sonrisa no fue triste sino mayor—. Nadie puede imaginar algo así. Nadie imagina que una cosa así pueda existir cerca de ti, que le haya tocado a alguien conocido. Estas cosas siempre están lejos, son parte de la historia, de lo que sabemos, pero nunca de lo que imaginamos. Y mejor que sea así. Mejor que la imaginación se quede fuera, porque para esto no sirve. No llega.

Silvia respiró despacio un par de veces. Estaba tan incómoda y tan afectada que no sabía dónde mirar.

—Lo siento tanto... —dijo. Luego se calló y recorrió el suelo del salón con la vista, como si buscara en el parqué algo que la ayudara a construir la frase



siguiente. Lo único que encontró sonó así—: Después de todo eso, no sé cómo todavía puede querer formar parte de una familia. Yo... yo creo que no podría.

Emma parpadeó y frunció el ceño, pero su mirada siguió inmutable. Negó con la cabeza a nadie en particular. Fue tía Inés la que, sin dejar de apretar a mamá contra su costado, habló desde el sofá.

—Esa niña no quiere una familia —dijo con una seguridad renovada que nos envolvió de golpe en una nueva vibración—. Quiere a Emma —aclaró. Y enseguida añadió—: Los demás sois parte de ella, por eso quiere ser parte de vosotros. Es así de sencillo, y de humano. —Mamá se volvió hacia ella. Su mirada era otra vez la suya—. Desde el principio Magalí entendió que no hay Emma si no hay lo demás, que esto es un todo, y aunque vosotros no lo veis desde dentro, así es como se ve y se percibe desde fuera. Emma no es solo Emma. Emma sois todos y creo que en el fondo a ella eso le gusta porque no lo ha tenido.

Emma y ella se miraron. Fue solo una mirada. Después tía Inés volvió a hablar.

—A Magalí le gusta esto porque viene de todo lo que no es esto —dijo, paseando la mirada por el salón—. Le gusta la confianza que os tenéis, y sentir que hay un conjunto que no está vacío porque está vivo y porque no hay maldad ni amenaza. Y sobre todo le gusta que no haya mentira. Eso fue lo primero que debió de ver en Emma: que con ella no hay mentira. —Miró a Emma y sus ojos le dijeron todo lo que no ha sabido decir nunca ni aprenderá a decir ya a estas alturas. Luego negó despacio con la cabeza—. No quiere una familia, porque no sabe lo que es. Lo que quiere es esto. Esta compañía, esta... vida.

Hubo un instante de silencio que ninguno de nosotros supo romper. La oscuridad empezaba ya a borrar la luz que quedaba en la calle y en la plaza un grupo de adolescentes liaba porros y hablaba a voces. En la penumbra, los rasgos de tía Inés se habían dulcificado y mamá había puesto la mano sobre su rodilla. A mi lado, Silvia se acercó a ellas pasando por detrás de mí y cogió del lateral del sofá la bolsa con los zapatos que le había llevado a mamá.

—¿Sabes una cosa? —preguntó entonces, llevándose la bolsa contra el pecho y mirando a mamá.

Mamá levantó despacio la cabeza.

—No.

Silvia hizo crujir el papel de la bolsa entre los dedos.

—Creo que es mejor que no hayas visto mis zapatos —dijo.

Mamá la miró sin entenderla.

—¿Por qué?

Silvia se masajeó el cuello con la mano que tenía libre y bajó la vista.

—Porque Magalí tiene razón —dijo—. Los que te ha comprado ella son más bonitos.

Mamá miró a Silvia con cara de desconfianza al principio, pero enseguida entendió que no tenía nada que temer y, de repente, la tristeza y el *shock* provocados por lo que acababa de oír le cayeron encima, ensombreciéndole la mirada y encogiéndola un poco más contra el blanco del sofá. Parecía mayor. Miró la bolsa que Silvia llevaba en la mano y supongo que debió de fijarse entonces en que era de unos grandes almacenes, porque dijo, con una voz tan triste que apenas fue la suya:

—A lo mejor podrían cambiártelos por algo dulce.

Silvia la miró sin acabar de entenderla.

—Quiero decir, por algo que lleve chocolate. Una tarta, o un vale para la pastelería. ¿No? Las Sacher las hacen muy buenas.

Sonreí. Por primera vez en la última hora, el aire pareció menos espeso. Mi mirada buscó la de tía Inés, que también sonrió al verme.

Silvia miró a mamá y dijo:

—Creo que los voy a cambiar por otros para mí, si no te importa.

Mamá negó rápidamente con la cabeza.

—No, hija. Cómo me va a importar.

—Y a lo mejor podrías acompañarme —añadió Silvia con algo que quiso ser una sonrisa y que fue un intento fallido de contener un sollozo que mamá recibió irguiendo la espalda en el sofá, en guardia. Al primer sollozo le siguió otro y un tercero, pero Silvia logró controlarse y no hubo lágrimas. Casi no la oí cuando por fin dijo—: Así, además de ayudarme a elegir los zapatos, me enseñas también a ser la poli buena, para variar.

Ahora, en el registro, mamá retoma su lectura desde detrás del atril:

—A quién le importa lo que yo diga,  
a quién le importa lo que yo haga,  
porque cuando dos mujeres lo hacen,  
por debajo del mantel,  
son amigas para siempre,  
*and you will always be my friend,*  
así entenderéis en un solo momento,  
qué significa un año de amor,  
pero si tú me dices ven...

Llegados a este punto, mamá da la vuelta al papel, frunce el ceño y de pronto se calla. Luego vuelve a darle la vuelta, relee en silencio y chasquea la lengua antes de levantar la cabeza y volverse hacia la jueza, que la mira sin dar

crédito a lo que acaba de oír. Y dice:

—No se entiende mucho, ¿verdad?

La jueza ni siquiera contesta. Mamá asiente despacio con una mueca de fastidio.

—Ya. Me parece que este es el borrador y, claro, está un poco desordenado —le explica. Luego se vuelve a mirar a Magalí y a Emma y después a toda la sala antes de añadir con un tono de disculpa en el que se mezclan la vergüenza y algo parecido a la pena—. Es que como Marco es colombiano quería poner algo de Shakira, pero no encontramos nada profundo en ninguna de sus canciones y tuvimos que cambiar algunas cosas por la rima y... bueno, el ordenado está en casa.

Se hace un silencio en la sala que es la estela de la voz desvalida de mamá y del desfase de versos sin sentido que acabamos de oír. A mi lado, Silvia no aparta los ojos de ella, como si estuviera a punto de acercarse a socorrerla pero no terminara de decidirse. No hace falta. Con un suspiro de desilusión, mamá dobla el papel, se guarda la lupa en el bolsillo del plumífero, coge en brazos a Shirley, que rápidamente empieza a lengüetearle la nariz, y, mirando a Emma y a Magalí, dice:

—Lo que quiero deciros es que me gusta mucho que os caséis así, sin tener que haber ido a la iglesia ni nada, porque en esta época del año ya no ponen la calefacción y sales de las bodas con pulmonía. Y también que espero que seáis muy felices juntas, porque separadas no sé yo. O sea, que así os irá mejor, ya veréis. Yo, en cambio, estoy mejor ahora que antes. Es que me divorcié —le aclara a la jueza, volviéndose hacia ella antes de seguir—. Pero con vosotras es distinto, porque claro, no tendréis marido y eso cuenta mucho. Casarse sin marido es muy buena solución y empodera mucho, y ahora se puede. En mi época no. Es como lo de Fer. Estoy muy contenta de que tenga novio, cómo no voy a estarlo, pero la verdad, preferiría que no fuera gay. Es que creo que dos gays como que no, no casan. No es como con dos mujeres. Las mujeres nos adaptamos mejor, pero ellos, humm, no sé yo. En fin, hijas: solo me gustaría deciros que tenéis mi bendición y que os riáis mucho, pero mucho siempre, y si podéis compraros flores y daros besos, mejor, pero eso sí, no compartáis las braguitas ni los sujetadores, porque por ahí empiezan los problemas de la convivencia, por la ropa interior, porque Emma, hija, tú tienes un poco de cadera y Mariví no, y le darás el elástico y los elásticos los carga el diablo y esas son cosas que se pueden evitar. Mejor que cada una use sus cositas y, si discutís, venid a mi casa hasta que se os pase el berrinche, pero por orden, y llamad primero por si he salido a dar un paseo con Shirley, ¿sí?

Mamá sonrío como una niña tímida y, terminado lo que tenía que decir, se

acercas a Shirley a la cara y la cubre de besos mientras Magalí saca un clínex del bolso y se lo da a Emma, que lo usa para secarse las lágrimas que no sabe contener. Luego, en el silencio que ahora lo domina todo, mamá echa a andar despacio hacia su sitio bajo la mirada embobada de la jueza. Hay emoción en la sala. Es una emoción extraña, no la de una boda, sino más íntima, más familiar. Es como si la sala se hubiera encogido sobre sí misma y todos estuviéramos más cerca los unos de los otros o como si los asientos vacíos se hubieran habitado de pronto. Hay calor y es humano. Y mamá, que ha vuelto a su sitio, ajena a lo que provoca en los demás cuando es ella, se queda de pie a mi lado con Shirley en brazos y, mirándome con sus ojos casi ciegos me pregunta, supuestamente en voz baja:

—¿Lo he hecho bien?

En ese momento, en la plaza estalla un pequeño aplauso, seguramente de un grupo de turistas al mimo que imita a la gente que pasa por delante de las terrazas de los bares, y mamá arquea una ceja y sonrío, encantada. Es como si el aplauso fuera para ella, como si quienes ocupan los asientos vacíos la premiaran con él por lo que es.

Es el aplauso de los ausentes, de los que están sin estar y de los que estuvieron pero ya no son.

Me inclino sobre ella y la beso en la cabeza.

—Genial, mamá —le digo, sin apartar los labios de su pelo—. Has estado genial.

## Libro tercero

Grandes compañías,  
pequeñas soledades

El tiempo es contagioso.

# 1

La abuela Ester tenía una fotografía de los cinco —papá, mamá y nosotros tres— que usaba siempre como punto de libro. Era una foto tomada durante unas vacaciones de verano a finales de los setenta en la que estábamos de pie delante de la puerta de una iglesia de un pueblo de Portugal: mamá y papá detrás, nosotros tres delante, todos con vaqueros y camisas con cuellos enormes y estampados terribles. La abuela siempre la había tenido encima de una especie de mueble bar que había en un rincón del salón y que usaba para guardar cosas por las que sentía un cariño especial, pero a las que no sabía encontrarles sitio porque, o bien eran el par suelto de algo o no quería exponerlas a la vista de quien, según ella, no lo merecía. El mueble, al que llamaba «el jardín de los huérfanos», era una especie de cofre del tesoro: frascos de mermelada llenos de botones que arrancaba de los abrigos antes de deshacerse de ellos, un par de guantes sueltos, un zapato negro de hombre, recortes de revistas, un puñado de libros llenos de notas en los márgenes, cubiertos sueltos, tres copas de juegos distintos, un joyero, fotos... Siempre cerrado con llave. Encima, solo la foto y un portavelas de acero que yo le había traído de Copenhague y que a ella le encantaba.

Un día la foto desapareció, sustituida por otra en la que solo aparecíamos los tres hermanos, ya de mayores, en un cumpleaños de mamá. No preguntamos. Tiempo después vi que la llevaba metida entre las páginas del libro que estaba leyendo. La había plastificado, le había hecho un agujero en la parte superior, por donde le había pasado una cinta violeta que sobresalía de las páginas, y había cubierto la cara de papá con el recorte de unas dalias que había sacado de un dominical. En el dorso había escrito: «El tiempo es contagioso». Cuando le pregunté a qué venía la frase, ella contestó:

—El tiempo es contagioso hasta que nos hacemos viejos y llega un día que nos miramos al espejo y vemos todo lo que ha hecho con nosotros: las arrugas, la nariz y las orejas más grandes, centímetros de más por aquí, de menos por allá... Entonces nos damos cuenta de que el tiempo es imaginado, un terror que nos contagiamos unos a otros para sentirnos acompañados en esta cosa que es la vida y que se nos va a diario, en la resta. —Debió de ver que no la estaba entendiendo del todo, porque puso cara de paciencia y dijo—: ¿Sabes dónde está mi reloj?



Negué con la cabeza.

—En el jardín de los huérfanos —respondió—. ¿Y sabes por qué?

De nuevo le dije que no.

—Porque el tiempo siempre nos hace huérfanos y yo ya no quiero más orfandades —dijo—. Y porque la vida no se mide con un reloj. Se mide con esto. —Se tocó el centro del pecho—. Aquí. Durante la vida el tiempo está aquí. El tictac es este y ningún otro. Cuando esto se atasca, mal, porque lo que se atasca es la vida, no el tiempo. Después, cuando nos hacemos viejos y perdemos la memoria, nos damos cuenta de que lo que menos importa es el tiempo, porque los viejos vivimos lo que elegimos recordar. La vejez es elegir los momentos en los que queremos vivir y darnos cuenta de que todos, antes o después, elegimos lo que emociona. Eso es lo que nos hace iguales. Y humanos. Lo otro es solo tiempo. Está hueco.

Esa fue su explicación. La foto la heredé yo, porque iba dentro del mueble bar con los huérfanos de la abuela, y ahora soy yo quien la utiliza como punto de libro cuando viajo. Es casi un amuleto, o un pequeño ritual: compro una novela en el aeropuerto y guardo la foto entre sus páginas. Como lo de viajar solo nunca ha terminado de gustarme, llevar ese trozo de la abuela conmigo me da tranquilidad y también compañía.

Curiosamente, esa frase, la de la abuela, fue una de las primeras que recuerdo haberle dicho a Sven la noche en que nos conocimos. Supongo que fue pura coincidencia, o quizá un intento por dar una respuesta ocurrente a un comentario suyo sobre el día de lluvia torrencial que habíamos tenido, intentando ocultar una timidez que a veces, cuando intuyo que flota en el aire cierta atracción mutua con un desconocido, me pilla a destiempo. Aunque ahora eso ya poco importa. Importa lo otro. Importa, como diría la abuela, la emoción, no el tiempo.

Importa que Sven siga existiendo, aunque no esté.

Y la mentira. Sobre todo la mentira.

La culpa de eso, de la mentira y también de Sven, la tuvo una serie de coincidencias que en su momento no supe hilar y a las que, por tanto, tampoco pude poner freno: el ingreso de mamá en el hospital, la pérdida de su móvil y la llegada del iPhone a sus manos y lo que eso trajo consigo.

El día que la encontramos sentada en la cama del hospital, teléfono en mano, en compañía de la auxiliar de enfermería, con la curiosidad encendida en los ojos y los dedos como garras sobre la pantalla, tendríamos que haber actuado con urgencia y haber anticipado los peligros que quizá estaban por llegar, pero la situación era la que era y mamá reaccionó antes que ninguno de nosotros, invitándonos a sentarnos en la cama mientras nos enseñaba la pantalla del móvil

y decía con cara de felicidad:

—Este teléfono es una maravilla. Lo veo tan bien que ni siquiera necesito la lupa... —Soltó un suspiro y añadió—. No sé cómo he podido estar tanto tiempo con el otro.

Silvia bostezó y estiró la espalda, todavía entumecida por las horas de vuelo. Sonó el crujido de un par de vértebras.

—Ya, mamá —dijo, reprimiendo un nuevo bostezo—, pero para lo que tú lo necesitas, el otro era estupendo.

Mamá la miró con cara de «sí, claro, cómo se nota que no tenías que usarlo tú» y, estirando el brazo para enseñarme la pantalla gigante del iPhone como si le estuviera mostrando un crucifijo a un vampiro, dijo:

—¡Mira! ¡Tiene hasta juegos! ¡Y un Facebook como el tuyo! —exclamó, un poco demasiado emocionada—. ¡Un Facebook! ¿Te imaginas?

Emma se echó a reír y se sentó en la cama supletoria. Luego me miró y negó con la cabeza mientras Silvia alargaba la mano para cogerle el teléfono a mamá, que rápidamente encogió el brazo, pegándose el iPhone al pecho.

—Ni lo sueñes —soltó, arrugando los labios—. Es mío. —En la otra cama, Emma volvió a reírse y yo también. Mamá se volvió hacia mí y dijo—: ¿Un Facebook qué es?

Más risas desde la cama supletoria. A Emma le estaba saliendo de repente el cansancio acumulado durante la noche de insomnio y se reía como si ya no estuviera del todo con nosotros, con una risa floja. Al pie de la cama de mamá, Silvia no parecía estar de tan buen humor.

—Mamá —saltó—, si no sabes lo que es Facebook, ¿para qué lo quieres?

Mamá la miró con expresión compungida. Luego bajó la vista y también la voz.

—Hay que ver —dijo—, acabas de llegar de la otra punta del mundo y ni un beso le das a tu madre. Con todo lo que hemos pasado aquí. Desde luego...

Durante un par de segundos no ocurrió nada. Mamá siguió con la mirada baja y en silencio hasta que por fin Silvia dio su brazo a torcer, se acercó a ella y le dio a regañadientes un beso en la mejilla mientras mamá, que seguía en modo alerta, escondía el móvil debajo de las sábanas. Cuando Silvia regresó al pie de la cama, el iPhone asomó de nuevo y mamá me miró. Volvía a ser la de antes.

—Entonces, ¿un Facebook es lo de la tienda de cosas de segunda mano pero con esos helicópteros pequeñitos que llegan de China en una hora y entran por la ventana? —insistió, volviendo a lo que la ocupaba. Emma se tumbó en el sofá y volvió a reírse, pero por lo que pude ver, estaba ya casi dormida. Silvia me miró y puso los ojos en blanco.

—Facebook es una red social, mamá —respondió con cara de pocos amigos

—. Lo otro es... bueno, ya no sé lo que es.

—Ajá. —Mamá sonrió, encantada, pasando las yemas de los dedos por la pantalla como si tocara una joya—. Y una red social... ¿qué es exactamente?

Me senté en la cama y con la mirada le indiqué a Silvia que no se preocupara, que yo me encargaba.

—Es una comunidad virtual —dije.

Se quedó pensando durante unos instantes, con la vista perdida en las sábanas y sin soltar el teléfono en ningún momento mientras desde el sofá nos llegó el primer ronquido. De pronto, mamá levantó la cabeza y se iluminó.

—¡Oh! —dijo—. ¿Como un convento?

Silvia, que había empezado a doblar la manta que mamá tenía a los pies, soltó a su pesar una carcajada. Mamá sonrió al oírla.

—Virtual, no virtuosa, mamá —aclaré mientras Silvia, que parecía estar luchando contra los efectos del *jet lag*, empezó a parpadear muy seguido, como en un intento por mantener los ojos abiertos.

Mamá frunció los labios y dejó escapar un suspiro por la nariz.

—Entonces, a mí no me dejarán entrar —dijo, arqueando una ceja.

—¿Por qué? —pregunté.

Ella ni me miró. Seguía pasando los dedos por la pantalla del móvil, a veces tocando cosas que desde donde estaba yo no veía.

—Pues porque si la llevan monjas, seguro que no quieren a divorciadas.

Silvia consiguió vencer el arrebató de sueño y decidió que no estaba de humor para aguantar la lógica matinal de mamá.

—¡Pero qué monjas ni qué monjas! —saltó, poniendo los ojos en blanco—. Facebook es una red de gente que se relaciona, habla, comenta cosas... —Y en un arranque de crueldad que por supuesto mamá no computó, añadió—: Lo que hace la gente n-o-r-m-a-l, mamá.

Mamá inclinó a un lado la cabeza antes de preguntar, sinceramente interesada:

—¿Y meriendan?

Bajé la vista e intenté disimular una sonrisa. Silvia se llevó la mano a la frente, dándose por vencida.

—Pues no, mamá, no meriendan.

—Entonces, tan normales no son —contestó mamá con una mueca de desencanto—. Si no meriendan, seguro que tampoco les gusta el chocolate, aunque es raro, porque a las monjitas siempre se les ha dado bien lo de la golosera. A lo mejor es que es solo para diabéticos...

Ese fue el primer asalto que trajo consigo el acceso de mamá a internet. Media hora más tarde, en cuanto bajamos al bar a tomar algo, nos planteamos si

realmente convenía desactivarle el acceso a datos del móvil o quizá, teniendo en cuenta su estado, sería una buena forma de motivarla y de alentar en ella nuevos intereses que seguramente iba a necesitar cuando saliera del hospital. Al final optamos por una solución intermedia: probaríamos durante un par de semanas e intentaríamos enseñarle algunas herramientas básicas para que pudiera manejarse con el iPhone, pero le restringiríamos los gigas para que no nos arruinara. Esperaríamos a ver.

Ese día, estando aún a tiempo, tendríamos que haber previsto, como bien se encargó de recordarnos tía Inés en su momento, que un iPhone en manos de alguien como mamá puede ser como lo que ocurre cuando le regalamos un taladro a un niño por su cumpleaños, cuando lo que el niño lleva esperando y pidiendo a gritos desde hace semanas es un juego de magia.

Intentará hacer magia con el taladro.

Mamá, el iPhone y todas esas aplicaciones con colores y diseños mágicos como chokolatinas en su caja de bombones: esas tres variables fueron las que a día de hoy explican a Sven. Eso y la mala costumbre que, desde que se divorció, tiene de llamarme cuando el resto del país ya duerme porque sabe que, cuando trabajo en casa, subtitulando alguna película o preparando algún doblaje, lo hago siempre después de cenar, que en mi caso no suele ser nunca antes de las diez y media. Desde que los dos vivimos solos, su insomnio y mi capacidad de concentración nocturna nos han dado un margen horario que se alarga hasta las dos de la madrugada. Rara es la noche que nos retiramos antes de esa hora, y los dos hacemos libre uso de ese intervalo para llamarnos. Ella llama porque se aburre de ver la tele o porque, de repente, se ha acordado de algo que «es taaaan urgente, hijo» que no puede esperar al día siguiente, y yo recurro a ella cuando necesito darme un respiro de ordenador y de concentración silenciosa porque sé que su ruido está siempre a punto.

Algo así ocurrió la noche que conocí a Sven. Fue en Rotterdam, poco antes de que mamá saliera del hospital. Yo participaba en una mesa redonda sobre dobladores en uno de los tantos actos paralelos del IFFR —el festival de cine— y él daba un seminario sobre localizaciones en grandes producciones europeas. Visto desde ahora, no hay mucho que contar, o al menos nada especial. La última noche de festival, la productora de una de las películas presentadas a concurso dio una fiesta. Mis compañeros de seminario se animaron a ir después de la cena y, como llovía y no había forma humana de conseguir un taxi que me acercara al hotel, decidí acompañarlos. Lo que ocurrió a continuación no daría para dos líneas de un mal guion: al llegar a la fiesta, viví uno de esos episodios que solo los tímidos conocemos bien y que Emma definió un día a la perfección cuando habló de un «momento isla». En cuanto le oí la expresión no hizo falta que me

contara más. Supe exactamente a qué se refería. Los «momentos isla» se materializan de repente, normalmente cuando estamos rodeados de mucha gente y no tenemos a nadie conocido a la vista. Algo se activa que ensordece la escena y, en el silencio que de pronto nos envuelve, nuestra voz nos habla y nos describe lo que somos desde su peor versión. Es como si desde las profundidades de una caverna emergiera una especie de ser monstruoso armado con un espejo. El ser, al que no distinguimos pero que nos resulta familiar, se planta ante nosotros y nos pone el espejo delante para mostrarnos un plano de nosotros que reconocemos enseguida, porque es el mapa detallado de nuestras inseguridades. El impacto ante lo que vemos es de tal magnitud que lo que llega a continuación son unas ganas terribles de escondernos y desaparecer, de que pase algo, lo que sea, y dejemos de estar en el sitio equivocado en el peor momento posible. Y enseguida nos invade una sensación de pequeñez, de no encajar ni haber encajado nunca, de tener los andamios mal puestos desde siempre y de que nos están viendo, de que toda la sala, todos los que nos rodean nos ven así, así de feos, de pequeños, de solos. Eso es: así de solos. La sala entera parece haberse dado cuenta de que nuestra presencia es como una isla y nuestra soledad se anuncia como si lleváramos clavado en la cabeza un neón que parpadeara en blanco, anunciándonos: «Solo, solo, solo».

Cuando, tras la llegada de uno de esos «momentos isla», aparece el efecto neón, tras él se abre camino la pregunta fatídica, esa que debemos evitar a toda costa, porque cuando surge ya no hay marcha atrás y todo está perdido.

*¿Qué estoy haciendo aquí?*

Cuatro palabras que resuenan en nuestra cabeza y que activan el motor de la huida en cuanto vuelve el silencio. Salir. Hay que buscar una salida y desaparecer. La respuesta no importa. Importa no seguir rodeados de gente que no nos ve, gente que parece feliz, que se conoce: risas, bromas, abrazos, «qué bien volver a verte», «y Eva, ¿cómo está? ¿todavía en Miami con la serie?», «tenemos que hablar de lo que te comenté por teléfono»... el grupo a un lado, nosotros al otro, buscando la puerta, aire, intimidad.

Refugio.

Pero esa noche la puerta de la sala de fiestas estaba situada exactamente en el lado opuesto de donde yo me encontraba. Entre la salida y el escalón al que me había encaramado mediaban más de quinientas personas que en ese momento se empujaban, intentaban avanzar o retroceder, se buscaban, se evitaban, alargaban cuerpo y brazos para alcanzar una copa de las decenas de bandejas que serpenteaban en el aire sobre la mano de otros tantos camareros, y entendí que antes de intentar emprender la difícil travesía hasta la calle necesitaba beber algo, porque otro de los efectos del «momento isla» es que te deja seco por

dentro, como si te hubieras vuelto de cartón o de madera vieja. Sed. De repente tenía tanta sed que me habría bebido una cubitera entera. Esperé a que pasara algún camarero por mi lado y cuando por fin se acercó uno, le pregunté si alguna de las copas era de agua. Me miró como si acabara de verme el neón de perdedor sacando humo sobre la coronilla y me guiñó el ojo.

—Solo alcohol —dijo en inglés—. El agua nos sobra en Holanda.

Intenté reírle la gracia y, al ver que se marchaba, hice algo que en otras circunstancias jamás habría hecho: cogí de la bandeja la copa que tenía más aspecto de llevar algo de refresco y le di un trago. Sabía a limón y a algo más que supuse que debía de ser un poco de vodka o de ginebra. Para mi sorpresa, el sabor no me disgustó del todo y, entre la sed y los nervios, me terminé la copa a ritmo de Aquarius. El efecto tardó apenas diez minutos en dejarse notar. Para alguien que nunca prueba el alcohol, aquello fue como si me hubieran hecho entrar de un empujón en el salón de los espejos de un parque de atracciones, porque un rato más tarde me encontré, todavía no sé explicarme cómo, hablando y riéndome con un chico al que no había visto hasta entonces, sentados los dos en las escaleras del local como si nos conociéramos de toda la vida y —eso fue lo peor de todo— con una segunda copa en la mano que al parecer alguien debía de haberme traído, porque estaba intacta. El efecto de la conversación, la risa y otras cosas que supongo debieron de estar pero que yo no recuerdo, se conjugaron en un paso a dos que terminó no mucho después en mi habitación de hotel y que un par de horas más tarde se resquebrajó como un cristal que acababa de recibir una pedrada cuando una especie de sirena rompió el silencio del sueño en el que habíamos desembarcado después de lo que hubo. La sirena sonaba cerca, muy cerca y, cuando abrí los ojos y, medio despierto, entendí que no era una sirena sino mi móvil, estuve a punto de ponerlo en silencio y volver a dormirme.

Pero no pudo ser. En mi aturdimiento, vi que quien llamaba era mamá y, sabiendo que estaba aún en el hospital, se me ocurrió que quizá había ocurrido algo y me asusté. Lo que no vi, porque mi estado no daba para tanto, era que no me llamaba por la línea habitual, sino por Facetime. No lo vi porque mamá no lo había utilizado nunca y no supe reaccionar a tiempo. Así que acepté la llamada. En cuanto lo hice, entendí que algo no iba bien, porque en la pantalla del teléfono apareció un ojo enorme que iba moviéndose despacio de un lado a otro, observándolo todo, hasta que finalmente se detuvo en algo que pareció llamarle especialmente la atención, porque se abrió de par en par y entonces oí decir a mamá:

—Fer, hijo, ¿eres tú?

Entre el sueño y la especie de modorra y espesura mental que supuse que

debía de ser la resaca, la visión de aquel primer plano de ojo casi transparente mirándome en la oscuridad me dejó pegado a la pantalla.

—Claro, mamá —dije—. ¿Qué haces llamándome por Facetime?

Hubo un pequeño silencio antes de que ella volviera a hablar.

—¿Por dónde?

—Por Facetime.

—No sé —dijo, claramente confundida—. Te estoy llamando por teléfono.

Entendí que iba a ser muy complicado intentar explicarle que me estaba llamando por una aplicación y opté por no insistir. Sentía la cabeza como si me hubieran hinchado un globo por dentro y tuviera agujas en las pupilas. Mamá acercó el ojo a la pantalla.

—Es que te veo —dijo—. Esto es muy raro. Es como Gran Hermano.

Dentro de mi propia confusión, me hizo gracia la asociación de ideas. Cuando me reí, sentí como si me estuvieran dando martillazos en el cogote.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó con voz de no querer molestar.

—Son las tres de la mañana, mamá. ¿Tú qué crees?

—Ay, hijo, yo qué sé. Por eso pregunto. Como siempre te acuestas tarde...

Intenté serenarme.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—No. Bueno, un poco —dijo—. Es que quería preguntarte una cosa.

—Dime.

Se apartó un poco del teléfono y pude verle la cara entera y parte del cabezal de la cama.

—¿Tú te acuerdas de cómo se llama la actriz que sale en esa película que pasa en un bosque donde se para el tren y hay rusos que lloran todo el rato, pero no la morenita que habla raro, no. La rubia, la que sufre más? Es que estoy haciendo una sopa de letras y no hay manera de que...

Por un momento no di crédito a lo que acababa de oír, pero enseguida entendí que sí, que la que llamaba era mamá y la hora, las tres de la mañana. El dolor de cabeza pareció darme una tregua y eso me ayudó a contenerme. Preferí ahorrarme la bronca.

—Julie Christie, mamá —la interrumpí—. Es *Doctor Zhivago*, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso! —exclamó, encantada. Luego debió de dejar el móvil sobre la cama y ponerle encima el cuaderno con la sopa de letras, porque se hizo la oscuridad y oí una especie de crujidos como de papel. Momentos después, apareció de nuevo con una sonrisa y enseguida volvió a acercar el ojo y lo llenó todo con él—. Hijo —dijo con una voz de alarma que no me gustó. Me asusté. El ojo parpadeó un par de veces y se alejó, y en su lugar apareció un dedo que empezó a frotar la pantalla y luego algo blanco que debía de ser la punta de la

sábana o un pañuelo de papel.

—¿Qué haces, mamá?

—Es que... hay una mancha —la oí decir sin dejar de frotar. Y luego—: Qué raro. No se va. —Acercó el ojo hasta volver a llenar con la pupila la pantalla y de repente parpadeó varias veces—. Fer, tienes la almohada muy sucia.

Volvió la resaca y con ella una oleada de martillazos en la cabeza que me obligó a cerrar los ojos.

—No digas burradas —contesté—. Mamá, es tarde, me duele mucho la cabeza y necesito dormir.

—Pero es que es muy grande —insistió, cada vez más alarmada. Por fin, dejó de limpiar la pantalla y el ojo volvió a llenar el cristal. Tras un par de segundos de un silencio que supuse que sería el prelude de la despedida, soltó un grito y exclamó, dándome un susto de muerte—: ¡Fer! ¡Tienes un hombre en tu cama! ¡Y está muerto! ¡Es un... cadáver!

Entonces me acordé. De todo. En una fracción de segundo volví a ver y a revivir las últimas horas al detalle: la fiesta, las dos copas, Sven y lo demás, y ese todo me cayó encima como un cubo de agua fría que me despertó de golpe, llevándose consigo la modorra, la confusión y el sueño. La resaca no. Durante un segundo no supe qué hacer. Me dio tiempo a rezar un par de frases del padrenuestro y poco más antes de darme media vuelta y ver la cabeza de Sven asomando entre las sábanas, dormido como un tronco a pesar de que ni mamá ni yo habíamos puesto especial cuidado en bajar la voz en ningún momento. Roncaba un poco cuando inspiraba y un hilillo de baba le caía por la mejilla sobre la almohada.

—No es un cadáver, mamá —dije, bajando la voz—. Está dormido, así que hazme el favor de no gritar. Además, voy a colgar.

Mamá dejó escapar un bufido y luego:

—Si me cuelgas, llamo a la policía. O, peor, a Silvia.

El corazón me iba tan rápido que creí que se me había subido a la cabeza. Mamá se había separado del teléfono y miraba como si mirara por la ventana de una casa desde la calle, intentando ver lo que hay en un salón que está a oscuras.

—Vale —le dije—. No hace falta que llames a nadie.

—Fer, hijo, si no me lo cuentas, creo que empeoraré. Estoy empezando a notar un dolor aquí, en la pituitaria de la vejiga. Y tengo lagunas. Muchas. Ya sabes lo que dijo el médico: un disgusto puede ser fatal —dijo con voz de actriz de drama barato.

Me reí. A pesar de todo, de Sven, de la situación y de la resaca, me reí, y cuando empecé tuve que cortarme enseguida, porque supe que si no lo hacía no



podría parar. Mamá se iluminó. Entendió que había ganado. Ese asalto al menos.

—¿Es un... indigente? —preguntó entonces, en voz baja—. En Holanda debe de haber muchos, ¿no? Es que vivir en una bicicleta debe de cansar tanto... todo el día pedaleando con esa lluvia, los pobres, y comiendo mantequilla con pan negro. No me extraña que se cuelen en los hoteles. Qué penita, ¿no?

Le dije que no, que no era un indigente.

—Entonces, si no es un pobre, ¿quién es? —preguntó, extrañada—. ¿Lo conoces?

No pude evitar reírme de nuevo, aunque intenté que no lo notara. Cuando aparté el teléfono a un lado para que no me viera, tuvo de pronto a la vista un primer plano de Sven, con baba y desnudo ya casi integral.

—Santo Dios bendito —saltó enseguida, intentando sin éxito no gritar—. Pero si la criatura es... ¡negra! —Y antes de que yo pudiera decir nada, remató el comentario con un—: ¡Y por todas partes!

Me costó tanto trabajo contenerme que cuando hablé me salió una especie de ronquido falto de aire que casi no reconocí.

—Sí, mamá —dije volviendo a mover el teléfono para hacer desaparecer a Sven de su campo de visión—. Es negro y tiene un nombre. Se llama Sven.

Silencio.

—¿Suelen?

—No, Sven.

Otro silencio.

—Ah, Esbién —dijo—. Qué nombre más bonito. Es muy... holandés.

Intenté de nuevo no reírme.

—Mamá, Sven es sueco y su nombre también.

De pronto la pantalla se oscureció y oí una especie de risa ahogada que se prolongó unos segundos. Luego mamá volvió a la vida.

—Ji, ji, ji, ji —volvió a reírse, negando con la cabeza—. Hijo, pero ¿cómo va a ser sueco si se llama Esbién y es negro? Ay, Fer, a veces parece mentira que hayas viajado tanto. Cualquiera diría...

—Mamá, ahora tengo que dejarte, ¿vale? —la interrumpí. A mi lado, Sven estaba empezando a moverse—. Mañana cuando llegue a casa ya te cuento.

El ojo se acercó, ocupando toda la pantalla y recorriéndola despacio de arriba abajo.

—Claro, cielo. Mañana me lo cuentas todo —dijo, como quien habla por hablar, sin prestar atención a lo que dice—. Solo una cosita más antes de colgar.

—Dime.

—Esbién y tú... humm... ¿estáis así, en la cama juntos y desnuditos, por algo? O sea, quiero decir: ¿antes de dormir juntos ya os conocíais o a lo mejor

no? Lo digo porque si no es un indigente, igual es un cliente que se ha equivocado de cama y, claro, como tú eres tan... blanco, no te ha visto. —Guardó silencio, supongo que esperando que yo respondiera al comentario, pero al ver que la respuesta no llegaba, su mente elaboró otras posibilidades y rápidamenteató cabos—. Ah, creo que ya lo entiendo. ¿Esbién está en tu cama porque habéis hecho... cositas? —Parpadeó un par de veces antes de terminar—. Porque deja que te diga que ese chico duerme como si sí.

Sentí que una oleada de calor me subía por el cuello hasta la coronilla.

—Mamá, pero ¿cómo preguntas esas cosas?

—Ay, hijo, y qué quieres que pregunte. —De repente, inspiró hondo y dijo—: ¡Ah! ¡Ya lo entiendo! ¡Estáis juntos porque es tu novio! ¡Claro! ¡Pero, Fer... cómo no me has llamado enseguida para contármelo! —Chasqueó la lengua y frunció la boca—. Qué calladito te lo tenías. Ya decía yo que tantas ganas de ir a Holanda no eran normales, con lo poco que te gusta viajar. Ay, ay, ay... pero qué bandido. —Un par de segundos de silencio y luego—: ¡Uy, espera a que se lo cuente a tu tía Inés y a tus hermanas!

Me superó. Mamá me superó y la resaca no ayudó. A mi lado, Sven se despezó, todavía semidormido, y decidí actuar con urgencia para evitar males mayores.

—Sí, mamá. Sí a todo. Pero ahora tengo que dejarte. Mañana, cuando llegue, pasaré a verte y hablamos, ¿vale?

—Sí, cielo, claro —dijo, ya sin escucharme—. Ay, no sabes lo feliz que me haces, Fer. No, no, tú ni te lo imaginas...

—Pero no digas nada, por favor, mamá —la corté—. Es un secreto entre tú y yo, ¿vale?

Asintió, iluminada como una bengala.

—¡Oh, sí! Un secreto —dijo—. Claro que sí. Un secreto de los nuestros.

En ese momento noté la mano de Sven subiéndome por el costado bajo las sábanas y decidí rápidamente que madre y mano no eran compatibles. Me despedí de ella con una sonrisa y un breve «hasta mañana», colgué y apagué el teléfono en el preciso instante en que el cuerpo de Sven se pegó al mío y tuve el tiempo justo de pensar con una sonrisa que mamá no podía haber estado más acertada con su particular «Esbién».

Dieciséis horas más tarde, cuando, después de un viaje agotador con tres horas de retraso y amenaza de bomba en el aeropuerto incluida, entré a la habitación de hospital de mamá y me encontré con lo que me encontré, lo primero que me vino a la cabeza fue la frase de la abuela sobre el tiempo. Casi la oí susurrar a mi lado: «Te lo dije: el tiempo es contagioso». Y enseguida, mientras me apoyaba en la pared del pequeño pasillo y la voz de mamá se colaba

desde el otro lado de la puerta cerrada del cuarto de baño diciendo algo que sonó así: «Y dale, hija. Qué más da que vivan lejos. Eso ahora es lo de menos. ¡Lo importante es que es un gay y está vivo! Porque deja que te diga que yo lo vi moverse en esa cama, y mucha ropa no llevaban ninguno de los dos. Además, tu hermano tenía unos ojos así como de enamorado que ni te cuento», supe que había llegado demasiado tarde y que el daño estaba hecho. Cerré los ojos, apoyé la cabeza contra la puerta y pensé, intuyendo lo que me esperaba a partir de entonces: «Sí, abuela, el tiempo es contagioso y creo que en esta familia más».

## 2

—Me hago pis.

Antes incluso de que pueda apartar la vista de la carretera para mirar a mamá, desde el asiento de atrás salta la voz de Silvia:

—Mamá, ¿tanto cuesta decir «necesito ir al baño»? —Y luego, como si hablara a nadie en particular—. A nadie le importa lo que hagas dentro.

Mamá me mira y tuerce el gesto.

—Ya, pero es que lo que tengo es pis.

Un suspiro tenso de Silvia antes de volver a hablar.

—¿Y no podías haber aprovechado para ir al lavabo cuando hemos pasado por tu casa?

—Ya he ido.

Unos segundos de silencio. Justo en ese momento dejamos atrás un cartel que anuncia el desvío a un área de servicio situada a dos kilómetros de donde estamos.

—Enseguida paramos —le digo, poniéndole la mano en el brazo—. ¿Aguantas?

Asiente con la cabeza y aprieta las piernas, aprisionando entre ellas a Shirley, que duerme instalada en su regazo y que suelta un gruñido de fastidio.

—¿No será que vuelves a tener infección, verdad? —insiste Silvia desde el asiento trasero.

—Ay, hija —responde mamá con voz paciente—. Es solo que tengo ganas de hacer pipí, nada más.

Un segundo. Dos.

—Pero ¿te huele raro?

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Eso dijiste la última vez y mira el susto que nos llevamos.

Mamá suelta un suspiro por la nariz y me mira con cara de «yo no sé lo que vamos a hacer con esta niña, hijo» que finjo no ver. Hoy la cosa no va bien, y no va bien porque mamá tiene uno de sus días y Silvia uno de los suyos, y cuando eso ocurre el porcentaje de posibilidades de que la combinación termine mal es,

desgraciadamente, muy alto. Silvia lleva su parte de razón. Se preocupa por mamá como lo hacemos los demás desde que vivimos lo que vivimos en el hospital y el urólogo nos advirtió de que había que evitar las infecciones a toda costa, porque en el caso de mamá podían tener repercusiones neurológicas que no convienen. A partir de entonces, mamá sigue con sus problemas de orina: no es exactamente incontinencia, pero depende de la época se le acerca, y a la menor señal de que la cosa puede ir a más Silvia saca del bolso un bote marrón como de Cola-Cao lleno de unas tiras de colores que sirven para hacer análisis de orina de urgencia y un frasco transparente y se pone manos a la obra con mamá para descartar cualquier sorpresa. Aun así, hará cosa de un mes nos despistamos y tuvimos un nuevo episodio hospitalario, no tan grave como el primero, pero hubo ingreso, hubo fiebre y hubo también susto. A mi lado mamá aprieta los dientes y controla una mueca que conozco bien y que, en la mayoría de los casos, se traduce por «alerta amarilla». En cuanto la veo, acelero un poco para adelantar al camión que circula por la derecha. Las alertas amarillas de mamá duran lo que duran, sobre todo cuando menos bienvenidas son, y normalmente saltan del amarillo al rojo en cuestión de minutos sin pasar por el naranja. Mientras tanto, Silvia abre la cremallera de esa especie de bolso neceser del que no se separa jamás y busca algo dentro. A mi lado, mamá pone cara de angustia y se muerde el labio.

—Ay, Fer, no sé si llego...

La mano de Silvia aparece de pronto entre los dos asientos como un garfio cerrado sobre una bolsita de plástico que contiene un bote para muestras de orina con una de las tiras multicolores para análisis instantáneos pegada con celo al plástico que lo envuelve.

—Toma —dice—. Verás como hay infección. —Y luego—: ¿Llevas compresas? ¿Y el antibiótico?

Mamá asiente y lo coge, obediente, antes de guardárselo en el bolso. Viéndola así, sentada a mi lado con Shirley en el regazo y esa cara de abuelita inofensiva que no ha roto nunca un plato, cuesta imaginar que lleve el día que lleva entre el numerito del veterinario, el discurso / cancionero de la ceremonia y alguna que otra lindeza marca de la casa que se ha marcado durante el aperitivo. Ya lo decía la abuela Ester: «Tu madre parece un reloj de pared y en realidad es una bomba de relojería. Me he pasado media vida intentando desactivarla». Mientras seguimos avanzando en silencio, en el coche vuelve a respirarse ese aire cargado de electricidad cuya vibración apenas percibimos. Es la electricidad de la anticipación, la conciencia renovadamente despierta de que hoy es un día que seguramente ninguno de nosotros olvidará y de que mañana, cuando despertemos en el molino, incorporaremos esta fecha al calendario familiar y la

marcaremos con un doble círculo rojo: el día de la boda de Emma y también el día que mamá cumplió setenta y tres años y, a diferencia de lo que nos ha tenido acostumbrados desde que se divorció de papá, pidió celebrarlo en compañía, rodeada de todos sus «mis»: *mi* perra, *mis* hijos, *mi* amiga Inés y, cómo no, *mi* radio. Pero los que no somos ella, los que orbitamos a su alrededor, viajamos al molino con una sombra pegada a la espalda que nos pesa, nos pesa mucho, porque es una sombra que a ella la deja fuera y porque es una traición. Lo es y los cuatro lo sabemos.

—¿Falta mucho? —pregunta mamá, sin apartar los ojos de la ventanilla.

Desde que hemos salido de su casa hasta que ha dicho que tenía ganas de ir al lavabo, mamá no ha abierto la boca. Al final se ha quedado sin flores, porque, con las prisas y el despiste, se ha olvidado el ramo en el bar donde Emma y Magalí han dado el aperitivo. En cuanto Silvia ha descubierto el descuido, ha aprovechado la ocasión para pagar con ella la tensión vivida durante lo que llevábamos de día, pero la bronca no ha durado. Instalada a su lado en el asiento trasero, tía Inés no ha tardado en salir en defensa de mamá.

—Hija, hay que ver cómo te pones —ha dicho, volviéndose hacia Silvia—. Pero si ha salido todo estupendamente.

Silvia ni la ha mirado.

—*Casi* todo —la ha corregido. A mi lado, mamá ha puesto los ojos en blanco y ha soltado un suspiro de felicidad al ver que salíamos del túnel y el verde de las montañas cubría el horizonte, anunciando que por fin habíamos dejado atrás la ciudad. Se ha vuelto a mirarme y ha sonreído, a pesar de que la conversación no había terminado y ella lo sabía. Sabía que Silvia tenía razón y que ese *casi* era un dardo expresamente dirigido a ella, pero mamá lleva un buen registro de *casis* a la espalda, sobre todo en estos últimos años sin papá, y la experiencia le ha enseñado que los enfurruñamientos de Silvia no duran y que dentro de un rato, un par de horas a lo sumo, será agua pasada, una de esas anécdotas familiares que, como ya se ha encargado de repetir a quien ha querido escucharla durante el aperitivo que hemos tomado después de la ceremonia, «a fin de cuentas, todas las bodas tienen sus cositas, ¿no?».

—No seas tan quisquillosa, niña —la ha regañado tía Inés—. Cualquiera diría que aquí somos todos perfectos. —Y luego, bajando un poco la voz, como si rezara—: Un poco de generosidad, por favor.

En el retrovisor, Silvia, que iba sentada detrás de mí, ha apretado los dientes y ha clavado la mirada en la nuca de mamá. Seguía malhumorada y la intervención de tía Inés no ha ayudado, no tanto por el mensaje sino por el tono. Tía Inés habla a menudo con el tono que debía de utilizar cuando daba clase y se paseaba por la tarima del aula, vigilando con sus ojos de rapaz a sus cuarenta

niñas —rígidas, atentas y calladas, con sus uniformes grises de las Teresianas, pendientes de su voz áspera y de sus manos con dedos como huesos de pollo—, las mismas a las que durante casi cincuenta años ha intentado, un curso tras otro, contagiar un pellizco de su pasión por la filosofía y los Evangelios. Curiosamente, lejos de menguar o suavizarlo, el paso de los años no ha hecho sino agudizar ese tono de profesora difícil de colegio de monjas que ella ya traía de serie. Esa fue precisamente una de las cosas que más nos llamó la atención cuando se reincorporó a nuestras vidas: la voz era la misma, el tono una nota más afilado.

El día que se lo comenté a mamá, poco después de que tía Inés se materializara en el hospital, ella me dio la razón. Enseguida quiso justificarla.

—Es verdad —admitió—. Habla un poquitín como si enseñara catequesis. —Hizo una pausa y luego, volviéndose hacia la revista de chismorreos que hojeaba sin demasiada atención, añadió—: Es que es carismática.

Estábamos en la sala de espera del mismo urólogo que la había visitado en el hospital y que, al parecer, había tenido que salir a operar de urgencia y nos tenía esperando desde hacía casi una hora, a nosotros y a media docena de pacientes más. La miré, esperando que siguiera. No lo hizo.

—¿Te importaría elaborar un poco, mamá?

Cerró la revista y me miró con cara de sorpresa.

—¿«Elaborar» es que no me has entendido?

—Sí.

—Ah. —Dejó la revista encima del regazo de la señora que estaba sentada a su lado y a la que debió de tomar por una silla vacía y dijo—: Es que cuando se quedó viuda de Arturo, se apuntó a los carismáticos. Por eso habla así.

No entendí.

—¿Los... carismáticos?

Asintió enérgicamente y se frotó el ojo con el dedo.

—Es un grupo —dijo—. De música. —La señora que estaba sentada delante de nosotros levantó la vista del libro que tenía en las manos—. Bueno, más o menos. Me lo ha contado un par de veces, pero no me he aclarado mucho. —Por un momento pareció que iba a callarse, pero al ver que yo no cambiaba de expresión, quiso explicarse mejor—: Es como los *gospels*, ya sabes... aunque sin negros y con muchos jubilados, pero que no solo cantan, también hacen el bien.

El tipo que estaba a mi lado se echó hacia delante en la silla para poder ver mejor a mamá. Llevaba un auricular insertado en el oído y un iPad en la mano. Se quitó el auricular de un tirón.

—La cosa es que, como cantan tanto, a los carismáticos les pasa como a los del *fulltime* o como a las chiquitas de la natación sincronizada: de tanto aguantar

el aire se les hace un vacío aquí —se llevó la mano a lo alto de la cabeza y se aplastó el pelo de la coronilla— y les dan migrañas. Por eso hablan como si no les llegara el aire al seso. Y además parece que estén enfadados, pero también les pasa a las chiquitas de natación sincronizada. Bueno, ellas más que enfadadas parecen un poco lelas, ¿no te has fijado? Es por culpa de las apneas, como los carismáticos.

No supe qué decir. Durante unos segundos estuve tentado de traducir lo que acababa de oír y convertí, porque es una expresión repetida en mamá, su *fulltime* en *mindfulness*. Con lo demás no me atreví.

—Mamá, no digas burradas —siseé, intentando pararla. A su lado, la señora le devolvió la revista con cara de pocos amigos. Mamá se volvió y le sonrió.

—Gracias, pero ya la he leído —le dijo. Luego soltó un suspiro por la nariz y, mirando al chico que teníamos enfrente, añadió con voz de abuelita buena—. Siempre hace lo mismo. Desde pequeño. —El chico le devolvió la sonrisa y mamá se volvió hacia mí y me cogió de la barbilla y me la acarició con los dedos—. Pero es muy bueno. Y además es director de cine... le va muy bien.

El chico se echó a reír y yo también. Mamá nos miró, encantada.

En fin, carismáticos aparte, el pequeño conato de discusión que Silvia ha encendido hace un rato finalmente ha quedado en nada y el resto del viaje hasta aquí ha sido tranquilo. Ahora, en cuanto mamá ve que salimos de la carretera hacia la gasolinera, que además tiene una tienda y cafetería, respira aliviada y se prepara para bajarse del coche en cuanto paremos.

—Me tomaría un café —dice Silvia.

—Ay, sí, yo también —se apunta rápidamente tía Inés.

Quedamos en que mamá irá directa al baño y la esperaremos en la terraza que hay fuera, delante del bar, y ella echa a correr hacia la zona de los lavabos. Mientras tanto, pedimos en la barra y nos sentamos con Rulfo y Shirley a esperar a que nos sirvan.

Durante unos instantes no decimos nada. La primavera, ahora que hemos salido de la ciudad, es inapelable, incluso aquí, en una gasolinera situada a pocos metros de la carretera que linda con una riera oculta tras una pared de cañas. En el aire flotan millones de motas de polen y el silencio es liviano, casi físico.

Hasta que tía Inés se echa hacia delante en la silla y se aclara la garganta.

—Siento mucho lo del aperitivo —dice con una voz ronca de estar realmente afectada—. No he podido decírselo todavía a las niñas, pero en cuanto las vea en el molino me disculparé con ellas. —Baja la vista y añade, en un susurro—: Qué vergüenza, por Dios. Espero que sepan perdonarme.

Aunque en un primer momento no sé exactamente a qué se refiere, en cuanto rebobino un poco enseguida caigo.



—No te preocupes, tía —le digo—. Tampoco ha sido para tanto.

Sonríe, pero es una sonrisa tan poco natural que no dura. Entiendo que esté avergonzada, y no solo porque sabemos lo rígida que es con sus cosas, sino porque la situación ha sido tan tensa y tan inesperada que, bien pensado, yo estaría igual, sobre todo porque, de no haber sido por el punto negro que ha puesto ella, el aperitivo habría salido redondo y tía Inés lo sabe como lo sabemos todos.

—Ha sido un horror —dice sin esperar a que Silvia se encienda el cigarrillo que acaba de sacar del bolso—. Pero es que me ha pillado tan desprevenida que no he podido contenerme, que Dios me perdone.

—Bah, tía, no te tortures —dice Silvia, cogiendo disimuladamente el móvil y pasando los dedos por la pantalla para activarlo—. Total, ya está hecho.

El episodio que tortura a tía Inés ha llegado provocado por la confluencia de los dos únicos factores capaces de hacerle perder el norte y sacarla de sus casillas, una especie de tormenta perfecta que ha dejado al descubierto su talón de Aquiles delante de un montón de desconocidas. Eso, ese haberse sabido desnuda en público, revelando una fragilidad que ella no ha aceptado hasta ahora ni aceptará jamás, es lo que más la reconcome. Eso y el dolor de madre herida que la acompaña siempre y que a veces no sabe cómo silenciar.

Pero para entender lo ocurrido hay que saber antes algo fundamental sobre tía Inés, un dato que arroja una luz importante sobre la mujer que es ahora y que la explica bien. Para tía Inés hay dos cosas en el mundo en las que anida un mal mucho más odioso que el que respiran los pulmones de Satanás: la primera son los *castellers* —a los que ella se empeña en llamar *castellers*— y la segunda es Australia, así, en general. En su caso, las dos cosas van íntimamente unidas, o mejor, la una es la consecuencia directa de la otra. Los *castellers* y Australia son, desde hace unos años, el eje que vertebra todo el odio que alberga el cuerpo de tía Inés. La naturaleza de ese odio es, cómo no, visceral, y su raíz es familiar y tiene nombre: Gonzalo.

Gonzalo es el hijo de tía Inés. Aunque, cuando éramos pequeños, Silvia, Emma y yo crecimos con él, al ser tres años mayor que Silvia, nunca llegó a existir realmente una relación estrecha entre nosotros, con lo cual la única información que nos ha ido llegando sobre él ha sido a través de la propia tía Inés. Gonzalo estudió cocina y en cuanto acabó los estudios encontró trabajo en un hotel de la costa. Con el tiempo abrió allí mismo su propio restaurante. Además de la restauración, Gonzalo se aficionó a la vela primero y después, por mediación de un amigo también cocinero, a los *castellers*. Poco a poco fue entrándole el gusanillo y un día decidió probar y entrar en la *colla* local. Hasta ahí todo bien, aunque a tía Inés lo de ver a Gonzalo montando castillos de gente

en las plazas de los ayuntamientos vestido como esos a los que ella llama «los del folclore secesionista» no terminó de gustarle. Pero si su Gonzalo se hacía *castellero* no iba a ser ella quien dijera nada. El problema no fueron los *castellers*, aunque sí llegó a través de ellos. Todo ocurrió unos meses más tarde. Hasta entonces, Gonzalo había sido el típico soltero sin compromiso ni ganas de tenerlo que dedicaba el tiempo libre a navegar con los amigotes, a pegarse sus buenos viajes y sus buenas juergas y a disfrutar en lo posible del turismo de costa, sobre todo de *las* turistas. Su relación con tía Inés era la del hijo único y mimado con madre que le sigue comprando los calzoncillos todos los meses y pasa con él de vez en cuando un fin de semana organizándole el congelador y el armario, entre otras cosas. Para tía Inés, Gonzalo no tenía —ni tiene— defectos, salvo quizá «que el pobre es un poco tontorrón con las mujeres, pero, bueno, eso lo son casi todos». La verdad, la que cuenta, es que, a medida que pasaban los años y Gonzalo no daba muestras de querer sentar la cabeza, tía Inés había empezado a acariciar la fantasía de que las cosas se quedaran como estaban y de que su Gonzalo siguiera siéndolo —suyo, quiero decir— al completo para los restos. Qué más daba si el chico llevaba una vida un poco alegre. A fin de cuentas, la juventud era eso, sobre todo la de un chico como él. Que la disfrutara, y que lo hiciera así, sin ataduras. Para quererle y comprarle los calzoncillos ya estaba su madre. Sin embargo, la fantasía de tía Inés no duró. Sus planes se torcieron el día que Gonzalo conoció a una chica que, como él, también acababa de entrar en la *colla* de *castellers*, y empezaron a salir. Una cosa llevó a la otra y, cuando Gonzalo por fin le habló a tía Inés de la existencia de Tracy, prácticamente vivían juntos y él estaba tan colado por ella que tía Inés se encontró de pronto con un pastel cuyos ingredientes ni siquiera había podido elegir. No le gustó. La rubia australiana de risa fácil, cero sujetador y piernas de tenista que hablaba castellano como si masticara mazapán y soltaba uno de esos horribles «*fuck*» tres veces por frase no terminó de convencerla, aunque se relajó en cuanto supo que el mal era transitorio, porque, según contó Tracy, estaba aquí temporalmente, en una especie de intercambio docente o algo parecido que tía Inés ni se molestó en querer entender. «Un capricho de temporada», eso fue lo que creyó, viéndolos sentados a su mesa sin dejar de tocarse. Ya más tranquila, decidió ser paciente y se dispuso a esperar a que llegara septiembre para ver desaparecer a aquella mala visión. Pero la espera no terminó como a ella le habría gustado. El capricho de Gonzalo fue a más y, llegado el momento, sorprendió a propios y a extraños anunciando que estaba demasiado enamorado de Tracy para arriesgarse a perderla por culpa de la distancia y que se iba con ella a Australia a probar suerte. Cuando tía Inés lo supo, fue incapaz de reaccionar. «Preferí odiar en silencio, y que Dios me perdone», dijo el día que

nos lo contaba, retorciéndose las manos. «A ella, claro. Por *demonia*. Y por suelta.» Ni siquiera consiguió que la pareja se casara antes de marcharse, porque a pesar de que echó mano de todas sus armas de madre de hijo único en pie de guerra, Tracy no dio su brazo a torcer. «Ni casados están», dijo con una mueca de mujer derrotada que lo ha perdido todo. En resumen, que Gonzalo y Tracy se fueron a Sídney y a él, que seguía conservando el restaurante de la costa, no le costó abrirse camino como cocinero y al poco volvió a montar allí su propio restaurante, el primero de unos cuantos que han ido llegando con los años. Ahora triunfa con un programa de cocina en la televisión australiana que lleva por título algo que podría traducirse como «El chef Gonzalo, cuchara de palo» y desde hace tiempo madre e hijo se ven un par de veces al año y siempre aquí, en Barcelona, supuestamente porque a tía Inés le da pánico volar, aunque lo cierto es que se niega a «ir a ese sitio horrible lleno de arañas peludas y mujeres sin sujetador» y tener que compartir techo con «esa robahijos a la que no se le entiende nada». El resumen es que la relación entre ellos se ha enfriado. Tía Inés cometió el error de obligar a Gonzalo a elegir y él prefirió su vida en la otra punta del mundo con la australiana de ojos azules y con su hija, una niña a la que tía Inés prácticamente no conoce —«por culpa de la robanietas»— y cuya ausencia no hace sino avivar el rencor que alimenta hacia su nuera, sobre todo desde que la muerte de tío Arturo la ha convertido en viuda. De ahí que los *castellers* y Australia sean dos temas a evitar en su presencia. Desde que nos puso al día de cómo estaban las cosas, nosotros convivimos con ello con absoluta naturalidad y en ningún momento se nos ocurre mencionar ninguna de las dos cosas estando ella delante, pero fuera del círculo de los más íntimos nadie está al corriente de su situación y ese ha sido precisamente el problema. Ese y que, por una de esas casualidades de la vida, cuando estábamos todos en la zona del bar, en el televisor que estaba justo encima de la barra han dado la noticia de que los *castellers* de no sé dónde han conseguido por primera vez levantar un castillo de no sé cuántos pisos mientras mostraban las imágenes de la hazaña. De pronto, tía Inés, que estaba de cara a la barra, se ha puesto lívida y, apretando la mandíbula, ha clavado los ojos en la pantalla y ha dicho:

—Panda de robahijos es lo que son. Debería darles vergüenza.

Mamá, que estaba a mi lado, ha mirado hacia el televisor, pero desde tan lejos no veía nada, y Silvia y Emma estaban fuera fumando. En la pantalla, la cámara seguía al detalle cómo iba levantándose el castillo humano y en un momento dado ha fijado el objetivo en una chica que estaba de pie sobre los hombros de un hombre, que la sujetaba por el trasero. La chica tenía una melena rubia que le caía sobre la espalda. Tía Inés ha soltado un grito y la camarera ha dado un brinco.

—¿Lo ves? Así empiezan —ha siseado cerrando los dedos sobre el borde de la barra como un par de garras—. Dejándose tocar el culo. Primero el culito y después lo demás. Puercas, son todas unas puercas.

Me he acercado a ella y le he puesto la mano en el hombro. En cuanto ha notado el contacto, se ha vuelto hacia mí con la cara encendida. Tenía los ojos como dos ascuas.

—Cálmate, tía —le he dicho, dándole un pequeño masaje en la clavícula—. No ganas nada poniéndote así.

—¿Y cómo quieres que me ponga, si no hay forma humana de parar esta plaga? —me ha ladrado—. ¿Tú sabes lo que va a sufrir la madre de ese chico que ahora tiene las manos en el culo de esa marrana australiana y que dentro de unos meses se irá con ella a ese país de vagos y ladrones para no volver? ¿Tú sabes lo que le espera a esa pobre mujer? —Las chicas que estaban a nuestro alrededor interrumpieron sus conversaciones y prestaron atención sin entender lo que pasaba—. ¿Y qué hacen los políticos? N-a-d-a. Fomentar los *castellers* y los tocamientos múltiples. Y mientras tanto las iglesias vacías, claro. Es más fácil manosearse por las calles, unos encima de otros, que escuchar la palabra de Dios. Y además... es todo mentira.

No pude evitar la pregunta.

—¿Mentira?

Asintió, apretando los dientes.

—Mentira, sí. Lo de los *castellers* es una patraña para hacer porquerías sin que nadie diga nada.

—No te entiendo, tía.

—Pues es muy fácil —ladró—. Nos mienten. Les dicen que hacen deporte, que eso es sano, pero en realidad es una forma de captar a jóvenes emprendedores para llevárselos. Todo esto lo paga el gobierno australiano. Todo. Traen a las chicas, las ponen de señuelo y se los llevan. Es como la trata de blancas, pero con chicos. Una secta. Solo sobeteo y más sobeteo. Y claro, eso es como todo, al final tiene sus consecuencias: tanto tocarse sin saber lo que tocan los confunde y la confusión llama a la homosexualidad. Luego nos lo venden todo como si fuera normal. ¿Tú crees que es normal que los hombres se toquen el culo así? Pues no. Y ellas igual. Una solemne porquería, eso es lo que es. ¿Y qué consiguen? Pues que nuestras mujeres se casen entre ellas y tengan hijos de encargo. A este paso, con tantas mujeres casándose van a tener que traer aviones enteros con australianas robahijos. ¿A vosotras esto os parece normal? Pues a mí no. Así os lo digo.

En el recinto del bar, todas las invitadas —porque eran todas mujeres menos yo— la miraban en silencio como si estuviera loca. El último alegato

sobre las mujeres que se casaban con otras mujeres y su parte de culpa en los males de la sociedad no les había sentado demasiado bien y algunas caras no lo disimulaban, pero tía Inés estaba tan encendida que ni siquiera se había dado cuenta. Sudaba a mares, respirando pesadamente mientras la camarera de la barra se acercaba y le servía un agua con gas. Tía Inés empezó a beber como si acabara de correr una maratón y el silencio se volvió tan tenso que podría haberse cortado con un cortasetos. Entonces, mamá, que más o menos había entendido lo que acababa de ocurrir, dijo:

—Ay, Inés. A mí también me molesta un poco que las niñas no hayan podido casarse por la iglesia, pero es así y hay que aceptarlo. Tienes que empotrarte más. Te falta *residencia*. Y mira, ahora que lo dices, una cosita quería preguntarte: ¿tú sabes por qué los *castellers* usan niños con casco de minero si siempre actúan de día? Es que no lo entiendo. Y además: si levantan esos castillos, ¿por qué los deshacen enseguida, con lo que les cuesta? ¿A lo mejor es porque trabajan por horas y solo les pagan la primera?

Tía Inés se terminó el agua con gas de un trago y contuvo un eructo que le salió por la nariz mientras el aire espeso de la sala se arremolinaba alrededor de ella, liberando la electricidad del bar. De repente, una carcajada general saludó el comentario de mamá, que miró en derredor como si aquello no fuera con ella y tía Inés pareció volver en sí. Roja como la grana, bajó la vista y se alejó a toda prisa hacia el baño, muerta de vergüenza. A partir de ahí, el episodio quedó rápidamente olvidado, el resto del aperitivo fue rodado y mamá, cómo no, terminó convirtiéndose sin pretenderlo en la estrella de la fiesta.

Ese ha sido el episodio al que acaba de referirse tía Inés, un episodio que, como todo lo demás, parece ahora lejano en el tiempo. Rodeados de verde, a pesar del ruido de los coches que llega desde la carretera, el día parece haberse cortado en dos desde la salida del último túnel. La boda, Magalí y Emma, el aperitivo, todo el ruido y la prisa han quedado atrás, al otro lado, dejándonos solos con los efectos secundarios de lo público para que podamos vivir a partir de ahora lo privado. Estamos cansados, ha sido un día intenso y el café se hace necesario. A mis pies, Rulfo ladra un par de veces y se levanta, alejándose hacia un pequeño grupo de árboles. Shirley salta de mi regazo y sale tras él.

—¿No tarda mucho mamá? —pregunta Silvia mirando su reloj—. A ver si le ha pasado algo.

Tía Inés aprovecha la coyuntura para sacar, un poco forzadamente, el tema que le preocupa.

—Quizá deberíamos darle una vuelta a lo de vuestra madre —dice con voz pesarosa, como si supiera que no es el mejor momento para mencionarlo, aunque consciente como lo somos todos de que ese momento nunca va a llegar—. Bien

pensado, puede que no sea buena idea no decírselo.

Silvia vuelve a coger el móvil y lo manipula para encenderlo. El tema no es cómodo para nadie. Desde anoche, a medida que ha ido transcurriendo el tiempo, pesa más la mentira que compartimos que la noticia en sí. Las horas han ido afectándonos de un modo distinto a cada uno y la culpa por no estar jugando limpio con mamá a veces puede más que el impulso de intentar protegerla de sí misma. Qué hacer. Cómo equivocarnos menos. Cómo ser justos con alguien que jamás antepondría la justicia al cariño. Le agradezco a tía Inés que haya sacado el tema, porque siento lo mismo que ella. Silvia, en cambio, tiene otra opinión.

—Pues anoche fuiste tú la primera que dijo que lo mejor era no decirle nada —suelta mientras escribe un mensaje y le da una calada al cigarrillo. Lleva pendiente del móvil desde esta mañana. Lo mira disimuladamente a cada rato con cara de preocupación, esperando algo que, por lo que deja intuir, no llega—. De todas formas, sigo pensando que es lo mejor —remata—. Para ella.

Hablamos deprisa, intentando apurar los minutos, porque sabemos que aunque mamá suele tomarse su tiempo en el baño y lleva ya un buen rato desaparecida, no puede tardar.

—Yo creo que hay que decírselo —digo—. Con mucho cuidado, pero es mejor que lo sepa ahora y que por lo menos tenga la posibilidad de elegir.

—¿Y qué le va a aportar saberlo? —salta Silvia, volviendo a dejar el móvil encima de la mesa—. ¿Qué va a cambiar?

—No lo sé —le respondo mientras aparece la camarera con la bandeja y los cafés—. Pero yo en su lugar preferiría que me lo dijeran.

—Ya, pero tú eres tú y yo soy yo —salta Silvia—. No somos mamá, no hemos pasado lo que ha pasado ella y las cosas no nos afectan de la misma manera, sobre todo algo así. Después de lo de las infecciones, no es la de antes y quién sabe lo que...

En ese momento, por fin la vemos aparecer por la esquina del bar y Silvia se interrumpe a media frase. Han pasado sus buenos quince minutos desde que nos hemos sentado en la terraza y por un momento me llama la atención que mamá no salga por la puerta del edificio, sino que aparezca desde el lateral y con algo en las manos que, desde donde estoy, parece un ramo de flores. Tía Inés vacía el sobre del azúcar en su café y lo remueve al tiempo que cambia de tercio.

—Pues sí, la verdad —dice, intentando disimular—. Estaba todo buenísimo. Esas chicas cocinan de maravilla. Quién lo iba a decir.

Silvia, que está de espaldas a mamá, deja el móvil encima de la mesa con una mueca de fastidio y asiente, aunque sin entenderla del todo.

—Lo mejor, los muslitos al chocolate —insiste tía Inés—. De-li-cio-sos.

Según la opinión general, en eso parece llevar razón. Los muslitos han sido

el plato estrella de todos los que han ido sirviendo durante el aperitivo. Han volado en cuestión de segundos, a pesar de que había más de cuatro bandejas llenas a rebosar.

—Podrías haberles pedido la receta —dice Silvia al tiempo que mamá llega hasta donde estamos y Shirley echa a correr a su encuentro desde el bosquecillo.

—¿La receta? —pregunta mamá, tomando asiento delante de mí—. ¿De qué?

—De los muslitos que han servido en el aperitivo de las niñas —responde tía Inés. A mamá se le ilumina la cara y rápidamente responde:

—Ese chocolate estaba para chuparse los dedos de los pies —dice. Nos reímos. Los tres. Luego, mamá coloca con mimo el ramo de flores encima de la mesa y deja escapar un suspiro de satisfacción.

—Se la he pedido —dice tía Inés. Y, ante la mirada nuevamente distraída de Silvia, aclara—: La receta. Pero me han dicho que las codornices no las han preparado ellas. Que se las han encargado a Oksana.

Automáticamente, mamá y yo nos miramos y ella se lleva la mano al cuello.

—¿A... Oksana? —pregunta, con cara de sorpresa.

Tía Inés asiente.

—¿Co... dornices? —vuelve a preguntar mamá. La expresión ha convertido la sorpresa en alarma.

—Sí —dice—. Creía que lo sabías. Las niñas me han dicho que les pasaste tú el teléfono.

Mamá me mira y pone cara de horror.

—Pero... es que yo creí que querían a Oksana para que les limpiara, no para que cocinara —dice, tragando saliva y evitándome la mirada.

—También —responde tía Inés—. Pero de paso les ha preparado los muslitos. No sabía que cocinara tan bien. Desde luego —añade, mirándome—, esta Oksana es una joya. Qué suerte hemos tenido con ella.

Oksana ha sido, sin contar a Magalí, la última incorporación de nuestro pequeño andamiaje familiar. Llegó justo después del primer ingreso de mamá en el hospital, cuando decidimos que necesitaba a alguien que le limpiara y que la ayudara un poco con la compra y con esas cosas de primera necesidad que entendíamos que una mujer de su edad empezaba a demandar. «Y de paso que la vigile un poco», fue la acotación de Silvia cuando finalmente decidimos contar con ella. Por supuesto, mamá se negó.

—Sí, claro. Y lo próximo, la residencia —dijo, enfurruñada—. Yo no quiero a nadie en mi casa.

—¿Por qué, mamá? —preguntó Emma.

—No cabemos.

—Mamá, no va a vivir contigo —intenté hacerle entender—. Va a limpiar y a ayudarte unas horas a la semana.

—Pues durante unas horas a la semana no cabremos. Además, seguro que no le gustan los perros.

No hubo manera. Lo intentamos por activa y por pasiva, hasta que un día, cuando ya estábamos a punto de tirar la toalla, apareció Oksana.

Oksana tiene setenta y dos años y es la madre de Alina, la administradora de un conjunto de casas de turismo rural repartidas por una pequeña subcomarca del Prepirineo situada relativamente cerca de Barcelona. Las casas son propiedad de una pareja de rusos que pasan la mayor parte del año en Ibiza y que en su día decidieron blanquear algo de dinero invirtiendo en la zona. Se trajeron a Alina con ellos porque en aquel entonces era su secretaria personal y conocía a la perfección todo cuanto no debe conocerse. Con el tiempo, Oksana enviudó y Alina decidió traérsela a vivir con ella, pero Oksana es una mujer de campo, y cuando digo de campo, quiero decir que es una especie de armario antiguo con unos brazos como dos troncos de abedul, la cara curtida por el sol y el frío y unas costumbres y una lógica cuando menos singulares. Como es incapaz de no hacer nada, Alina la puso a trabajar con ella y los fines de semana y durante las vacaciones se encarga del mantenimiento de las casas. Fuma una especie de caliqueños que apestan, conduce un 434 que parece un tanque y viste siempre de negro, pañuelo incluido, además de hablar un castellano rupestre que acompaña con gestos y muecas que no siempre ayudan a entenderla mejor. Y odia la ciudad. Vive en un refugio que en su día usaban los pastores y que ella ha ido reacondicionando con el material que roba de las masías abandonadas de los alrededores, aislada en mitad de un bosque de robles, con una estufa de leña, dos ovejas, un burro, un huerto y una escopeta cargada. «Como en casa», me dijo cuando me lo contó y quise saber por qué no vivía con su hija o se buscaba un apartamento en uno de los pueblos de la zona.

Eso ocurrió el fin de semana que la conocí. Yo había reservado el molino con una amiga y ella nos esperaba con las llaves y las indicaciones para el uso de las instalaciones. Al poco, volví a alquilar la casa, esta vez con mamá, unos días después de que saliera del hospital, para pasar una semana los dos solos en el campo. Resultó que Oksana estuvo con nosotros casi todos los días, porque había empezado a preparar el huerto y a reparar el tejado del pajar de la casa. El día de nuestra llegada, apenas unas horas después de que Oksana y mamá se conocieran, parecía que llevaran juntas desde niñas, algo que yo jamás había visto en mamá. Todavía hoy no sé qué fue lo que vieron la una en la otra, pero la conexión de esos dos mundos *a priori* tan diametralmente remotos fue tan



inmediata, y vi a mamá tan cómoda y tan a gusto con ella, que se me ocurrió que quizá Oksana podía ser la persona que estábamos buscando. Decidí estar atento y durante toda la semana que pasamos en la casa me dediqué a observarlas. Después de lo que vi, no me quedó ninguna duda: Oksana era *la* persona. La tarde de nuestro último día en la casa, la senté en el porche, aprovechando que mamá dormía la siesta, y se lo propuse. Ella se encendió un caliqueño, miró hacia la tumbona donde mamá roncaba con la revista encima de la cara y sonrió, encantada, dejando a la vista ese intercalado de dientes que mamá llama «el tren delantero de Oksana» y que le da un aspecto de fiera rupestre mal coloreada. Luego soltó una carcajada llena de flemas y dijo: «*Da*». Eso fue todo. Desde entonces baja a la ciudad en su tanque dos veces por semana a cuidar de mamá y los martes aprovecha el viaje y limpia también la mía. Trata a mamá como a una cría a la que protege por encima de todas las cosas y se maneja a su lado como un bull terrier, dispuesta a fulminar de un mordisco a todo aquello que suponga una amenaza, imaginaria o no, para su querida «Malia», como ella la llama. La acompaña al banco, al médico, a la farmacia, le limpia, le prepara dulces rusos, le trae embutidos, salchichas, se pelea con quien haga falta y con lo que haga falta para que mamá no le sufra. En resumen: la adora.

Y mamá a ella.

—Malia es mujer buena —dice a menudo—. Vosotros mucha suerte. Yo madre perdí joven. Morirse de hambre y tres hermanos también. Malia inocente pero sabia. Y risa que contagia. Hay que cuidar bien para durar. En Rusia, cuando risa que contagia, hablan los muertos felices. *Da*.

Desde entonces, Oksana es parte de casi todo lo que somos y hacemos, aunque no haya querido estar presente en la boda, porque, según ella, «demasiado complicado todo».

—Boda moderna —dijo, secándose las manos en el delantal lleno de lamparones—. Personas, ruido, humo y después platos sucios que seguro lava Oksana. No. Gracias, *Ferando*, pero mejor quedo en casa. Mucho trabajo fin de semana.

Ahora, volviendo al aquí que nos ocupa, la imagen de las codornices preparándose a fuego lento en la cocina de leña de Oksana me provoca un sudor frío que me baja por la columna en una sola gota. Dejo el café en el plato e inspiro hondo. Debería haberlo imaginado cuando he visto pasar las bandejas en el aperitivo, pero no se me ha pasado por la cabeza, porque no he visto lo que contenían. Bendigo el momento en que he preferido no tocarlas. Ha sido algo instintivo y también acertado. Los demás, incluida mamá, no han corrido la misma suerte.

Y es que, lo que no sabe nadie es que las famosas codornices al chocolate

de Oksana no son tales. Eso es algo que mamá y yo descubrimos durante la última cena de nuestra primera semana en la casa rural. Recuerdo que Oksana se empeñó en cocinarnos un plato típico de la región rusa de donde ella es. Ni mamá ni yo fuimos capaces de entender el nombre del plato ni el de la región, pero nos dio no sé qué decirle que no se molestara, que nosotros somos de poco comer. Luego, con el tiempo, hemos aprendido que habría dado igual y que, cuando Oksana dice que cocina, le importa un bledo lo que tú le digas. Ella cocina y tú comes, esa es la única ecuación que entiende. Y así fue esa noche. Desapareció a mediodía y volvió pasadas las ocho, en su pequeño tanque cubierto de barro, con su bandeja de cristal tapada con papel de plata. Estaba feliz como una niña.

Y comimos, claro. Las codornices en chocolate estaban exquisitas. Ella nos miraba comer con esa sonrisa de felicidad que con el tiempo hemos aprendido a conocer bien. Cuando vaciamos los platos, los recogió y preguntó si queríamos algo de postre.

Mamá pareció pensarlo. Oksana dijo:

—¿No bastante con chocolate de *letuchie myshi* pata negra?

Mamá asintió. Tenía la boca manchada de restos de chocolate.

—Nunca había probado unas codornices tan tiernas, Oksana —dijo—. ¿Dónde las compras?

Oksana arqueó una ceja.

—¿Comprar? ¿*Letuchie myshi*? ¿Oksana? —Soltó una carcajada que hizo vibrar el cristal de las copas—. Tú no estamos muy bien del cabezas.

Nos reímos. Oksana resulta tremendamente cómica cuando se deja ir y el hecho de habernos visto disfrutar de su comida por primera vez la tenía especialmente animada.

—¿Entonces? —pregunté.

—Oksana caza —dijo.

Mamá abrió los ojos como platos.

—¿Las cazas tú? ¿De verdad? —preguntó—. ¿Con la escopeta?

—Oh, *da* —respondió Oksana, orgullosa—. Como en Rusia. Pero no con escopeta. No hace faltas. Cazas con red.

Mamá y yo nos miramos. Codornices con red.

—Son pata negra, los mejores. Cazo con red y paciencias. Y también martillo. Primero escopeta, pum, ruido y caen en red. Luego martillo en cabeza. Chof.

Mamá la miró sin entender lo que decía.

—¿Caen? —preguntó, mirando al techo de la cocina—. ¿De dónde?

—De chimeneas en casas abandonadas. Aquí zona, lleno. Vivero. *Da*.

Cada vez entendíamos menos. Mamá, como suele ocurrir en estos casos, desconectó y aprovechó para mojar una galleta en los restos de chocolate de la bandeja. Yo no me rendí.

—No lo entiendo, Oksana —dije, mientras ella observaba a mamá con una sonrisa de oreja a oreja—. No sabía que las codornices vivieran en las chimeneas.

—*Letuchie Myshi* gusta mucho chimeneas con piedra porque creen que es cuevas. En Rusia son más grandes, pero sabor no tanto. Estos pequeñitos, pero muy sabrosos. Y crujientes las alas, como pollo americano.

En eso tenía razón.

—Sí, es verdad —admití—. Pero ¿por qué se llaman pata negra?

—Como jamón con bellotas pero voladores. Y porque negros.

—¿Negras? ¿Las codornices?

—*Da*. Todos negros. Como con abrigo lana. Es porque solo vuelan de noches. Incógnito con radar como soldados rusos.

Mamá se quedó con la galleta en el aire. Lo del abrigo y la negrura despertó en ella una alarma que vi parpadear en sus ojos.

—De día duermen —explicó Oksana—. Cuelgan bocas abajo y alas encima, como draculinos. Entonces yo voy con red y cazo y martillo, plas, aplasto y primero cacerola quita pelos un poco, pero un poco porque da sabor y cruje. Y colmillos también. Arranca.

Mamá me miró y ni siquiera parpadeó. La galleta fue a parar al suelo. En el silencio que siguió hubo una especie de gemido ahogado que al instante descubrí que provenía de mi intestino. A mi lado, mamá había empezado a entenderla.

—Una pregunta, Oksana —dije por fin—. ¿Tus codornices pata negra comen mosquitos?

Asintió, sonriendo y dejando a la vista sus dientes.

—*Da*. Y libélula y mariposas. Tienen radar como submarino en guerras.

Mamá puso cara de «esto no será verdad, así que voy a intentar aclarar el malentendido» y, volviéndose hacia mí, dijo con un hilo de voz:

—Hijo, yo creo que las pata negra con radar que dice Oksana a lo mejor no son muy de la familia de las codornices.

Miré a mamá, entendí que nos acabábamos de comer una bandeja de murciélagos con una salsa que sabía y tenía aspecto de chocolate y medio minuto más tarde estaba en el cuarto de baño con la cabeza metida en el retrete y los intestinos en llamas.

Cuando, más tranquilo, intenté hacerle entender que aquí sus *letuchie myshi* no se comen, ella soltó un bufido de trol y dijo:

—Gente gusta mucho mis *letuchie*. Todas las clientes sirvo bandejas y se

llevan a casas. Luego llaman para más.

«Dios mío —pensé—. Esto no va a haber quien lo pare.»

—Genial, Oksana —le dije—. Pero a nosotros no. No nos cocines más *letuchies*, por favor. Si algún día quieres prepararnos algo, que sea una cosa más ligera, ¿vale? A partir de ahora, nada de ratones voladores, si te parece.

Ni siquiera se ofendió.

—*Da*. Ustedes pierden. Lástimas.

Y así quedamos. Nunca más volvimos a mencionar los murciélagos al chocolate y el asunto quedó finalmente zanjado.

O eso creímos.

—La verdad es que Oksana es la bomba —dice Silvia, apagando el cigarrillo en el cenicero. Luego mira su reloj, saca un pequeño neceser del bolso, coge un blíster, extrae una pequeña cápsula y se la toma con lo que le queda de café—. Qué lástima que no esté en el molino este fin de semana. Me hacía ilusión verla.

Mamá me mira con cara de «no, no, no, mejor que no» y aprieta a Shirley contra su pecho. A lo lejos, Rulfo ladra entre las cañas, persiguiendo algo.

—Ya —le contesto—. Me ha dicho que mañana tenía trabajo limpiando en una mudanza o algo así.

Antes de que la conversación vaya a más, decido levantar el campamento y volvemos despacio al coche, mamá con su ramo en la mano. Es un ramo precioso, muy primaveral: flores silvestres de varios tonos de rosas, lilas y morados intercaladas entre hojas de eucalipto y helechos, todo envuelto con un papel dorado y un pequeño lazo.

Cuando estamos a punto de subir al coche, mamá mira a Silvia y dice:

—¿Ves, hija, como al final tenemos flores? —Se las acerca a la nariz y aspira un aroma que yo no percibo—. Quién nos iba a decir que las íbamos a conseguir al lado de la carretera.

Silvia abre de un tirón la puerta trasera y responde, sin muchas ganas.

—Lo que tú digas, mamá.

Cuando tía Inés y Silvia han cerrado sus respectivas puertas, me acerco rápidamente a mamá y le digo al oído:

—Como se te escape lo de Oksana, le cuento a Silvia que no te tomas las pastillas. Te lo juro.

Mamá me mira con cara de horror y niega muy deprisa con la cabeza.

—No, no, no, no. ¿Estás loco? —Luego junta el índice y el pulgar y se los pasa por los labios—. Cremallera. Prometido —dice, cerrando los ojos antes de abrir la puerta y subir.

Un par de minutos después de reincorporarnos al tráfico de la carretera,

mamá, que mira por la ventanilla mientras va acercándose de vez en cuando las flores a la cara y aspira hondo su supuesto perfume, se vuelve hacia mí, como si acabara de acordarse de algo y pregunta:

—¿Y Esbién ya te ha dicho si viene esta tarde o todavía no has podido hablar con él?

A unos metros por delante de nosotros, un conejo cruza la carretera a toda velocidad. A pesar del tráfico de fin de semana que recorre los cuatro carriles, el animal llega al otro lado y se pierde entre la maleza que bordea la cuneta. Al verlo sano y salvo respiro aliviado y cruzo los dedos sobre el volante para que lo que nos queda de fin de semana me reserve, a mí también, su misma suerte.

### 3

El día que llegué al hospital desde Rotterdam y me encontré a mamá encerrada en el baño de su habitación, hablando por teléfono, supe que mi suerte estaba echada. Cuando, apoyado contra la puerta, presté atención a la conversación, entendí que mamá había encontrado en la aparición de Sven un motivo de alegría que, a juzgar por el tono de voz y por la energía que desprendía, le había dado el empujón que necesitaba para volver a ser ella, y cuando digo «ella» me refiero a la Amalia de antes, la de mucho antes, esa mujer recién divorciada que de repente había empezado a descubrirse en toda su dimensión, cuando la incontinenencia, la mala visión y el aburrimiento fruto de una soledad en el fondo no buscada todavía no habían aparecido y todo era nuevo, todo era aventura.

En el baño, mamá hablaba atropelladamente, como una adolescente que, encerrada en su cuarto, conspira al teléfono con sus amigas preparando su primer gran engaño, excitada y feliz.

—¡Es guapísimo! —la oí decir, casi chillando—. O sea, en negro, pero guapo. Y no tiene pelo. ¡Ni uno!

Silencio.

—No me he atrevido a preguntárselo, porque a lo mejor es una enfermedad o algo —dijo—. Dicen que a muchos morenos que viven en los países del norte se les cae el pelo. Se ve que se les pudre, por la lluvia. Y luego lo pierden, como los pinchos de los cactus. La hija de Eugenia, ¿te acuerdas de Eugenia? Pues se casó con un chico de Dinamarca con el que había estudiado un Erasmus y al cabo de un año se divorciaron porque a ella se le pudrió todo el pelo y empezó a oler como a tubería de esas de la playa, y se ve que en esos países, como es algo que pasa mucho, es motivo de divorcio.

Silencio.

—Sí, y Esbién es un nombre tan bonito... ¿verdad? Es como una señal carismática de las tuyas.

Silencio.

—Ay, pues mira, ahí tengo un poco de lío. Fer me ha dicho que es localizador de cine, y yo no le he dicho nada, pero a mí me ha parecido un poco raro que diga localizador de cine y no taquillero, porque digo yo que de toda la vida el que vende las localidades en el cine es el taquillero. Pero claro, como es

así, negrito y se le ha podrido el pelo, a lo mejor los llaman de otra manera. No sé qué decirte, la verdad. Aunque luego, pensando, se me ha ocurrido que no, que debe de ser que la gente del cine llama así a los acomodadores. Claro. El que te localiza en el cine es el acomodador. Lo que no entiendo muy bien es que viaje tanto, porque Fer me ha dicho que no para.

Silencio.

—Que no, Inés. Yo creo que se conocen desde hace tiempo, pero debe de ser por un Facebook, bueno, uno que es solo para gays, creo, pero es una relación estable. Lo que pasa es que a mí me parece que Fer quería estar seguro antes de decir nada, ya sabes cómo es: tan discreto y tan cabal para todo...

Silencio.

—Ay, sí. Estoy tan feliz que ni me lo creo. ¿Te imaginas? Con lo mal que lo ha pasado todos estos años, el pobre. Tú no sabes la de veces que he estado a punto de decirle: «Hijo, para qué eres gay, si lo único bueno que tiene ser gay es practicar». Porque el resto, ya ves tú: ¿qué es un gay que no practica? Una pena, ¿o no? Pues eso, que estoy feliz, pero feliz, y Silvia y Emma ni te cuento. Se han puesto como locas de contentas.

Silencio.

—Espero que pronto. Aunque si viaja tanto, no sé yo. Pero seguro que no tardará en traerlo, ya verás.

Silencio.

—Pues supongo que en Estocolmo vivirá la criatura. Pero ¿sabes una cosa? Creo que no oí bien esa parte. Es que, como era la primera vez que usaba esa cosa para llamar, no estaba muy concentrada. Y aunque me parece que Fer me dijo que es de Suecia, yo creo que igual dijo Suazilandia, porque tan negrito y tan desnudito, humm, sueco no va a ser.

La conversación debió de seguir en esa línea durante un buen rato, pero preferí dejar de escuchar. Salí al pasillo y bajé a la cafetería. Entre que pedía y me sentaba a una mesa con mi bandeja, recibí varios mensajes de Silvia y de Emma en el grupo de WhatsApp: emoticonos de corazones, caras sonrientes, con corazones en los ojos... celebración. Bromeaban, ya abiertamente, sobre Sven, sobre lo callado que me lo tenía, sobre todos los pellizcos de información tuneada que mamá, gran guardiana de los secretos donde las haya, debía de haber compartido con ellas en cuanto había podido pillarlas al teléfono. Mientras me comía el bocadillo y me tomaba el café con leche casi frío, el tintineo de los mensajes iba salpicando el silencio de la cafetería vacía, y allí sentado, viendo trabajar a las mujeres de la limpieza al otro lado de la barra, bromeando entre ellas, entendí que había llegado tarde a una fiesta que no era tal y que, sin quererlo, había provocado yo. Me sentía como si hubiera anunciado a bombo y

platillo que nos había tocado la lotería y de repente, horas más tarde, cuando ya todo el champán estaba consumido y el suelo cubierto de restos de confeti sucio, me hubiera dado cuenta de que, en vez de acabar en 86, nuestro número terminaba en 68 y el premio se nos había esfumado de las manos. Eso era exactamente: la verdad se me había esfumado de las manos y me había quedado solo con la mentira. Intenté pensar qué hacer con ella, cómo gestionarla, pero estaba demasiado aturullado. «Muy fácil —fue lo primero que pensé—. Subes, cuentas la verdad y ya está. Ha sido un malentendido. ¿Dónde está el problema?» Justo en ese momento a una de las limpiadoras se le cayó un cenicero al suelo y el golpe de la cerámica contra la baldosa me sobresaltó, devolviéndome a lo más inmediato. La mujer me miró y esbozó una sonrisa de disculpa en la que, no sé por qué, vi un gesto de mamá, esa fragilidad que mana de ella cuando tira sin querer cosas al suelo o rompe algo y su primera reacción es esperar una bronca o un comentario malicioso, porque eso es a lo que está acostumbrada desde que su memoria almacena recuerdos. Un instante después, la limpiadora volvió a lo suyo y yo me volví hacia la mesa, y la estela de esa fragilidad, que seguía flotando en el aire, me devolvió a la noche de urgencias que Emma y yo habíamos vivido con mamá hacía apenas unos días, y la recordé tan vulnerable y tan desconectada, nos recordé tan asustados por una orfandad que no habíamos catado hasta entonces, que de repente tuve miedo de que la verdad la hiciera bajar de golpe de la nube en la que yo la había puesto con la aparición de Sven y el efecto fuera demasiado violento, que la desilusión fuera demasiada. Temí por ella. Y con el temor llegó también la duda, y con ella la rabia, una rabia infantil, de niño que no sabe qué hacer para hacer las cosas mejor ni tiene a nadie a mano que le enseñe. Fue la rabia del que ha perdido.

En menos de un minuto maldije el iPhone, las pérdidas de orina, Rotterdam, el *gin-tonic*, el hospital, el divorcio de mamá, los urólogos y tantas otras cosas que fueron apareciendo de pronto y de las que hasta entonces ni siquiera había sido consciente que, de haber tenido una libreta donde poder anotar todas mis maldiciones, me habrían faltado páginas. Luego, cuando por fin terminé de maldecir y de autocompadecerme, decidí que quizá la mejor solución sería optar por un término medio: ni toda la verdad ni tampoco toda la mentira. Mantendría la ilusión de mamá, de Silvia y de Emma durante unos días, unas semanas a lo sumo, hasta que, pasada la euforia del primer momento y una vez calmadas las aguas, mamá estuviera más recuperada. Entonces inventaría cualquier excusa para dar por finiquitada mi relación con Sven: la distancia, una pelea, una infidelidad... ya encontraría algo cuando llegara el momento. A fin de cuentas, motivos para una ruptura, inventados o no, nunca faltan. Me quedé más tranquilo. Un plazo, tenía un plazo y, con él, un margen de maniobra. Acerqué la



bandeja a la barra y subí a ver a mamá. Al llegar a la puerta de su habitación, oí que seguía al teléfono, pero esta vez desde la cama. Se reía y hablaba en voz alta, casi gritando. Me quedé un rato en el pasillo, escuchándola y oyéndola reír, y mientras a mi espalda el personal del hospital y las visitas pasaban hacia sus destinos desconocidos, yo seguí allí, con la frente apoyada contra la puerta y disfrutando de la voz y de las carcajadas que llegaban desde el otro lado. Por un momento me pareció casi un milagro tener esa risa cerca y que esa risa fuera mamá. «Es mi madre», pensé. Y de pronto, por primera vez en casi cuarenta años, entendí lo difícil que debía de ser esa maternidad suya, y sé que lo entendí porque lo sentí en el pecho, sentí el eco de la voz de mamá en el esternón, y sentí también que era eso, que ese eco de ella en mi plexo es lo que une a madres e hijos, que no es la sangre compartida sino esa reverberación aún más potente, como si nuestro esternón fuera también suyo y viviéramos compartidos. Seguí escuchándola durante unos minutos más, hasta que por fin se hizo el silencio. Esperé a cerciorarme de que había colgado y entré. No me equivoqué. Mamá estaba en la cama, con la radio y la televisión nuevamente encendidas y el teléfono en la mano. En cuanto me oyó entrar, se volvió hacia la puerta y me miró con una cara de felicidad tal que enseguida supe que había tomado la decisión correcta. Me tendió la mano y dijo:

—Ay, Fer, hijo. No sabes lo feliz que estoy por ti. —El brillo de sus ojos hablaba por ella—. ¡Y lo que estoy disfrutando! —añadió. Luego cambió el tono—. Aunque anoche no pude pegar ojo. Es que, claro, pudimos hablar tan poco... —Sonrió y se encogió de hombros, como una niña traviesa—. Pero también te digo: me siento muy empotrada. Pero mucho. —Inspiró hondo y dejó escapar un suspiro tan exagerado que tuve que morderme los labios para no reírme. Luego volvió la vista hacia el televisor y, cogiendo el mando a distancia, añadió, encantada consigo misma—: Desde luego, nunca imaginé que se me daría tan bien guardar un secreto. Para que luego venga la mayor y diga que soy una «bocalancha».

Ese fue el principio oficial de Sven, un principio que, según el plan inicial, tendría que haber encontrado un desenlace más o menos rápido, pero que, desgraciadamente, se ha quedado varado en el desarrollo porque en cuanto mamá se adueñó de él, Sven pasó a ser también de su propiedad y al hacerlo suyo le dio una vida y una dimensión que ni en mis peores cálculos yo habría podido augurarle.

—Te va a ir tan bien con él... —fue una de las primeras cosas que me dijo cuando un mes después de que saliera del hospital le anuncié que habíamos quedado en vernos ese fin de semana en Bruselas, porque Sven estaba localizando allí—. Ya verás. —Y añadió, muy seria, poniéndose la mano en el

pecho—: Lo noto aquí.

—Bueno, mamá, tampoco hay que precipitarse —dije, intentando abonar lo menos posible sus expectativas, ya de por sí sobradamente abonadas—. De momento nos estamos conociendo. Además, lo de la distancia no creo que ayude demasiado.

Ella puso los ojos en blanco, como si acabara de oír una blasfemia, y chasqueó la lengua.

—Qué dices, pero si la distancia es lo que más ayuda, hijo —replicó con una mueca de «a veces parece que no te oigas»—. Si tu padre y yo solo nos hubiéramos visto una vez al mes seguro que nunca nos habríamos desenamorado. —Debió de verme la cara de pasmo, porque rápidamente quiso arreglarlo—. Lo mejor para una pareja es no conocerse. Echarle ganas e imaginación, sí, pero conocerse, lo que es conocerse, mejor que no. Eso solo con los de la familia, que al final son los que se quedan.

La miré sin dar crédito.

—Mamá, ¿no será que vuelves a tener infección o algo?

Me miró con cara de ofendida y luego se echó a reír. Yo también.

Ese fin de semana, como varios más desde entonces, lo pasé en el molino. Dejé a Rulfo con Emma, que se ofreció encantada a poner su granito de arena y facilitarme las cosas para que mi historia con Sven tirara adelante, y le pregunté a Oksana si el molino estaba libre. No respondió enseguida. Pareció pensarlo durante unos segundos y luego dijo:

—Tu madre dice que tú vas a ver novio negro con pelo podrido a Bruselas. ¿Cómo entonces molinos? ¿Molinos para qué?

Yo ya había contado con esa variable. Por lo poco que conocía a Oksana, sabía que con ella no hacía falta extenderse demasiado.

—Te lo cuento cuando te vea —respondí—. Pero, por favor, no puede saberlo nadie. Sobre todo mi madre.

Hubo un nuevo silencio. Después, dijo:

—Bueno. Si cuentas bien y convences, *da*. No me gustas mentir. Solo si es por guerra o hambre. Por novios calvos no soy seguras.

No la convencí, pero lo entendió. Se lo conté todo: le hablé de Sven, de la alegría que su aparición le había insuflado a mamá, de que la mentira era solo una solución temporal, hasta que mamá estuviera más preparada, uno, dos meses a lo sumo. Y no sé por qué terminé hablándole también de cómo había sido la vida de mamá antes de divorciarse, de algunos capítulos de nuestra infancia, de la abuela Ester y de lo mucho que la echaba de menos, de papá... Fue fácil. Oksana lo puso fácil, porque es una de esas mujeres que escucha sin interrumpir. Miraba, atendía, fumaba esos cigarros apestosos y a veces murmuraba cosas en

ruso que por supuesto yo no entendía, pero que parecían formar parte de una liturgia de concentración que en ningún momento me atreví a interrumpir. Cuando terminé de contar, ella tiró el cigarro al suelo, lo aplastó con el pie, lo recogió y se lo guardó en la bolsa de plástico donde guarda los restos del tabaco que fuma y dijo:

—Comprendo. Así no haces daño a Malia. —Se quitó una hebra de tabaco de la boca y añadió—: Bien. Buen hijo. —Luego sonrió y negó despacio con la cabeza—: Pero mentira nunca es buenas. Al final alguien tiene daños. A veces todos el mundo. Y acuerda de que digo: las madres no somos tontas. Malia menos que la mayorías.

No dije nada. Sabía que tenía razón, pero la razón no siempre se impone, ni siquiera cuando se trata de algo tan sencillo y tan fácil como podía ser sincerarme con mamá. Oksana esperó un poco antes de volver a hablar.

—A lo mejor lo que pasa es que tú no quieres hacer daños a ti, no a Malia. Yo creo que así es. Pero eso no importa —dijo, paseando despacio la vista por el horizonte—. A veces reconocer mentira pequeña es descubrir grande verdad. Eso es no muy fácil. Tú piensa.

También yo dejé vagar la vista por el horizonte de encinas, robles y pinos sobre los que flotaba un mar lento de nubes blancas al tiempo que sentía una especie de pinchazo en la garganta, como si las palabras de Oksana hubieran pellizcado una cuerda mal afinada que llevaba tiempo silenciada entre las demás y de pronto la hubieran recolocado, tensándola contra la pared del estómago. Reconocí en Oksana el vibrato de la voz de la abuela y noté que se me contraía el cuello, como si mi cuerpo hubiera intentado encogerse. Hubo una fracción de segundo en que la añoranza lo llenó todo, y enseguida entendí por qué había acudido a Oksana y no a Emma o algún amigo en busca de ayuda. Oksana era, y sigue siéndolo, lo más parecido a la abuela que tengo cerca, una de esas mujeres que viven en paz porque saben que la verdad es siempre verdad, aunque se calle, aunque se pisotee, aunque no se comparta. Oksana, como la abuela, no falla, porque aunque no esté, es.

—No preocupes —dijo por fin, volviéndose a mirarme—. Yo no dirás nada a Malia. Ni una palabra. Pero tú piensa, ¿prometes?

Se lo prometí.

Desde ese momento, Oksana se convirtió en pieza fundamental para mantener vivo el encaje de Sven en el crucigrama familiar. No era solamente la gran guardiana de mamá, sino también mi cómplice en algo que sustentaba y mantenía la existencia de una mentira que, a base de repetición, muy pronto empezó a convertirse en verdad. La versión oficial durante los dos meses de plazo que me di para alimentar y dar cuerpo a esa mentira y llevarla a un final

verosímil, fue que cada quince días tomaba un avión e iba a ver a Sven donde él estuviera localizando. En un par de ocasiones, llegamos incluso a quedar a medio camino: la primera, en Madrid, porque supuestamente él estaba trabajando cerca de Cáceres, y la segunda, en Toulouse. Pero Sven nunca vino a Barcelona y, aunque al principio a mamá todo el montaje pareció extrañarle un poco, me veía tan feliz y tan ilusionado con la relación que no tardó en acostumbrarse y en quitarle importancia. En cualquier caso, tanto ella como Silvia y Emma saben que no soy muy dado a compartir mis intimidades, que me cuesta y me incomoda, y desde el principio fueron muy respetuosas con mis silencios. Emma se quedaba encantada cuidando de Rulfo cuando yo viajaba, y mamá, a la que, aunque no lo parezca, le cuesta preguntar cuando tiene la sensación de que puede llevarse una mala respuesta, pasado el primer estallido de euforia no tardó en calmarse y se limitaba a preguntarme si las cosas iban bien, si había pasado un buen fin de semana, si Sven vendría pronto... esas cosas de madre prudente que, conociéndola, ocultaban sin duda preguntas, chismes, sospechas y dudas con las que seguramente atosigaba a Silvia y a Emma.

En cuanto a Oksana, se mantuvo fiel a su palabra. Desde nuestra conversación, se encargaba de que el molino estuviera siempre libre cuando yo lo necesitaba y, aunque hice lo imposible por convencerla de lo contrario, en algún momento u otro se dejaba caer por la casa con cualquier excusa para asegurarse de que estaba bien. A veces, incluso aparecía con algo de comer: un guiso, una menestra, un postre... y siempre repetía la misma broma. Destapaba la bandeja o el *tupper*, torcía la boca y decía:

—No tengas miedo. No son bichos con alas. No gatos.

En ocasiones se quedaba a fumar uno de sus caliqueños en el porche y luego se marchaba. Hablaba poco, pero me hacía bien. Su compañía me hacía bien porque no pedía nada a cambio, solo el calor de la presencia mutua. Otras veces se tomaba una cerveza y me contaba algo de su vida, apenas algún retazo de un pasado tan crudo que ni siquiera se esforzaba por olvidarlo. La relación que mantenía con su hija no era buena. Al parecer, había dejado de serlo cuando Alina había empezado a trabajar en Rusia para los propietarios de las casas rurales que ahora administraba.

—Mala gente —dijo una vez—. Alina metidas en lío por culpa de novio. Asuntos no bien. Pero ella calla, yo callo. —No me miró al hablar—. Alina pareces tu hermana Silvia. Trabajo, trabajo, trabajo y nada más para no piensa en que lo demás mal. Pero corazón bueno. Un día, pum, explotará como bomba y yo estaré cerca para recoger trozos y coser. Después volver a Rusia. Al campo. Yo cuidarás de ella. Siempre. Madres somos así. Cuidar, esperar, cuidar, esperar. Ahora toca esperar.

Esa fue una de las pocas veces que se confesó conmigo. Pero nunca más me volvió a hablar de ella. Hablaba de los campos, de los animales que veía durante la noche, de las masías abandonadas que visitaba y de las cosas que encontraba, y miraba siempre al infinito, siguiendo las sombras que el sol proyectaba al chocar contra las montañas y los bosques. Hablaba con todo lo que la rodeaba, mezclando ruso y castellano, y siempre con un tono de respeto que no era hacia mí, sino hacia el paisaje y la luz que nos envolvía, como si con ella hubiera siempre más gente, otras presencias que también escuchaban y a las que había que considerar.

Dos meses y medio después de mi primer viaje imaginario al encuentro de Sven, Oksana me recordó sin demasiados preámbulos que quizá, tal como habíamos acordado, había llegado el momento de acabar con la farsa.

—Malia está recuperadas. Ahora ya puedes contar. Todo en orden —dijo mientras yo cargaba la bolsa de viaje en el coche y me preparaba para volver a casa. Tenía razón. A pesar de que los desarreglos de orina no terminaban de desaparecer del todo, mamá estaba perfecta. Seguía quejándose de molestias y de algunas pérdidas, pero lo suyo era ya simplemente una cuestión mecánica. Las infecciones no habían vuelto. Le dije que sí, que ya lo tenía todo a punto para gestionar mi supuesta ruptura y que pensaba hacerlo durante la semana, que no se preocupara. Ella sonrió—: Bien. Alegros mucho. Ya no mentir más.

—Eso es —respondí—. Se acabó la mentira.

Me acompañó hasta la puerta del coche y cuando estuve a punto de subir, dijo:

—¿Has pensado?

Estaba de espaldas a ella, a punto de subir. Me detuve.

—¿Pensado? —pregunté sin volverme.

Ella no se movió. La oí escupir y luego dijo:

—Pensado en si tú mentir para no hacerte daño a ti. Prometiste.

No me moví.

—Estoy en ello, Oksana —dije.

Puso la mano en el borde de la puerta del coche, impidiéndome cerrarla, y replicó con una voz que quiso ser neutra pero que me llegó impregnada de una sombra de dulzura que hasta entonces no le había oído:

—«Estoy en ello» es «dejo para mañana», yo sé. —Luego apartó la mano y la oí retroceder sobre la grava—. No dejes mucho para mañana, porque mañana siempre es retraso.

Aunque las palabras de Oksana siguieron reverberando en mi cabeza durante el trayecto de regreso a casa, no tardaron en deshilvanarse en cuanto al día siguiente me sumergí de nuevo en el trasiego semanal. Después de haber

montado y desmontado hasta el agotamiento las piezas del relato que iba a contarle a mamá y de asegurarme que no había dejado ningún cable suelto, había quedado para comer con ella ese mismo miércoles para decirle que Sven y yo habíamos decidido dejarlo. Tras una semana de dudas, de ensayos y de haber dado por buena la última versión del guion que iba a compartir con ella, me sentía más aliviado y también más tranquilo. La mentira estaba a punto de terminar y todo volvería a la normalidad.

El lunes y el martes estuve doblando en estudio. El tiempo, cuando estás encerrado dando voz a un actor que no para de soltar sandeces en una comedia universitaria norteamericana tan rematadamente mala que ni siquiera ha entrado en las quinielas de los premios a la peor comedia del año, pasa volando, y así fue durante esos dos días. El miércoles, cuando por fin dimos por terminado el doblaje y estaba a punto de salir del estudio para ir a buscar a mamá, me sonó el móvil. Era ella.

—Hijo, estoy muy preocupada —fue lo primero que dijo al oír mi voz.

No me gustó su tono. Había en él urgencia y también poca energía. Automáticamente se me dispararon las alarmas y pensé que quizá había llegado una nueva infección. Me preparé para lo peor.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Yo sí —respondió.

Alivio. Noté un crujido en los hombros cuando relajé el cuello.

—¿Entonces?

Suspiró.

—Es tu hermana.

Esa es una frase típica de mamá. Cuando se refiere a Emma o a Silvia dice eso de «es tu hermana», como si uno tuviera que saber, por su tono o por ciencia infusa, de qué hermana habla. Aunque intenté no crisparme, no pude evitar un bufido de fastidio.

—Mamá, tengo dos hermanas —salté—. ¿De cuál estamos hablando?

—La mayor, Fer.

Me extrañó.

—A Silvia nunca le pasa nada, mamá. —Por un segundo, dudé de si mamá no estaría bajo los efectos de la fiebre—. ¿Seguro que estás bien?

—Claro, hijo. Ya te he dicho que no soy yo —insistió, un poco molesta—. Que es ella.

Me senté en el borde de la mesa y dejé la bolsa en el suelo.

—Y qué le pasa, a ver.

—Algo.

—Ya, mamá, ya lo he entendido. Pero ¿podrías ser un poco más específica,

si no te importa?

—Algo gordo.

Conté hasta cinco antes de responder. Si la llego a tener delante la estrangulo.

—¿Cómo de... gordo?

—Mucho.

Me asusté, esta vez de verdad. Si algo le había pasado a Silvia y mamá, en su desestructurado andamiaje mental, lo había puesto en primera fila de su baremo de gravedades, debía de ser preocupante.

—¿Qué pasa, mamá?

Se tomó unos segundos antes de hablar. Oí ladrar a Shirley a lo lejos y a un niño que lloraba, asustado, además de voces que se intercalaban y que seguramente provenían de las dos radios encendidas que mamá tiene en la cocina y en el comedor.

—Ha estado aquí hace un rato y... bueno, estoy tan preocupada que no sé, hijo...

Aquello ya pudo con mi paciencia.

—¿Quieres decirme lo que ha pasado de una vez? —casi le grité, dando un manotazo a la mesa y haciendo saltar los bolis y los lápices del bote de rejilla.

—Hijo, cómo te pones.

«Dios mío», pensé, antes de comerme lo que iba a soltarle e inspirar hondo. «Perdóname por lo que estoy pensando y perdóname también por no estar arrepentido.»

Al ver que yo no volvía a hablar, mamá decidió que había llegado el momento de resumir:

—Tu hermana ha estado aquí hasta hace nada, ayudándome a guardar la ropa de invierno, que todavía la tenía en el armario, y... no ha limpiado.

Durante un momento no hablé. Supuse que no había entendido bien lo que acababa de oír y esperé a que mamá dijera algo más, pero no llegó señal de vida alguna desde el otro lado de la línea.

—¿Que no ha... limpiado?

—No.

—Mamá...

—Pero es que nada, Fer —dijo entonces—. No ha pasado el dedo por la estantería, ni ha mirado los cristales, ni encima de la campana extractora, no ha pasado la escoba por debajo de la cama para ver si hay pelos de perro y tampoco ha fregado el baño. Qué digo, pero si cuando le he preparado las tostadas ni siquiera me ha hecho lavarme las manos con esa cosa desinfectante que huele a pis...

No supe qué decir. Si alguien me hubiera contado esa conversación sobre una desconocida, yo habría pensado que la señora en cuestión estaba chiflada, que la hija debía de tener mucha prisa como para perder el tiempo supervisando la limpieza de la casa y que lo que el hijo tenía que hacer era decirle que se tomara un ibuprofeno o medio lorazepam para tenerla distraída y relajada y que se tumbara en el sofá a ver la tele, pero la señora era mamá y la hija, a la que en sus buenos tiempos habíamos apodado Lady Bayeta por su enfermiza obsesión por la limpieza, era Silvia.

Estuve a punto de decirle cualquier tontería para tranquilizarla, pero no se me ocurrió nada. Si lo que decía mamá era cierto, había en efecto algo extraño en el comportamiento de Silvia, era demasiado No-Silvia para que lo que mamá había observado en ella fuera un simple despiste sin importancia. Intenté pensar, pero mamá no había terminado.

—Hay algo más.

Me ericé. Fue un poco como si hubiera dicho: «Y ahora viene lo peor». Ni siquiera me atreví a preguntar lo que era.

—Cuando ya se iba y la he acompañado a la puerta, de repente se ha girado y... bueno, me ha abrazado. —Hubo un silencio espeso entre nosotros y luego repitió, como si creyera que no la había oído—: Me ha abrazado, Fer.

Entonces sí. Entendí que mamá estaba sinceramente preocupada y que quizá había algo de fundamento en lo que intentaba decirme.

—Estaba a punto de salir, mamá. Ahora me lo cuentas con más calma —le dije mientras cogía la bolsa y salía del estudio hacia el ascensor.

Ya en la calle, mientras llegaba a la parada del autobús, se me ocurrió que, si mamá estaba tan preocupada como la había oído al teléfono, quizá no era el mejor momento de poner en escena el pequeño guion de mi ruptura con Sven. Por un momento me inundó un terrible cansancio. «Cómo cansa mentir», recuerdo que pensé mientras a mi lado, en la parada, una chica dominicana intentaba justificarse ante el que debía de ser su novio por no haberle avisado de que iba a salir esa mañana con una amiga. Estaba nerviosa y cada vez levantaba más la voz, incomodando a los pocos que esperábamos a su lado en la parada. Había algo en ella, en su forma de intentar defenderse y de hacerse oír, que me provocó un escalofrío. Me dio pena, mucha. En ese momento me acordé de Oksana y de su voz rasposa diciéndome delante de la verja de madera del molino: «¿Has pensado en si tú mentir para no hacerte daño a ti?».

Sentí un nudo en la garganta que me costó tragar justo cuando el bus doblaba despacio la esquina y daba un último acelerón hacia la parada. Mientras se detenía junto al bordillo y abría las puertas, tuve durante una fracción de segundo la ilusión de que dentro, sentada en los asientos reservados, encontraría



a la abuela Ester con su abrigo marrón, los pantalones sastre y los mocasines de piel granate, mirándome como me miraba al final, cuando me veía entrar en la habitación del hospital y usaba la poca vida que le quedaba para tenderme la mano y sonreírme con los ojos, con la boca ya no. En ese momento la eché tanto de menos que habría dado la vida por poder abrazarla, cerrar los ojos y quedarme así un rato, callados los dos, sintiendo sus huesos pequeños contra mí y envueltos en su olor a limpio y a piel gastada. Y, mientras la puerta de cristal se cerraba a mi espalda y el bus arrancaba de nuevo, desde algún rincón del pasado, un hilo de voz que era la suya rescató una frase que yo no había vuelto a recordar desde hacía años y que entendí sin esfuerzo: «Nuestra casa está donde no necesitamos mentir, Fer».

Diez minutos más tarde, todavía con el eco de la frase de la abuela palpitándome en la memoria, llegué a casa de mamá.

Todo empezó con un gato.

Faltan unos kilómetros para llegar al desvío que sale de la carretera hacia el molino. A mi lado, mamá lleva un rato dormida con Shirley entre las piernas, las flores sobre el pecho y la cabeza inclinada contra la ventanilla. De vez en cuando se despierta y la endereza, pero enseguida cierra los ojos y se deja vencer por el sueño. Está siendo un día muy largo. Demasiadas emociones, demasiados imprevistos, demasiado comprimido todo. En el asiento trasero, silencio. Tía Inés también duerme y Silvia maneja su móvil como lleva haciéndolo a hurtadillas durante todo el día, aunque ahora, aprovechando que tía Inés y mamá están fuera de combate y no la ven, ya no disimula. Ceñuda y concentrada en la pantalla, teclea a una velocidad de vértigo, como si temiera que en cualquier momento fueran a pillarla. Sabe que no debería, que prometió que este fin de semana evitaría en lo posible usar el móvil, salvo para cosas personales o de urgencia, pero entiendo que para ella es complicado, por no decir imposible, porque, como no se cansa de repetir, «ni los autónomos ni los empresarios se pueden permitir según qué lujos en este país». Además, la ausencia de John no ayuda. En un par de ocasiones la he oído maldecir entre dientes porque no le ha contestado a ningún whatsapp desde ayer y eso, ese silencio, la tiene, además de preocupada, de un humor de perros que no mejora con el paso de las horas. Desde la conversación que tuvieron anoche, transpira una mezcla de rabia y de ansiedad contenidas que hasta el momento hemos conseguido mantener a raya, pero, conociéndola, sé que la tensión acumulada, sumada al pacto de silencio que mantenemos contra mamá y a las no respuestas de John, son ingredientes que, mal mezclados, quizá no auguren el fin de fiesta que todos deseáramos.

Seguramente, si alguien nos viera desde fuera se preguntaría por qué la aguantamos, cómo lo hacemos para que esa nube de crispación que la acompaña por donde va no termine por hacernos saltar y qué nos impide pararle los pies y ponerla en su sitio en algún momento. Pero es que desde fuera las cosas se ven como se practica el deporte ajeno desde el sofá: se juzgan los errores, se ignoran los pormenores. Y sobre todo se desconoce el pasado. El pasado solo lo conoce quien se ha quedado a vivir el presente, y solo se queda quien está realmente dentro. Desde fuera, Silvia es pesada, está insoportable y no se merece la

paciencia que tenemos con ella. Y lo sabemos, claro que lo sabemos. Pero en una familia eso cuenta poco o nada, porque el afuera es afuera también para nosotros. Y desde dentro recordamos, porque llevamos muchos años viviéndola, que Silvia no siempre ha sido así. Que hay otra, una Silvia que, aunque aparece poco, sigue estando.

El día que llegué a casa de mamá después de recibir su llamada sobre Silvia, la encontré francamente preocupada. Al «no ha limpiado» y al «me ha abrazado» se sumó una tercera pata de esa plataforma de inquietud que no tardó en compartir conmigo en cuanto salimos hacia el restaurante.

—Me ha pedido el teléfono de Yoli —dijo, apretándome el brazo con los dedos y con el mismo tono que habría utilizado para decirme que Silvia le había pedido dónde podía encontrar una sogá y un árbol—. No está bien, Fer. Tu hermana no está bien.

No supe qué decir, aunque en ese momento entendí que su preocupación no bebía de una fuente imaginaria. Si Silvia había pensado en llamar a Yoli para que la viera estaba claro que algo no iba bien. Nada bien.

—Tranquila, mamá —intenté calmarla—. Si Silvia está mal y busca ayuda, no podía haber elegido a nadie mejor. Yoli seguro que la ayuda.

Mamá puso cara de «ya, pero no sé si eso me tranquiliza mucho, hijo» y dejó escapar un suspiro.

Yoli no se llama Yoli. Su nombre real es John Li y es el acupuntor chino de mamá. Llegamos a él gracias a una compañera de doblaje que me lo recomendó el día que se enteró de que habíamos tenido que ingresar a mamá y le comenté lo de los problemas de orina. Resultó que a su madre le pasaba más o menos lo mismo y que desde que la trataba Yoli era otra. En cuanto se lo dije, a mamá le faltó tiempo para apuntarse a la aventura.

—Ay, sí. Lo que sea, Fer —saltó, excitada—. Si consigue quitarme esto, como si me clava dientes de tiburón.

El día que la llevé a que la visitara, Yoli nos hizo pasar a uno de los boxes de la consulta y le pidió a mamá que le contara lo que le pasaba. Dos minutos más tarde, cuando ella apenas había empezado a coger carrerilla, Yoli levantó la mano y dijo:

—Entiendo. Infección orina y hace pipí y pierde un poco cabeza por fiebre y por edad. No preocupes. Riñón conectado cerebro. Riñón no funciona, cerebro tampoco y pipí mal. Agua y fuego descompensado. Yo curo riñón. Verás.

Mamá lo miró y sonrió, encantada.

—Ay, Choni, sí —dijo—. Cúrame el riñón pero no me hagas mucho daño, por favor te lo pido.

John Li frunció el ceño.

—Choni, no —dijo—. Li.

Mamá sonrió.

—Sí, Choni. Ya te he entendido —dijo—. Chonilí.

John Li negó con la cabeza. Se había puesto rojo.

—No —insistió—. Yo no Choni. Yo Li. Olvida John. Yo Li.

Mamá inclinó la cabeza a un lado.

—Ah, vale —dijo—. Yoli. Es que como vocalizas así, tan raro...

John Li miró por la ventana, se quitó las gafas y se pasó la mano por la cara.

—Bueno —dijo, mirándome—. Ahora deja a madre aquí y yo trato. Dentro de una hora más menos termina. Vuelve a traer próxima semana, ¿sí?

Dejé a mamá en la camilla y quedé con ella en que la esperaba en la cafetería que está justo debajo de la consulta, al lado del portal. Pagué al salir, bajé, pedí un buen desayuno y me senté a leer los periódicos. Un buen rato después, pasé un momento al lavabo. Cuando salí, mientras iba de camino a mi mesa, vi entrar a mamá. La saludé con la mano, pero como ve tan poco, tuve que ir a buscarla a la barra. Al llegar a su lado, le toqué el brazo y se volvió hacia mí.

Se me quedó la boca seca.

Contra la luz de mediodía que entraba por la cristalera, la cabeza de mamá era como una especie de acerico gigante lleno de agujas que, por el efecto del sol, parecían iluminadas. Ella sonrió al verme, encantada, y en cuanto me fijé mejor, vi que tenía también agujas en las orejas y en el cuello.

—Santo cielo, mamá —dije, intentando mantener la calma—. Pero si estás llena de agujas.

Asintió, sin dejar de sonreír.

—Sí.

—Pero... ¿cómo te han dejado salir así?

Frunció el ceño.

—¿Así? ¿Así cómo?

—Mamá, ¿tú te has visto?

—No. —Decidió poner remedio a eso y sacó del bolso un pequeño espejo en el que se miró durante unos segundos.

—Pareces una azotea llena de antenas, mamá.

Se rio.

—Qué bobo. —Volvió a guardar el espejo en el bolso, pidió un café con leche a la chica y luego dijo—: Es que como ha pasado tanto rato y Yoli ha dicho que una hora, he calculado que ya estaba y bueno, me he vestido y me he ido.

Tragué saliva.

—¿Te has ido? ¿Así? ¿Con las agujas clavadas?

—Sí. Tengo más —dijo, encantada—. En la espalda y en los tobillos. ¿Quieres verlas?

«Dios mío —pensé—. Yo lo que quiero es otra madre. La que sea, pero otra.»

La agarré del brazo y volvimos a subir. En cuanto entramos, encontramos a Yoli a punto del colapso. Estaba tan preocupado que nada más vernos aparecer se sentó en una de las sillas de recepción y se pasó un pañuelo por la frente empapada.

—La próxima vez ato a camilla —dijo, levantando la vista con cara de cordero degollado y señalando a mamá con el dedo. Luego se levantó y la acompañó al box. Antes de que entraran, oí que le decía—: Pareces Estatua de Libertad. No vuelve a escapar. ¿Prometes? Si escapa con agujas y tormenta, atrae rayos y pum, como pararrayos de casa.

—Ji, ji, ji, qué gracioso, Yoli —oí decir a mamá antes de que cerraran la puerta.

Desde entonces mamá empezó a ir a la consulta de Yoli todas las semanas y el tratamiento ha sido mano de santo. Mamá adora a Yoli y, con las semanas, él también a ella. Los desajustes de la orina han remitido mucho en este último año y, sobre todo, mamá ha ganado en claridad mental. Está más tranquila, mucho menos acelerada y, salvo un par de conatos, no han vuelto las infecciones. Aun así, en el momento de mi comida con mamá, los resultados todavía eran un poco tímidos y Silvia seguía sin ver claro lo de la acupuntura. No se fiaba de nada que no fuera «medicina de verdad», como ella la llamaba. Como en todo lo demás, Silvia se fía solo de lo que puede explicar. O, como ella dice, «lo empíricamente demostrable», y para ella nada que lleve la etiqueta de «alternativo» lo es. Silvia necesita pruebas, radiografías, análisis, matemática y fórmulas infalibles. Todo lo demás era —y en algunos casos sigue siéndolo todavía— «cuentos de vieja para desesperados».

De ahí la preocupación de mamá, y de ahí también mi extrañeza. El binomio Silvia y Yoli era, cuando menos, si no alarmante, un motivo de inquietud con fundamento.

Dedicamos buena parte de la comida a elucubrar sobre qué podría estar ocurriéndole. Barajamos un montón de posibilidades, cada cual más peregrina, sin llegar a concretar nada, porque con Silvia todo y nada podía ser. Al llegar al café, hubo un pequeño inciso en la conversación cuando tía Inés llamó a mamá para preguntarle algo sobre la dirección de su dentista y, en el silencio que siguió al instante en que colgó, quise hacer un pequeño tanteo con la cuestión de Sven, para ver si quizá era un buen momento para contárselo.

En cuanto saqué el tema, entendí que no. Fue nombrar a Sven y a mamá se

le iluminó la cara.

—Ay, Fer. ¿Te das cuenta de que es la única alegría que tenemos? —dijo, con una sonrisa triste—. Verte así, tan ilusionado después de tanto tiempo, casi compensa todo lo demás: lo mío, lo de la mayor y, bueno, Emma tampoco te creas tú que me tiene muy tranquila. Está tan sola esta niña... —Y antes de dejarme meter cucharada en su pequeño monólogo, añadió—: Tengo tantas ganas de conocer a Sven... ¿Tú crees que podrás traerlo pronto?

No tuve más remedio que seguir mintiendo.

—Lo intentaré, mamá —respondí—. Deja que la cosa esté un poco más asentada y, por poco que pueda, te prometo que lo traigo. Tiene muchísimas ganas de conocerte, después de lo mucho que le he hablado de ti. Aunque es un poco tímido y bueno... lo de conocer a tu suegra tampoco es que sea un planazo para nadie.

Abrió los ojos como una niña y se puso a aplaudir, feliz.

—¿De verdad quiere conocerme? Ay, Fer, pero tienes que avisarme con tiempo. Tendré que ir a la peluquería. Y llevar a lavar a Shirley. Y limpiar, sí, limpiar un poquito a fondo. Se lo diré a Oksana.

Después, cuando estábamos a punto de salir a la calle, mamá me pidió lo que desde que nos habíamos sentado a comer yo temía que iba a llegar.

—Podrías intentar enterarte, Fer —dijo.

Por un momento no estuve seguro de a qué se refería.

—Seguro que si insistes un poco, Silvia te cuenta lo que le pasa —aclaró—. Contigo tiene mucha confianza. Si lo intento yo, será peor, ya sabes cómo se pone cuando le pregunto algo.

Asentí. Tenía razón. Las preguntas de mamá no eran bien recibidas por Silvia. No lo han sido nunca, ni siquiera de pequeña. Es como si para ella el interés de mamá no fuera genuino, sino una falta de respeto. O directamente una intromisión.

—Esta niña sufre, Fer —insistió, bajando la vista, mientras la ayudaba a ponerse la chaqueta—. Te lo digo yo. Sufre mucho y yo no puedo verla así.

Un par de horas más tarde, mientras paseaba con Emma y con mamá por el mercadillo del barrio, fue ella misma quien, sin pensarlo, dio con la clave que nos ayudaría a desenmarañar una parte de los porqués de esa versión de Silvia que ya empezaba a adivinarse.

Paseábamos entre los puestos comentando la última bronca que Silvia le había echado a mamá por haber salido en zapatillas a pasear a Shirley y haberse tropezado con el bordillo de la acera delante del veterinario. Mamá había conseguido no caerse, agarrándose al árbol que tenía justo al lado, pero Shirley se había asustado tanto que cuando una señora se había acercado a ayudarlas, se

había lanzado a morderla como si la hubieran pinchado con un hierro al rojo vivo. En cuanto Silvia se había enterado, la bronca había sido monumental. Había llegado incluso a amenazarla con hablar con nosotros para ingresarla en una residencia y mamá había estado todo el fin de semana haciendo pucheros por los rincones.

—Todo es por culpa del gato —dijo como quien dice que la lavadora no funciona porque está desenchufada. Nos habíamos parado delante de un puesto de semillas, piensos y chucherías para animales y mamá manoseaba pelotas, huesos y todo lo que tenía a su alcance.

Emma y yo nos miramos. Mamá se refería a Christopher, el gato que Silvia había tenido durante dieciséis años y que se le había muerto hacía un par de meses, al poco del ingreso de mamá. Emma se agachó a coger una pelota y un par de huesos que mamá había tirado al suelo sin darse cuenta con la manga de la chaqueta.

—¿Qué tiene que ver el gato, mamá? —preguntó mientras se incorporaba.

—Pues es lo de siempre, hija —respondió mamá, con una mueca de «vaya preguntas hacéis a veces, de verdad»—. El síndrome del niño vacío.

La dependienta del puesto miró a mamá con cara de no entender nada mientras aceptaba la pelota y los huesos que le daba Emma. Mamá por fin reparó en la muchacha y le dedicó una de sus beatíficas sonrisas antes de seguir hablando.

—Se le ha ido Christopher y se han quedado John y ella solos, y claro, eso es una depresión —sentenció—. Si te quitan al hijo y te dejan al marido es como si te quitan el pelo de la cabeza y empieza a crecerle por el resto del cuerpo. Un infierno, vamos. Yo lo viví con vuestro padre. Acordaos de lo mal que lo pasé.

Emma puso los ojos en blanco y empezó a liarse un cigarrillo.

—Mamá, Christopher era un gato, no un hijo —dijo—. Y es el síndrome del *nido* vacío, no del *niño*.

—Sí, y John es como un marido. O sea, que en el fondo es lo mismo. —Siguió revolviendo el contenido de las distintas cestas llenas de chuches para perros y añadió, como si nada—: Yo creo que ahora adoptarán otro gato. O si no, empezarán a hacer obras en casa: la cocina, el suelo de la terraza, las luces, las ventanas... y cuando se quieran dar cuenta llegarán un día y estará todo tan cambiado que, conociendo a tu hermana, creerá que les han entrado a robar y llamará a la policía hecha una fierota.

La chica asintió desde el otro lado del mostrador y, aunque enseguida mamá cambió de tercio porque se había acordado de que quería comprarle un impermeable a Shirley, la idea siguió flotando sobre nosotros el resto de la tarde y se quedó allí, latente y almacenada en el baúl de las cosas dichas que no se

desechan por ningún motivo en particular, pero que se aparcan en ese limbo de los «por si acaso» familiares que a veces, cuando menos lo esperamos, reaparecen como una bengala desde la memoria para iluminar algo que parecía no importar.

Ese mismo fin de semana, después de que mamá me sometiera a un acoso sin tregua sobre lo preocupada que estaba por Silvia y lo terrible que era para una madre no saber —«Tú no lo entiendes porque no eres madre, Fer, pero el día que lo seas lo sabrás»—, llamé a Silvia y quedamos para tomar un café en el centro. Curiosamente, y a pesar de lo que me había temido después de haber oído la versión de mamá, cuando la vi aparecer no me pareció observar en ella nada extraño. Como siempre, llegó cinco minutos tarde y hablando por teléfono mientras se bajaba del taxi y, en cuanto se sentó a la mesa de la terraza donde la esperaba, encendió el iPad y empezó a buscar no sé qué información que al parecer necesitaba cotejar con quien tenía al otro lado de la línea, que la llamaba desde Buenos Aires y quería unos datos ya. Tardó un buen rato en colgar. Luego silenció los dos teléfonos —doble línea para el trabajo en uno y una privada en el otro— y dejó el iPad encima de la mesa, me miró y sonrió como si acabara de sentarse. Fue la sonrisa más hueca que recuerdo haberle visto en años. Tenía la mirada ligeramente turbia, como si le costara trabajo enfocar. Más allá de eso, era la misma Silvia de siempre.

Después de pedir, charlamos de naderías durante unos minutos hasta que ella sacó un paquete de cigarrillos del bolso. Encendió uno, aspiró hondo y sacó el humo por la nariz.

—El miércoles comí con mamá —empecé, intentando sonar lo más casual posible—. Me dijo que habías ido a verla y también que te había encontrado rara. Me pareció preocupada.

Enseguida cuadró los hombros y arqueó una ceja, como si lo que acababa de oír la hubiera pillado por sorpresa, pero no dijo nada.

—¿Estás bien? —pregunté antes de darle tiempo a ponerse a la defensiva—. ¿Te pasa algo?

Aunque por un momento tuve la sensación de que iba a cortarme con alguna de sus contestaciones al uso, no respondió enseguida. Durante unos segundos pareció sopesar su respuesta.

—¿Por qué lo preguntas? —Inspiró hondo, echó los hombros hacia atrás y los hizo rotar un par de veces sobre sus ejes mientras el cigarrillo colgaba, encendido, de sus dedos.

—Mamá se quedó un poco asustada —respondí—. He hablado con ella esta mañana. Sigue preocupada. Ya sabes cómo es: cuando le da por algo, no para de darle vueltas.



—Ya.

—Me ha dicho que hasta la abrazaste.

Silvia frunció los labios y soltó una carcajada forzada que sonó a falsa tos.

—Vaya —dijo—, ¿tan odiosa soy que mi madre cree que estoy fatal porque la he abrazado?

—No digas eso.

Bajó la vista. Hubo un silencio corto.

—Soy un poco horrible, ¿verdad? —dijo entonces, sin apartar la mirada de suelo.

No supe qué decirle. La pregunta me pilló tan a contrapié que tampoco intenté mentir.

—Más bien un poco difícil —respondí, intentando ser lo más suave posible—. Sobre todo últimamente.

Levantó la vista y sonrió. No era la misma sonrisa hueca de hacía unos minutos. Era la de la Silvia interior, la que, a pesar de todo lo que quizá ya no era, seguía estando.

—¿«Últimamente» quiere decir «desde pequeña»?

Me reí. Ella también.

—No —respondí con una sonrisa, en un intento por alimentar el tono cómplice que por fin parecíamos haber encontrado—. Desde hace un tiempo.

Ella no pareció computar lo que acababa de decirle. Desde que se había sentado a la mesa yo tenía la sensación de que no me escuchaba del todo. Era como si una parte de ella no estuviera. Como si faltara algo.

—No hay nada que contar —dijo por fin—. A lo mejor es eso lo que me pasa, que no hay nada —añadió, volviendo a mi pregunta inicial y retomando la tensión del principio—. Me da hasta vergüenza decirlo. Quiero decir que no debería sentirme así, pero...

Me dio miedo ese enunciado, sobre todo viniendo de ella, pero no se lo dije. Ni eso, ni tampoco que desde hacía unas semanas nos resultaba tan difícil aguantarla que tenerla cerca casi se había convertido en una proeza. No le dije que se irritaba por cualquier cosa, que estábamos cansados de sus cambios de humor, de las malas contestaciones y de las quejas constantes, de que para ella todo fuera siempre demasiado algo, demasiado pequeño, demasiado tarde, demasiado blanco o demasiado negro. No me atreví a preguntarle dónde habían quedado la paciencia y el humor, dónde estaba la Silvia que, a pesar de todo, siempre terminaba echando mano de esa capacidad de reírse de sí misma cuando le poníamos delante el espejo familiar y veía reflejado en él ese retrato de mujer maniática y afilada con el bolso lleno de bayetas, detergente para las manos y eso que mamá había bautizado en su día como los «por si acaso de Silvia», a

saber: pastillas por si le daba la alergia, toallitas húmedas de aloe por si tenía que usar un baño público, guantes de látex «por si las moscas», dos baterías externas para el móvil —la segunda por si se le gastaba la primera, cosa que ocurría a menudo—, un blíster de ibuprofeno «por si algún dolor», un par de botellines de Rescue, tampones, pañuelos de papel, cepillo de dientes de viaje... No, desde hacía un tiempo nada quedaba del humor y menos aún de la paciencia. Emma decía que debía de tener algo que ver con John, que a lo mejor no estaban pasando por una buena época y que claro, «como Silvia es como es, pues se lo queda todo dentro», una teoría a la que tía Inés se sumó solo en parte, resumiéndolo a su manera, porque lo veía a su manera, que era, a pesar de su visión, la más clarividente: «Por lo poco que he podido ver, parece que cuanto más John, menos Silvia», soltó con una mueca de señora que sabe lo que dice. «Aunque, la verdad, no sé cómo la aguanta ese santo varón —añadió—, porque yo la veo cada día peor.» Y peor estaba, o al menos eso nos parecía a nosotros, sobre todo en lo que respectaba a mamá. Los despistes, las torpezas, los comentarios surrealistas, las señales cada vez más evidentes de que mamá estaba empezando a convertirse en una mujer mayor cuyas facultades no eran las que habían sido no siempre encontraban buena respuesta en Silvia. Mamá empezaba a ser menos ella y más el esbozo de aquello en lo que la edad iba a retratarla y esa imagen anticipada de la última etapa de su vida aterraba a Silvia hasta el punto de que la negaba de raíz. No había en ella empatía con la vejez. Mamá no. No podía ser. Si mamá se caía, Silvia la reñía por haber salido sin las gafas, o por no haberse agarrado a la barandilla de las escaleras de la plaza, como le hemos repetido hasta la saciedad. Primero la reñía, y en la riña había saña porque en realidad no la reñía por caerse, sino por hacerla sufrir con su caída. Luego, en cuanto recuperaba el control y volvía a ver a mamá por lo que era, la ayudaba y se desvivía por ella. Rabia. La rabia de Silvia era contra el tiempo, pero el tiempo no da nunca la cara y Silvia se desquitaba con mamá. Y entonces llegaba la culpa, y la culpa generaba vergüenza, una vergüenza fea y cruda que la desarbolaba, porque veía en ella su peor versión.

Rabia. Miedo. Culpa. Vergüenza. Pena. Rabia.

El círculo no se cerraba.

Silvia estaba insoportable, esa era la verdad, pero lo estaba sobre todo consigo misma. Lo demás, lo que nos llegaba a nosotros, era la onda expansiva de lo que ella vivía por dentro, o eso era al menos lo que intuíamos y lo que nos preocupaba, sobre todo a mamá.

—Siento que algo no encaja, Fer. No sé qué es, solo sé que hay algo que no va —empezó, pasándose la mano por el cuello—. Pero cuando me oigo decirlo no entiendo lo que quiero decir y pienso que no tengo derecho a quejarme,

porque no me falta nada. Os tengo a vosotros, un trabajo que me encanta, aunque se me lleve media vida, tengo a John, una casa en la que me siento a gusto... y, bueno, sí... también esta ansiedad que me mata día sí y día también, pero supongo que eso va conmigo. Sin ella no sería yo —añadió con una risa amarga, apagando el cigarrillo en el cenicero.

No supe qué decir. Por lo menos parecía consciente de que algo no iba bien y eso me tranquilizó.

—Es como si viviera encogida —volvió a hablar—. Como si no cupiera y a veces quisiera estirar los brazos y empujar, empujar mucho hacia todas partes para poder respirar mejor, porque no me acuerdo de cómo era respirar antes, cuando la vida no era esto, o yo no era así. —Bajó los ojos—. No sé ni lo que digo, Fer. Sé lo que siento, pero no sé cómo ordenarlo. ¿Me entiendes?

Asentí una vez más y me pregunté entonces dónde cuadraba la ficha de Yoli en el rompecabezas de esa reflexión. Ella misma me dio la respuesta.

—Le he pedido a mamá el teléfono de John Li —dijo, volviendo a encender un cigarrillo—. Quizá me ayude a rebajar un poco la ansiedad. Con eso me conformo. Aunque, no sé, no creas que las tengo todas conmigo.

—Ya.

—A lo mejor, sin tanta ansiedad puedo pensar mejor y veo las cosas más claras, ¿no?

Se hizo un silencio que no fue incómodo. Entre Silvia y yo la incomodidad no está nunca en los silencios ni en las distancias cortas. Al contrario: estamos bien juntos, aunque digamos poco, porque nos conocemos bien. El color de su complicación es a menudo parecido al de la mía y eso une, une mucho.

—¿Y John qué te dice? —se me ocurrió preguntar.

Me miró como si acabara de oír el chirrido del yeso en una pizarra.

—¿John? —dijo—. No se lo he contado. —Debió de verme la cara de perplejidad, porque enseguida añadió—: Mejor no decirle nada. Está tan hasta arriba de trabajo que prefiero no molestarlo. Además, sé que se preocuparía demasiado. No soporta verme mal. —Yo seguí sin hablar y ella quiso cortar cuanto antes la incomodidad que debió de leer en mi silencio—. Es demasiado sensible. Mucho más de lo que imaginas.

No supe qué decir. Me costó entender que estuviera pasándolo como lo estaba pasando y hubiera decidido hacer el sobreesfuerzo de ocultárselo a John, y en el momento no supe reaccionar. La que sí lo hizo en cuanto lo conté al día siguiente fue tía Inés.

—Pero, bueno, esta niña es idiota —siseó, echando espumarajos por la boca. Emma le puso la mano en el brazo, intentando calmarla—. ¿Demasiado sensible? ¿John? —saltó, retirando el brazo de un tirón—. ¿Y no le has dado una

bofetada?

Estábamos a punto de empezar a comer. Llevábamos un buen rato hablando, porque, por supuesto, en cuanto Silvia y yo nos habíamos despedido, comprobé que tenía diez llamadas perdidas de mamá y otros tantos mensajes en los que simplemente decía: «¿Ya?». Preferí contárselo a todas a la vez y quedamos un par de horas antes de la comida del domingo en casa de tía Inés. Cuando mamá oyó lo de John, negó con la cabeza.

—Es peor de lo que creía. Habrá que estar muy atentos —dijo, visiblemente abatida por todo lo que acababa de oír—. Solo espero que Yoli la ayude y pueda salir adelante, pobre criatura.

Media hora más tarde, cuando estábamos a punto de terminar el primer plato, Silvia nos anunció que John y ella habían decidido hacer obras en casa.

—Será poca cosa. Renovaremos la cocina y el baño de las visitas —aclaró—. Y estamos pensando en instalar una sauna seca, pero todavía no nos hemos decidido, porque es complicado encontrar una ecológica de uso doméstico —dijo. Por supuesto, mamá parecía no acordarse de su teoría sobre el gato que nos había soltado en el mercadillo y la escuchaba con un interés impropio de ella mientras yo recibía una patada por debajo de la mesa y una mirada de Emma que entendí al instante porque fue compartida.

Cuando me levanté para recoger los platos y llevarlos a la cocina, mamá me acompañó para sacar del horno la bandeja con el pollo. Mientras yo iba enjuagando los platos en el fregadero para meterlos en el lavavajillas, ella se acercó a mí disimuladamente y, frunciendo los labios, me dijo en lo que supuestamente debía de ser voz baja:

—Ya os lo había dicho. Es por el gato.

La miré, pero no dije nada. Ella sacó la bandeja del horno, lo cerró y, cuando se dio la vuelta para volver a la mesa, murmuró entre dientes:

—El síndrome del niño vacío.

Y llegaron las obras.

Sorprendentemente, lo que *a priori* debía de haber sido motivo de alegría no tardó en convertirse en un auténtico calvario. John, que ya en aquel entonces vivía prácticamente en la oficina porque trabajaba en un macroproyecto de investigación biomédica coordinado con tres universidades canadienses que debía de ser muy importante pero que, a día de hoy, ninguno de nosotros hemos entendido, dejó el peso de lo doméstico en manos de Silvia y ella, que desde siempre ha sido incapaz de delegar responsabilidades, tuvo que sumar a su ya frenética agenda la supervisión del trabajo de pintores, albañiles, instaladores de ventanas, lampistas... cosa que no hizo sino aumentar la tensión y el estrés que, en su consulta, Yoli apenas había empezado a tratar. Con semejante actividad a las espaldas, el día empezaba para Silvia a las cuatro y media de la mañana y terminaba, con suerte, pasada la medianoche. Eso cuando no le tocaba viajar, que era, como poco, una vez a la semana. Infernal. El ritmo de vida de Silvia era infernal: trabajo, reuniones, Skype, las obras en casa, viajes, diferencias horarias, lorazepam para conciliar el sueño, algo de yoga y meditación en pequeños paréntesis robados a lo que quedaba... y luego estaba el teléfono, que no descansaba nunca: redes sociales —«no hay mejor *community manager* de una empresaria *influencer* que una misma. La gente quiere autenticidad, no virtualidad»—, escribir los artículos para el blog, mandar a traducirlos, preparar y grabar las dos colaboraciones semanales para la radio, intercalar conferencias, charlas, rechazar invitaciones, aceptar otras... en resumen, «dar de comer al monstruo», como ella misma lo llamaba a veces, en los escasísimos momentos en que se sinceraba y se permitía una pequeña queja que rápidamente intentaba positivizar con una de esas frases manidas de autoayuda exprés que debía de leer en los tazones que vendían en las tiendas del aeropuerto. Esa era Silvia: siempre más, siempre con oportunidades que aprovechar, la de «si no lo hago yo, no lo hace nadie», siempre «deja que mire mi agenda». Y luego el carácter: un complejo campo de minas que iban acumulando metralla hasta que, al mínimo roce y sin motivo aparente, llegaba el estallido de cosas no dichas, de rabia, de lo incomprensible.

Recuerdo especialmente uno de esos estallidos. Ocurrió un mes después del

café que habíamos compartido en la terraza del centro, ya en pleno verano. Nos había invitado a su casa para enseñarnos cómo estaban quedando las nuevas ventanas que habían colocado en el estudio de John y el plan era ir después a comer a un restaurante hindú que acababa de abrir muy cerca, en la playa. Cuando bajamos del coche, nos pareció oír que alguien gritaba al otro lado del muro, pero fue solo un instante y no le dimos importancia. La casa de Silvia es, como dice mamá, «una casa, casa». Dos plantas en una buena zona de Sitges, blanca, amplia, espacios limpios y muebles escasos y «con todo en su sitio»: su jardín, su piscina, su césped y sus plantas, por ese orden. Cuando nos acercamos a la puerta, volvieron los gritos. Esta vez no cesaron. Era Silvia. Nos quedamos donde estábamos, sin saber qué hacer, hasta que por fin pudimos entender algo de lo que decía. Gritaba descontroladamente a alguien que debía de ser un hombre y al que, por lo que entendimos, se le había volcado un cubo de pintura sobre el césped. Lo que llegamos a oír salir de esa boca —y no solo el tono, sino el fondo de lo que iba vomitando sobre el pobre hombre que había tenido la desgracia de que le hubiera tocado en suerte una clienta como aquella— nos dejó tan estupefactos, era tan límite y nos avergonzó de tal modo que, sin siquiera comentarlo entre nosotros, dimos media vuelta y nos alejamos de allí sin hacer ruido en dirección al paseo antes de que Silvia se diera cuenta de que habíamos llegado. Caminamos en silencio hasta la zona de las terrazas y nos sentamos en la primera que encontramos. Cuando apareció la camarera, mamá se descolgó pidiendo un *gin-tonic*.

—Querrás decir una tónica —le dije.

Asintió, mirando a la camarera.

—Sí —dijo—. Con ginebra.

La chica soltó una carcajada que mamá recibió encantada.

—Es que tengo tanta sed... —saltó con una vocecilla de madre conmovida en cuanto vio que tía Inés se volvía a mirarla con la censura a punto.

Luego volvió el silencio. Emma comentó sin muchas ganas que iba a mandarle un mensaje a Silvia para decirle que mejor nos encontrábamos en el restaurante porque íbamos a retrasarnos y que iríamos a ver las ventanas después de comer. Cuando la camarera reapareció y dejó las bebidas en la mesa, mamá cogió su copa y, después de tomar un buen trago, se quitó las gafas para cambiárselas por las de sol y declaró:

—Desde luego, está endemoniada.

No dijimos nada. Seguíamos tan impactados por lo que habíamos oído al otro lado del muro, que ni siquiera se nos ocurrió que hablara literalmente.

Nos equivocamos.

—Es como una posesión —insistió.

Tía Inés chasqueó la lengua y se persignó.

—Sí, es terrible —apuntó con voz preocupada—. Sobre todo para ella. Debe de pasarlo fatal, la pobre.

Mamá la miró y asintió, pensativa.

—Crucemos los dedos para que Yoli pueda ayudarla. Si con él no funciona, no sé yo... —dijo, con expresión compungida. De repente, algo debió de iluminársele en el cerebro, porque abrió los ojos como si acabara de tener la idea del siglo.

—Oye —dijo, poniéndole la mano a tía Inés en el brazo—, ¿en los carismáticos tenéis exorcistas?

Emma dejó de liarse el cigarrillo y tía Inés puso cara de no estar entendiéndola.

—Es que a lo mejor la cosa va un poco por ahí —insistió mamá. Emma parpadeó y volvió a su cigarrillo y mamá desfiló barranco abajo—. En «El asesino es tu vecino» han salido un par de casos de posesiones esta temporada —siguió—. En uno, un niño se comía los mocos de los hijos de los vecinos de la urbanización porque dentro tenía un demonio bebé. Y en el de hace dos semanas, una chiquita mexicana estaba poseída porque había hecho la comunión con tanga y hubo que hacérselo en la gasolinera del pueblo porque la iglesia se la había llevado un huracán.

Tía Inés arrugó los labios.

—Pero Amalia, hija, ¿tú te oyes?

Mamá se acercó la copa a la boca y asintió.

—Si hay mucha gente alrededor, no demasiado, porque el otorrino me dijo que de agudos no voy bien, pero si estamos así, como ahora, sí.

Emma me miró y, a pesar de toda la tensión y del impacto —que todavía seguía pesando lo suyo—, no pudimos, ni ella ni yo, contener la risa. Mamá no lo entendió. Nos miró, esperando que compartiéramos con ella lo que nos hacía tanta gracia, pero enseguida volvió a lo suyo y, volviéndose hacia tía Inés, le preguntó:

—¿Sale muy caro?

Tía Inés frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Un exorcismo —dijo mamá—. ¿Cuánto puede costar, más o menos? Uno pequeño. Lo digo por si Yoli no funciona.

Tía Inés se volvió a mirarnos a Emma y a mí y apoyó la mejilla en la palma de la mano, tapándose el ojo con los dedos y dándose por vencida.

—Si como amiga es complicado, no me quiero ni imaginar cómo debe de

ser tenerla como madre —dijo al tiempo que a su lado mamá se tomaba, feliz, tres buenos tragos de *gin-tonic*. Y añadió—: Sois unos héroes.

El estallido de la piscina ha sido solo uno de los momentos que nos ha tocado vivir con Silvia desde entonces. Las obras tampoco han cesado, porque cuando parece que por fin todo está en orden y el nuevo espacio es el que buscaban, siempre hay algo más: nuevas ideas, cosas que sobran o que faltan, detalles, pintura, una claraboya que quizá sí, ese seto que habría que sustituir por algo con flor, el césped del jardín que no termina de... «¿Y si cambiamos el suelo del porche?» «¿Una isla central en la cocina, ahora que quizá empecemos a cocinar más en casa?» No, las obras siguen y los estallidos de ira también, avanzando ambos en paralelo, aunque gracias a las agujas de Yoli son cada vez más espaciados. Afortunadamente para Silvia y también para nosotros, Yoli está haciendo con ella un trabajo fantástico, a pesar de que al principio ni el uno ni la otra las tenían todas consigo.

El día que acompañé a Silvia a la consulta para su primera visita, no pasé al box con ellos. Silvia lo prefirió así y yo también. Cuando apareció, hora y media más tarde, en la cafetería, se sentó a la mesa y, con cara de poco humor, dijo:

—No sé yo.

Eso fue todo. Entendí al verla que no iba a ser fácil.

Yoli no fue tan parco cuando, el día que le tocó ver a mamá, se quedó conmigo unos minutos en el pasillo para comentarme un poco la visita de Silvia.

—Tu hermana es caso complejo —dijo—. Fuego cabeza y fuego en pies. Fuego no circula y tanta ansiedad pone en estómago y queda. Yo nunca ha pasado que ponga agujas y agujas salen, rebotan y pum, al suelo como de goma. Al principio pienso que parece búfalo chino, pero cuando agujas vuelan pienso que es como dragona. Silvia fuego por todas partes y si un día prende mecha, es dinamita china. Fus, fus, fus.

Mamá, que estaba en el box y se había quedado disimuladamente apoyada en la puerta, escuchando, asomó la cabeza, horrorizada.

—¿Es ti... fus? —gritó—. ¿Silvia?

—No, Albania —replicó Yoli, empujándola hacia dentro y ajustando la puerta—. Tú tiende boca arriba. Ahora voy. —Se volvió y me dijo—: Silvia complicado. Mucha ansiedad y no habla. Combinación mala. Yo ayuda, no preocupes. Pero largo. Paciencia. Quito fuego de dragona.

Paciencia. Paciencia con Silvia y paciencia con los tiempos que la vida marca. Esa parece haber sido la lección que tocaba aprender este año. «Los ritmos los marca la vida», decía la abuela Ester, y ha tocado aprender, quizá no tan por las buenas, que así es. Por un lado, Silvia con sus tabiques y esas obras que parecen no tener fin, su silencio y el fuego enquistado en el cuerpo que Yoli



ha estado intentando hacer circular en su interior antes de que estalle el volcán, cerrada a nosotros pero siempre cerca, y, por el otro, yo con mi novio imaginado, esperando a que la vigilia de mamá fuera a menos y poder encarar con ella —y con las demás— que Sven no existe ni ha existido más que una sola noche y que lo demás es miedo a desilusionar, al daño.

—No es el mejor momento para contárselo —le dije a Oksana la mañana que vino a limpiar a casa, una semana después de mi conversación con mamá en el restaurante—. Mamá está muy preocupada por Silvia y si le digo ahora que he roto con Sven, quizá sea demasiado.

Se volvió a mirarme mientras seguía enjuagando platos en el fregadero.

—No digas a ella. *Da*, mejor —dijo—. Malia muy preocupada por tu hermana, más de lo que dice a vosotros. A mí contó todo el martes y dice a mí: «Que no sepa Ferando, Oksana, pero dime cosas si tú enteras». —Cerró el grifo, se quitó los guantes y los dejó sobre la encimera—. Entonces, ¿tú vuelves a molinos seguido otra vez?

—Sí —respondí.

—Bien —dijo—. ¿Preparo codornices con abrigos de lana? —añadió con una sonrisa llena de huecos, guiñándome un ojo.

Me reí. Ella no. Me miró muy seria y levantó un dedo nudoso y despellejado para decir:

—Así tú pensarás mientras tienes silencios en campo. Te hace faltas. —Y después de darse la vuelta y alejarse hacia la puerta, añadió—: A veces la vida quita plazos y pone plazos nuevos. Ella manda. Tú mejor no olvidas.

La vida manda. Podría haberlo dicho la abuela. Eso, o «la vida no es, la vida se deshace». No, no lo he olvidado. A veces, durante estos últimos meses, he llegado incluso a agradecerlo. Desde que Silvia pasó a ser prioridad número uno en la lista de preocupaciones de mamá, la vida mandó seguir hasta nueva orden y yo decidí hacerle caso. Siguieron mis supuestos fines de semana con Sven y siguieron también las visitas al molino. Si el molino estaba ocupado —ha ocurrido pocas veces, porque Oksana siempre se las ha ingeniado para inventarse alguna avería o alguna reparación de última hora y que Alina no lo alquilara—, me instalaba en otra de las casas y Rulfo me acompañaba. Le dije a Emma que Oksana se había ofrecido para quedarse con él siempre que la necesitara y así pude empezar a llevármelo al campo. En cuanto llegábamos al molino y le abría la puerta del coche, él salía disparado a buscar a Oksana y ella, que lo sabía, se escondía disimuladamente en algún rincón del bosque cercano que bordea el río hasta que Rulfo la encontraba y tiraba de ella hasta la orilla para que le lanzara palos y piñas mientras él se bañaba. Oksana quería ya entonces a Rulfo como no quiere a las personas. Con él expresaba cosas, más allá de los gruñidos y de esas

frases convertidas en órdenes que suelta como las forma, sin filtro ni cuidado. Con Rulfo el cuidado era otro. Lo abrazaba contra ella como una osa mientras le mordía los bellos y él se dejaba hacer como no lo ha hecho nunca con nadie, ni siquiera con mamá. La parte más humana de Rulfo se acoplaba en el campo a la parte más animal de ella y la confianza que han construido entre los dos fue desde un principio absoluta. Si Oksana decía «basta», Rulfo obedecía al instante y se tumbaba con la cabeza entre las patas. Una mirada de ella obtenía de él una reacción instantánea que por supuesto yo jamás he recibido. Oksana es como una bestia salvaje, o como una niña gigante, torpe y bruta, que no sabe medir las fuerzas, pero que quiere calor. La llegada de Rulfo ayudó a descubrirla así y, poco a poco, empezó a comunicarse más, a compartir mejor.

No pasó mucho tiempo hasta que los fines de semana en el molino se convirtieron en los fines de semana con Oksana.

Los planes eran casi siempre los mismos. El sábado, si hacía bueno, tocaba paseo. Salíamos a media mañana, después de que Oksana se hubiera ocupado de las casas que tenía en cartera y hubiera dado el informe correspondiente a Alina. Caminábamos durante horas por sendas que ella había ido descubriendo en sus misiones de reconocimiento por la zona en busca de materiales para las obras de su casa. Y no hablábamos. Oksana no quería. El día de nuestra primera salida, en cuanto se me ocurrió hacer el primer comentario sobre no recuerdo qué, se paró en seco delante de mí, se volvió y ladró:

—No hablas en el paseo. Piensas. Si hablas, no piensas. Mejor paseas solo. Pero Rulfo conmigo.

No me dio mucha opción. Eran largos paseos en silencio entre bosques de robles, encinas y pinos enormes; rutas que no debía de conocer prácticamente nadie, río arriba entre saltos de agua helada, zorros, masías abandonadas, restos de cimientos centenarios que Oksana recolectaba y que transportaba en su 434 a su pequeño refugio de pastores, que hasta la fecha no ha querido enseñarme, porque «mi casa no es para nadie ver, es para yo vivir»; madrigueras, jabalíes, rincones llenos de bayas, trigales inmensos, una cantera que lo fue y que ahora ya nadie usa, ermitas con frescos descascarillados que podían arrancarse con la mano, fuentes de agua con sabor a hierro, piscinas naturales... Oksana preparaba la comida —«bocadillos sin bichos», té y fruta— y pasábamos el día sin intercambiar una sola palabra, ni siquiera cuando parábamos a almorzar.

—El bosque es para escuchas, no para hablas —me dijo ese primer sábado cuando me dejó en casa—. Si hablas, no oyes respuesta a tu pregunta y tú conviene piensas. Prometiste. Cuando tengas respuesta, Oksana escuchará a te. Oksana buena para escucha.

Tenía razón: Oksana escucha bien. Pocas veces interviene en las

conversaciones, a menos que sea para dar respuesta a una pregunta directa, pero eso es lo de menos, porque en todo momento está pendiente de lo que oye. A veces, durante los paseos, se paraba de pronto e inclinaba la cabeza a un lado, con Rulfo pegado a su pierna, atenta e inmóvil como un animal, hasta que decía:

—¿Oyes?

Por supuesto, yo no oía nada, aunque no era a mí a quien preguntaba, sino a Rulfo, que erguía las orejas y ladeaba la cabeza como ella, atento, escuchando él también: algún corzo, rebaños a lo lejos, caballos, agua... Por la noche, antes de desaparecer en el pequeño tanque de regreso a su refugio, se sentaba un rato conmigo a la mesa del porche, siempre a mi lado, de modo que no nos miráramos a los ojos. Ella fumaba sus cigarros apestosos y bebía té frío con una especie de anís que llevaba en una botella que guardaba en el coche mientras hablábamos mirando a la montaña y sobre nosotros los cielos cambiantes del valle matizaban las voces y también los silencios. Los suyos eran silencios vacíos de tensión, como pequeñas cuevas en las que uno podía abrigarse de los silencios propios y en cualquier momento hablar sabiendo que no pisabas nada frágil, que bajo tus pies había roca por la que podías transitar con tus miedos, con tus vergüenzas, con todo lo que no se ve.

A veces, durante esas noches de sábado, ella preguntaba algo. Hablaba sin apartar la vista del bosque, como si esperase que la respuesta llegara de allí, rebotada y repartida desde mi voz. Las tuyas eran preguntas huérfanas y enteras, sin fisuras, que al principio yo intentaba esquivar con una respuesta corta y poco concreta, pero que con el tiempo y los meses han ido abriéndome a verdades y a dudas que nunca había compartido con nadie y que de pronto tenían voz y también tono. «¿Echa de menos a tu padre?», «¿Silvia siempre eras así o antes más feliz?», «Si tu padres vuelves y pide perdón, ¿perdonarías a él?»... y, por supuesto, la pregunta estrella, la que desde el principio ha ido lanzando sin descanso contra las luces y las sombras del paisaje cada cierto tiempo: «¿No dices a Malia que Sven ya no es novio para no hacer daño a ella o para no hacer daño a ti?». Preguntas. No han sido muchas, es cierto, pero cada una de ellas ha llegado en su momento, restallando como un disparo contra los ecos del valle desde el porche, resonando fuera y también dentro y provocando respuestas que generaban en mi memoria ondas circulares y tranquilas, como piedras en las aguas quietas de una laguna. A medida que llegaban, empecé a contarle cosas de papá, de cómo se había ido y de por qué el perdón no dependía solo de mí, sino que era algo grupal, que si en algún momento llegaba, tendría que ser concertado entre todos porque el daño que había dejado tras de sí nos había convertido en un solo bloque frente al abandono. Le hablé de Silvia, de cuando había perdido al hijo que esperaba y al despertar en el hospital se había enterado de que le habían

tenido que quitar el útero y, volviéndose a mirar por la ventana, había dicho: «A partir de ahora estoy vacía», y le hablé también de Emma, de que la Emma que ella veía era todavía el reflejo de la que tiempo atrás había seguido esperando en una cafetería a su novia, todos los días a la misma hora durante un año, porque no había querido ver su cadáver y no había sido capaz de enfrentarse a tanta pérdida así, sin ver, hasta que mamá la había salvado de la locura. Le hablé de mamá, de lo que había sido antes de la Amalia que ella había conocido, de la pérdida de los amigos con el divorcio, de tía Inés y esa fidelidad que habían vivido las dos a escondidas por miedo a un castigo que nunca llegó, de la infancia de mamá, de lo difícil y también de lo importante que era para todos sentir que estábamos, que a pesar de todo seguíamos estando, cada uno con sus claroscuros, pero vivos, y que eso era lo que no podía fallar. Y le hablé también de la orfandad, del miedo al día que mamá ya no esté.

—Ese es gran miedo de ti, ¿verdad? —dijo, echando el humo negro por la nariz como un dragón.

—Es el de todos —respondí—. No sé qué haremos cuando se vaya —añadí, con la voz menos segura—. No lo quiero ni imaginar.

No respondió enseguida. Terminó de fumar, se tomó lo que le quedaba del té de un trago y se levantó con un gruñido, apoyándose en la rodilla para ayudarse.

—El día que mi madre murió, yo tenía tanto dolor que después de enterrarla, encerré en casa y me arranqué este diente con la manos. Yo sola. Así dolor de diente ayudaba a olvidar dolor de muerte. Este —dijo, llevándose el dedo a uno de los huecos que tenía en la dentadura. La miré, tan perplejo que no pude ni tragar—. Estos otros aquí que ves son por hermanos. Arranqué también.

Cuando pude reaccionar y quise decir algo, ella ya se alejaba en su pequeño tanque camino arriba, en dirección al río. Sus verdades eran así, a bocajarro. Hablaba y se iba, quizá arrepentida o quizá no, con ella era imposible saberlo.

Pero si los sábados Oksana tocaba diana a media mañana para salir de paseo temprano y aprovechar el día, los domingos no se dejaba ver hasta entrada la tarde. Venía, bajaba al río con Rulfo, que ya la esperaba al borde del camino, y, después de pasar allí un buen rato con él, nos sentábamos a merendar en el porche, aunque rara era la vez que probaba nada de lo que yo le ofrecía. Se traía su té y una especie de bollos con azúcar y huevo duro que horneaba ella misma y que, según me dijo, era lo que cenaba todas las noches.

—Digestión pesada. Hambre cuando niña y estómago pequeño —fue lo que dijo—. Mejor así.

Después de merendar, se fumaba uno de sus caliqueños en silencio con Rulfo a sus pies. Luego recogía los platos, los dejaba en el fregadero y

preguntaba:

—¿Dónde?

El iPad estaba siempre en el mismo sitio, pero el «dónde» de Oksana era casi una contraseña, el pistoletazo de salida con el que daba comienzo la segunda parte de nuestros fines de semana en el molino, aquella en la que aparecía la otra Oksana —porque había y hay otra Oksana—, una versión más cercana, más lúdica y más niña de la mujer-loba que sin duda es. Su «¿Dónde?» era la llave que abría el arcón de la magia que compartíamos a cuatro manos y que contenía lo que desde un buen principio bautizamos como el «Kit para los viajes fantasma», o lo que es lo mismo, una lista de las cosas que hay que saber para mentir sobre un viaje imaginado de fin de semana con novio. Era un juego y los dos lo sabíamos, pero confieso que, aunque al principio no me sentí demasiado cómodo conspirando así con Oksana, no tardé en relajarme y disfrutar como lo hacía ella. Además, la idea no solo era útil, sino genial.

Oksana me ponía el iPad delante, lo encendía y decía:

—¿Dónde estás este fin de semanas?

Yo le indicaba la ciudad o la zona donde supuestamente había quedado con Sven y entonces ella decía:

—Bien. ¿Buscas hotel con encantos? ¿Rural? ¿Apartamento? ¿Casa amigos de Sven?

A partir de mi respuesta, empezábamos a buscar. Ese era el principio de la lista de detalles que conformarían mi fin de semana, de manera que cuando terminábamos yo podía volver a casa y contar lo que había hecho con Sven sin temor a equivocarme, dando detalles del hotel, de un restaurante que habíamos descubierto por casualidad y donde nos habían servido tal y tal plato, y hablar de un museo equis al que Sven me había llevado porque sabía que me gustaba tal escultor o de un par de anécdotas en sitios reales que a veces sacábamos del blog de algún viajero. Si había ocurrido algo en la ciudad de turno —algo grave o notorio que hubiera sido noticia internacional— preparaba la narración de cómo lo habíamos vivido. Había que pensar en todo y tener respuestas para todo, aunque después no las usara. «¿Y el avión?», preguntaba Oksana. «¿Qué compañía? ¿Retraso? ¿Anécdota?» Preguntaba como un policía, encantada en su papel de detective e intentando pillarme siempre en alguna respuesta en falso. Jugaba al despiste delante de la pantalla, intentaba confundirme y, cuando lo conseguía, daba un manotazo en la mesa y soltaba una carcajada desdentada que Rulfo saludaba con una ristra de ladridos. Lo que más le gustaba era ver hoteles y museos en el iPad. Solo había salido de su pueblo de Rusia para reunirse con Alina, y Barcelona era prácticamente el único asfalto que conocía. Sin embargo, su curiosidad se acababa pronto, en cuanto daba por completada la lista del viaje.

—Puedes apagar —decía entonces, apartándose a un lado—. Tantas cosas marean a mí. Las ciudades están muy bonitos, pero todas iguales: ladrillos, zapatos duros, perros tristes y gentes sin silencio. Por pantalla es interesantes, pero mejor apagas.

Yo me reía, aunque su reacción siempre fuera la misma. Me gustaba esa claridad suya, tan meridiana con las descripciones —zapatos duros, perros tristes, gentes sin silencio— y con sus principios de fidelidad. Desde la primera tarde, dejó muy claro que si me ayudaba era por mamá, no por mí.

—Ayudo por Malia, pero advierto a ti: aprende bien información y miente con perfección para que nadie sospeches, porque si un día Malia preguntas a mí una duda sobre tus viajes, yo no mentiré. Silencio es una cosa. Mentira yo no. No esperes.

Sabía que decía la verdad. Oksana no mentiría por mí, aunque con eso desmoronara todo el andamiaje de mi mentira y la gran afectada fuera mamá. Se lo agradecí. Me gustó esa fiereza en la defensa de lo suyo, me dio tranquilidad.

—Así que ya sabes, Fer —añadió—. Tú juegas peligroso contra tiempo. Cuanto más tiempos, más riesgos. Menos ciudades. Más memoria. Cuidados. Un día olvida algo y sospechas. Tu madre no es tontas y hermanas menos.

Esas son palabras que ha repetido cada cierto tiempo a lo largo de estos meses, siempre después de dar por finiquitada nuestra tarde de domingo delante del iPad, construyendo los viajes que jamás he hecho con Sven. Oksana y su advertencia me han acompañado durante todo este tiempo como una sombra que no he sabido aparcas del todo mientras mamá pasaba poco a poco de la preocupación y la alarma por el estado de Silvia a la excitación y la felicidad desmedida por el encuentro de Emma y Magalí. Y mi espacio, el de mi verdad, seguía sin llegar. La mentira ha crecido con los meses y también ha madurado, dando a Sven una identidad tan propia, Oksana y yo lo hemos hecho tan bien, que nuestra creación está demasiado viva y camina sola, respira sola porque ya es parte de, es familia.

—Tú inventas monstruo, tú matas monstruo —fue la respuesta de Oksana hace un par de semanas, la tarde del domingo que le planteé la cuestión. Habíamos terminado de confeccionar nuestro último viaje imaginado —a Amberes— y sabíamos que el plazo del juego había llegado a un momento de inflexión con la boda de Emma, porque Sven estaba invitado y las condiciones habían cambiado. Yo le había pedido que me ayudara a buscar una excusa que sonara creíble para justificar la ausencia de Sven y ella se había negado—. No necesitas excusa, sino un final —concluyó. Luego, después de un breve silencio, preguntó, acariciando a Rulfo en la cabeza y levantando la mirada hacia el cielo violeta de la tarde—: ¿Sabes la único cosa que mata monstruo?

Negué con la cabeza.

—La verdad —dijo, sin bajar la vista—. Pero no a Malia. No a Oksana. No a nadie. La verdad a ti. Ya muchos meses de silencios y paseos. Piernas fuertes y pulmones despejados. Ahora el monstruo grande y tú cada vez más pequeño.

Negué con la cabeza.

—Pero, Oksana, no puedo contar la verdad así, de golpe. Y menos el día de la boda de Emma.

Ella chasqueó la lengua.

—La verdad no hay que contarla. Hay que sentirla. Y si dueles, mejor, así no olvidas. Luego, si quieres cuentas. Si no, se cuenta sola.

Nos quedamos unos minutos en silencio. La primavera era un disloque de trinos, ruidos y olores que deambulaban desde el horizonte de verdes y azules que coronaban el valle. Tanta paz...

—Pero es que no sé cuál es la verdad, Oksana —dije por fin—. No lo sé.

Por primera vez desde que habíamos empezado a tener nuestras charlas en el porche, se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—Sí sabes —dijo. Alargó la mano con el índice extendido y me lo clavó en el esternón—. Con esto. Sabes con esto —dijo. Y enseguida me puso el dedo en la frente—. No con esto. Calla cabeza y escucha pulmones. Excusas viven en cabeza. Hacen ruido todo el rato como palomas en palomar. Pulmones no hablan. Saben.

*Pulmones no hablan. Saben.*

Esas fueron las últimas palabras de Oksana esa tarde en el porche del molino. No ha vuelto a haber más. Minutos después, se levantó, subió a su pequeño tanque y sin siquiera decir adiós se marchó, dejando una estela de humo negro tras ella.

Ahora, mientras a un lado de la carretera se atisba de vez en cuando una pequeña mancha azulada de agua del río, me acuerdo de ella y me pregunto qué diría si se enterara de la decisión que tomamos anoche con lo de mamá. Qué opinaría de nuestro silencio y si lo aprobaría. Seguramente apretaría los labios, escupiría al suelo y diría algo que sonaría así: «Silencio no es mentira, ciertos. Pero Malia no mereces ni silencio ni mentiras. Ella merece saber y decidir. Vosotros miedo por vosotros, no por ella. Cobardes».

Sonrí, sin apartar la vista del último cartel que anuncia el desvío hacia la pequeña carretera que lleva al molino. Sonrí porque sé que tiene razón y que el miedo a que mamá sepa la verdad sobre su suerte es nuestro y solo nuestro. Miedo a que lleguen malos tiempos, a que mamá se desmorone y no sepamos levantarla, a que la Amalia madre se convierta definitivamente en mayor, en anciana, en lo que fue de y empiece una orfandad real, no querida.

A mi lado, mamá abre los ojos y, esta vez, como si hubiera adivinado que estamos a punto de llegar, no vuelve a cerrarlos. Se despereza, bosteza al tiempo que lo hace también Shirley en su regazo, y sonrío mirando por la ventanilla, fijándose al parecer en algo que yo no alcanzo a ver, pero que ella decide comentar.

—Una de las cosas que más me gustan del campo es lo de las flores en las carreteras —dice encantada.

No la miro. Un camión adelanta a otro delante de nosotros y la maniobra no es buena. Freno, dejando espacio para que se alejen.

—¿Flores? ¿Qué flores? —pregunta Silvia desde atrás.

—Hija, ¿no te has fijado en que cada cierto tiempo hay ramos de flores en las cunetas? A mí me parece muy bonito que los ayuntamientos de los pueblos compren flores los fines de semana para decorar las carreteras y recibir a los turistas. Seguro que eso no pasa en ninguna otra parte del mundo.

Miro a Silvia por el retrovisor, que mira a su vez a mamá con esa cara de «no se puede estar más chiflada» que yo entiendo y que espero que no vaya a más. Pero entonces mamá hace exactamente lo último que tendría que haber hecho: baja la cabeza, coge el ramo que lleva en el regazo, se lo lleva a la nariz y, aspirando hondo, dice:

—Y huelen tan bien...

En el retrovisor, los ojos de Silvia se clavan en los míos. Su mirada es, probablemente, la misma que la mía, porque la información que contiene es idéntica. Sin que me vea, cruzo los dedos sobre el cambio de marchas para estar equivocado, pero sus ojos no se apartan de los míos durante una fracción de segundo, hasta que, cuando creo que el nubarrón de tormenta se ha disipado, la oigo decir:

—Mamá, esos ramos de flores tan bonitos los pone la gente que ha perdido a alguien en un accidente. Los dejan allí para recordar a sus muertos. No son un adorno.

Silencio. Delante de nosotros, el camión de la derecha termina de adelantar y el sol nos ilumina por el oeste, bañándonos en calor. A mi lado, mamá no dice nada, pero mira al frente, rígida como un palo, hasta que desde atrás la voz de Silvia dice:

—En cualquier caso, tu ramo, aunque sea comprado, también es muy bonito. —Mamá relaja los hombros, acaricia a Shirley y se vuelve a mirar por la ventanilla, pero Silvia, que no ha terminado de hablar, pregunta—: ¿Me lo dejas ver?

En ese momento tomo por fin el desvío que sale hacia el molino y mamá, que vuelve a estar con la cabeza pegada al asiento como una momia, traga saliva



y dice:

—Hija, cuando he salido del baño no me has preguntado si tengo infección.  
—Y enseguida, con una voz de fingida preocupación, añade—: Yo creo que a lo mejor podría ser que sí.

## 6

El último día que pasé a recoger a mamá por la consulta, Yoli me hizo pasar un momento a su despacho mientras ella se cambiaba y me dijo:

—Tu madre bien, mucho mejor. Silvia no tan bien.

No me hizo falta preguntar.

—Avanza, sí —me explicó—. Menos tensión que cuando trajiste. Fuego circula bien, pero no agua que apague. Conozco perfil. Mantengo en calma, energía mueve y todo en control, pero no muy seguro. Mucha ansiedad que no sale superficie porque miedo a daño. Dolor no físico, pero mucho estrés. Emoción bloqueada y ahora que energía fluye, puede explota fácil y salpica fuerte como bomba. Pum. Cuidados.

Asentí. La descripción era la que era, aunque desde que Yoli había empezado a tratarla, Silvia parecía mucho más contenida. Los arranques de furia habían disminuido considerablemente, tanto en intensidad como en frecuencia, y parecía vivir en una vibración distinta, más desapegada y tolerante, al menos en lo aparente. De todos modos, entendí el mensaje.

Cuando salimos, lo comenté con mamá.

—Es por lo del gato —dijo asintiendo—. No lo supera. —Al ver que yo la miraba como la estaba mirando, arrugó los labios y añadió, entre dientes—: Ya sabes, lo del niño vacío. Sin hijo y con marido, malo.

No quise entrar al trapo.

—La cuestión es que estos días deberíamos intentar no irritarla —dije—. Ya sé que no es fácil con lo de la boda y todo lo demás, pero al parecer, según me ha dicho Yoli, está especialmente sensible y, bueno... mejor no arriesgar.

Mamá asintió mientras no le quitaba ojo a una familia de palmeras de chocolate primorosamente colocadas en el escaparate de la pastelería que teníamos delante.

—Claro, cielo, claro. Lo que Yoli diga —respondió, muy seria.

Ahora, en el coche, un remolino de tensión circula de pronto entre mi derecha y el asiento trasero cuando a mamá no le queda más remedio que entregarle el ramo a Silvia, que lo acepta con una cara que yo no alcanzo a ver pero que puedo fácilmente imaginar, al tiempo que comenta despreocupadamente:

—Qué bien que tuvieran flores en la tienda de la gasolinera, ¿verdad?

Mamá vuelve a girarse hacia delante y sonrío.

—Ay, sí —responde—. Será que, como es una gasolinera de campo, pues les es más fácil lo de las flores.

Por el retrovisor veo a Silvia examinando las flores con atención. A su lado, tía Inés acaba de despertarse y se limpia con un pañuelo de papel un hilillo de baba que le cae por la barbilla mientras vuelve poco a poco en sí.

—Debe de ser eso —dice Silvia con una amabilidad que no suena bien—. ¿Y cuánto dices que te han costado?

Mamá me mira, pero no le devuelvo la mirada.

—Uy, muy baratas —se apresura a responder—. Unos... cinco euros.

—Ah, ¿tan poco?

Mamá se remueve en el asiento.

—Bueno, no sé, hija. Ahora no me acuerdo. Cinco, veinticinco... Algo así, terminado en cinco.

—Ajá —dice Silvia con una sonrisa que conozco bien y que no augura nada bueno—. ¿Y las has pagado con tarjeta?

Mamá lo piensa un poco antes de contestar.

—Sí.

—Vaya —dice Silvia, sin dejar de examinar las flores—. Aunque, ahora que lo pienso, tus dos tarjetas las llevo yo y que yo sepa no he ido a la tienda a pagar nada —dice—. Qué raro ¿no?

Mamá inspira hondo.

—Pues sí. Qué raro. —Se vuelve a mirarme—. A lo mejor ha sido por... ¿wifi?

Me concentro en la curva cerrada del camino para no reírme. Mientras tanto, tía Inés mira extrañada a mamá desde atrás. Todavía no entiende lo que ocurre.

—Claro, mamá. Por wifi —dice Silvia—. O a lo mejor es que ha bajado un marciano de una nave porque necesitaba repostar y, como te ha visto un poco necesitada, te ha prestado el dinero para las flores y te ha dado su dirección de Marte Capital para que se lo devuelvas por correo certificado.

Mamá coge a Shirley en brazos y se la coloca contra el pecho como un escudo. Sabe que no tiene escapatoria y se prepara para lo que ha de llegar.

—O a lo mejor es que no has comprado las flores y no se te ha ocurrido nada mejor que salir del baño y acercarte a la carretera para coger el ramo que estaba a la entrada de la gasolinera y llevártelo como una de esas rumanas robaflores de cementerio a las que tanto quieres.

Mamá se lleva la mano a la cara y, con una expresión de horror que, si no la

conociera, hasta yo compraría, dice:

—Hija, desde luego... ¿de verdad me crees capaz de algo así?

—Sí.

—Pues me duele que lo pienses —replica, ofendida—. Ahora no me acuerdo bien de si las cogí o no, pero es por la infección. Creo que tengo, porque me huele mucho el pipí a amoníaco y además se me olvidan las cosas. No quería decíroslo para no preocuparos, pero seguro que hasta tengo fiebre y todo.

Tía Inés, que por fin ha pillado el hilo de la conversación, abre los ojos del todo y dice, señalando el ramo:

—Pero, entonces..., ¿son flores de un muerto?

Mamá pone los ojos en blanco.

—Ay, Inés —replica, a la defensiva—. Es esta niña, que le saca punta a todo. Lo que pasa es que me he encontrado el ramo en el baño y me daba vergüenza decirlo. —Y añade, como si acabara de ocurrírsele—: Debe de habérselo dejado alguien. Las mujeres somos muy despistadas, sobre todo en las gasolineras.

—Vaya, pues resulta que las flores vienen con sorpresa —dice Silvia, sacando del interior del ramo una tarjeta y leyéndola en voz baja. Luego añade —: Escucha, mamá. Dice: «A nuestro querido Julián, de tu hermana y de tus padres. Nunca te olvidaremos».

Ahora sí es horror lo que hay en la expresión de mamá, que aprieta a Shirley contra su pecho y dice:

—Santo cielo. ¿Te das cuenta de lo que puede llegar a olvidarse la gente en un lavabo? Es todo tan... transversal...

Cuando Silvia está a punto de saltar, el molino aparece a la vista y desde el maletero Rulfo asoma la cabeza, rompiendo a ladrar como un loco y asustando a tía Inés, que suelta un pequeño grito. Justo entonces, desde uno de los dos huecos redondos que están delante del cambio de marchas y que supuestamente sirven para poner bebidas, me suena el móvil.

—¡Ay! —exclama mamá aliviada, alargando la mano hacia el teléfono—. ¡A ver si va a ser Esbién! —Pero en cuanto lo tiene en la mano, ve el nombre de Emma en la pantalla y pone cara de desilusión—. Es tu hermana. ¿Lo cojo?

—No hace falta —digo—. Debe de llamar para saber si nos falta mucho para llegar. —En ese momento torcemos por el camino de tierra y, en cuanto los dos grandes robles quedan a nuestra espalda, alcanzamos a ver a Emma y Magalí sentadas en el porche, Emma con el teléfono pegado a la oreja y Magalí con las piernas estiradas sobre uno de los bancos, reclinada contra la pared de piedra. Al vernos, mi móvil deja de sonar, mamá se pone a aplaudir y Shirley suelta un par de ladridos que nos horadan los tímpanos y que se llevan un gruñido de tía Inés.

—¡Ya estamos, ya estamos! —grita mamá, encantada.

En el retrovisor, Silvia sigue con el ramo en las manos, mirando a mamá con un brillo en los ojos que no reconozco, pero el instante pasa y, al cabo de un segundo, en cuanto paro el coche y apago el motor, llega el momento del desembarco: mamá baja la primera, Shirley corre al encuentro de Magalí, tía Inés abre el maletero a Rulfo, que sale disparado como una flecha hacia el río a bañarse, y Silvia baja despacio con el ramo en la mano y aprovecha para mirar el móvil antes de guardárselo en el bolso y sacar un cigarrillo. En el porche, Emma y Magalí se han levantado y se acercan sonrientes por el camino, Magalí con Shirley ya en brazos. Cuando llegan hasta donde estamos, Emma rápidamente empieza a sacar del asiento trasero la bolsa de viaje de mamá y la de tía Inés, pero al ir a saludar a Silvia no puede evitar reparar en el ramo.

—Qué bonitas —dice—. ¿Al final habéis podido comprarlas?

Silvia, que está a punto de encenderse el cigarrillo, cambia un poco el gesto y responde:

—Qué va. Tu madre las ha robado en la carretera.

Emma la mira sin entenderla.

—¿Cómo?

—Es uno de esos ramos de muertos, los de los accidentes —aclarar Silvia—. Viene con tarjeta y todo.

Emma suelta una carcajada y yo no puedo evitar una sonrisa mientras cierro la puerta del coche, pero Silvia no está del mejor humor y, en vez de unirse a nosotros como lo habría hecho en cualquier otro momento, nos sorprende con un tono agrio que acompaña a un comentario cortante y seco.

—Riéndonos de sus tonterías no le hacemos ningún bien —dice mientras se enciende el cigarrillo y guarda el encendedor en el bolso—. Bastante tenemos con lo que tenemos.

Nos miramos: tía Inés, Magalí, Emma y yo. Por un momento, el comentario ha circulado entre los cuatro como una clara referencia a lo que llevamos ocultando desde anoche y la tensión, con mamá delante, es casi sólida, pero dura poco o nada, porque ella, que sigue al lado de la puerta del copiloto, pone los ojos en blanco y resopla.

—Silvia, hija, hay que ver cómo te pones por unas flores de nada —dice con una mueca de «qué pesadita estás»—. Con lo bonitas que son y lo bien que van a quedar en la cena.

Silvia la fulmina con la mirada.

—Si te crees que vamos a celebrar tu cumpleaños con un ramo de cuneta en la mesa estás más chiflada de lo que parece.

Mamá inspira hondo y pone cara de resignación antes de volver a hablar.

—Bueno. Pues nos olvidamos del ramo y ya está. Además, habíamos dicho que iríamos a coger rosas a la iglesia, ¿no? —dice con tono conciliador. Y luego añade, negando con la cabeza—. Desde luego, a veces eres igual de tozuda que tu padre.

Si entre mamá y Silvia hubiera un elástico que las uniera por encima del coche, en este momento el silencio que nos envuelve lo habría roto por la mitad y el chasquido habría resonado por todo el valle como si un rayo lo hubiera partido en dos. En cuanto la frase de mamá se apaga, la escena se congela durante una fracción de segundo y de pronto todo se ralentiza de tal modo que lo siguiente ocurre como si estuviéramos grabando a cámara lenta. A un lado del coche, Silvia baja la mirada y vuelve a subirla para enfocar de nuevo a mamá con una mueca que, muy despacio, se tuerce en una especie de línea llena de grietas y huecos. A lo lejos se oye ladrar a Rulfo y a mi izquierda, tía Inés parpadea junto a Emma, que se vuelve hacia mamá como si fuera a decirle algo. Más atrás, Magalí se cubre parte de la cara con Shirley.

—No vuelvas a decir eso nunca más —sisea Silvia, tensando los hombros y apoyando la mano en el coche—. Ni en broma.

El tono es tan cortante que hasta Shirley suelta una especie de gemido ahogado, pero mamá está en lo que está —o sea, en nada en particular— y cuando se dispersa como ahora computa poco y mal. La amenaza de Silvia es, en su lectura particular, un simple comentario de los muchos que le caen últimamente y que, como hace a menudo, cree que puede manejar sin esforzarse demasiado.

—Ay, hija, de verdad —dice, con un gesto de la mano—. Si es que no se te puede decir nada. Desde lo del gato, estás de un humor que vaya... —Y cuando parece que lo va a dejar ahí, lo piensa mejor y añade con una sonrisa entre cómplice y maternal—: No me extraña que John pase tanto tiempo por ahí. Demasiado poco viaja ese santo varón.

Un segundo. Dos. Silvia y mamá se miran en silencio como lo harían dos habitantes de planetas que orbitan en galaxias distintas y ahora enfrentadas. Entre ellas habita de pronto un campo magnético que los demás ya no compartimos porque las aísla de nosotros. Es tarde, demasiado tarde para intentar entrar en él. Es tarde porque mamá ha pulsado el botón erróneo. El rojo.

Entonces llega el fuego. El de Silvia.

—A John lo dejas en paz, si no te importa —salta con los dientes apretados—. Y el gato tenía nombre. Se llamaba Christopher, Chris-to-pher —repite, como si mamá fuera lela—, aunque a ti eso te da igual, porque lo único que te importa es tu Shirley. El mío es «tu gato», claro. La tuya es «mi Shirley».

Mamá me mira sin entender demasiado bien lo que ocurre, pero ni siquiera

tengo tiempo de devolverle un gesto que la tranquilice, porque ahora que Silvia ha encontrado la voz no hay forma de contenerla. Es una voz llena de fango, ramas rotas y una especie de lava sucia e hirviente que huele a llaga abierta. En cuanto veo la mueca que le cambia la cara, me asalta desde el recuerdo la mirada preocupada de Yoli en su despacho y oigo de nuevo su advertencia —«Emoción bloqueada y ahora que energía fluye, puede explotar fácil y salpica fuerte como bomba. Pum. Cuidados»—, pero la memoria de mamá no es la mía y su papel es otro.

—Pero bueno, cielo —dice, sorprendida—, ¿tú te ves? Tampoco es para...

—¿Y tú? —la interrumpe Silvia, tirando el cigarrillo al suelo y aplastándolo con el pie—. ¿Te ves, mamá? —Mamá se lleva la mano al cuello y traga saliva. Ahora entiende que la Silvia que tiene delante es la que no queríamos ver. Ahora entiende y quizá también recuerda—. Oh, sí, claro que te ves —continúa Silvia, empezando a rodear el coche por detrás para acercarse a ella—, porque no miras nada más. Amalia, eso es lo único que ves. Amalia y Shirley. De lo demás que se ocupen los otros, que para eso están, ¿no? Porque, claro, la pobre Amalia ha sufrido tanto en la vida... Su vida ha sido tan terrible, que mejor que ahora sufran los demás. —Mamá mira totalmente confundida a su alrededor mientras Silvia da un par de pasos más y se detiene al lado de tía Inés antes de volver a la carga—. Y la pobre Amalia dice lo que le da la gana, hace lo que le da la gana y todo el mundo la aplaude porque claro, es tan buena y tan graciosa...

Emma deja las dos bolsas en el suelo y me mira, sin saber qué hacer.

—Vale ya, Silvia —dice, mientras se da tiempo a pensar. Pero no lo hay. No hay tiempo. Silvia no nos lo da.

—Pues deja que te diga una cosa, mamá —ladra ahora, sin tan siquiera mirar a Emma—: eres graciosa y buena para quien no te vive, porque desde dentro las cosas no son así. Una madre graciosa y buena no aparece en la boda de su hija con chándal y un plumífero sucio, ni suelta el montón de sandeces que has soltado en el registro con ese discurso de adolescente chalada, ni monta el numerito del ramo. ¿Y sabes por qué? Porque una madre tiene que tener respeto y tú no lo tienes. No te lo tienes. Te da igual lo tuyo y crees que a los demás nos da igual lo nuestro. Te das igual, mamá, porque no te ves desde aquí. Desde aquí... —Se para, coge aire y con los ojos como dos ascuas, dice—: Eres ridícula y das vergüenza. Me das vergüenza.

Es un chasquido, un pequeño chorro de aire comprimido que se corta en seco y se esparce como las minúsculas gotas de saliva de un estornudo en vapor. Y es un segundo que no cuenta, porque lo que cuenta es lo que no es. Son los ojos cerrados de Silvia mientras se lleva la mano a la cara y se encoge, protegiéndose, porque durante un instante lo único que entiende es que hay dolor

físico y que le arde la mejilla y porque en cuanto procesa que lo que le arde es la señal de los dedos de tía Inés en la piel no sabe si va a llegar una segunda bofetada o si el dolor termina ahí.

Y es tía Inés a su lado, todavía con la mano en alto y la mandíbula apretada, respirando como un animal.

—De tu madre di lo que te dé la gana, niña —dice con una voz cerrada y rasposa—. De mi amiga, ni se te ocurra, porque como esta te doy una docena más si hace falta.

Silvia sigue con la mano en la mejilla, incrédula todavía, igual de tensa y de rabiosa, aunque momentáneamente desmembrada, y tía Inés, que ve que su momento es ahora, no duda en aprovecharlo.

—¿Y tú? ¿Te ves? —dice, todavía con la mano en alto—. Yo creo que sí, que te ves como te vemos desde fuera, y que esa es precisamente tu desgracia. —Silvia aprieta los dientes, pero sigue inmóvil, y a mi derecha mamá se apoya en el coche, relajando los hombros y pasándose la mano por la frente—. Te ves porque eres demasiado lista y no te queda más remedio.

Silvia la mira con los ojos como dos piedras, la mirada opaca, la piel también.

—Mírate bien, niña —sigue tía Inés con un tono igual de firme pero ahora más suave, la mano ya contra el costado—, mira lo que has hecho contigo y después habla de tu madre si te quedan arrestos. —Silvia se contrae un poco más, pero durante una fracción de segundo algo en su mirada parece distinto. Hay una luz distinta que no dura—. Desde que volví no hago más que ver a una Silvia que no se parece en nada a la que dejé —prosigue tía Inés—. Eres tu versión más pobre, más nada. Te pasas el día tirando tabiques y haciendo agujeros en esa casa vacía como una tumba sin parar de quejarte porque aquí, en lo que no eres tú y tus paredes, todo está siempre mal, o todo podría ser mejor, que en el fondo es lo mismo, aunque peor. Quién eres tú para dar lecciones de respeto y de vergüenza. Y menos a tu madre. Vergüenza debería darte a ti hablarle así a tus mayores, vergüenza tener la casa llena de obreros desde hace casi un año para llenarla de algo de vida, aunque sea esa, porque otra no hay. Pones parches que no sirven de nada a esa pobre casa en vez de atreverte a decirte lo que eres. Y lo que eres es rabia, rabia porque si aquí hay alguien que no se respeta, eres tú. No respetas a la Silvia que yo conocía, no respetas lo que era, lo que soñaba, no respetas nada porque no tienes nada. Y porque ni un gato se suplanta con un césped nuevo, ni un hombre con una mentira. Te diré una cosa que espero que no olvides nunca: John no te quiere. Seguramente no te ha querido nunca, pero eso es lo de menos. Lo que importa es que tú lo has sabido desde el principio y has jugado a la mentira, creyendo que la verdad, si no se



dice, no existe. Pues la que hoy tiene malas noticias soy yo: la verdad existe, se diga o no, duela o no, avergüence o no. Y si te da vergüenza decir que John no te quiere, más vergüenza debería darte tenernos aquí fingiendo que no lo sabemos desde hace tanto tiempo, porque esto cansa, querer a un mentiroso cansa mucho, niña. Respeto el que no nos tienes tú a nosotros por creernos idiotas, y el que no te tienes a ti por tratarte así de mal y por equivocarte en lo más simple siendo tan lista para todo lo demás.

Silvia sigue encogida sobre sí misma, pero ahora escucha como si la voz de tía Inés no fuera solo una voz que dice cosas, sino que escucha algo que se ve y que por un momento yo también veo. Es como si el tiempo no hubiera pasado y fuéramos pequeños otra vez y las cosas estuvieran aún por hacer: tía Inés soltando bofetadas y radiando sus verdades mientras al fondo los hombres preparan la barbacoa y los niños esperamos a que ella termine de gritar para volver a jugar. Es ese lapso de espera que ya conocemos porque hemos crecido con él y cuando lo vivimos hacía bien. Como si lo que fuimos fuera ahora y todo pudiera ser mejor porque no ha ocurrido todavía.

—La verdad, la fea —vuelve tía Inés, esta vez con un tono en el que no hay ya sombra de nada salvo de cariño y una pena inmensa y controlada—, es que eres tú la que no quiere a John. Esa es la que duele. Y la que avergüenza. Tu John sobra y lo sabes tan bien como yo, pero si quieres que siga estando, sé valiente, y no nos hagas pagar a nosotros por tu mentira. Muchas mujeres prefieren la soledad a la mala compañía. Otras no, otras prefieren lo malo conocido. Y luego están las que quedan, que cuentan menos pero pesan más: son las que eligen la no compañía. Esas, las de la no compañía, son las que creen haber elegido la mala compañía y en realidad ni eso hay, porque lo que tienen al lado ni siquiera acompaña mal, solo ocupa, y aun así optan por quedarse, echando mano de mil y una excusas que en el fondo se reducen a una sola: esperan que la vida las vea y se lleve de pronto a quien tienen al lado, que pase algo que las libere de tener que oírse decir: «No te quiero».

Ahora Silvia respira mal, más rápido, como si no le bastara el aire o como si llorara por dentro. En seco.

—¿Sabes lo que les pasa a esas mujeres si no dejan de mentirse a tiempo, cariño? —pregunta tía Inés. Habla cansada, con poca voz—. Esto. Esto es lo que les pasa —dice, señalándose con el dedo y esbozando una sonrisa tan triste que tengo que apartar la vista porque duele verla—. Se convierten en viejas solas como yo. Con suerte, viudas. Si no hay suerte, maldiciéndose hasta morir porque no han tenido vida. Tú sufres como he sufrido yo y lo han hecho muchas otras, Silvia. Sufres porque no quieres al hombre con el que estás y te sientes tan culpable que le agradeces que no te quiera para que la culpa sea menos. Pero eso

es una vida de mierda, hija, porque es mentira. Te lo digo yo.

Silvia ya no está encogida. Los demás sí. A medida que tía Inés ha llegado al final de su propia voz, Silvia ha ido respirando mejor, como si con sus palabras tía Inés le hubiera ido arrancando, uno a uno, quistes de la garganta, ayudándola a tragar más aire. Pero con el aire ha llegado también el agua, y desde hace unos minutos llora en silencio, sin darse cuenta, mezclando mocos y sal sin apartar los ojos de tía Inés, como si esperara más, pidiendo más verdades, más ruido o más alivio. Que no pare.

—La mentira es el infierno, hija —termina por fin tía Inés—. Créeme.

Silvia baja la cabeza y suelta un sollozo. A mi lado, mamá carraspea y parpadea, pero no se mueve. Nadie se mueve. Solo las nubes sobre nosotros, unas nubes blancas y gruesas que el sol parece iluminar desde dentro. El resto es aire.

Hasta que, pasados unos segundos de un silencio que no podríamos abarcar, Silvia sorbe un par de veces, se pasa la manga de la chaqueta por la cara y mira a mamá.

—Lo siento mucho —dice con una voz llena de arena—. De verdad. —Vuelve a sorber y suelta un pequeño sollozo—. No quería decir eso.

A mi lado, mamá sonrío y asiente lentamente un par de veces.

—Ya lo sé, cielo —dice—. Ya lo sé.

Silvia niega despacio con la cabeza y vuelve a bajar la vista.

—No, mamá, no lo sabes —dice. Vuelve a sorber y, como si hablara consigo misma, añade—: Es que a veces es todo tan difícil...

Mamá baja la vista y enseguida vuelve a levantarla.

—No, hija. Es culpa mía —se disculpa—. No sé por qué he dicho eso de tu padre. Soy una tonta. —Y, antes de que Silvia pueda volver a intervenir, añade, un poco como si pensara en voz alta—: Debe de haber sido por lo del tanatorio.

La última frase de mamá queda suspendida en el aire como las nubes que ahora cruzan el sol y oscurecen la escena desde arriba, apagándonos parte de la luz. Hay un ladrido a lo lejos que suena a Rulfo y hay también cinco miradas que se buscan, sorteando a mamá. «No puede ser», pienso. Pero no pienso más, porque mientras llega un escalofrío que me sube por la espalda hasta el cuello, tía Inés clava la mirada en mamá y dice lo que cualquiera de los cinco podría haber dicho:

—¿El... tanatorio?

Mamá la mira y por un segundo parece sorprendida, pero enseguida ve que en los ojos de los demás la luz es la misma que la que la enfoca desde los de tía Inés. La sorpresa se cubre de confusión.

—¿El tanatorio? —dice, como si hubiera oído la palabra por primera vez—.

¿Qué tanatorio?

Tía Inés inclina un poco la cabeza a un lado.

—Acabas de decir «debe de haber sido por lo del tanatorio», Amalia. Supongo que será por algo.

—¿Yo? ¿El tanatorio? —replica mamá con cara de no entender. A su izquierda, Emma me mira y, detrás de ella, Magalí se lleva a Shirley contra el cuello y le da un beso en la cabeza. Alarma. La mirada de Emma está llena de alarma porque lo que ha oído es un destello de lo que vivimos la noche de urgencias, ese delirio que llegaba así y se expresaba así. El escalofrío me llega a la cabeza y siento las rodillas blandas—. No me acuerdo —dice por fin mamá.

Emma carraspea y tía Inés tuerce el gesto.

—Amalia, te acuerdas perfectamente —replica con su peor voz de maestra irritada—. A mí no me vengas con esas.

Mamá inspira hondo.

—Ay, Inés. No sé —dice con esa cara de no enterarse que conocemos bien—. Ahora no caigo. A lo mejor quería decir otra cosa. El locutorio, el colutorio... el... humm... ¿lavatorio?

Tía Inés aprieta los dientes y Emma suelta un suspiro de alivio que no disimula. El escalofrío desaparece. No es delirio. Mamá no delira, simplemente miente y ahora intenta confundirnos con una de esas tretas de niña que nunca le funcionan. Pero es tarde y se ha dado cuenta.

—¡Amalia! —ladra tía Inés.

Silencio. Emma y yo volvemos a mirarnos y mamá, no sé por qué motivo, retrocede un poco, como si tampoco ella estuviera muy cómoda o prefiriera no tener que oír lo que va a llegar. Silvia la mira con cara de no estar entendiendo qué ocurre y tía Inés espera, inmóvil.

Hasta que mamá por fin vuelve a hablar.

Entonces la sorpresa es nuestra.

Poco antes de morir, la abuela Ester me dijo algo que hace apenas un mes he vuelto a oír en boca de Oksana. Las palabras no son las mismas, pero el mensaje sí lo es. Recuerdo que la abuela ya estaba ingresada. Yo había llegado a verla hacía un rato y, después de que la auxiliar pasara a servirle una merienda que ella no tocó, se había quedado dormida. El sol entraba en la habitación desde el oeste, bañando parte de la cama y de la almohada y también yo, mientras hojeaba una revista sentado a su lado, estaba empezando a dejarme vencer por el sueño. De pronto, la abuela abrió los ojos y dijo:

—No dejes que tu madre me eche demasiado de menos, ¿quieres?

Me volví a mirarla. De pronto, la vi tan reducida y con esa piel tan transparente que por un momento no pude hablar. Entendí que me hablaba de ella y que de algún modo estaba preparándose para irse. Tuve que apretar los dientes y tragar saliva. Demasiada pena.

—Es una sensación muy extraña que la mejor persona que hayas conocido sea tu hija. Que la hayas hecho tú —dijo, cerrando los ojos. Esperó luego un poco antes de volver a hablar—. Y que además seas peor madre que ella.

Sentí un escalofrío. El tono y los ojos cerrados me sonaron en efecto a despedida y tuve miedo, miedo de que dejara de hablar, de que estuviera dirigiéndose a mí desde una distancia cada vez mayor, más inabarcable.

—No digas eso —fue lo primero que se me ocurrió. En realidad, lo que habría dicho si me hubiera atrevido habría sido «no te vayas», pero preferí no invocar el mal. Ella volvió a abrir los ojos, pero no me miró.

—Los viejos decimos lo que nos da la gana —dijo con una media sonrisa a la que le faltaba fuerza—. Para eso somos viejos.

Me reí. Ella intentó sonreír. Luego se volvió hacia la puerta y respiró pesadamente un par de veces.

—Tú eres como ella —dijo—. Pero te falta la risa. —Se aclaró la garganta y añadió—: El día que te sueltes, también te reirás como ella, ya lo verás.

Sonreí. La abuela y yo habíamos comentado muchas veces lo de la risa contagiosa de mamá y la envidia que me daba.

—Quiero que recuerdes una cosa, y que se la recuerdes a ella si en algún momento las cosas no van bien —volvió a hablar—. Grábatela en la cabeza, Fer.

Te ayudará ahora y si llegas a viejo entenderás que tengo razón, porque solo los supervivientes entendemos que la vida no es lo que es, sino lo que sentimos al recordarla.

En ese momento entró la auxiliar a recoger la bandeja y, al ver que estaba intacta, hizo un amago de regañina que la abuela saludó con un gesto de la mano y una pequeña mueca de aburrimiento. Agotada. Estaba agotada y dolorida. Quería irse, pero antes quería despedirse de cada uno de nosotros, cosa que no llegó a hacer, porque la muerte la encontraría durante la noche, apenas veinticuatro horas más tarde, mientras estaba al cuidado de mamá.

En cuanto la auxiliar desapareció y cerró tras de sí la puerta, la abuela inspiró hondo, cambió de postura la cabeza sobre la almohada y me miró con unos ojos velados por algo que no supe identificar.

—No te esfuerces tanto por vivir, Fer —la oí decir. Luego, tras un pequeño silencio que llegó envuelto en su respiración difícil, murmuró algo que sí alcanzó a ser una sonrisa—: Con flotar basta.

No sé por qué la voz de la abuela vuelve ahora y lo hace así, tan por la espalda, pero algo me dice que sus tres palabras —ese «con flotar basta» que ahora se cuela junto con su voz en el minúsculo paréntesis de espera que mamá marca con su silencio— son la herencia que me dejó al irse, lo que realmente quiso dejarme. Las palabras de la abuela son el preámbulo de lo que viene, como si la sombra de una madre arrojara a la otra, abrazándola desde atrás y completándola para que encuentre las suyas.

Entonces el paréntesis se cierra y mamá habla de nuevo, ocupando todo lo que es aquí y ahora.

—Es que... —empieza con un hilo de voz. Se calla y se queda así, como si pensara, durante un instante—. Yo... no sé cómo decirlo...

Tía Inés no tiene más paciencia que la que le queda, que es poca.

—¡Es que qué, Amalia! —salta. A su lado, Silvia da un respingo.

Mamá inspira hondo y parpadea. Luego sonrío como si estuviera delante de un pelotón de fusilamiento y dice:

—He estado en el tanatorio esta mañana.

«He estado en el tanatorio esta mañana.» Siete palabras que sueltas no son nada, pero que unidas como las ha enlazado mamá son un vendaval que abre una ventana que creíamos cerrada y que se estampa contra la pared de lo que somos, madera contra piedra, encogiéndome el pecho bajo la tarde que quiere ya empezar a ser noche.

Desde el mar de nubes que nos cubre, cae a plomo sobre nosotros la sensación de que la baraja se ha roto y de que si mamá lo sabe, si lo que dice es lo que creo que es, todo el esfuerzo, todos los reproches que durante estas horas

hemos compartido y los que no, la sombra que ha empañado un día que tendría que haber sido alegría pura, han sido en vano y hemos estado remando desde ayer en un mar muerto cuando tendríamos que haber estado celebrando la vida.

Durante unos segundos no decimos nada, ni ella ni nosotros. Los que no somos mamá cruzamos miradas que reconocemos, porque son todas la misma y porque la incertidumbre es igual para los cinco. Pero mientras las miradas duran, es mamá la que vuelve a hablar.

—He ido a verlo —dice. Y antes de que podamos intervenir, añade con una voz de niña que se disculpa antes de recibir una bofetada—. Es que... tenía que ir.

*Tenía que ir.* Ese «tengo que» tan de mamá que es el de muchas madres y que otras tantas llevan hasta el final. Esa es mamá: «Tenía que ir, tenía que estar, tenía que hacerlo, qué me cuesta, qué cuesta, total...». Esa es la esencia de lo que la mueve, el río que la lleva y a nosotros con ella. Y con su «tengo que» ha cambiado de un brochazo el color, el ritmo, el tono y la lectura de estas últimas veinticuatro horas, porque de pronto entendemos que ha vivido sola lo que nosotros queríamos evitarle, ocultándose de nosotros ella también, y el impacto de esa verdad es tal que sin darme cuenta me apoyo contra el coche, intentando asimilar no ya las palabras, sino todo lo que arrastran con ellas.

—Pero... —empieza Emma, la primera en reaccionar—. Pero, mamá, ¿cómo...?

Mamá vuelve a intentar una sonrisa. Hay en ella más vergüenza que tristeza.

—Lo del veterinario ha sido un poco... mentira —sigue, bajando la vista—, pero todo ha pasado tan de repente que si no me daba prisa no llegaba, y tenía que sacar a Shirley antes de ir al tanatorio, pero como tengo la cabeza como la tengo, me he despistado y me he dejado las llaves en casa, y cuando me he dado cuenta ya no había manera de hacerlo todo, así que le he pedido dinero prestado a Lourdes, la del tercero, y he cogido un taxi que me dejara subir con Shirley, pero, claro, no ha sido fácil, porque nadie te quiere coger con un perro, y así, en chándal y con los zuecos, pues menos, porque son como son, y la última vez el taxista me dijo que bajara una bayeta para limpiarle los pelos de Shirley, pero le dije que Shirley no suelta pelo porque le paso la aspiradora cada día y...

—Pero, mamá —la interrumpe Silvia con una voz que ni siquiera ella parece reconocer—, ¿cómo te has enterado?

Mamá la mira, entre sorprendida y molesta por la interrupción.

—Esta mañana mientras desayunaba me ha llamado tía Ana —responde—. Imagínate la sorpresa, después de todos estos años. Al principio ni la he reconocido. Aunque tampoco creáis que me ha dado mucho tiempo. Solo me ha

dicho que lo entierran mañana y que hoy era lo del tanatorio, que me llamaba para que lo supiera. Ni siquiera me ha preguntado por vosotros.

—Menuda hija de puta —suelta Silvia, que por un momento vuelve a ser la que es—. O sea, ¿te deja tirada cuando te divorcias y resucita ocho años después para eso? Espera que la llame yo, se va a enterar de cómo estamos.

—Déjalo, hija —dice mamá con cara de cansada—. Qué más da.

—Entonces —vuelve Emma con la voz un poco temblorosa—. ¿Has ido... sola?

Mamá pone cara de ofendida.

—No, cielo. Con Shirley.

Emma asiente despacio.

—No había mucha gente —dice mamá—. Estaban tía Ana y tía Nuria y también tío Gerardo, y otra gente que debían de ser amigos o no sé. Y, bueno, también estaba ella.

*Ella.* Ella es Alicia, la mujer con la que papá se casó a los pocos meses de haberse divorciado de mamá, además de haber sido —entre otras cosas— su secretaria durante casi cuarenta años.

—Ha sido muy cariñosa conmigo —dice mamá—. De hecho, la única que me ha saludado.

Al oír a mamá mencionar a *la otra*, tía Inés ha saltado como una loba.

—Pero, mujer, ¿por qué no nos has dicho nada?

Mamá se ha vuelto hacia mí en busca de apoyo.

—Es que... me ha dado miedo —ha dicho, mirándome.

—¿Miedo? —dice tía Inés—. ¿Miedo por qué?

No contesta enseguida. Cuando por fin lo hace, hay un hilo de pena en su voz. Es pena y también reproche.

—Como Ana me ha dicho que ayer te había llamado a ti, me he imaginado que ya lo sabíais todos y que no habéis querido decírmelo para que no fuera a verlo. Y, claro, me daba miedo que os enfadarais. Además, con la boda y todo, no quería estropearlo. Y... bueno... sabía que me ibais a reñir.

Trago saliva. Tía Inés se echa un poco hacia atrás, como si lo que acaba de oír fuera más con ella que con los demás y le hubiera dolido porque algo hay de verdad y todos lo sabemos. Mamá no anda desencaminada. Seguramente la habríamos reñido, tiene razón. Y nos habríamos equivocado. Y seguramente no nos ha dicho nada no por temor a que la riñamos, sino en un intento por evitarnos la culpa que sabe que llegaría después. «Ahorrarles sufrimiento. Total, para qué», esa es una frase suya, heredada de la abuela y heredada también por mí.

—¿Reñirte? —dice Silvia con toda la suavidad que aún conserva después

de lo suyo, que no es mucha—. Pero, mamá...

Mamá intenta una sonrisa que no termina de aparecer.

—Sí —dice—, y tú un poco más. Como siempre me riñes por todo y estás tan así...

Silvia baja la vista.

—¿Cómo has podido pensar que nos íbamos a enfadar, mamá? —dice Emma por fin. Lo dice con una voz tan llena de cariño que se me cierra un poco la garganta. Mamá la mira como solo mira a Emma, con esa mezcla de incondicionalidad y de confianza ciega que no aparece cuando nos mira a los demás. Emma es su seguro. Lo que nunca hace daño.

—Porque soy boba y a lo mejor no tendría que haber ido, hija —responde—, pero cómo no me iba a despedir de vuestro padre. Es que si no lo hacía era como si no hubiera pasado, no sé... como si yo no hubiera tenido una vida. —Se encoge de hombros y entorna un poco los ojos—. Qué tonta, ¿no?

Hay un silencio breve y lleno de cosas que no compartimos entre nosotros después de las palabras de mamá, que enseguida rompe tía Inés.

—No. Qué tonta no —sentencia—. Qué valiente.

Mamá parpadea y pone cara de sorprendida.

—¿Valiente, yo? —dice—. Pero si de repente me he visto allí, en las escaleras del tanatorio, y no podía ni subir de lo que me temblaban las piernas. Y luego, cuando he llegado a la calle, le he tenido que pedir al pobre chico que me ha acompañado en furgoneta al registro que me ayudara, porque las sentía como de goma, y tenía una cosa aquí —dice, llevándose la mano al pecho— que no me dejaba respirar.

Pensar en mamá así, en las escaleras del tanatorio, con Shirley, el chándal y su plumífero, después de haber entrado a ver a papá para despedirse de él tras todos estos años es una imagen que no sé dónde ubicar, como cuando encuentras de repente una ficha debajo de un armario y te das cuenta de que el rompecabezas está ya terminado y quizá la ficha pertenezca a un rompecabezas anterior que ni siquiera has hecho tú. Imaginarla enfrentándose sola al silencio de tía Nuria y de tía Ana, dándole el pésame a Alicia y adentrándose en ese túnel del tiempo que es su vida entera y donde habitan todos los fantasmas de los que la protegemos desde que está sola es tanta hazaña que no deja de sorprenderme, aunque en el fondo sé que no debería y que el error es no haberlo imaginado. La abuela tenía razón. Mamá es la mejor persona que conoció, y lo extraño es que nos haya hecho a nosotros, que ella nos haya hecho así, que nos quiera así, tan pequeños, tan poco parecidos a ella.

Tengo ganas de acercarme y abrazarla, pero me da tanta vergüenza que prefiero hablar para que no lo note y llenar con ruido el hueco del abrazo.



—No sé cómo se te ocurre pensar que vamos a reñirte por querer despedirte de alguien de la familia, mamá.

La frase suena rara. Lo sé en cuanto la oigo. No sé por qué, pero sé que hay una tecla que suena mal, desafinada.

Entonces mamá se vuelve y me mira, muy seria:

—No, hijo —dice—. De la familia no. —Y repasándonos a todos con esa vista que apenas ve, dice—: Familia somos nosotros. Tu padre hace tiempo que no. —Enseguida, arrepentida de la brusquedad y de la dureza de lo que acaba de oírse decir, añade con una voz totalmente distinta—: Cuando me he asomado a verlo... estaba así, blanquito, como un pajarito...

Silvia pone cara de horror.

—Mamá, por favor...

De pronto, detrás de Emma, Magalí se aparta a Shirley de encima y grita:

—¡Ay, Emma! ¡El horno!

Tía Inés la mira con cara de extrañeza.

—¿El horno? ¿Qué horno?

Magalí deja a Shirley en el suelo, da media vuelta y echa a correr hacia la casa.

—¡Los muslitos! —grita sin volverse—. ¡Tenemos la bandeja calentándose!

## 8

—Sí, ya lo sé —dice mamá, poniendo cara de circunstancias—, pero era eso o... lo otro. Y lo otro no.

No puedo evitar reírme. Caminamos hacia la iglesia los dos solos, subiendo por la pequeña cuesta de tierra, con Rulfo y Shirley correteando más adelante. A ambos lados, trigales inmensos que terminan en bosques de pinos y encinas y delante, por los huecos que salpican el murete del jardín de la iglesia, pequeños retazos de cielo azul y violeta, surcado por nubes inmensas como galeones blancos. La primavera es inmensa aquí y lo impregna todo. Mamá avanza despacio, aunque por fin se ha cambiado los Crocs por unas zapatillas de deporte que Emma le compró en Decathlon y que ella odia en silencio porque dice que con ellas parece «una abuela americana de crucero». Hemos dejado a Silvia durmiendo en el salón. Exhausta tras la lluvia de verdades que le han caído hace un rato, y después de que tía Inés le haya obligado a dejarle el móvil en custodia hasta mañana por la tarde, se ha tumbado en el sofá a «descansar un poco» y al segundo se ha quedado dormida. No sé si saldrá de aquí distinta y si lo que ha oído hace un rato cambiará algo, pero la conozco y sé que, aunque a veces es de reacciones lentas, el tiempo juega a nuestro favor y también al suyo, aunque lo que venga no vaya a ser fácil. Ahora que las cosas se han dicho en alto, no hay modo de que podamos volver a ignorarlas y ella ha entendido que no hace falta que siga viviendo su mentira sola, que aquí la compañía, aunque sea en el error, se nos da bien, porque estamos entrenados para eso. En cuanto a las demás, deben de seguir merendando en la cocina. Han tenido que echar mano de parte de las provisiones que hemos traído para la cena de cumpleaños de hoy y el desayuno y el almuerzo de mañana, pero hay comida de sobra y, después del fiasco de los muslitos, se han puesto a preparar una macedonia y unos sándwiches de aguacate y pavo.

—Nos hemos librado por los pelos —dice mamá, tropezando con una piedra que no ve y agarrándose a mí—. Menos mal. Si llegan a enterarse, no sé yo...

Mamá se refiere al episodio de los muslitos, una de esas alineaciones cósmicas que en algunas familias se dan una vez cada cinco generaciones, pero que en esta, y gracias a ella, ocurren demasiado a menudo. Lo que ha pasado es

que a Emma y Magalí les había sobrado del aperitivo una bandeja de muslos de codorniz al chocolate obra de la gran Oksana y han decidido traerla y aprovecharla durante el fin de semana. Mientras nos esperaban, han puesto los pequeños monstruos a calentar y, desgraciadamente, cuando Magalí los ha sacado del horno no era tarde y seguían comestibles, así que hemos vuelto todos a la casa para picotear algo antes de salir a dar un paseo. Con la excusa de que teníamos que ir a buscar a Rulfo al río antes de volver, mamá y yo nos las hemos ingeniado para quedarnos rezagados y, en cuanto ha estado segura de que no nos oían, me ha dicho:

—Fer, yo por los murciélagos no paso. Antes me como una encina.

—Ya, mamá. Ya lo sé.

—Pues tú verás —ha dicho, muy nerviosa—, pero algo tenemos que hacer, porque si algún día llegan a enterarse, nos matan y con razón. Además, ¿y si resulta que alguna es alérgica? No lo quiero ni imaginar —ha rematado, pasándose el dedo por el cuello y sacando la lengua a un lado cómo si la degollaran.

—Mamá, nadie es alérgico a los murciélagos.

—¿Ah, no? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque nadie come murciélagos.

No hemos tenido mucho tiempo, la verdad. Rulfo ha aparecido en cuanto le he silbado, chorreando y feliz, y cuando hemos llegado a la casa ya estaba la mesa puesta y en la cocina los muslitos se enfriaban en una cacerola de barro junto a la puerta del horno. Mamá y yo nos hemos sentado en el banco de la cocina con un vaso de agua cada uno, intentando pensar, tan tensos que hasta Emma se ha extrañado:

—¿Estáis bien? —ha preguntado—. ¿Ha pasado algo más?

Mamá ha tomado un sorbo de agua.

—No, hija, qué va —ha respondido con una especie de sonrisa fingida—. Es que son tantas emociones en un solo día...

Hemos seguido sin decir nada, los dos muy tiesos en el banco, hasta que Magalí y tía Inés han salido al comedor y nos hemos quedado solos con Emma.

—Bueno, pues ya está —ha dicho, secándose las manos con el trapo.

—Sí, ya está —ha repetido mamá, sin moverse.

Emma nos ha mirado, esperando a que nos levantáramos.

—¿Vamos?

—Sí.

No nos hemos movido. Emma ha puesto cara de no estar entendiendo lo que sucedía y ha ido a por la cacerola con los muslitos y mamá, al verla, se ha levantado como si acabaran de pellizcarla por debajo de la mesa y ha corrido

hacia ella.

—Ah, no, hija. Ya la llevo yo —ha dicho, cogiéndole la cacerola de las manos—. Tú lleva las bebidas.

—Vale.

Emma ha cogido las bebidas y ha salido. En cuanto ha desaparecido, mamá me ha mirado y me ha dicho en un susurro:

—¡Haz algo! —A mi lado, Shirley, que estaba sentada en el banco, no perdía de vista a mamá, embriagada por el olor que salía de la cacerola—. ¡Esto es una emergencia, Fer! ¡Vamos a morir intoxicados! ¡Piensa!

Entonces a mí me ha pasado lo que me pasa cuando me veo en una situación como esa: me ha entrado la risa. Ver a mamá con la cacerola en las manos, sudando como un pollo y con esa mirada de vamos-amorir-seguro-pero-seguro me ha superado y no me he podido aguantar. Y cuando he empezado tampoco había forma de parar, porque hemos tenido la mala suerte de que fuera mamá la de la cacerola y de que al cabo de un instante también a ella le diera la risa al verme. Y no ha habido ya marcha atrás, porque cuanto más la oía reírse más me reía yo y lo mismo le ha pasado a ella, y venga a reír los dos, hasta que ella se ha cruzado de piernas y ha dicho:

—Fer, no sigas, o me haré pis.

Y vuelta a la risa. Y ella acunando peligrosamente los muslitos, con las piernas cruzadas y las lágrimas cayéndole desde el mentón al suelo mientras repetía «es que me lo haré encima, para, para...», hasta que de pronto, cuando creíamos que ya todo estaba perdido, Magalí ha gritado desde el comedor:

—Chicos, ¿estáis bien? ¿Necesitáis ayuda?

Al oírla, Shirley se ha puesto a gemir como una adolescente enamorada y nosotros nos hemos serenado de golpe porque hemos entendido que el plazo había terminado y que nuestra suerte estaba echada. En el silencio que nos ha envuelto, mamá se ha acercado y ha dejado la cacerola encima de la mesa porque ya le fallaban las fuerzas, y en ese momento Shirley ha levantado la pata hacia ella pidiendo que la cogiera en brazos.

—¡Mamá, voy a ayudarte! —ha llegado la voz de Emma.

Mamá ha abierto los ojos, horrorizada, y ha dicho:

—Dios mío, Fer. Haz algo.

Ni siquiera he podido reaccionar. Mamá ha mirado primero a la puerta y después a mí, ha soltado una especie de bufido, ha cogido a Shirley en brazos sin demasiados miramientos, le ha dado un beso en la cabeza y ha dicho, cerrando los ojos: «Que Dios me perdone, y tú también, cielito». Un segundo después, ha metido a Shirley en la cacerola, cubriéndola de chocolate hasta la tripa, y ha empezando a echarle chocolate por encima con la mano como si la tuviera en la

bañera y la estuviera enjuagando con los trozos de carne que Shirley no ha visto el momento de empezar a engullir como la piraña que es.

Todo ha ocurrido tan rápido que cuando he querido entender lo que hacía, ya estaba todo hecho y mamá dejaba en ese momento la cacerola en el suelo con Shirley dentro antes de ponerse a gritar:

—¡Mala, pero que muy mala! ¡Eres una pequeña demonia y mamá está muy, pero que muy enfadada contigo! No, no, no me mires así. ¡Eso no se hace! ¡Mira cómo te has puesto, cochina! ¡Ay, Dios mío, ya verás cuando se entere tu tía! ¡Te va a arrancar las orejotas con las tenazas de la chimenea!

Segundos más tarde, tía Inés, flanqueada por las caras de Magalí y Emma, contemplaba en silencio la escena desde la puerta mientras, de espaldas a ella, mamá intentaba sacar de su baño de chocolate a Shirley, que, con un muslito en la boca, no paraba de gruñir, cabecear y de patalear, negándose a salir de la cacerola. Cuando la ha agarrado de la cola y ha intentado sacarla tirando de ella como una grúa, tía Inés se ha vuelto hacia mí y, negando con la cabeza, ha dicho con una voz de paciencia y resignación infinitas:

—No tiene arreglo.

Eso ha ocurrido hace un rato. Ahora, después de llegar a lo alto del camino, nos acercamos por un sendero que rodea una hilera de pinos centenarios hasta la iglesia, un pequeño edificio románico rodeado de un pequeño jardín cubierto de hierba perfectamente cortada. Hay también unos columpios de madera y una gran mesa de piedra con sus dos bancos, también de piedra, un almendro enorme y tres rosales que crecen pegados al muro. Es un rincón enclavado al abrigo del viento desde el que se domina el valle y retazos de río, impregnado de un silencio que con el tiempo he hecho mío. Nunca, en el año que llevo viniendo al molino, he encontrado aquí a nadie. Es un poco como el conjunto de los *mis* de mamá: *mi* almendro, *mis* rosales, *mi* jardín. Ni siquiera he venido con Oksana. Ella sabe que lo frecuento, pero en ningún momento ha sugerido acompañarme. Solo Rulfo, Silvia y mamá lo conocen. Y, de momento, me gustaría que las cosas siguieran así.

—Cuántas rosas —dice mamá, entornando los ojos para protegerse de la luz violácea del atardecer y señalando los rosales con las tijeras de jardinero que hemos cogido del trastero. Los rosales están rebosantes de flores: rojas, blancas y rosas, hay decenas de ellas, y el aroma, distinto en cada rosal, se mezcla con el olor a hierba y a romero, envolviéndonos a ráfagas.

—Luego cortamos unas cuantas para la cena —digo, encantado de verla así, tan contenta con sus tijeras y sus rosas a la vista.

Nos acercamos a la mesa de piedra y nos sentamos en uno de los bancos. Rulfo se aleja husmeando entre la hierba, siguiendo el rastro de algún animal, y

Shirley sube de un salto a la mesa y se tumba delante de mamá. El silencio es tan sólido que se oyen hasta las hojas del almendro rozándose entre sí. Nos quedamos quietos y callados unos segundos, disfrutando del paisaje y del murmullo del río, que apenas se distingue de lo más cercano, y de los tonos de violeta que el sol dibuja contra las nubes enormes.

—Es casi como si flotáramos aquí arriba, ¿verdad? —dice mamá, cubriéndose los ojos con la mano a modo de visera. Para ella esta es la peor hora. El cambio de tarde a noche la ciega más, confundiéndole las distancias y los contornos. Ella lo llama «la hora de los tropiezos». No le contesto porque no ha sido realmente una pregunta y porque la sensación es exactamente esa: como si flotáramos sobre los campos y sobre el río, o como si de repente todo el peso que cada uno de los dos carga consigo se hubiera desvanecido y lo que quedara fuese liviano, fácil.

—¿Sabes una cosa? —vuelve a hablar, dejando las tijeras encima de la mesa—. Hoy hace ocho años que le dije a tu padre que quería separarme de él.

Me vuelvo a mirarla, entre sorprendido y avergonzado por haberlo olvidado, y cuando estoy a punto de decirle que hoy parece ser el gran día de las coincidencias, ella se me adelanta.

—Qué curioso tantas coincidencias, ¿no? —dice—. La boda de Emma, tu padre, mi cumpleaños, el aniversario de mi separación... —Inspira hondo y sonrío—. Solo falta que Silvia se despierte de la siesta y nos diga que ha decidido dejar a John —dice. Luego tuerce un poco la boca—. Aunque me parece que no. Es demasiado cabezota. —Y bajando la voz, añade—: Como su padre.

Nos reímos. Es una risa tranquila la que compartimos mamá y yo, ahora y siempre. Ha sido así desde que tengo memoria, como si donde mejor nos encontráramos fuera precisamente ahí, en la risa. Pero la de ahora dura poco.

—¿Y Esbién todavía no ha llamado? —pregunta, cambiando de tercio.

Niego con la cabeza.

—No.

—Ah.

Más silencio. Menos luz desde arriba. Flotamos sobre un paisaje de colores cambiantes mientras la brisa empieza a llegar más fresca. Pasan un par de minutos. Tanta paz...

—A lo mejor llama más tarde —apunta. No lo dice como si buscara provocar una respuesta. Más bien parece que lo invocara, o que lo pensara en voz alta.

No le contesto. Me siento tan bien aquí con ella, tan recogidos los dos, que por una vez no me defiendo. Es como si me hubiera quedado sin fuerzas para

inventar, o como si de repente no hiciera falta. Me gustaría decirle que Sven sí llamará, que no se preocupe, y repetir alguna de los cientos de excusas que he agotado durante todos estos meses para darme más tiempo, pero siento el peso del día flotar también con nosotros y necesito un rato libre de responsabilidad. A mi lado, mamá alarga la mano y la pone sobre mi pierna. Es una mano pequeña y blanca que apenas pesa.

—O también puede ser que donde está no tenga cobertura y llame cuando llegue a un sitio donde la tenga —insiste—. Eso pasa, ¿verdad?

Cierro los ojos y, aunque noto que mi cuerpo reacciona con tensión a su insistencia, me sorprendo de pronto sonriendo por dentro al tiempo que, como una música muy lejana, oigo decir a Oksana: «A veces reconocer mentira pequeña es descubrir gran verdad. Eso es no muy fácil. Tú piensa». Cuando estoy a punto de contestar, veo los ojos de la abuela mirándome en el hospital, murmurándome de nuevo: «Con flotar basta», y no puedo decir nada porque no se me ocurre nada que decir que no sea mentira.

—Fer... —dice mamá. Sigue mirando al frente, con la mano izquierda sobre mi pierna y la derecha protegiéndole los ojos de la luz cambiante. Su «Fer...» queda suspendido durante unos instantes en el aire como una lona hasta que una pequeña ráfaga de viento se lo lleva cielo arriba y mamá se encoge un poco en el banco, como si también ella lo hubiera oído aletear y alejarse.

—Tengo que contarte algo, mamá —me oigo decir por fin. De pronto hay una pequeña presión de sus dedos sobre mi pierna, pero es casi imperceptible—. Tendría que haberlo hecho hace mucho, pero no he sabido. O no he podido.

No se mueve. Espera muy quieta mientras el último sol va retirándose entre los pinos a nuestra izquierda y el día se funde con el paisaje.

—Sven no vendrá —digo. Y en cuanto lo suelto es como si una mano inmensa se despegara de mis hombros y pudiera respirar mejor. «Ya está —pienso aliviado—. Ya está.» Y el amarillo del triguero que se extiende a nuestros pies parece más intenso de repente, y los sonidos se magnifican a nuestro alrededor al tiempo que mi cuerpo se despereza y se activa y, sin mirarla, sigo hablando para no ceder a la tentación de callar y para que ella no pueda decir nada que pare esto. Sigo para contarle todo lo que sé y recuerdo: la primera mentira, el miedo a romperle la ilusión, una segunda mentira sobre la primera como las piedras de una pirámide que no tiene fin, Oksana, los paseos con ella por la montaña, los domingos inventando itinerarios juntos con el iPad, mi primer intento de contarle la verdad el día que a ella le saltaron las alarmas con Silvia... y a medida que lo cuento el aire llega mejor y mi voz es otra, suena distinta, más entera, casi más amplia. Le hablo del Sven inventado, de mis conversaciones en el porche con Oksana y también de la abuela, de que con

Oksana parece a veces que vuelva a estar, y de que si al principio la historia de Sven justificaba mis fines de semana en el molino, algunas veces, sobre todo al final, he sentido que ahora las cosas son al revés: que necesito a Sven para seguir subiendo aquí y tener esta vida aparte, mía. Hablo mientras la oscuridad es ya casi total y a mi lado mamá parece escucharme en silencio, paciente y atenta.

Cuando termino de contar, nos quedamos callados un rato en la semioscuridad. Un coro de ranas salpica la quietud desde algún punto situado detrás de la iglesia y en la lejanía un ladrido despierta a Rulfo y a Shirley, que responden con los suyos, aunque perezosamente.

—Estoy tan cansado, mamá... —es lo único que puedo decir cuando vuelvo a hablar. Ella se acerca más a mí y entrelaza su brazo al mío, atrayéndome hacia su cuerpo.

—Es que mentir cansa, hijo. Cansa mucho. —Y al ver que sigo sin decir nada, añade con una sonrisa que está y que yo solo adivino—: Yo estuve mintiéndome más de cuarenta años y mírame.

—No digas eso.

—Es la verdad. Mentir es lo que más cansa del mundo, Fer.

Ahora empieza a llegar el frío, un frío húmedo y sordo al que mamá responde apretándose más contra mí, buscando un poco de calor.

—Es culpa mía —dice con suavidad, apoyando la cabeza en mi brazo—. Es todo culpa mía.

—No es verdad.

—Siempre tan pesada con lo de buscarte novio —murmura—. No me extraña que te hayas inventado uno, aunque solo sea para no oírme más. Lo raro es que no lo hayas hecho antes, hijo —dice. Y al cabo de nada añade, como si hablara con alguien que no está aquí—: Siempre tan pesada y tan equivocada...

No digo nada. No me gusta oírla hablar así, pero la intimidad nos protege bien y sé que habla porque está cómoda y porque no hay daño. «Mejor que hable», pienso, sintiendo su cuerpo contra el mío.

—Es que... —empieza, pero se interrumpe antes de volver a arrancar cuando Shirley se levanta sobre la mesa y se despereza, tendiéndole la pata para que la coja en brazos—. Hace tanto tiempo que te veo así, tan solo con tus cosas, que me da miedo que se te haga tarde.

—Ya lo sé, mamá.

—No, no lo sabes, Fer —dice, despegando la cabeza de mi brazo para mirarme—. Lo que pasa es que me da miedo irme y dejarte así, a medias. Yo no quiero que estés solo, cielo. Me da miedo morirme sin que al menos tengas a alguien que te cuide, que te acompañe... y que te pase como a mí.

—Mamá...



—Esta mañana —me interrumpe—, cuando iba en el taxi a ver a tu padre, estaba muerta de miedo. Pensaba: «Se van a reír de mí. Se van a reír cuando me vean así, vestida así, con Shirley, que es tan feíta, y dirán: “No me extraña que la haya dejado. Menudas pintas. Demasiado aguantó el hombre. Teníamos razón”». Y me ha dado tanta vergüenza entrar y que no me saludaran... Pero luego, cuando iba en la furgoneta del pobre chico que me ha llevado al registro, me he dado cuenta de que no tenía pena. Intentaba sentirla, pero no la encontraba. Y el pobre me ha preguntado si me encontraba bien, y yo le he dicho la verdad. Le he dicho: «Es que se ha muerto mi exmarido, pero no me da pena, y me da tanta pena que no me la dé...». Y el chico me ha mirado como si estuviera loca, pero ha dicho: «No se angustie, señora. Si no hay, no hay. Será que hay otras cosas». Y entonces me he dado cuenta de que en vez de pena lo que había era... alivio. No sé, como si por fin sí, pero sí del todo. Como si ya no hubiera más mentiras y no tuviera que perdonarme más. «Ya está. Se acabó, Amalia», he pensado. Y entonces me he acordado de ti, de tus hermanas y de la boda y he sentido una cosa aquí —dice, señalándose el pecho—, como una felicidad enorme, porque iba a veros, porque me estabais esperando y porque cuando tu padre y yo nos separamos me elegisteis a mí y quisisteis quedaros.

No hablo. De repente tengo un nudo en la garganta que me corta la voz y prefiero tragar y respirar hondo porque esta versión de mamá la conozco y la temo más que a nada en el mundo.

—Es que a mí no me ha elegido nunca nadie, Fer —dice con una voz tan pequeña que el nudo se cierra un poco más y ahora es casi sólido—. Nadie ha dicho nunca «me quedo con Amalia». Aunque, quién me iba a elegir a mí. —Se calla para volver a tomar aire y yo siento un pinchazo en el pecho que enseguida reconozco y del que me defiendo encogiéndome un poco hacia delante, pero mamá no ha terminado—. Y cuando he bajado de la furgoneta y os he visto en la escalera, me han entrado tantas ganas de llorar que no podía respirar.

Silencio.

—Después de todos estos años he entendido que vuestro padre salió perdiendo cuando se quedó sin vosotros porque eligió mal.

Silencio.

—Que él restó y yo sumé. Y me ha dado pena. Me ha dado pena que se haya perdido tanto.

Silencio.

—Él se quedó con un amor. Yo con el amor.

Hay un silencio nuevo, más reposado. El nudo que me cierra la garganta se destensa un poco y el aire entra mejor.

—Y en el registro —vuelve mamá—, mientras Emma y Mariví se casaban,

no dejaba de pensar en tu padre y en ti y me he dado cuenta de que lo que tú necesitas no es un amor, Fer. Lo que necesitas es una vida que te aparte un poco de esta panda de chifladas que somos y te deje respirar, y si tiene que ser aquí, bendito sea el molino y bendita sea Oksana. Una vida, Fer, eso es lo que me gustaría para ti, no un amor que te dé la vida. Aunque suene igual, no es lo mismo. Primero la vida, después un amor. No al revés.

*Primero la vida. Después un amor.* Dicho así, desde mamá, envueltos en esta oscuridad y en este silencio, el mensaje es tan claro, suena tan claro, que parece una respuesta a una pregunta que yo siento que debería saber formular. Es una verdad, como lo es Oksana, como lo era la abuela y como lo es también mamá. Es lo que llega para quedarse porque sé que ya no podré silenciarlo nunca, como el desamor de Silvia, la fobia de tía Inés o la muerte de papá. Primero la vida. Un amor quizá después.

—Quiero que me prometas dos cosas, Fer —dice mamá, arrebujiándose contra mí.

—Dime.

—La primera es que, a poder ser, la próxima vez que te inventes un novio, no sea un acomodador despeluchado que no para de viajar y que tú dices que es sueco pero yo creo que es más bien mezcla —dice—. No es lo que más me gustaría para ti, la verdad.

La abrazo por los hombros y me río. Ella también. Sé que quiere quitarle hierro al momento y se lo agradezco. Una ráfaga de aire frío nos barre desde el pinar y Shirley suelta un gemido que hace que Rulfo se levante a mis pies. Me levanto y mamá se levanta conmigo.

—Mejor volvemos, ¿no? —le digo. Ella echa a andar a mi lado mientras los perros salen corriendo en dirección al camino que baja hacia la casa y se los traga la noche. Caminamos a oscuras hasta el principio de la cuesta y, cuando empezamos el descenso, mamá se agarra a mi brazo con fuerza. El cielo está tan estrellado que el negro es casi irreal.

—La segunda es que no me eches demasiado de menos cuando yo no esté —dice.

No me paro. El nudo vuelve de golpe, pero no para quedarse. Mamá ha tocado hueso y yo tengo que cerrar con fuerza los ojos para no llorar, pero no sirve de mucho, porque aunque contengo un sollozo, no disimulo el espasmo. Enseguida cojo aire e intento respirar con normalidad para que ella no note nada, pero las lágrimas empiezan a caer despacio mientras seguimos caminando. Cuando pasados unos metros, recupero algo la voz, le digo:

—Te prometo que lo intentaré. Más no puedo.

Ella me aprieta el brazo con los dedos y seguimos bajando tras los perros

hacia el molino iluminado. Cuando cruzamos la verja y nos acercamos a la puerta, ella se para, me mira y dice:

—Oye, ¿tú sabes si hay tarta sorpresa?

Yo tengo la cara empapada, entre mocos y agua, pero mamá parece no darse cuenta. Sonrío, no puedo evitarlo.

—Mama, si hay, será sorpresa.

Ella entorna los ojos contra la luz y se acerca para verme mejor. Entonces me pasa las palmas de las manos por las mejillas y la manga por la boca, antes de preguntar:

—¿Es de chocolate?

Me río. Ella no. Para ella lo del chocolate es serio y verla así, tan preocupada por lo que es suyo, me parece tan cómico que me cuesta parar, aunque la risa viene acompañada de algunas lágrimas más que ella vuelve a limpiarme con las manos.

—¿Es una Sacher?

La miro durante unos segundos y por fin le digo que sí con la cabeza. Ella sonrío, encantada como una niña, y echa a andar a toda prisa hacia la puerta, olvidándose de mí. Y al verla así, así de feliz, entiendo que solo podré cumplir una de las dos promesas que acabo de hacerle.

Y en la oscuridad, mientras caigo en cuenta de que, una vez más, mamá ha vuelto a olvidarse de las flores, cruzo los dedos para que pase mucho, mucho tiempo, antes de que tenga que empezar a echarla de menos.

Porque todavía me falta aprender a reírme como ella.

Para que el tiempo siga siendo contagioso.

Y para que la vida, la mía, siga estando siempre antes.

## Agradecimientos

Doy gracias por haber contribuido con su ayuda a la escritura de esta novela en particular a quienes han sido parte íntima de su proceso: a Pilar Argudo, por amiga. A Verónica Palomas y Mónica Palomas porque sois unas hermanas de otro planeta; a Claudina Jové, tú sabes por qué; a Jordi Brunet y a Ferrán Ferrán por tenerme siempre en forma; a Zhi Xin Li, porque no puedo estar en mejores manos; a María José Almiñana, porque tu energía es oro puro; a Isabel Guadall, al Jefe y al Capi, porque sé que estáis de verdad; a Olga, por nuestros paseos y por toda la risa del mundo; a Nuria Massó, prima querida y querida lectora, y a Silvia Valls, porque con *Una madre* empezó todo.

Gracias a mi agente, Sandra Bruna, porque esto sigue siendo una maratón y seguimos corriéndola juntos, sumando años, emociones y fe; a Berta Bruna, porque lo luchas con uñas y dientes, en el idioma que sea; a mi gran familia de Facebook, de Twitter y de Instagram, porque sois la mejor red sobre la que puedo jugar a inventar cosas hermosas; a todos los librereros y libreras que desde que llamé a sus puertas las han mantenido siempre abiertas, esperándome y dándome refugio; a los profesores/as y maestras/os de todos los colegios e institutos que luchan con empeño y con entusiasmo para que la lectura no caiga en el olvido, obrando milagros; a los bibliotecarios y sobre todo a las bibliotecarias de este país, porque sin su apoyo no habría llegado hasta aquí y porque después de todos estos años de búsqueda por fin he descubierto que cada una de ellas es una pieza del rompecabezas que contiene la imagen de Mary Poppins.

Y, como no podía ser de otro modo, a los/as que están desde el principio y vieron nacer al contador de historias: a Nuria Pubill —qué generosa has sido siempre, tía—, Quique Comyn, Manuel Martínez Fresno, Menchu Solís, Sarah Dahan, Ofelia Grande y Elena Palacios.

Y a Belén Bermejo, claro que sí. Mis 24 horas son tuyas.

FB: Avenidadeladesazon11

TW: @Palomas\_Alejand

IG: @alejandropalomas

*Un amor*  
Alejandro Palomas

Premio Nadal de Novela 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la imagen de la cubierta, Randomagus

© Alejandro Palomas, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.  
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

# Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Libro primero. Grandes preguntas, pequeñas respuestas](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Libro segundo. Pequeños abandonos, grandes orfandades](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[Libro tercero. Grandes compañías, pequeñas soledades](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)